



el ARTE de ESCUCHAR los LATIDOS del CORAZÓN
Jan-Philipp Sendker



NOVELA

EL ARTE DE ESCUCHAR LOS LATIDOS DEL CORAZÓN

Jan-Philipp Sendker

Grijalbo

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Agradecimientos
Créditos

*Para Anna, Florentine y Jonathan
y en recuerdo de Vivien Wong
(1969-2000)*

Primera parte

Sus ojos fueron lo primero que me llamó la atención. Yacían hundidos en sus cuencas y parecía que no podían dejar de mirarme. Todos los clientes de la casa de té me observaban con más o menos disimulo, con más o menos curiosidad, pero él era el más descarado. Como si yo fuera un ser exótico, uno que viera por primera vez. No habría sabido decir su edad. Su rostro estaba cubierto de arrugas; tendría al menos sesenta años, quizá setenta. Llevaba una camisa blanca amarillecida, un longi de tela verde y unas sandalias de goma. Fingí no hacer caso de él y recorrí con la mirada la casa de té, un tenducho de madera con varias mesitas y taburetes sobre un suelo de tierra seca y polvorienta. De una pared colgaban viejas hojas de calendario con fotos de chicas. Los vestidos les llegaban hasta el suelo, y sus blusas de manga larga, sus cuellos altos y estrechos y sus rostros graves me hacían pensar en las fotografías antiguas, coloreadas a mano, de las jóvenes de buena familia de finales de siglo que podían encontrarse en los mercadillos de Nueva York. En la pared de enfrente había una vitrina con galletas y pastitas de arroz sobre las que revoloteaban docenas de moscas. A un lado, un hornillo de gas con una caldera cubierta de hollín en la que hervía el agua para el té. En una esquina se apilaban varias cajas de madera con limonada de color anaranjado. Jamás había estado en una choza tan miserable.

Hacía un calor aplastante; el sudor me caía por las sienes y el cuello, y los tejanos se me pegaban a la piel. De pronto, el anciano se incorporó y vino hacia mí.

—Le ruego que me disculpe por dirigirme a usted con tanto descaro, joven dama — dijo, y tomó asiento a mi lado—. Mi actitud no es demasiado educada, lo sé, dado que no nos conocemos, o cuando menos no me conoce usted a mí, ni siquiera de vista. Me llamo U Ba y he oído hablar mucho de usted, aunque admito que eso no disculpa mi grosería. Supongo que le resultará incómodo encontrarse en un lugar desconocido, en un país desconocido y ante un hombre desconocido que de pronto le dirige la palabra; le aseguro que la entiendo, pero quería, o debía, ser sincero y confesarle que debo hacerle una

pregunta. Llevo demasiado tiempo esperando esta oportunidad como para quedarme callado en mi asiento ahora que la tengo a usted delante.

»Ha sido una espera de cuatro años, para ser exactos. He recorrido muchas veces, a primeras horas de la tarde, la polvorienta calle principal en la que se detiene el autobús que trae a los pocos turistas que se acercan a este lugar. En ocasiones, cuando se daba la oportunidad, en uno de los inusuales días en los que aterrizaba un aparato proveniente de la capital, me dirigía hasta nuestro pequeño aeropuerto e intentaba, en vano, encontrarla.

»Se tomó usted tiempo.

»No es que le reproche nada, por favor, no me malinterprete. Pero ya soy un anciano y no sé cuántos años más me serán concedidos. En nuestro país la gente envejece rápido y muere pronto. Mi vida se apaga lentamente y aún tengo una historia que contar; una historia que está hecha para usted.

»Sonríe. Me toma por un chiflado, por un loco, por un ser extremadamente excéntrico, ¿no es así? Pues tiene usted toda la razón. Pero por favor, por favor, atiéndame. Todo esto puede sonarle algo enigmático o insólito, y reconozco que mi aspecto no es el más adecuado para inspirarle confianza. Ojalá tuviera unos dientes blancos y brillantes como usted y no estas esquirlas marrones en la boca, estos escombros de dentadura, que ni siquiera me permiten ya masticar con corrección. Mi piel está marchita y flácida, y cuelga de mis brazos como si la hubiese tendido allí para que se secara al sol. Se dice que me huele el aliento, que mis pies están sucios y avejentados tras décadas y décadas de andar enfundados en sandalias baratas, que mi camisa, otrora blanca, hace años que debería estar en la basura. Soy un hombre aseado, créame, pero ya ve usted en qué estado se encuentra nuestra tierra. Vergonzoso. Soy plenamente consciente de ello, pero no puedo evitarlo, y me ha costado muchos años de vida aceptar lo que no puedo evitar. No permita que mi aspecto la trastorne. No confunda mi estoicismo con desinterés o resignación. Nada quedaría más lejos de mis intenciones, querida.

»Me voy por las ramas, y percibo en su mirada que se le acaba la paciencia. Discúlpeme, se lo ruego, y no me deje de lado. Al fin y al cabo no hay nadie esperándola, ¿me equivoco? Ha venido usted sola, como yo imaginaba. Concédame unos minutos de su tiempo. Quédese conmigo un poco más, Julia.

»¿Se sorprende? Sus preciosos ojos marrones se vuelven aún más grandes, por primera vez me presta realmente atención. Está sorprendida. Se pregunta por qué conozco su nombre, si nunca nos hemos visto y es la primera vez que viaja usted a

nuestro país. ¿Puede ser casualidad? Medita la posibilidad de que haya podido leer alguna etiqueta con su nombre en su chaqueta, o quizá en su mochila, ¿no es así? Pues no, no lo he hecho, créame. Estoy al corriente de su nombre, del mismo modo que sé también el día y la hora de su nacimiento. Conozco la historia de la pequeña Jule, a quien nada le gustaba más que escuchar cuentos de boca de su padre, y hasta podría decirle, aquí y ahora, su cuento preferido. El del príncipe, la princesa y el cocodrilo.

»Julia Win. Nacida el 28 de agosto de 1968 en la ciudad de Nueva York. De madre estadounidense. Padre birmano. Su apellido es parte de mi historia, parte de mi vida, desde que me desprendí del seno de mi madre hace cincuenta y cinco años. Y durante los últimos cuatro no ha pasado un solo día en el que no pensara en usted. Se lo explicaré todo más adelante, pero ahora permita que le formule mi pregunta: ¿cree usted en el amor?

»Se ríe. Qué hermosa es usted. Hablo en serio. ¿Cree en el amor, Julia?

»Evidentemente, no me refiero a aquel arrebato de pasión que creemos que nos durará toda la vida, que nos mueve a decir y hacer cosas que al cabo del tiempo lamentamos, que nos hace suponer que no podemos vivir sin una determinada persona, que nos lleva a temblar de miedo al pensar que podemos volver a perderla. Aquel sentimiento que nos vuelve más pobres, no más ricos, porque queremos poseer lo que no podemos poseer, queremos retener lo que no podemos retener. Y tampoco me refiero al deseo físico ni al amor propio, parásitos que gozan al camuflarse de amor desinteresado.

»Hablo del amor que devuelve la vista a los ciegos. Del amor que es más fuerte que el miedo. Hablo del amor que dota a la vida de un sentido que no atiende a las leyes de la caducidad, que nos hace crecer y no conoce fronteras. Hablo del triunfo del ser humano sobre el egoísmo y la muerte.

»¿Mueve la cabeza? ¿No cree en ese amor? ¡Oh! ¿No sabe de qué le hablo? No me sorprende. Yo tampoco lo conocía, hasta que conocí a su padre. Espere, lo entenderá todo en cuanto le haya contado la historia que llevo arrastrando desde hace cuatro años. Solo le ruego que tenga un poco de paciencia. Se ha hecho tarde y usted estará cansada tras su largo viaje. Por mi parte, debo economizar fuerzas. Le ruego que me comprenda si me retiro ya. Si no tiene inconveniente, encontrémonos mañana a la misma hora en esta misma mesa de esta casa de té. Aquí conocí, si me permite mencionarlo, a su padre. Para ser exactos, él estaba ahí sentado, en el mismo taburete que usted, cuando empezó a hablar, y yo estaba aquí, en este mismo asiento, boquiabierto. Incrédulo y confuso, sí, lo

reconozco. Jamás había oído a nadie hablar así. ¿Podían tener alas las palabras? ¿Podían deslizarse por el aire como mariposas? ¿Podían llevarnos consigo, transportarnos a un mundo diferente? ¿Podían dejarnos temblando, como las fuerzas de la naturaleza que sacuden la Tierra? ¿Podían abrir hasta las últimas cámaras secretas de nuestra alma? No sé si las palabras solas son capaces de todo eso, Julia, pero desde luego sí lo son acompañadas de voz, y aquel día su padre tenía una voz que quizá solo logremos modular una vez en la vida. No narraba, cantaba, y, aunque lo hacía susurrando, no hubo una sola persona en esta casa de té que no acabara llorando al escuchar su tono de voz. Sus frases se convirtieron pronto en una historia y la historia en una vida que desplegó toda su fuerza y su magia. Lo que escuché hizo de mí un creyente, igual que su padre.

»«No soy un hombre religioso, U Ba; el amor, el amor es la única fuerza en la que creo de verdad. » Estas fueron las palabras de su padre.

U Ba me miró y se incorporó. Juntó las manos por delante del pecho, sin entrelazar los dedos, hizo un amago de reverencia y salió de la casa de té a paso rápido y ligero.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció en el tumulto de la calle.

No, quise gritar a sus espaldas; no, no creo en una fuerza que devuelva la vista a los ciegos. No creo en los milagros ni en la magia. La vida es breve, demasiado breve, para desperdiciar el tiempo con semejantes esperanzas. Yo la disfruto como es, en lugar de hacerme ilusiones. ¿Que si creo en el amor? Vaya pregunta. Como si el amor fuera una religión en la que se cree o no. A los dieciocho años soñaba con un príncipe azul que viniera a salvarme y a liberarme; cuando llegó, tuve que aprender que los príncipes solo existen en los cuentos y que el amor provoca ceguera, no visión. No, quise gritar a la espalda del anciano, no creo en una fuerza superior al miedo, no creo en un triunfo sobre la muerte. No. No.

Pero en lugar de eso me quedé sentada en mi taburete, arqueada, desvanecida. Seguía oyendo su voz; era suave y melódica, su dulzura me recordaba a la de mi padre. Sus palabras resonaban en mi cabeza como un eco sin fin.

Quédese conmigo un poco más, Julia, Julia, Julia. . .

Crea en el amor, en el amor. . .

Las palabras de su padre, de su padre. . .

Tenía dolor de cabeza, estaba agotada. Como si acabara de despertar de una pesadilla que no dejara de torturarme. A mi alrededor revoloteaban las moscas, se posaban en mi pelo, en mi frente y en mis manos. No tenía fuerzas para apartarlas. Frente a mí, tres galletas resacas. Azúcar moreno pegado a la mesa.

Quise dar un trago a mi té. Estaba frío y me temblaba el pulso. Los dedos apresaron el cristal, pero se me escurrió entre las manos, muy despacio; pude ver a cámara lenta cómo resbalaba, pese a que yo lo apretaba con fuerza. El sonido del cristal haciéndose añicos en el suelo. Las miradas de los demás clientes. Como si hubiese roto toda una estantería de vasos. ¿Por qué escuché a aquel extraño durante tanto rato? Podría haberle pedido que se callara. Tendría que haberle dicho, con toda claridad, que quería que me dejara en paz. Podría haberme levantado. Algo me lo impidió. Quise darle la espalda, pero entonces dijo: Julia. Julia Win. Jamás había imaginado que podría alterarme de tal modo la simple mención de mi nombre. Mi corazón latía con fuerza. ¿Cómo lo sabía? ¿Qué más sabía de mí? ¿Conocía a mi padre? ¿Cuándo lo vio por última vez? ¿Sabía quizá si mi padre seguía vivo, dónde se encontraba?

El camarero no quiso mi dinero.

—Es amiga de U Ba. Sus amigos son nuestros invitados —dijo, e hizo una reverencia.

Aun así, saqué un billete del bolsillo de mi pantalón. Estaba sucio y arrugado. Me dio cierta repulsa y lo puse debajo del plato de galletas. El camarero recogió la mesa sin tocar el billete. Se lo señalé. Él se limitó a sonreír.

¿Le parecía demasiado poco, demasiado sucio o no lo suficientemente bueno? Puse en la mesa otro billete, de más cantidad y más limpio. Él se inclinó, sonrió de nuevo y lo dejó donde estaba.

Fuera hacía aún más calor. Me quedé paralizada frente a la casa de té, incapaz de dar un solo paso. El sol ardía en mi piel, y su luz deslumbrante me cegaba los ojos. Me puse la gorra de béisbol y la incliné hacia delante para que me cubriera la cara.

La calle estaba llena de gente, pero al mismo tiempo reinaba un insólito silencio. Faltaba algo, pero tardé un rato en comprender lo que era: apenas se veían vehículos de motor. Todo el mundo iba a pie o en bici. En un cruce había aparcados tres coches de caballos y un carro tirado por un buey. Los pocos automóviles que se veían eran viejas camionetas pickup japonesas, abolladas y oxidadas, cargadas hasta los topes con cestas de rafia y sacos a los que se sujetaban con fuerza varios jóvenes.

La calle estaba también saturada de chiringuitos de madera sencillos, de una planta, con techos de hojalata, como los que había visto en los reportajes televisivos sobre los barrios de chabolas de África o Sudamérica. Eran establecimientos de diez metros cuadrados en los que se ofrecía de todo, desde arroz, nueces y harina hasta champú, pasando por Coca-Cola y cervezas. La mercancía estaba totalmente desordenada. No seguía ningún orden, o bien uno que me era desconocido.

Había casas de té cada dos por tres. Los clientes se sentaban a sus puertas, en taburetes. Cubrían sus cabezas con toallas de rizo rojas y verdes. Un aderezo que les

parecía tan natural como a mí la gorra azul marino del equipo de béisbol de los Yankees de Nueva York. En lugar de pantalones, los hombres llevaban unas túnicas que eran como faldas cruzadas, y fumaban cigarrillos largos de color verde oscuro.

Delante de mí había algunas mujeres. Se habían untado las mejillas, la frente y la nariz con una pasta amarilla. Parecían indias en pie de guerra, y todas daban chupadas a aquellos apestosos cigarrillos verdes.

Yo les sacaba a todos una cabeza por lo menos, incluso a los hombres. Todos eran delgados, pero no famélicos, y se movían con la elegancia y ligereza que siempre admiré en mi padre. Frente a ellos me sentía torpe y pesada, con mis sesenta kilos de peso y mi metro setenta y seis de estatura.

Lo peor eran sus miradas.

No apartaban la vista. Me miraban directamente a la cara, a los ojos, y sonreían. No eran sonrisas que yo conociera.

Cuán amenazadora puede llegar a ser la risa.

Algunos me saludaban inclinando la cabeza. ¿Sabían quién era? ¿Habían esperado también mi llegada, como U Ba? Yo no quería verlos. No sabía cómo responder a sus saludos, así que anduve tan rápido como pude, con la mirada fija en el horizonte, en una meta imaginaria.

Echaba de menos Nueva York, su ruido y su tráfico. Los rostros serios y reservados de sus transeúntes, que caminan unos junto a otros sin prestarse atención. Hasta echaba de menos el hedor de los contenedores de basura, siempre demasiado llenos, en una tarde de verano húmeda y sofocante. Algo que me fuera familiar, algo en lo que sostenerme. Algo que me brindara protección. Quería regresar a aquel lugar en el que sabía cómo moverme y comportarme.

Unos cien metros más adelante el camino se bifurcaba. Había olvidado dónde se encontraba mi hotel. Miré a mi alrededor en busca de alguna pista; un letrero, quizá, o un detalle en el margen del camino; un arbusto, un árbol, una casa que me recordara el camino de ida y me indicara la dirección que debía tomar. Solo vi buganvillas enormes y lilas, más altas que las cabañas sobre las que crecían, campos resecos, caminos peatonales polvorientos y baches tan profundos que hasta podría meterse en ellos una pelota de baloncesto. Mirara donde mirase, todo me parecía igual, extraño e inquietante.

¿Era posible que yo, la neoyorquina Julia Win, que en Manhattan conocía cada calle y cada avenida, me hubiese perdido en ese pueblucho de mala muerte con apenas tres

calles paralelas y cuatro perpendiculares? ¿Dónde estaba mi memoria, mi sentido de la orientación, el dominio con el que supe desenvolverse en San Francisco, París y Londres? ¿Cómo podía estar tan aturdida? Un sentimiento de soledad y abandono que jamás había sentido en Nueva York se apoderó de mí irremediablemente.

—¡Miss Win, Miss Win! —gritó alguien.

Ni siquiera me atreví a darme la vuelta: miré hacia atrás por encima del hombro. Detrás de mí descubrí a un joven al que no conocía. Me hizo pensar en el botones del hotel. O en el camarero de la casa de té. O en el mozo de las maletas del aeropuerto. O en el taxista. Todos me parecían iguales, con su pelo negro, sus ojos marrón oscuro, su piel morena y esa inquietante sonrisa.

—¿Busca algo, Miss Win? ¿Puedo ayudarla?

No, gracias, pensé desconfiando del desconocido y negándome a aceptar su ayuda.

—Sí, mi hotel, el camino —dije, deseando sobre todas las cosas dar con un lugar en el que esconderme, aunque fuera la habitación del hotel en la que me había instalado aquella misma mañana.

—Suba la colina por aquí, por la derecha, y lo verá. Está a menos de cinco minutos —me dijo.

—Gracias.

—Espero que disfrute de su estancia aquí. Bienvenida a Kalaw —dijo, y siguió su camino.

Una vez en el hotel pasé junto a la sonriente dama de la recepción sin devolverle el saludo, subí la maciza escalera de madera que conducía al primer piso y me dejé caer en la cama. Pocas veces me había sentido tan agotada como entonces.

Había tardado más de veintisiete horas en recorrer el trayecto desde Nueva York hasta Rangún. Después había pasado una noche y medio día en un viejo autobús, rodeada de gente que apestaba y se cubría el cuerpo con simples vestidos sucios, camisetas harapientas y sandalias de plástico desgastadas. De gallinas y lechones que no paraban de chillar. Veinte horas de viaje por senderos que ni remotamente parecían calles. Que eran más bien cauces secos. Solo para ir desde la capital hasta ese lejano rincón. ¿Por qué?

¿Qué hacía yo en aquel poblacho de las montañas birmanas? No se me había perdido

nada allí, y, sin embargo, esperaba encontrar algo. Andaba a la búsqueda de algo, aunque no sabía exactamente de qué.

Debí de quedarme dormida. El sol había desaparecido, afuera estaba anocheciendo y mi habitación había quedado casi sumida en la oscuridad. Mi maleta seguía cerrada sobre la cama de al lado. Eché un vistazo a la estancia. Mis ojos se movieron de un lado a otro, como si tuviera que asegurarme de dónde estaba. Sobre mi cabeza, en el techo de al menos cuatro metros de altura, pendía un antiguo ventilador de madera. La habitación era grande y su decoración espartana le otorgaba un toque monacal. Junto a la puerta, un modesto armario; frente a la ventana, una mesa con una silla; entre las camas, una pequeña mesilla de noche. Las paredes estaban encaladas de blanco, no había cuadros ni espejos y las viejas tablas de madera del suelo habían sido pulidas hasta quedar relucientes. El único lujo era una minúscula nevera coreana. Que estaba estropeada. De la ventana abierta me llegaba el aire fresco del atardecer, las cortinas amarillas se mecían con el viento, lentas e indolentes.

A la luz del crepúsculo, y pasadas varias horas, el encuentro con aquel anciano me pareció aún más absurdo y misterioso que al mediodía. Mis recuerdos eran difusos, estaban desdibujados. Las imágenes me golpeaban la cabeza. Imágenes que no lograba interpretar. Que no tenían sentido. Intenté recordar. U Ba tenía el pelo blanco, denso pero muy corto, y en la boca una sonrisa que no sabía lo que pretendía dar a entender. ¿Era irónica? ¿Sarcástica? ¿Compasiva?

¿Qué quería de mí?

¡Dinero! Qué si no. No me lo había pedido, pero sus comentarios sobre los dientes y la camisa eran sin duda una pista. Lo había entendido. Podía haberse enterado de mi nombre en el hotel. Seguramente trabajaba en la recepción. Era un embaucador que pretendía despertar mi curiosidad, impresionarme y ofrecerme sus servicios como adivino, astrólogo o quiromántico. Pero yo no creo en nada de eso. Si supiera cómo había perdido el tiempo. . .

¿Me había revelado algo sobre mi padre, algo que me llevara a creer que realmente lo conoció? «No soy un hombre religioso, U Ba; el amor, el amor es la única fuerza en la que creo de verdad», dice que dijo. A mi padre jamás se le habría pasado por la cabeza una frase como esa; imposible, pues, que la hubiese pronunciado en voz alta. Y menos

aún a un desconocido. ¿O me equivocaba? ¿No era ridículo y arrogante por mi parte suponer que sabía lo que mi padre había pensado o sentido? ¿Cuánto confiaba él en mí?

Porque de haber confiado. . . ¿habría desaparecido sin más, sin dejar siquiera una carta de despedida? ¿Habría abandonado a su mujer, a su hijo y a su hija sin una sola explicación, sin un solo comentario?

Su rastro se perdía en Bangkok, dijo la policía. Podía haber sido secuestrado y asesinado en Tailandia.

¿O habría sufrido un accidente en el golfo de Siam? Quizá solo había querido pasar dos semanas en la más completa soledad, se había dirigido a la costa y se había ahogado mientras nadaba. Esta era la versión de la familia; la oficial, cuando menos.

La brigada de homicidios supuso que llevaba una doble vida. No creyeron a mi madre cuando les dijo que no sabía nada de los primeros veinte años de la vida de mi padre. Les pareció algo tan imposible que al principio hasta sospecharon que ella tuvo algo que ver en la desaparición de su marido, ya fuera como cómplice, ya como autora de la misma. Solo cuando se supo que no existía ningún suculto seguro de vida y que nadie iba a poder sacar tajada económica de su supuesta muerte, liberaron a mi madre de la sombra de la sospecha. ¿Se ocultaba en el secreto de sus primeros veinte años una cualidad de mi padre que nosotros, su familia, nunca llegamos a descubrir? ¿Sería quizá homosexual a escondidas? ¿Un pederasta que satisfacía sus instintos en los burdeles de Bangkok?

¿De verdad quería saberlo? ¿Quería ver manchada la imagen que tenía de él, la del marido fiel, el abogado de éxito, el padre fuerte y bondadoso que siempre estaba junto a sus hijos cuando estos lo necesitaban? No permitas que las apariencias te confundan. Como si pudiéramos vivir de este modo. ¿Cuánta verdad sería capaz de soportar?

¿Qué es lo que me ha traído hasta la otra punta del mundo? La tristeza no, esa etapa ya pasó. Cuatro años son mucho tiempo. Llevé luto, pero pronto comprendí que la manida frase era cierta: la vida sigue; también sin él. Mis amigos consideraron que me sobrepuse, como suele decirse, con bastante rapidez.

Tampoco ha sido la preocupación lo que me ha movido a buscar. Sinceramente, no creo que mi padre siga vivo, o, en caso de que sí lo esté, que me necesite o yo pueda hacer algo por él.

Es la incertidumbre lo que no me deja vivir. La pregunta de por qué se esfumó; de si su desaparición podría revelarme algo de él que desconozco. ¿Lo conocía tan bien como creía o nuestra relación, nuestra cercanía, no era más que una ilusión? Estas cuestiones

son peores que el miedo a la verdad. Cubren de sombras mi infancia, mi pasado, y empiezo a desconfiar de mis recuerdos. Y ellos son lo único que me queda. ¿Quién era el hombre que me educó? ¿Con quién conviví durante más de veinte años? ¿Quién era mi padre en realidad?

El último recuerdo que tengo de él se remonta a hace cuatro años.

Era la mañana después de mi examen de licenciatura. Me quedé a dormir con mis padres, en la casa en la que pasé mi infancia, en la calle Sesenta y cuatro de la zona este de Manhattan. Me habían preparado la cama en mi antiguo dormitorio, que por entonces se había convertido en la habitación de invitados. La tarde anterior celebramos mi licenciatura. Podría haberme ido a dormir a casa, porque mi piso en la Segunda Avenida está a menos de diez minutos del de mis padres, pero se había hecho tarde, más de medianoche, y notaba los efectos del champán y el vino tinto. Habíamos pasado una velada especialmente agradable. Mi hermano había venido desde San Francisco, mi padre, que jamás probaba el alcohol y detestaba las fiestas, se había dejado llevar como nunca, y a mí me entró nostalgia de mi familia, de mi antigua habitación, de los sonidos y los olores de mi infancia. Volver a despertarme con el ruido de la vajilla cuando mi padre, como cada mañana, poco después de las seis, recogía el lavaplatos y ponía la mesa. Volver a sentir el olor a café recién hecho y a las caracolas de canela salidas del horno que tanto nos gustaban cuando éramos niños. Oír, aún adormilada, cómo abría la puerta de casa, daba un paso hacia el rellano, cogía el *New York Times* y volvía a entrar; escuchar el sonido de la pesada puerta de madera al cerrarse y del voluminoso diario al caer sobre la mesa de la cocina, como si estuviera dándole un sopapo. Atrás quedaban mis años de universidad. Algo llegaba a su fin, no había vuelta atrás. Quería detener el tiempo, aunque solo fuera por una noche y una mañana. Empezar el día amparada por los ritos de mi infancia. Sentirme protegida. Solo una vez más.

Como si hubiese intuido algo.

Mi padre me despertó pronto. La luz del amanecer se colaba por las persianas de madera clara; debía de ser poco después de la salida del sol. Estaba de pie junto a mi cama, llevaba su anticuado abrigo gris y un borsalino marrón. De pequeña siempre lo veía salir hacia su bufete vestido con aquel atuendo. En aquel tiempo corría cada vez hasta la ventana, a veces llorando porque no quería que se fuera, y lo saludaba con la

mano mientras él se alejaba de casa. Tiempo después, aunque su chófer pasaba a recogerlo en su enorme limusina negra y solo tenía que dar tres pasos por la acera, siguió llevando su mismo abrigo y su sombrero. En todos aquellos años jamás cambió de atuendo laboral y se limitó a comprarse nuevos abrigos y nuevos sombreros, siempre borsalinos; tenía ya seis: dos negros, dos marrones y dos azul marino. Y cuando ya no pudo encontrar el mismo abrigo, ni siquiera en las tiendas más conservadoras de Nueva York, fue a un sastre para que se lo hiciese a medida.

El borsalino era su talismán. Compró su primer sombrero italiano para su primera entrevista de trabajo. Le dieron el empleo. En aquellos tiempos el sombrero le daba sin duda un toque de elegancia y buen gusto, pero con los años empezó a parecer primero anticuado, después extravagante y al final propio de la comparsa de una película de los años cincuenta. Cuando era una adolescente me avergonzaba que se vistiera así, que pareciera tan anticuado y que saludara a las madres de mis amigas con una reverencia. Los demás niños cuchicheaban y se reían si algún día pasaba a recogerme por el colegio. Y entonces sentía lástima de él, porque no podía imaginar que aquello le doliera menos que a mí. Jamás llevaba zapatillas de deporte, tejanos o camisetas, y despreciaba la ligereza de la moda estadounidense. Apelaba a los peores instintos del ser humano, entre los que se encontraba la comodidad, decía.

Mi padre se acercó a mi cama y susurró mi nombre. Tenía que acudir a una cita en Boston y no sabía cuándo iba a volver. Probablemente al cabo de unos días. Aquello era algo insólito, porque su agenda funcionaba con tanta exactitud como la maquinaria de su reloj, y además porque, aunque viajaba a Boston a menudo, jamás solía hacerlo a aquellas horas. Pero yo estaba demasiado cansada para sorprenderme. Me dio un beso en la frente y me dijo:

—Te quiero, pequeña. No lo olvides. ¿Me oyes?

Yo asentí, medio dormida.

—Te quiero. Cuídate.

Me di la vuelta, hundí la cara en la almohada y seguí durmiendo.

No he vuelto a verlo. Desapareció sin dejar rastro.

La primera señal de que algo iba mal se produjo a la mañana siguiente, poco después de las diez. Yo había dormido hasta tarde y acababa de entrar en la cocina. Mi hermano ya

había salido de vuelta a San Francisco, mi madre me esperaba con el desayuno. Estaba sentada en el invernadero, con una taza de café, y ojeaba el *Vogue*. Las dos llevábamos aún el pijama; en la mesa había caracolas de canela aún calientes, bagels del día, salmón ahumado, miel y mermelada de fresa. Me senté en mi antiguo sitio, con la espalda apoyada en la pared, los pies en el borde de la silla, las piernas dobladas y muy juntas. Empecé a dar sorbos a mi zumo de naranja y a contar a mi madre mis planes para el verano. Sonó el teléfono. Era Susan, la secretaria de mi padre. Si estaba enfermo, quiso saber. Su cita de las diez, que era vital, estaba esperándole. De Boston no sabía nada.

Mi madre fue la que menos se preocupó de las dos, seguramente porque ella no tenía a ninguna estrella de Hollywood con todos sus abogados esperando al otro lado de la puerta. Seguro que le había salido algún imprevisto. Las dos mujeres estuvieron de acuerdo en eso. No había tenido tiempo de llamar y ahora se encontraba en plena reunión. Daría señales de vida en las próximas horas, no les cabía duda.

Mi madre y yo acabamos el desayuno tranquilamente. Ni siquiera mencionamos a mi padre. Después fuimos juntas a hacernos un tratamiento de belleza y para acabar paseamos por Central Park hasta Bergdorf and Goodman. Era uno de esos días cálidos de principios de verano en los que no hace ni demasiado frío ni demasiado calor. La época más hermosa en Nueva York. El parque olía a césped recién cortado, en Sheep Meadow la gente tomaba el sol y unos chicos jugaban al *frisbee* con los torsos descubiertos. Delante de nosotras, dos hombres ya mayores patinaban cogidos de la mano. Me habría encantado quedarme quieta, cerrar los ojos y abrazar el mundo. En los días como aquel tenía la sensación de que la vida no era más que un cúmulo de oportunidades a la espera de que yo las aprovechara.

Mi madre estiró de mí.

En Bergdorf and Goodman me compró un vestido de verano amarillo, con flores, y me invitó a tomar un té en el Plaza. No me gustaba ese hotel; su imitación del Renacimiento francés me parecía demasiado impostada, demasiado cursi, pero hacía tiempo que había renunciado a la posibilidad de tomar un té con mi madre en un sitio que no fuese aquel. Adoraba el vestíbulo, con su decoración dorada y sus altos techos y paredes, y las columnas, tan adornadas y recargadas de arabescos que parecían hechas de azúcar glas. Le encantaba el pretencioso comportamiento de los camareros y el modo en que el *maître* francés la saludaba con su «*Bonjour, madame Win*». Nos sentamos entre dos

palmeras junto a un pequeño bufet con pasteles, bombones y helados. Dos violinistas tocaban valsés vieneses.

Mi madre pidió blinis rellenos de caviar y dos copas de champán.

—¿Celebramos algo? —le pregunté.

—Tu licenciatura, cielo.

Probamos nuestros blinis. Estaban demasiado salados, y el champán demasiado templado. Mi madre hizo un gesto al camarero.

—Déjalo, mamá —le dije—, ya está bien así.

—Ni lo sueñes —me respondió en un tono suave, indulgente, como si yo no tuviera ni idea de lo que en realidad estaba pasando—. Esta no es la cuestión.

Reprendió al camarero y este retiró nuestro pedido con reiteradas disculpas. La voz de mi madre podía ser tan fría, tan dura. . . De pequeña me daba miedo. Hoy en día solo me resulta incómoda.

—Cuando pido blinis de caviar espero que estén mejor que bien. Y un champán templado es una ofensa. —Me miró—. Tú te los habrías tomado, ¿verdad?

Asentí.

—Tu padre también. Os parecéis en muchas cosas.

—¿A qué te refieres? —le pregunté. No parecía estar haciéndome un cumplido.

—¿Qué es lo que se me escapa? ¿Es vuestra humildad, vuestra pasividad, vuestro rechazo a los conflictos? ¿Por qué no habría de quejarme si me ofrecen algo de escasa calidad?

—A mí es que me da pereza.

—¿Es vergüenza o arrogancia? —continuó ella, como si no me hubiese oído.

—¿Qué tiene esto que ver con la arrogancia?

—No queréis tener trato con los camareros —dijo, y su voz se tiñó de una ira que no habría sabido explicar. Que no tenía nada que ver con blinis salados o champán templado—. No son lo suficientemente buenos para vosotros. A eso lo llamo yo arrogancia.

—No, no, es solo que no me parece tan importante —le dije.

Aquello no era del todo cierto, pero no me apetecía enfrascarme en una discusión mayor. Me resultaba embarazoso quejarme, ya fuera en un restaurante, en un hotel o en una tienda. Pero ceder me sacaba de quicio aún más. Me molestaba profundamente, y al final siempre me enfadaba conmigo misma por ser tan dócil. En el caso de mi padre era

diferente. Su silencio era sincero. A él realmente no le importaba. Si alguien lo trataba mal o era maleducado, él consideraba que no era su problema, sino el del otro. Sonreía cuando alguien se plantaba delante de él en una cola. Jamás comprobaba el cambio. Mi madre, cada céntimo. Yo envidiaba su serenidad. Mi madre no lo entendía. Ella era severa consigo misma y con los demás. Mi padre, solo consigo mismo.

—¿Cómo es posible que no te importe si te tratan bien o mal, si te dan, o no, lo que te corresponde? ¡No lo entiendo!

—¿No podemos dejarlo? —le dije, rogando más que exigiendo. Y para despistarla añadí—: ¿Estás preocupada por papá?

Ella sonrió y movió la cabeza hacia los lados.

—No. ¿Por qué habría de estarlo?

Hoy me pregunto si la serenidad de mi madre no era fingida. No hablamos de la cita a la que no había acudido. No llamó a su bufete para saber si había dado señales de vida. ¿Cómo podía estar tan segura de que no le había sucedido nada? ¿No le importaba? ¿O llevaba años intuyendo que esto iba a pasar? Su calma, su tranquilidad de aquel día, llevaban a pensar en el alivio que siente todo aquel que ve acercarse una catástrofe y sabe que no puede hacer nada por evitarla, de modo que al final se alegra de que suceda ya, de una vez.

Pocas semanas después, Francesco Lauria, jefe de la brigada de homicidios que seguía la pista de mi padre, estaba sentado a la mesa de nuestra cocina. Al inicio de las investigaciones el jefe de la policía de Nueva York se lo había presentado a mi madre como uno de sus mejores hombres. Desde entonces se convirtió en huésped permanente en nuestra casa. Era joven, de unos treinta y tantos, delgado, fuerte y muy vanidoso. Su pelo negro estaba siempre tan bien peinado como si acabara de salir de la peluquería en ese mismo momento. Llevaba trajes muy elegantes y corbatas italianas. Pero lo que más llamaba la atención era su modo de hablar. Era elocuente y encantador, y escogía sus palabras con el mismo cuidado que un buen abogado ante un tribunal. Los primeros días, cuando mi hermano, mi madre y yo tendíamos a pasar casi todo el tiempo junto al teléfono, solía llamarnos a menudo, incluso a media noche, desde la comisaría. Nos tranquilizaba, nos hablaba de los elevados porcentajes de éxito en los casos de secuestro y de la cantidad de veces que un hombre reaparecía de pronto en su vida, completamente

ileso, al cabo de dos o tres semanas. Mi padre era una baza para medrar en su carrera, y estaba dispuesto a jugarla. «Influyente abogado de Wall Street desaparece sin dejar rastro», dijo el *NewYork Times*, y citó varias veces a Lauria en el titular de las noticias locales. Durante los días que siguieron, los periódicos se hicieron eco de un sinfín de especulaciones. ¿Se trataría de un homicidio, de la venganza de uno de sus clientes? ¿De un secuestro espectacular? ¿Tenía Hollywood algo que ver en todo ese asunto?

Las pesquisas de la policía durante las dos primeras semanas no hicieron más que acentuar lo enigmático del caso. El día de su desaparición, a primera hora de la mañana, mi padre se dirigió efectivamente al aeropuerto JFK, pero no voló a Boston, sino a Los Ángeles. Compró el billete en el aeropuerto y no facturó equipaje. De Los Ángeles viajó a Hong Kong, en primera clase, con el vuelo 888 de la compañía United Airlines. Un auxiliar de vuelo lo recordó porque no quiso probar el champán y no leyó el periódico, sino un libro con poemas de Pablo Neruda. Lo describió como un hombre muy tranquilo y extremadamente educado. Dijo que había comido poco y que apenas había pegado ojo, que no vio ninguna película y que se pasó la mayor parte del viaje leyendo.

En Hong Kong mi padre pasó una noche en el hotel Península, en la habitación 218; pidió pollo al curry y un agua mineral en el servicio de habitaciones, y, según el personal del hotel, no salió de su dormitorio. Al día siguiente voló con Catia Pacific 615 a Bangkok y pasó la noche en el Mandarin Oriental. Es evidente que no se esforzó en borrar su rastro. Se registró en los hoteles que reservaba para sus viajes de negocios y pagó todas las cuentas con su tarjeta de crédito. Como si supiera que, cuando menos para los investigadores, su pista llegaría hasta aquí. Y concluiría aquí. Cuatro semanas después, un campesino encontró su pasaporte cerca del aeropuerto de Bangkok.

Todo hacía pensar que ya no había salido de Tailandia. La policía comprobó todas las listas de pasajeros que salieron de Bangkok, pero su nombre no volvió a aparecer en ningún sitio. Durante un tiempo Lauria barajó la posibilidad de que se hubiese agenciado un pasaporte falso en Tailandia y hubiese continuado su viaje con otro nombre. Varias azafatas de Thai Air dijeron haberlo visto, una en un vuelo hacia Londres, otra, en uno hacia París y una tercera, en un aparato que se dirigía a Phnom Penh. Pero ninguna de las investigaciones dio frutos.

Las relaciones entre Lauria y mi madre fueron estropeándose a medida que avanzaba la investigación. Al principio el policía se mostró encantador con la familia de la víctima, y en especial con su esposa, «cuyo rostro estaba transido de dolor», según se

apresuró a informar a los reporteros. Cuando llamaba por teléfono su voz sonaba tan amable, cálida y familiar como la de nuestro médico de cabecera. Pero la compasión fue convirtiéndose poco a poco en desconfianza, porque no comprendía que fuéramos incapaces de responder a tantas preguntas sobre el pasado de mi padre. Y concluyó que poníamos trabas a las investigaciones. ¿Cómo es posible que una mujer no sepa dónde nació su marido? ¿Que desconozca el día y hasta el año en que vino al mundo? ¿Que ignore el nombre de sus suegros? Mi madre movía la cabeza. ¿Hermanos? ¿Amigos de la infancia?

Según los datos de la administración de inmigrantes, mi padre llegó a Estados Unidos en 1942 con un visado birmano. Estudió derecho en Nueva York y en 1959 obtuvo la nacionalidad estadounidense. Afirmó haber nacido en Rangún, capital de la antigua colonia británica. Las investigaciones del FBI y la embajada estadounidense en Rangún no obtuvieron más información. Win es un apellido muy corriente en Birmania y nadie parecía conocer a la familia de mi padre.

Lauria dio un sorbo a su café.

—Lo lamento, Mrs. Win, nos encontramos en punto muerto —dijo, y por su tono comprendí que nos culpaba de ello, o al menos de buena parte de ello—. Me gustaría hacerle alguna pregunta más. Cada detalle, cada indicio por pequeño que sea, podría darnos una pista para seguir avanzando.

Sacó de su bolsillo un bolígrafo y una libretita.

—¿Hubo algo que llamara su atención en la semana que precedió a la desaparición de su marido? ¿Algún cambio en sus costumbres? ¿La mención de un nombre que le resultara desconocido?

—Ya he respondido antes a estas preguntas —dijo mi madre, irritada, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su disgusto.

—Lo sé. Pero quizá haya recordado algo en las últimas semanas. A veces la distancia ayuda.

—Mi marido meditaba más que nunca. No solo los tres cuartos de hora de la mañana, como siempre, sino también por la noche, después de la cena. Pero eso ya se lo dije.

—¿Estaba más tenso o intranquilo?

—No, al contrario.

—¿Más feliz? —preguntó Lauria, sorprendido.

—Mi padre no era un hombre feliz, al menos no en el sentido en que lo entendemos

aquí —dije yo, inmiscuyéndome en la conversación—. Era tranquilo, apacible, a menudo silencioso, y en los días que precedieron a su desaparición parecía aún más concentrado en sí mismo.

—En las últimas semanas escuchó más música que nunca, durante horas, antes de irse a la cama —continuó mi madre—. No solía dormir mucho. Cuatro o cinco horas por noche, no más.

—¿Escuchaba algo especial?

—A sus compositores preferidos, básicamente: Bach, Mozart, Beethoven, las óperas de Puccini, sobre todo *La Bohème*.

Lauria escribió un par de líneas en su libretita.

—Tras su desaparición observé que tanto su despacho como su estudio y su dormitorio estaban extraordinariamente ordenados. Las mesas despejadas, la correspondencia a punto, ni siquiera un libro a medio leer en la mesilla de noche.

Mi madre asintió.

—Así era él.

—¿A qué se refiere? —preguntó Lauria.

—Meticuloso y ordenado, muy organizado y previsor. Pero ¿de qué les sirve saber todo esto?

Lauria permaneció callado.

—Creemos —dijo al fin, tras una larga pausa— que los motivos de su misteriosa desaparición están estrechamente ligados a los primeros veinte años de su vida, pero sin su ayuda no haremos más que dar vueltas en círculo, como un pez que se muerde la cola.

—Les he dicho cuanto sé —le interrumpió mi madre—. Mi marido nunca habló de aquellos años. Con nadie.

—¿Pretende hacerme creer que se casó usted con un hombre al que no conocía? ¿Del que no sabía nada? —preguntó Lauria.

En su voz ya no se intuían solo los reproches o las denuncias; se había vuelto fría y cínica.

—Sabía lo que quería saber —le respondió mi madre, con una dureza que necesariamente ponía fin a la conversación—. Lo amaba. Eso fue lo único que me importó.

Lauria se levantó. Cogió el bolígrafo y la libretita y se los metió en el bolsillo. No podía comprender a mi madre. El pobre no podría aunque quisiera. Era de ese tipo de

personas que no es capaz de aceptar un no como respuesta, ni en su trabajo ni, seguramente, en su matrimonio. No se imaginaba que en aquel punto mi madre y él eran en el fondo almas gemelas. De ahí que no pudiera valorar el esfuerzo que tuvo que hacer ella para aceptar el silencio de mi padre y convivir con él.

Lauria nos miró como si pretendiera decir algo más, pero al final optó por dejarlo.

Se dirigió hacia la puerta.

—La llamaré si tenemos novedades —dijo.

—Gracias —respondió mi madre, sin la menor emoción.

Cuando Lauria se hubo marchado, ella se sentó en una silla y se quedó callada. El silencio fue haciéndose más pesado con cada respiración. ¿Por qué callábamos? ¿Decía mi madre la verdad? ¿Era cómplice de mi padre? Nuestro silencio empezó a presionarme los hombros, el estómago, y noté un hormigueo en las manos, como si alguien estuviera dándome pinchacitos con una aguja. La sensación fue subiéndome por los brazos hasta el pecho, y supe que si me llegaba a la cabeza perdería el conocimiento. Quise decir algo. No pude pronunciar palabra.

Mi madre me rescató. Se levantó, se acercó a donde yo estaba y me abrazó. Noté que había llorado.

—Tu padre ya me había abandonado mucho antes del día que desapareció.

Es cierto que hay instantes en los que la vida decide tomar una nueva dirección? ¿En los que el mundo, tal como lo conocemos, deja de existir? ¿En los que, en cuestión de segundos, nos convertimos en personas completamente diferentes? ¿Es el momento en que el ser amado nos confiesa que ama a otro y nos abandona? ¿El día que enterramos a nuestro padre o a nuestra madre o a nuestro mejor amigo? ¿El minuto en el que el médico nos informa de que tenemos un tumor maligno en la cabeza?

¿O se trata solo del final de un largo proceso que podríamos haber visto venir si hubiésemos prestado atención a las señales de alarma que lo acompañaban, en lugar de soslayarlas? ¿Ponen nuestra vida realmente patas arriba, o son apenas fases del luto o la conmoción tras las cuales seguimos viviendo con las mismas costumbres, preferencias y menosprecios, los mismos miedos y obligaciones, quizá solo distintos en apariencia?

Y, si es cierto que existen esos puntos de inflexión, ¿somos conscientes de ellos en el momento en que suceden o solo tiempo después, al echar la vista atrás?

Preguntas que jamás me habían interesado y cuyas respuestas desconocía. Fuera como fuese, la desaparición de mi padre no se encontraba entre aquellas experiencias. Yo lo quería, lo echaba de menos, pero no creía que si él hubiese seguido con nosotros yo habría tomado alguna decisión radicalmente distinta; o que en los últimos cuatro años mi vida habría sido diferente.

Eso pensaba, hasta hacía una semana.

Eran poco después de las ocho de la tarde y ya había oscurecido cuando regresé a casa del trabajo. Me disponía a entrar en el ascensor cuando el portero me llamó desde el mostrador. Afuera llovía a cántaros, mis zapatos estaban mojados, tenía frío y me apetecía llegar a mi apartamento.

—¿Qué pasa? —le pregunté, con impaciencia.

—Tiene correo —dijo, y desapareció tras una puerta.

Miré hacia la calle a través de la gran cristalera del vestíbulo. Las luces traseras de los coches refulgían en el asfalto mojado. Tenía ganas de darme una ducha caliente y

prepararme un té. El portero me dio una bolsa con un paquete marrón del tamaño de una caja de zapatos. Me lo puse bajo el brazo y subí a mi piso, en la planta treinta y cuatro.

Un apartamento pequeño. Dormitorio, baño y salón con cocina americana. Minimalista, pero con muebles muy escogidos. Una mesa de madera grande, cuatro sillas de metal, un sofá junto a la ventana, el equipo de música en el suelo, dos cuadros de Basquiat, mi pintor favorito, en las paredes. Lo que más me gustaba de mi piso eran sus vistas. La ventana de enfrente llegaba desde el techo hasta el suelo de parquet, y en los días claros ponía todo Manhattan a mis pies. La imagen que me mostraba aquella ventana era un cuadro, una obra de arte genial, que estaba viva y que cada noche me lo demostraba cambiando sus formas y colores.

Algunas tardes salía a mi pequeño balcón, y soñaba. Echaba un vistazo a Manhattan con la sensación de haberlo creado yo misma, estiraba los brazos e imaginaba que podía volar. Era mi ciudad.

Escuché los mensajes del contestador. Eran ocho, todos por temas laborales. Sobre la mesa, un montón de correspondencia. Facturas y folletos de propaganda. Olía a productos de limpieza y abrí la puerta que daba al balcón. Seguía lloviendo. Las nubes estaban tan bajas que apenas alcanzaba a ver la otra orilla del East River. A mis pies, cada vez más coches se sumaban al atasco entre la Segunda Avenida y el puente Queensboro, y el sonido de sus bocinas subía hasta la planta treinta y cuatro.

Después de ducharme saqué el paquete de la bolsa. Enseguida reconocí la letra de mi madre. De vez en cuando me enviaba sobres con saludos o recortes de periódico que pensaba que podrían interesarme, o que creía que tenían que interesarme. Odiaba los contestadores, y aquel era su modo de dejarme sus mensajes. Hacía tiempo que no me enviaba ningún paquete; algo insólito, y más teniendo en cuenta que habíamos quedado para comer juntas al día siguiente. Lo abrí y me encontré con un montón de fotos antiguas, documentos y certificados de mi padre, acompañados de unas líneas escritas por mi madre.

Julia, encontré esta caja al desapolillar el desván. Se había caído detrás de la antigua cómoda china. Quizá te interese. He metido también la última foto que nos hicimos los cuatro juntos. Ya no la necesito. Tengo ganas de que llegue el sábado.

Con cariño,

JUDITH

Lo esparcí todo por la mesa. Encima quedó la foto de familia que nos hicimos el día de mi licenciatura. Yo estaba entre mis padres e irradiaba felicidad. Me había inclinado hacia ellos, mientras que mi hermano se había puesto detrás de mí y tenía sus manos sobre mis hombros. Mi madre se reía mirando a la cámara con orgullo. Mi padre sonreía. Cómo pueden mentir las fotos. La familia perfecta y feliz. Nada hacía prever que aquella sería nuestra última foto juntos, o, peor aún, que uno de nosotros llevaba tiempo planeando su despedida a espaldas de los demás. Tras la desaparición de papá había mirado aquella foto a menudo, largamente, como si en ella fuera a encontrar las respuestas a mis preguntas, como si pudiera esconder algún detalle, alguna pista secreta que me ayudara a resolver el misterio. Estudié su rostro con lupa, sobre todo sus ojos, que podían brillar de tal modo que le resultaba imposible ocultar su felicidad. Pero en aquella foto parecían vacíos, ausentes, como si ya entonces se hubiese marchado de nuestro lado.

Bajo la foto, dos pasaportes caducados, el documento que lo acreditaba como ciudadano estadounidense y varias agendas viejas llenas de apuntes escritos con letra pequeña y apretada. Boston. Washington. Los Ángeles. Miami. Londres. Hong Kong. París. Hubo años en los que mi padre dio varias vueltas al mundo. Había llegado a ser uno de los ocho socios de su bufete y se había especializado pronto en la industria del entretenimiento. Asesoraba a los estudios de Hollywood en sus contratos cinematográficos, sus adquisiciones y sus fusiones. Además, entre sus clientes se encontraban algunas de las más importantes estrellas de ese mundo.

Jamás alcancé a entender cómo había llegado a tener tanto éxito. Trabajaba mucho, es cierto, pero al mismo tiempo no parecía tener ni la más mínima ambición personal. No era engreído y no le interesaba la fama de sus clientes. Su nombre jamás apareció en la prensa rosa y no acudió a ninguna fiesta; ni siquiera a los opulentos bailes de caridad que mi madre y sus amigas solían organizar. Parecía ajeno a esa necesidad tan propia de los inmigrantes de pertenecer a un lugar. Era un solitario. La imagen opuesta de lo que cualquiera habría imaginado al pensar en un abogado del mundo del espectáculo. Quizá fuera precisamente eso lo que avivara el respeto que todo el mundo le profesaba. Lo que lo convirtiera en un admirado negociador. Esa calma, ese sosiego, ese modo tan poco pretencioso de hacer las cosas, siempre algo ingenuo, ausente, distraído, completamente inmutable ante el dinero o la fama. Y a eso había que añadir dos características extraordinarias, tan pronunciadas que en ocasiones resultaban inquietantes hasta para sus

propios socios y sus escasos amigos: poseía una memoria casi fotográfica y un increíble conocimiento de la naturaleza humana. Mi padre revisaba balances y borradores de contratos y enseguida se los sabía de memoria, y citaba memorandos y correspondencias que se remontaban varios años atrás. Antes de empezar una conversación solía cerrar los ojos y concentrarse en las voces de sus interlocutores. Como si escuchara una ópera. Pocas frases después sabía cuál era su estado anímico, percibía si estaban seguros de lo que defendían, intuía si decían la verdad o intentaban marcarse un farol. No lo lograba siempre, pero casi. De joven nunca se equivocaba, solía decir. Era algo que había aprendido. Pero jamás quiso decirme quién se lo había enseñado ni cuándo ni dónde, por mucho que se lo pedí.

Jamás logré colarle una mentira. Jamás.

La agenda más antigua era de 1960. La ojeé por encima. Citas de negocios; nombres, lugares y fechas desconocidos. En el centro, una nota en la que inmediatamente reconocí la letra de mi padre.

¿Cuánto vive el hombre, por fin?
¿Vive mil días o uno solo?
¿Una semana o varios siglos?
¿Por cuánto tiempo muere el hombre?
¿Qué quiere decir «Para siempre»?

PABLO NERUDA

Debajo de todo había un sobre de fino papel azul para correo aéreo, cuidadosamente doblado hasta quedar convertido en un pequeño cuadrado. Lo desdoblé y lo abrí. Tenía escrita una dirección:

Mi Mi
38, Circular Road
Kalaw (Shan)
Birmania

Dudé. ¿Contendría aquella insignificante cuartilla azul, fina como el papel de fumar, la clave de los secretos de mi padre? ¿Tendría por primera vez la posibilidad de descubrir algo sobre su desaparición?

No estaba segura de querer leerlo. ¿Hasta qué punto seguía siendo importante la verdad ahora, cuatro años después? Mi madre había aceptado al fin vivir con la incógnita y las cosas le iban probablemente mejor que durante su matrimonio. Mi hermano continuaba en California y estaba a punto de fundar una familia. Su relación con mi padre nunca había sido demasiado buena y debía de hacer ya dos años que ni siquiera lo mencionaba. Yo concentraba mis energías en el trabajo y me forjaba una carrera como abogada. Tenía la agenda a tope para los meses siguientes. Estaba trabajando en dos casos muy importantes y no me quedaba un segundo libre, ni siquiera para tener novio. Cada uno de nosotros se había acomodado a su propia versión de los hechos y no nos iba nada mal. En aquel momento no tenía ni la energía ni el interés suficientes para preocuparme por el pasado. Bien pensado, ¿por qué habría de hacerlo? Así estaba bien.

Cogí la carta y me dirigí a la cocina. Podría quemarla en el fogón. Las llamas tardarían pocos segundos en convertir en cenizas aquel papel tan fino. Encendí el fuego, oí salir el gas, el clic del encendido automático de la llama. Acerqué el sobre. Un solo movimiento y nuestra familia continuaría en paz. Ya ni siquiera sé cuánto rato estuve ahí plantada, frente al fuego. Sólo recuerdo que de pronto los ojos se me anegaron en lágrimas que me rodaron por las mejillas. No sabía por qué lloraba, pero mi tristeza fue haciéndose cada vez mayor, y en un momento dado me encontré de nuevo sobre mi cama, llorando como una niña.

Cuando me desperté, el reloj que tenía junto a la cama marcaba las 5. 20. Aún notaba el llanto en el cuerpo, aunque por unos brevísimos instantes no recordé el motivo y pensé que quizá se había tratado de un sueño. Entonces vi la carta. Me levanté y me desvestí, me duché, me enfundé en mi albornoz, metí un cruasán congelado en el microondas y me preparé un café con leche. Sentada a la mesa, empecé a desdoblar la carta. Como si pudiera explotar entre mis dedos como una pompa de jabón.

Nueva York, 24 de abril de 1955

Querida Mi Mi:

Han pasado 5. 864 días desde que escuché los latidos de tu corazón por última vez. ¿Tienes idea de cuántas horas son eso? ¿Cuántos minutos? ¿Sabes lo pobre que es un ave que no puede trinar, una flor que no florece? ¿Qué calvario sufre un pez al que le privan del agua?

Es difícil escribirte una carta, Mi Mi. He escrito ya tantas que al final no he enviado. . . ¿Qué podría decirte que no sepas ya? Como si nos hicieran falta la tinta y el papel, las letras y las palabras, para saber cómo nos sentimos. Tú has estado a mi lado todas y cada una de las 140. 736 horas, sí, tantas ya, y seguirás estándolo hasta que nos reencontremos. (Perdona si verbalizo lo obvio, solo por una vez.) Volveré cuando llegue el

momento. Qué sencillas y vacías pueden sonar a veces las más bellas palabras. Qué triste y desoladora debe de ser la vida para quienes precisan de ellas para entenderse, quienes necesitan tocarse, verse u oírse para sentirse cerca del ser amado. Quienes se obligan a darse muestras de amor, o a confirmarlo, para estar seguros de su existencia. Intuyo que estas líneas tampoco llegarán a tus manos. Ya hace tiempo que sientes lo que pretendo escribirte, así que estas cartas están, en el fondo, dirigidas a mí mismo, y son apenas intentos de apaciguar la nostalgia.

La carta se interrumpía en este punto. La leí una segunda y una tercera vez, la doblé y la metí de nuevo en su sobre. Miré el reloj. Era sábado por la mañana, poco después de las siete. Había dejado de llover y las nubes habían dado paso a un cielo de color azul intenso que cubría todo Manhattan. El sol despuntaba sobre el East River, se coló en mi habitación y lo cubrió todo de una luz cálida y rojiza. Iba a ser un día frío y hermoso.

Cogí una hoja de papel. Pensé en tomar apuntes, analizar la situación, articular una estrategia; lo que hacía en el despacho. El papel siguió en blanco.

Había dejado pasar el momento de la decisión. Ya estaba tomada, aunque en realidad no sabía quién lo había hecho por mí ni por qué.

Me sabía de memoria el número de United Airlines. El siguiente vuelo a Rangún salía el domingo, y tenía escala en Hong Kong y Bangkok. Una vez allí debería hacerme con un visado en orden, y, de ser así, el miércoles podría volar con Thai Air hasta Birmania.

—¿Y la vuelta?

Reflexioné unos segundos.

—Déjela abierta.

Mi madre ya me esperaba. Habíamos quedado para comer a la una y media, en el Sant Ambroeus de Madison Avenue. Era la una y veinte y ella, como casi cada tarde de domingo, estaba sentada en el sitio de siempre, bastante hacia atrás. El del banco forrado de terciopelo rojo, desde donde podía ver todo el local, con su barra de *capuccinos* en primera fila. En su mano, una copa de vino blanco semivacía. Desde la apertura de aquel restaurante italiano, hacía ya doce años, mi madre y sus amigas se habían convertido en clientas habituales. Les gustaban los camareros, siempre algo engreídos en sus esmóquines negros, y sobre todo Paolo, el dueño, que las saludaba siempre con grandes aspavientos y les besaba las manos como si llevaran años sin verse. Solían comer allí dos y hasta tres veces por semana, planeaban los bailes de beneficencia para el invierno y se quejaban del tráfico de Hampton en verano.

Mi madre ya había pedido; era uno de nuestros rituales: en Sant Ambroeus ella pedía por mí. Tenía ante sí un plato con tres rodajas de tomate y mozzarella. A mí me esperaba una ensalada pequeña.

Me habló del baile de beneficencia de la Asociación Protectora de Animales, del que era patrocinadora, y de los cuadros de Francis Bacon que había visto en el MoMA y le habían provocado verdadero espanto. Yo asentía casi sin oírla.

Estaba nerviosa. ¿Qué le parecerían mis planes?

—El lunes me voy de viaje —le dije. La voz me tembló más de lo que esperaba.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—A Birmania.

—No me hagas reír —dijo, sin levantar la vista de su mozzarella.

Con frases como esa lograba hacerme callar siempre, desde que era pequeña. Di un trago a mi agua mineral y observé a mi madre. Había vuelto a teñirse las canas de color rubio oscuro y a cortarse el pelo bien corto. El corte la hacía parecer más joven, pero también más severa. Su nariz aguileña se había afilado más aún en los últimos años, su labio superior prácticamente había desaparecido y la comisura de su boca, cada vez más

arqueada hacia abajo, aportaba a su rostro un toque de acritud. Sus ojos azules habían perdido el brillo que yo recordaba de mi infancia. ¿Sería cosa de la edad o era aquel el aspecto de una mujer que nunca fue amada? Al menos no como hubiese querido o necesitado. ¿Sabía de la existencia de Mi Mi, pero había preferido ocultársela a sus hijos, ocultármela a mí? ¿Tenía que hablarle de la carta?

Se llevó a la boca un trozo de tomate con queso y me observó. No supe interpretar su mirada, así que la esquivé.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Aún no lo sé.

—¿Y tu trabajo? ¿Qué hay de las negociaciones con Washington de las que me habías hablado?

—No lo sé. Quizá puedan esperar dos semanas.

—Estás loca. Te juegas tu carrera. ¿Y para qué?

Había esperado y temido aquella pregunta. No podía responderla. La carta para Mi Mi se escribió hacía cuarenta años. Lo cierto es que no creía que tuviera nada que ver con la desaparición de mi padre. No sabía quién era Mi Mi, dónde estaba, qué papel había desempeñado en la vida de mi padre o si aún estaba viva. Tenía un nombre y una dirección antigua en un pueblo que ni siquiera sabía con certeza dónde se encontraba. No soy de ese tipo de personas que se dejan llevar por los sentimientos sin pensárselo dos veces. Suelo hacer más caso a mi intelecto que a mis instintos.

Pero en este caso. . . Tenía que lanzarme a la búsqueda. Algo me empujaba en aquella dirección, una fuerza que desconocía y a la que no lograba resistirme; una fuerza contra la que no tenía más que argumentos racionales. Y, por primera vez en mi vida, no eran suficientes.

—¿Qué esperas encontrar en ese país? —oí preguntar a mi madre.

—La verdad —respondí.

Pretendía que fuera una afirmación, pero sonó más bien como una interrogación.

—La verdad, la verdad —repitió ella—. ¿Qué verdad? ¿Su verdad? ¿Tu verdad? La mía puedo decírtela en este mismo segundo, en tres frases, si te interesa.

Su voz sonaba amarga y avejentada. No me había dado cuenta de lo herida que se sentía mi madre. Jamás habíamos hablado del tema; ni de su matrimonio ni de la frase «Tu padre ya me había abandonado mucho antes del día que desapareció».

—Quisiera saber qué le sucedió a mi padre. ¿Por qué no puedes entenderlo?

—¿Y de qué te serviría eso, ahora?

—Quizá aún esté vivo. . .

—Aunque así fuera, ¿no crees que ya se habría puesto en contacto con nosotros si hubiese querido saber cómo nos iba? —Se dio cuenta de que su comentario me afectaba y añadió—: ¿O quieres jugar a los detectives? La policía seguro que puede hacerlo mejor. Sea lo que sea lo que hayas encontrado entre sus cosas. . . ¿por qué no se lo das a Lauria? Llámalo. Se alegrará.

Yo también había pensado en eso. Pocas horas después de reservar mi vuelo me encontré en el comedor de mi piso, mirando la ciudad a través de la ventana, y de pronto me pareció que todo aquello era una tontería. ¿En qué aventura quería implicarme? Parecía una adolescente que lo dejaba todo para salir en pos de su amor y recorrer el mundo en su busca. Jamás había sido tan espontánea. Ni a los dieciocho años. Así que, ¿por qué tenía que serlo a los veintisiete? Eché un vistazo a mi agenda y comprendí lo absurdo que era aquel plan. Estábamos preparando la fusión de dos compañías de teléfonos, y en las próximas semanas teníamos previsto realizar varias charlas determinantes en el departamento sobre los cárteles de Washington, además de negociaciones en Phoenix y Austin.

¿Qué espacio me quedaba para Mi Mi?

Llamaría a Lauria, le diría lo que había encontrado y le pediría que me aconsejara.

—Lauria —dijo él al teléfono.

Lauria. Con eso bastó. Conocía demasiado bien su tono, perfectamente calculado; su falsa cordialidad, su fingido interés. Lo conocía todo por mi profesión; lo reconocía en mí misma cuando hablaba con alguien del que esperaba o necesitaba algo. Oí su voz y supe que nunca le diría nada de Mi Mi. La mera idea de que llegara a tener en sus manos y leyera la carta de mi padre me pareció repulsiva. Fuera cual fuese el misterio que ocultara, Lauria no tenía por qué enterarse. No era cosa suya. No lo entendería, lo pisotearía todo y lo destrozaría sin darse cuenta siquiera.

Tenía la sensación de que mi padre me había confiado un secreto, un tesoro, un trocito de su corazón o de su alma, pensado solo para mí, y que mi deber era cuidarlo y protegerlo.

—Soy Julia Win. Solo quería saber si tenían alguna novedad —dije, con cierta torpeza.

—No. A no ser que usted tenga algo. . .

—¿Yo? ¿Por qué habría de tenerlo?

—¿Por qué, si no, ha llamado?

Fue una conversación breve.

Miré a mi madre.

—¿Y bien?

—¿Qué quieres saber?

—La verdad.

Dejó los cubiertos lentamente, se dio unos golpecitos en los labios con la servilleta y bebió un sorbo de vino.

—La verdad es que tu padre me engañó. No una vez, ni dos. Me engañó todas las horas, todos los días de los treinta y cinco años que duró nuestro matrimonio. No con una amante a la que visitara en secreto durante sus viajes o con la que se viera algunas tardes mientras yo creía que seguía en el despacho. No sé si tuvo jamás una aventura de ese tipo, y ya no me importa. Me engañó porque me hizo una promesa que jamás cumplió. Se prometió a sí mismo. ¿Eso es el matrimonio, no? Se convirtió al catolicismo por mí y en nuestra boda repitió las palabras sagradas: en lo bueno y en lo malo. Pero no lo dijo en serio. Fingió tener fe y fingió amarme. Nunca se entregó a mí, Julia, ni siquiera en los buenos tiempos.

»¿Crees que jamás le pregunté por su pasado? ¿De verdad crees que los primeros veinte años de su vida me fueron en algún momento indiferentes? La primera vez que se lo pregunté me dio largas, me miró con aquella ternura y confianza tan propias de él, tan irresistibles para mí entonces, y me prometió que un día me lo contaría todo. Aquello fue antes de nuestra boda, y yo le creí, confié en él. Más adelante le repetí la pregunta hasta agobiarlo, lloré, grité y le amenacé con divorciarme. Le dije que me marcharía de casa y que solo volvería cuando decidiera dejarse de secretos. Me dijo que me amaba y me preguntó por qué no me parecía suficiente. ¿Cómo puede nadie decir que ama a otra persona si no es capaz de compartirlo todo con ella, incluido el pasado?

»Después de tu cumpleaños encontré una antigua carta entre sus libros. La había escrito poco antes de nuestra boda. Era una carta de amor y estaba dirigida a una mujer birmana. Quiso explicármelo, pero ya no quise saberlo. Te parecerá extraño, Julia, pero una confesión pierde todo su valor si llega en el momento inadecuado. Si lo hace

demasiado pronto, nos supera porque no estamos preparados y no somos capaces de concederle su verdadero valor. Si lo hace demasiado tarde, ha perdido ya su oportunidad; la desconfianza y la decepción son ya demasiado grandes, y la puerta se ha cerrado. Lo que debería aportar un acercamiento solo trae, en ambos casos, lejanía. Distancia. Para mí era demasiado tarde. Ya no quería saber nada de sus antiguas amantes. No nos habrían acercado, solo herido. Le dije que me divorciaría si volvía a encontrar una carta como aquella, por muy antigua que fuera, y que jamás volvería a vernos, ni a mí ni a sus hijos. Funcionó. Jamás volví a encontrar nada, aunque cada dos o tres semanas revisaba de nuevo sus cosas concienzudamente.

Hizo una pausa, vació su copa y pidió una nueva. Intenté cogerle la mano, pero la retiró y movió la cabeza. También era tarde para eso.

—¿Cómo podía defenderme? ¿Cómo podía hacerle pagar por lo que me había hecho? Decidí tener mis propios secretos. Empecé a compartir cada vez menos cosas con él, a ocultarle mis ideas y mis sentimientos. Y él no preguntó. Pensaba que si quería contarle algo o compartir algo con él, lo haría. Y así convivimos, uno al lado del otro, hasta el día que desapareció.

»Me utilizó. Yo era joven, aún no tenía ni veintidós años, y era también muy ingenua. La primera vez que nos vimos fue en el cumpleaños de una amiga. Aún me parece verlo entrar por la puerta, alto y delgado, con sus labios carnosos, su boca que siempre parecía estar sonriendo. Era guapo y las mujeres se volvían locas por él sin que él hiciera nada al respecto. Quizá ni siquiera se daba cuenta. Todas mis amigas se lo habrían quedado. Su nariz grande, su frente ancha y su rostro enjuto le conferían un aspecto ascético que me pareció de lo más atractivo. Y sus gafas negras y redondas potenciaban aún más sus bonitos ojos. Se movía con ligereza, se expresaba con elegancia y tenía un lenguaje, un aura, que impresionó hasta a mis padres. Para ellos habría sido el yerno perfecto: culto, inteligente, de modales impecables, seguro de sí mismo y en absoluto arrogante. Sin embargo, por supuesto, se opusieron a la boda. Murieron sin perdonarme que me hubiera casado con un mestizo. Fue la primera y única vez que me rebelé ante ellos. Como sabes, no es propio de mí. Cambié las reglas en esa única ocasión, y lo he pagado toda mi vida.

Respiró hondo. El camarero había traído su risotto, que la esperaba, humeante, sobre la mesa, pero ella no lo tocó.

—Ve a Birmania, si quieres —me dijo. Parecía agotada—. Cuando vuelvas, no te

preguntaré. Y no quiero que me cuentes nada de lo que encuentres. Sea lo que sea, no me interesa.

Frente a la puerta me esperaba la limusina que debía llevarme al aeropuerto. Era una mañana clara y fría. Vi el aliento del chófer, que caminaba de un lado a otro, junto al coche, fumando. El portero llevó mi equipaje hasta el vehículo y lo metió en el maletero. Cuando estaba a punto de entrar me dio una carta. Hacía media hora que una mujer le había pedido que me la entregara. La letra de mi madre. ¿Por qué no había subido? Mientras el conductor dejaba la Segunda Avenida y entraba en el túnel de Midtown, abrí el sobre.

Mi querida Julia:

Cuando leas estas líneas estarás de camino a Birmania, tierra natal de tu padre. Sea lo que sea lo que andes buscando, espero que lo encuentres.

Te escribo porque no logro sacarme de la cabeza la charla que tuvimos en Sant Ambroeus. Por la tarde, cuando nos despedimos al teléfono, no quise decirte esto que ahora vas a leer.

Durante la comida de ayer reaccioné muy en contra de tus planes. Me hicieron mucho daño, aunque no sé por qué. ¿Fue quizá la decepción que lleva consigo un matrimonio fracasado, que, no obstante, duró casi treinta y cinco años? ¿Un fracaso que ni tu padre ni yo admitimos? ¿O fue más bien el temor a que te pusieras de su parte? Perdóname por haber pensado así.

Ahora he tenido toda una noche para pensar en tu pregunta sobre «la verdad», y me temo que el domingo te oculté un detalle de gran importancia.

Tu padre no quería casarse conmigo. Por lo menos al principio. Desde el día en que le propuse que nos casáramos hasta el que lo hicimos pasaron dos años. Fue una época en la que hice cuanto estuvo a mi alcance para conquistarlo. Al principio me dijo que no nos conocíamos lo suficiente y que debíamos esperar a saber más el uno del otro. Después afirmó que éramos demasiado jóvenes y teníamos que darnos tiempo. Poco antes de la boda me advirtió de que no podría quererme como yo seguramente esperaba o necesitaba. No le escuché. No le creí. Sus reservas, sus dudas, no hacían más que acrecentar mi determinación. Quería conseguirlo. Lo quería a él; a nadie más. Los primeros meses sospeché que quizá tenía una esposa en Birmania, pero me dijo que no estaba casado. No quiso decirme nada más sobre los años que pasó en su país. Y en aquel momento tampoco me interesó. Estaba convencida de que no tardaría mucho en aceptarnos, a mí y a mi amor. Birmania quedaba muy lejos. Yo era quien dormía a su lado y me levantaba con él. Quería conquistarlo. ¿Fue mi vanidad herida lo que me impidió desistir? ¿Me comporté como la hija obediente y educada, de buena familia, que de pronto quiere rebelarse ante sus padres? Nada podría ser más efectivo para oponerse al mundo de mis padres que casarse con un hombre de piel oscura.

Llevo cuatro años intentando responder a estas preguntas. Sin éxito. Quizá fue una combinación de todas esas cosas. Cuando comprendí que no podría cambiar a tu padre como hubiese querido, ya era demasiado tarde. Al

principio seguimos juntos por nuestros hijos y después nos faltó coraje para separarnos, al menos a mí; por cuanto hace a tu padre, desconozco sus motivos. Quizá los desconocí siempre.

Quería que lo supieras antes de salir en su busca.

Vuelve sana y salva.

Que Dios te bendiga.

JUDITH

Pasé mucho rato acostada pero dormí mal, aunque apenas podía moverme del sueño que tenía y lo agotada que estaba. La infinidad de preguntas que me rondaban la cabeza no me dejó descansar y me retumbó en el cerebro como si alguien estuviera gritándome al oído sin cesar. En varias ocasiones me incorporé sobresaltada en la cama, con el sueño roto, y eché un vistazo al despertador de viaje que tenía junto a la cama. Las dos y veinte. Las tres y diez. Las cuatro menos veinte.

Al día siguiente la cosa no mejoró. Me desvelé de repente y ya no pude volver a dormir, tenía ganas de vomitar, me dolía la cabeza y el corazón me latía con tanta fuerza como si alguien estuviera golpeándome el pecho sin cesar. Conocía aquella sensación. En Nueva York me pasaba lo mismo las noches previas a citas o negociaciones importantes.

Por la ventana abierta entraba una brisa suave y noté el frío de la mañana colándose lentamente bajo mis sábanas. Un olor fresco y exótico que me resultaba desconocido llenaba la habitación.

Se hizo de día. Me levanté y fui hasta la ventana. El cielo era de color azul oscuro, sin una nube, y el sol aún estaba escondido en algún lugar, tras las montañas. En la pradera que quedaba frente al hotel vi árboles en flor, arbustos y plantas que me parecieron tan extrañas, tan desconocidas, como si formaran parte de la vegetación de un cuento infantil. Sus colores eran más salvajes y explosivos que cualquiera que hubiese visto en América. Me recordaban a los cuadros de Basquiat que tenía en mi piso. Hasta el rojo de las amapolas me parecía mucho más intenso de lo normal.

En la ducha no había agua caliente.

Las paredes y el techo del comedor para el desayuno estaban revestidos de madera oscura, casi negra. Junto a la ventana, había una mesa con cubiertos para el desayuno. Las demás estaban vacías. Yo era la única cliente del hotel.

El camarero se me acercó con una profunda reverencia. Podía escoger entre té o café y

huevos fritos o revueltos. No conocía los cornflakes ni los bagels. No tenían embutidos ni queso.

—Huevos fritos o revueltos —repitió.

—Revueltos —dije, y él asintió.

Lo vi alejarse y desaparecer tras una puerta batiente que quedaba justo en la otra punta del comedor. Él también se movía con tanta ligereza que ni siquiera pude oír sus pasos. Como si levitara unos centímetros por encima del suelo.

Estaba sola y el silencio me resultaba incómodo. Me sentía observada, como si las mesas y las sillas vacías tuvieran ojos, me miraran fijamente y anotaran con desaprobación todos y cada uno de mis movimientos. No estaba acostumbrada al silencio. No al de aquel tipo, cuando menos. ¿Cuánto podía tardarse en hacer un café? ¿En preparar unos huevos? ¿Por qué no me llegaba ninguna voz, ningún sonido, de la cocina? El silencio me oprimía, me parecía más inquietante a cada minuto que pasaba, y me pregunté si existiría una progresión del silencio, del mismo modo que es posible elevar el nivel de ruido. La respuesta era evidente: cada instante me atacaba con más fuerza; me hería los oídos; era insoportable. Carraspeé, golpeé el plato con el cuchillo. Solo por oír algo. El silencio devoró los sonidos y resultó aún peor.

Me levanté, me dirigí hasta la puerta que daba al jardín, la abrí y salí. Hacía viento. Nunca el susurro de un árbol, el murmullo de una abeja, el canto de un saltamontes, me había parecido tan tranquilizador.

El café solo estaba tibio; los huevos, quemados. El camarero se quedó en una esquina, sonrió e inclinó la cabeza, y yo me tomé los huevos chamuscados y me bebí el café medio frío e incliné la cabeza y le devolví la sonrisa. Pedí otro café y eché un vistazo a mi guía turística. Apenas dedicaba una hoja a Kalaw.

Emplazado en el límite occidental del valle de Shan, famosa estación de montaña en época británica, hoy es un lugar tranquilo y pacífico con muchos recuerdos de la época colonial. Situado a 1. 320 metros de altura, su temperatura es siempre agradablemente fresca. Un lugar ideal para pasear entre bosques de pinos y bambús, con impresionantes vistas a las montañas y valles de la provincia de Shan.

Población: irrepitible mezcla de shanes, birmanos, diversos habitantes de las montañas, musulmanes birmanos e indios y nepaleses (gurkas que en su día sirvieron al ejército británico). Muchos de ellos acudieron a escuelas misioneras. Hasta los años setenta hubo en Kalaw misioneros estadounidenses impartiendo clases en las escuelas. Hoy en día la mayor parte de sus antiguos habitantes continúa hablando inglés.

Como puntos de interés turístico mencionaba tres pagodas y el mercado. Por lo visto

había tres restaurantes: uno birmano, uno chino y uno nepalés, un cine y varias casas de té. El hotel en el que me alojaba, de estilo Tudor, fue diseñado por un arquitecto inglés; fue la primera casa del lugar, ya en época colonial. Pero había varios hotelitos más y pensiones para los «menos exigentes».

Tras el desayuno me dirigí al jardín y me senté bajo un pino, en un banco de madera. No quedaba ni rastro del frescor de la mañana. Con el sol llegó el calor, y un olor pesado y dulce impregnaba el ambiente.

¿Por dónde empezaría a buscar a Mi Mi? Mi único punto de partida era el sobre con la dirección:

38, Circular Road
Kalaw (Shan)
Birmania

De eso hacía casi cuarenta años.

Necesitaba urgentemente un vehículo y la ayuda de un nativo que conociese bien la zona. ¿Qué más?

Apunté en mi libreta una lista de cosas que tenía que hacer:

1. Alquilar coche con chófer
2. Encontrar guía turístico
3. Hacerme con un listín telefónico
4. Comprar un plano de la ciudad
5. Buscar la dirección de Mi Mi
6. En caso de que hubiera cambiado de domicilio, preguntar a los vecinos y/o la policía
7. Preguntar a la policía por mi padre
8. Pedir información al alcalde y/o la oficina del ciudadano
9. Posibilidad de visitar a otros estadounidenses o ingleses de la zona
10. Colgar una foto de papá en casas de té, hoteles y restaurantes
11. Visitar todos los hoteles, clubes, etc.

Así era como preparaba mis encuentros y conversaciones con clientes: las listas, la investigación sistemática, era algo que conocía bien; que me aportaba seguridad.

En el hotel me recomendaron un chófer que hacía las veces de guía turístico. Aquel día había salido con dos turistas daneses, pero a partir del día siguiente dispondría de tiempo para mí. Tenía previsto volver al hotel aquella misma tarde, hacia las ocho. Me

pareció lógico esperar a que regresara y empezar a buscar al día siguiente. Además, así podría preguntar a U Ba por Mi Mi, aunque fuera un estafador. Por lo visto había vivido siempre en Kalaw y tenía aproximadamente la misma edad que ella, de modo que era posible que la conociera.

Eran poco más de las doce cuando decidí salir a hacer footing. Mi cuerpo necesitaba moverse un poco tras el largo viaje, y aunque hacía mucho calor, el viento y el aire seco de las alturas lo convertían en algo soportable. Estaba en buena forma y en Manhattan solía correr varios kilómetros por Central Park incluso en las tardes más calientes y húmedas del verano.

El ejercicio me sentó bien, me liberó. Las miradas dejaron de molestarme. Ya no tenía que evitarlas, porque estaba concentrada en mis piernas. Tuve la sensación de que podía escapar de todo lo que me resultaba extraño e inquietante, de que podía ver y observar sin ser vista. Bajé por la calle mayor, corrí hasta el pueblo, pasé junto a una mezquita y una pagoda, rodeé el mercado con un gran arco, adelanté carros tirados por bueyes, coches de caballos y a varios monjes jóvenes. Tuve que correr para darme cuenta de la lentitud y parsimonia con la que se movía la gente de aquel lugar, pese a la ligereza de sus pies. De pronto me sentía a su altura. Yo decidía mi propio ritmo, ya no tenía que seguir adaptándome a su velocidad. Sentí la fuerza en mis piernas, y me alegré de que no hubiese remitido al cabo de media hora. Ni siquiera el regreso de subida al hotel me resultó cansado.

Tras una ducha me estiré sobre la cama y descansé. Me sentía mejor.

Entonces, de camino a la casa de té, mis piernas empezaron a dar muestras de cansancio. Pude notarlo a cada paso. No soy de esas personas a las que les gustan las sorpresas. ¿Qué tenía pensado contarme, cuánto tendría de verdad? Le haría preguntas muy detalladas, y si incurría en alguna contradicción, me levantaría y me iría.

U Ba ya me esperaba. Se levantó, hizo una reverencia y me cogió de las manos. Tenía la piel suave y las manos agradablemente cálidas. Nos sentamos. Pidió dos vasos de té y unas galletas y me miró sin decir nada. Al cabo de un rato cerró los ojos, respiró hondo y empezó a hablar.

Diciembre es un mes muy frío en Kalaw. El cielo está azul y despejado. El sol se desliza de un lado a otro del horizonte, pero ya no se eleva lo suficiente para calentar de verdad. El aire es fresco y claro, y solo los olfatos más sensibles perciben aún, a lo lejos, el aroma pesado y dulce de la temporada de lluvias tropicales, en que las nubes se adhieren a los tejados del pueblo y penden sobre los valles y el agua cae del cielo sin descanso, sin clemencia, como si quisiera impedir que el mundo muriera de sed. Entonces todo es calor y humedad, en el mercado huele a pescado podrido y las moscas se posan, apáticas, sobre las vísceras y los esqueletos de las ovejas y el ganado, demasiado cansadas para esquivar los manotazos mortales que se les avecinan. Hasta la tierra parece sudar, y de sus poros salen reptando gusanos e insectos. Los inofensivos riachuelos se convierten en caudalosos ríos que aprovechan cualquier descuido para devorar cerdos, corderos o niños y vomitarlos más abajo, en el valle, sin vida.

Diciembre no tiene nada que ver con eso. Diciembre promete calma a los ciudadanos de Kalaw; el descanso de las fuerzas de la naturaleza. Propone días frescos y noches frías.

Diciembre es un mes hipócrita, pensó Mya Mya. Estaba sentada en un taburete de madera, frente a su casa, y miraba más allá de los campos y del valle, hacia las lejanas cimas de las montañas. El aire era tan claro que pensó que con unos prismáticos lograría ver el fin del mundo. Mya Mya no confiaba en el tiempo. Aunque no recordaba haber visto jamás una sola nube en el cielo durante un mes de diciembre, no descartaba la posibilidad de que el día se nublase en cualquier momento. O que se produjera un tifón, por mucho que, desde tiempos inmemoriales, ninguno había recorrido el camino desde el golfo de Bengala hasta las montañas a través de Kalaw. Pero ella se obstinaba en repetir que la opción no podía excluirse. Mientras existieran los tifones, cualquiera de ellos podía arrasarse su ciudad. O la tierra podía ponerse a temblar. Incluso, o quizá precisamente, en un día como aquel, en el que nada hacía presagiar una catástrofe. La seguridad es siempre ilusoria. La confianza, un lujo que Mya Mya no podía permitirse;

de eso estaba profundamente convencida. Para ella no había calma ni paz. No en este mundo. No en esta vida, la suya.

Fue algo que aprendió aquel día cálido, ardiente, de agosto, hacía ya diecisiete años. Cuando jugaban en el río, ella y su hermano gemelo. Cuando él resbaló en las escurridizas piedras. Cuando perdió el equilibrio y empezó a remar con los brazos, con la torpeza de una mosca apresada en un vaso. Cuando cayó al agua, que lo arrastró consigo. Al viaje. El eterno. Ella se quedó en la orilla y no pudo ayudarlo. Vio emerger su rostro una vez más, la última.

Un sacerdote habló de la voluntad divina, de una prueba de fe a la que el Todopoderoso, en su eterna sabiduría, había querido someter a la familia. Los caminos del Señor son inescrutables.

Los monjes budistas buscaron el motivo del accidente en una vida anterior de su hermano. Debió de hacer algo horrible en otra vida, y su muerte era el castigo que debía pagar.

El día después del accidente, el astrólogo de la región dio otro sentido al sinsentido, el suyo propio. Los niños salieron a jugar hacia el norte, y no tendrían que haberlo hecho, teniendo en cuenta el día de su aniversario. Para ellos, aquel sábado de agosto el norte solo podía significar desgracia. Si se lo hubiesen preguntado a él, al astrólogo, antes de partir, los habría advertido de ello. Así de fácil es la vida, pensó ella entonces, a sus cinco años. Así de difícil.

Con su hermano murió también una parte de ella misma para la que no hubo entierro. De la que la familia ni siquiera se enteró. Sus padres eran campesinos y estaban ocupados en la cosecha y en la siembra y en sus otros cuatro hijos. Tenían bocas hambrientas que alimentar. Ya era suficiente esfuerzo ofrecerles cada noche un plato de arroz con algo de verdura.

Mya Mya, la medio muerta, estaba sola, y se pasó los años siguientes intentando poner orden en el mundo que se le había venido abajo. Cada tarde bajaba al río y se sentaba en el lugar desde el que vio a su hermano por última vez, esperando que volviera a aparecer. Su cuerpo fue devorado por el río, que nunca devolvió su botín. Por las noches, antes de acostarse, hablaba un rato con él; le contaba cómo le había ido el día, y estaba segura de que él podía oírla. Dormía en el lado de su hermano sobre la estera de rafia que habían compartido, se tapaba con su manta, y su olor se mantuvo presente en ella durante muchos años.

Se negó a ayudar a su madre a lavar la ropa junto al río, evitó cualquier contacto con el agua y solo se duchaba en presencia de sus padres. Como si pudiera ahogarse en un cubo. Llevó determinados vestidos solo en determinadas ocasiones, enmudeció todos los sábados hasta su decimoquinto cumpleaños y ayunó los domingos. Ideó una tupida red de rituales y vivió para cumplirlos.

Los rituales aportan seguridad.

Desde la muerte de su hermano la familia ya no consultaba al astrólogo una vez al año, como de costumbre, sino casi cada semana. Se inclinaban ante él, escuchaban absortos todas y cada una de sus palabras y seguían sus instrucciones al pie de la letra, como si él pudiera protegerlos de todas las desgracias de este mundo. Si les aconsejaba que no fueran al pueblo vecino en determinados días, la familia, para no correr riesgos, no salía siquiera de su terreno. No se sembraba una semilla sin que él diera su aprobación. Se rechazó al prometido de la hermana mayor porque sus astros no eran compatibles con los de ella.

Mya Mya escuchaba al astrólogo con más atención aún que sus padres. Veneraba al anciano, y, al atenerse a sus consejos, se sentía en cierto modo protegida. Para ella, nacida un jueves, los sábados eran días de infortunio, días en los que debía mantenerse a cubierto, principalmente en abril, agosto y diciembre. No hacía más que recordárselo a sí misma. Durante años ni siquiera salió de casa los sábados, hasta que uno de ellos (¡en abril!), una manta se quedó junto al fogón de la cocina y ardió en llamas. El apetito del fuego fue voraz. No solo devoró la cabaña de madera en cuestión de minutos, sino que acabó con la ya muy precaria confianza de Mya Mya en que existiera un lugar seguro para ella, en algún lugar.

Le entró frío. Oyó el fuego crepitando en la cocina y se levantó. Sobre el agua de una cubeta se había formado una capa fina, quebradiza y frágil. Dio un golpe a la madera y vio romperse el hielo en minúsculos fragmentos que el agua se apresuró a engullir.

Respiró hondo, se sostuvo la barriga con ambas manos y bajó la mirada hacia su cuerpo. Era una mujer joven y bella, aunque ella nunca se había visto así y aún nadie se lo había dicho. Llevaba su melena larga y negra recogida en una trenza que casi le llegaba a las caderas. Sus ojos oscuros y grandes, casi redondos, y sus labios carnosos dotaban a su rostro de una expresión muy sensual. Tenía los dedos largos y finos y los brazos y piernas delgados pero fibrados. Apenas había engordado y no había retenido nada de líquidos. Solo su barriga estaba redonda, gorda y grande, tanto que le parecía

extraña, incluso al cabo de varios meses. Como si no fuera la suya. Notó una leve presión, unas pataditas o golpecitos, y lo supo: estaban a punto de volver.

Empezaron el día anterior por la tarde, a intervalos de una hora, más o menos. Ahora las tenía cada pocos minutos. Olas que chocaban contra una fortaleza, cada vez más a menudo, más alto, con más fuerza. Mya Mya notó cómo se la llevaban por delante, quiso sujetarse a algo, un brazo, una rama, una piedra, pero no había nada para mantener el equilibrio. No quería a aquel niño. No aquel día. No un sábado de diciembre.

A su vecina, que ya había traído a muchos niños al mundo, le pareció que fue un parto sencillo, y más tratándose de una primeriza, pero Mya Mya no lo recordaba. No del todo. Pasó varias horas en otro mundo. Un mundo en el que sus manos y sus piernas no le obedecían, en el que ya no sentía su cuerpo como siempre lo había hecho. En el que se convirtió en una única y enorme herida. Vio nubes de lluvia gordas y negras, y una arruga que se instaló en su frente. Vio a su hermano en el río inundado. Una última vez. Un pensamiento nuevo planeó sobre sus recuerdos como la pluma de una gallina transportada por el viento. Su hijo. En sábado. ¿Una señal? ¿El renacimiento de su hermano?

Oyó el llanto de un bebé. No se quejaba, parecía más bien obstinado y furioso. «Es un niño», dijo alguien. Mya Mya abrió los ojos y buscó a su hermano. No, no a esa cosa fea, arrugada y ensangrentada. No a ese bulto indefenso con la cabeza apretada y la cara desfigurada.

Mya Mya no sabía lo que necesitaba un bebé. Se encontraba ante él con las manos vacías.

Ya no quedaba ni rastro del amor que otrora sintiera. Arrasado. Un día cálido y ardiente de agosto.

Nadie podría decir que Mya Mya no se esforzó durante los primeros días de vida de su hijo. Hizo cuanto le dijo su vecina. Se lo puso en el pecho, su pecho lleno y rebosante, y lo alimentó con su leche. Lo acunó para que se durmiera y lo paseó cuando este no lograba calmarse. Lo llevó bien sujeto al cuerpo cuando salía a comprar al pueblo. Pasó noches en vela, entre su marido y su hijo, comprobando si el niño cogía aire; escuchó la respiración rápida y breve del recién nacido y deseó con toda su alma tener la capacidad de sentir algo. Emocionarse cuando su hijo mamaba, cuando cogía uno de sus dedos con sus manitas arrugadas. Notar la llegada de algo que llenara el vacío de su vida. Lo que fuera. Cualquier cosa.

Se puso de lado y lo apretó contra su cuerpo. Un abrazo a medio camino entre el desfallecimiento y la violencia. Presionó con más fuerza, y dos ojos grandes y marrones la miraron con asombro. Pero Mya Mya no sintió nada. Madre e hijo eran dos imanes que se repelían. Por mucho que ella apretara, seguirían sin rozarse.

Quizá habría sido cuestión de tiempo. Quizá habrían tenido una oportunidad, pese a todo, y el instinto de alimentarlo se habría convertido en cierta sensación de cariño, y la sensación de cariño habría dado paso al amor. . . si no se hubiese producido el episodio de las gallinas.

Sucedió un sábado, justo a las dos semanas de dar a luz. Poco después de la salida del sol Mya Mya fue al patio a recoger madera para la cocina. Era una mañana fría y se dio prisa. En busca de ramas secas y algunos leños grandes dio la vuelta a la casa. La gallina muerta estaba justo delante de la pila de madera. A punto estuvo de pisarla. Encontró la segunda hacia las doce, la hora exacta del nacimiento; la tercera y la cuarta poco después, y el gallo a primeras horas de la tarde. Su marido examinó los animales muertos, pero no encontró nada. La tarde anterior habían estado cacareando con energía y corriendo por toda la casa, y no había rastro de ningún perro, gato o incluso tigre que hubiese podido atacarlas. Para Mya Mya no cabía la menor duda: los cadáveres confirmaban sus peores temores. Eran el chaparrón, no, peor aún, el tifón en diciembre,

el movimiento de tierra que siempre había temido y esperado en secreto: sobre su hijo pesaba una maldición. Era un mensajero del infortunio. El astrólogo lo había predicho. No debía dar a luz un sábado; no en diciembre.

Mya Mya ya no logró volver a tranquilizarse, ni siquiera cuando, en los días siguientes, sus vecinos encontraron en sus respectivos patios más de una docena de gallinas muertas en las mismas y misteriosas circunstancias. Al contrario: lo empeoró todo. Le aportó la certeza de que aquello no era más que el principio y de que la desgracia que acompañaba a su hijo no iba a afectar solo a su familia.

Empezó a pasar las noches en vela, aterrorizada ante la posibilidad de una nueva catástrofe. Sabía que era solo una cuestión de tiempo. Cada carraspeo, cada ronquido, cada suspiro le sonaba como un trueno en el horizonte. Apenas se atrevía a moverse. Escuchaba atentamente cada movimiento de su hijo, como si su inspiración y su espiración fueran los pasos del infortunio que se acercaba a ella, furtivamente.

Una semana más tarde se quedó sin leche. Sus pechos se volvieron flácidos, pendían de su cuerpo como dos pequeños balones deshinchados. Una amiga de su vecina, que también acababa de tener un hijo, se encargó de amamantarlo. Mya Mya celebraba cada hora que su hijo pasaba fuera de casa. Tenía que hablar con su marido. No podían seguir así. Había que hacer algo.

Khin Maung pensó que su mujer exageraba. Por supuesto, él también creía en los astros. Todo el mundo sabe que el día, la hora e incluso el minuto del nacimiento gobierna la propia existencia y la encauza en una u otra dirección, de eso a él no le cabía duda. Y tampoco de que hay cosas a las que deberíamos prestar atención, días en los que no deberíamos movernos demasiado, ritos que habría que cumplir para evitar desgracias. Khin Maung estaba de acuerdo con su mujer en todo eso. Nadie desea un nacimiento un sábado de diciembre, por supuesto que no. Todo el mundo sabe que los astros no suelen ser benévolos en esas circunstancias; que a los nacidos en esas fechas les espera una vida difícil; que a sus almas apenas les crecen alas. En todas las familias hay alguien, un tío o una tía o cuando menos un vecino o un amigo del vecino que conoce a alguien que tiene un pariente que nació en uno de esos días desfavorables y se arrastró por la vida como un perro apaleado, siempre pequeño y miserable como una planta a la sombra. Su hijo no lo tendría fácil, Khin Maung no se hacía ilusiones en ese sentido, pero tampoco le parecía necesario hablar de una maldición (y eso que el episodio de las gallinas también lo tenía muy preocupado; cosa que, evidentemente, prefirió ocultar a su mujer). Cuando Mya Mya propuso que fueran a pedir consejo al astrólogo, Khin Maung estuvo inmediatamente de acuerdo, no solo porque era una de esas personas a las que les cuesta decir que no, sino porque esperaba que el anciano, en su sabiduría, lograra tranquilizar a su mujer, o, en caso de que los astros confirmaran sus temores, le explicara el modo de acotar, cuando no de erradicar, el infortunio con el que estaba amenazado su hijo.

El astrólogo vivía en una modesta cabaña de madera a las afueras del pueblo. Nada hacía pensar en la reputación que gozaba en la comunidad. No se construía una sola casa sin consultarle previamente si estaba bien situada o preguntarle qué día debían comenzarse las obras para contar con el favor de los astros. Antes de cada boda, el futuro matrimonio, o bien los padres de los novios, lo visitaban para asegurarse de que los horóscopos de los jóvenes se ensamblaban correctamente. Él consultaba las estrellas y obtenía las mejores fechas para salir de caza o ir de viaje a la capital. Con el paso del

tiempo, sus predicciones demostraron ser tan acertadas que llegó a convertirse en el referente de toda la provincia. Tal era su fama que, por lo visto —nadie lo sabía con certeza pero los rumores al respecto eran más que persistentes—, hasta algunos de los ingleses que vivían en Kalaw y se burlaban en público del astrólogo, al que tachaban de hechicero y farsante, iban a visitarlo en privado y le pedían consejo con frecuencia.

El anciano estaba sentado en la postura del loto en el centro de su pequeña habitación. Tenía una cabeza tan redonda como la luna llena, pensó Khin Maung. Los ojos, la nariz y la boca bien proporcionados, y solo las orejas, grandes y despegadas del cuerpo, alteraban el retrato de un rostro perfectamente equilibrado. Nadie sabía cuántos años tenía. Hasta los más ancianos del pueblo aseguraban no poder recordarlo de joven, así que se creía que debía de haber nacido hacía más de ochenta años. Él nunca hablaba de ello, y tanto su apariencia como su despierto espíritu parecían hacer oídos sordos a las leyes del envejecimiento. Su voz había sido siempre dulce y moderada, y, aún hoy, clara y nítida, y tanto su oído como su vista seguían siendo tan buenos como los de un veinteañero. El tiempo había cubierto su rostro de arrugas, pero su piel no colgaba inerte del cuerpo como la de un anciano.

Khin Maung y Mya Mya hicieron una reverencia y se quedaron bajo el umbral de la puerta. Aunque Mya Mya ya se había sentado ante él de niña, y después del accidente tantas otras veces que ya había renunciado incluso a contarlas, cada vez que lo visitaba sentía un cosquilleo en las rodillas y en el estómago. Ni pizca de familiaridad. Solo veneración, casi devoción.

Para Khin Maung era la primera vez, y en su caso el respeto se mezclaba con la curiosidad. Sus padres siempre habían visitado al astrólogo solos. Incluso antes de su enlace con Mya Mya fueron a consultarle si habían encontrado a la mujer adecuada para su hijo.

Khin Maung echó una mirada rápida a su alrededor antes de volver a inclinarse. El suelo y las paredes estaban hechos con madera de teca oscura, y por las dos ventanas abiertas entraban rayos de luz en los que bailaban las motas de polvo. El sol dibujaba en el suelo dos rectángulos que resplandecían sobre la madera pulida y reluciente por el paso de los años. Un brillo tan intenso que hizo estremecer a Khin Maung. Entonces se fijó en la figura de un buda tallada en madera, de color dorado. Khin Maung no había visto en toda su vida un buda más hermoso. Se arrodilló y se inclinó hasta que la frente le rozó el suelo. Ante el buda había dos ramos de flores y varios platos llenos de

ofrendas. Alguien había puesto cuatro naranjas y formado una pirámide con todo cuidado. Junto a ellas, un plátano, una papaya y varias porciones de té colocadas artísticamente en montoncitos. Las paredes estaban empapeladas de blanco, llenas de cifras y letras escritas en líneas apretadas que llegaban hasta los márgenes, y en las cuatro esquinas de la habitación había cuatro jarrones pequeños, llenos de arena, en los que había clavadas varias varillas de incienso humeante.

El anciano inclinó la cabeza. Khin Maung y Mya Mya se arrodillaron ante él, sobre dos esterillas. Mya Mya no era capaz de oír o sentir más que los furiosos latidos de su corazón. Empezar la conversación, plantear las preguntas, era cosa de Khin Maung. Se lo había dejado bien claro antes de salir. Apenas hacía un año que estaban casados, pero ya conocía demasiado bien la pasividad de su marido. Khin Maung era un hombre tranquilo que por las noches no solía pronunciar más de dos o tres frases. Jamás lo había visto enfadado, irritado o alterado, e incluso costaba interpretar en él alegría o felicidad. Una sonrisa furtiva y efímera era lo máximo que había logrado entrever. No es que fuera un hombre vago o apático, ni mucho menos; se contaba entre los campesinos más trabajadores de todo el pueblo, y a menudo salía a labrar su campo mucho antes que el resto, con las primeras luces del alba. Pero para él la vida avanzaba como un río apacible, cuyo cauce estaba en su mayor parte fijado de antemano. Cualquier intento de influir en él de manera decisiva estaba irremediablemente condenado al fracaso. Khin Maung era trabajador, pero no ambicioso, curioso sin necesidad de plantear preguntas, alegre sin irradiar felicidad.

—Venerado maestro —oyó decir a su marido Mya Mya, con voz queda, tras una larga pausa—, hemos venido a pedirle consejo.

El anciano asintió.

—Nuestro hijo nació un sábado, hace tres semanas, y deseáramos saber si le amenaza alguna desgracia.

El anciano cogió un lápiz y una libretita y le pidió que le dijera la fecha y hora exactas de su nacimiento.

—Tres de diciembre, doce menos veinte —dijo Khin.

El astrólogo escribió las cifras en la cuadrícula y empezó a hacer cálculos. Añadió varios números y símbolos, tachó otros y dispuso algunos círculos y semicírculos en distintas líneas. Como si estuviera componiendo la partitura de una vida.

Al cabo de unos minutos dejó la libretita a un lado, alzó los ojos y miró a Mya Mya y

a Khin Maung. En su rostro no quedaba ni rastro de su anterior sonrisa.

—El niño causará problemas a sus padres —dijo—. Grandes preocupaciones.

Para Mya Mya fue como si se hundiera en un pantano, como si se ahogara en él, como si algo la empujara hacia el fondo y nadie pudiera ayudarla. No tenía adónde agarrarse. Ni una mano. Ni una rama.

Oyó las voces del anciano y de su marido, pero no escuchó lo que decían. Le pareció que sonaban sordas y distantes, como si estuviesen en otra habitación, en otra vida. Grandes preocupaciones.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Khin Maung.

—Todo tipo de problemas, principalmente de salud —dijo el anciano.

Volvió a coger la libretita, a escribir y a hacer cálculos de nuevo.

—En la cabeza —dijo al fin.

—¿Dónde de la cabeza? —preguntó Khin Maung, deteniéndose en cada palabra y subrayándola como si se hubiese visto obligado a pronunciar sus letras por separado. Tiempo después él mismo se quedó sorprendido al recordar su repentino e insólito arrebato de concreción y avidez científica.

El anciano observó su libreta, que contenía todos los secretos del universo para él. Era el libro de la vida y la muerte, el libro del amor. Podía haber dicho a los padres qué más veía. Podía haberles hablado de las extraordinarias capacidades que ese niño iba a desarrollar; de la magia y de la poderosa fuerza que acogería su ser. Y del don del amor. Pero se dio cuenta de que Mya Mya ya no le escuchaba y Khin Maung no iba a entenderle, así que se limitó a decir:

—En los ojos.

Mya Mya no prestó atención a la última parte de la conversación; y tampoco después, en el camino de vuelta a casa, mientras su marido se enzarzaba en un discurso infinitamente más locuaz de lo que ella le había creído capaz de pronunciar nunca, estuvo en disposición de entender nada. Las palabras revoloteaban como moscas sobre su cabeza. Grandes preocupaciones.

Durante los meses siguientes Khin Maung intentó explicar a su mujer, en varias ocasiones, que aunque el astrólogo había hablado de preocupaciones, está bien, de acuerdo, de grandes preocupaciones, se refería principalmente a cuestiones de salud; en

ningún caso había mencionado una maldición o un símbolo de la mala suerte. Pero ella no lo escuchó. Podía verlo en sus ojos. En el modo en que trataba a su hijo. En que lo cogía sin tocarlo, lo miraba sin verlo.

La vida de Tin Win no había alcanzado siquiera los veintiún días, pero ya estaba, por lo menos a ojos de su madre, decidida. Vivida. Perdida. A partir de aquel momento se trataría solo de intentar sacarla adelante con cierta dignidad.

No lo lograría.

Ahora que los astros habían hablado, que el destino de su hijo estaba decidido, Mya Mya pudo dormir mucho mejor. Sabía lo que se le venía encima. Sabía a qué atenerse. Era una experta en malas experiencias y reveses del destino. La alegría y la felicidad le daban miedo, desconocidas y extrañas como eran. Ya no tenía que seguir atormentándose con falsas esperanzas, no le quedaban ilusiones que le apresaran el alma, no había más sueños listos para conceder alas a su imaginación. Y eso la tranquilizaba.

De modo que fue Khin Maung quien se quedó despierto por las noches, junto a su esposa y su hijo dormidos, durante los primeros días e incluso semanas que sucedieron a la visita al astrólogo. Su cabeza se llenó de los pensamientos más atroces y monstruosos. ¿Y si el anciano se hubiese equivocado? ¿Hay realmente un destino del que no podemos zafarnos? Si no somos dueños de nuestra existencia, ¿quién lo es, entonces? Khin Maung no quería hacer caso a los astros.

—Mya Mya. Mya Mya —dijo la primera noche, incorporado sobre la cama. Su mujer estaba acostada a su lado y dormía—. Mya Mya. —Su voz sonaba como un conjuro.

Ella abrió los ojos.

Había luna llena. Una noche despejada. Y a la pálida luz que se colaba por la ventana, él vio el contorno del rostro de ella, el movimiento de sus ojos, la delgadez de su nariz. Pensó en lo bella que era; aún no se había dado cuenta. Se casó con ella porque sus padres la escogieron. El amor viene después, le aseguraron, y él lo había creído. En parte porque siempre creía lo que le decían, y en parte porque solo tenía una idea vaga del amor. Lo consideraba un regalo, una bendición que se concedía a ciertas personas. Y a otras no. Nadie podía controlarlo.

—Mya Mya, debemos, deberíamos, no tendríamos que. . . —quería decirle tantas cosas. . .

—Ya lo sé, Khin —dijo ella, incorporándose—. Ya lo sé.

Se acercó más a él, tomó su cabeza entre las manos y la apretó contra su pecho. Era un gesto muy poco corriente en ella. La ternura era un lujo para Mya Mya, algo tan

superficial como el agua caliente por la mañana o una sonrisa de despedida. La ternura era para los soñadores, o para aquellos que tenían tiempo, fuerzas y sentimientos en abundancia. Y ella no pertenecía a ninguno de aquellos grupos.

Mya Mya creía saber lo que estaba pensando su marido, y sintió lástima por él. Por los latidos de su corazón, por el temblor de su cuerpo, por el modo en que sus brazos la rodearon, supo que Khin Maung iba a necesitar tiempo. Aún pensaba que podían resistirse, que cabía la posibilidad de cambiar lo que en realidad ya no era susceptible de cambios.

Khin Maung siguió entre sus brazos, hablando. No en voz alta, no con ella; Mya Mya no entendió ni una palabra de lo que decía. Hablaba consigo mismo y sin parar. Sus susurros parecían apremiantes, tercos, casi amenazadores, y después suplicantes, fervorosos, desesperados, una verborrea inagotable. Como si estuviera en el lecho de muerte y su voz, solo su voz, fuera lo único que lo mantuviera con vida.

Quería luchar por su hijo. En cada vida subyace una promesa, se decía, y él, Khin Maung, quería intentarlo todo para descubrir la promesa de su pequeño. Lo haría sin la ayuda de su mujer, si era necesario.

Eso quería decirle en cuanto se levantaran al día siguiente, antes del desayuno. Y entonces se durmió.

No tuvieron la oportunidad de hablar. Ni antes del desayuno ni por la tarde, después del trabajo en el campo.

La noche siguiente recordó cada detalle de su visita al astrólogo. La cabaña apareció ante sus ojos, primero difuminada y después cada vez más clara, como un paisaje neblinoso que empezara a despejarse. Vio la habitación, las velas, las varillas de incienso, la libreta que escondía los secretos de la vida. El gran libro del amor. Oyó las palabras del anciano, dejó que le pasaran por la cabeza lentamente, una a una. No había dicho nada de una maldición. Hablaría con su mujer. Al día siguiente por la mañana, bien pronto.

No tuvieron la oportunidad.

Y fueron pasando las noches. Y los días. Si Khin Maung hubiese tenido otro carácter, no habría esperado a que se diera la oportunidad. Habría salido él a su encuentro. La habría cogido por sorpresa. Pero no era su modo de ser. Habría tenido que romper barreras, sus propias barreras, pero él no era un héroe. Pensar era lo máximo que podía permitirse, y ni siquiera durante demasiado tiempo. Enseguida se quedó sin fuerzas. Las

dudas volvieron a hacer acto de presencia y cuando su resistencia empezó a quebrarse se abalanzaron sobre él como ratas y buitres sobre un cadáver. Los astros tienen razón. Un sábado de diciembre. Grandes preocupaciones en muchos sentidos. Más claro, el agua.

A la historia de las gallinas le sucedió la muerte de una tía abuela, justo ocho semanas después del nacimiento del niño. Es cierto que era muy mayor y estaba enferma y hacía años que ni siquiera salía de su cabaña; durante unos breves instantes Khin Maung quiso llamar la atención de Mya Mya sobre ese asunto, pero no fueron más que unos instantes breves y enseguida él mismo lo veía ya como una señal y era incapaz de contradecir a su esposa.

Así fue como se apartó de la vida de su hijo; y se consoló con la idea de que solo era el primero de los muchos vástagos que él, Khin Maung, tendría con Mya Mya, y que no todos nacerían un sábado de diciembre, abril o agosto. Arrendó su campo y encontró trabajo como jardinero y caddy del campo de golf de los ingleses, que no solo estaba mejor pagado que el penoso trabajo en el campo, sino que además le permitía mantenerse lejos de casa también en la temporada de sequía, en la que los campesinos no tenían nada que hacer. A golf se jugaba siempre.

Mya Mya se concentró en su trabajo como ama de casa. La familia vivía en una pequeña cabaña de madera y barro tras una ostentosa villa de dos pisos que pertenecía a un tío lejano de Khin Maung. Se encontraba sobre la cima de una montaña, por encima del pueblo, y, como la mayoría de los edificios de los colonos de Kalaw, estaba construida en estilo Tudor. El lugar era especialmente popular en la temporada de sequía. Mientras que en la capital, Rangún, y en Mandalay las temperaturas alcanzaban los cuarenta grados, Kalaw, situada a más de mil metros de altura, se convertía en bálsamo y alivio del bochorno de la meseta y el delta. Había ingleses que tras su jubilación se quedaban en el país y se afincaban en alguna de las localidades montañosas. Un oficial inglés ordenó que le construyeran aquella villa para su retiro, pero, desgraciadamente, apenas dos semanas después de abandonar su trabajo al servicio de Su Majestad, acudió a una cacería de la que ya nunca regresó.

Su viuda vendió la casa al tío de Khin Maung, que gozaba de muy buena reputación como productor de arroz en Rangún y había logrado amasar una considerable fortuna. Fue uno de los pocos birmanos capaces de hacerse respetar en el mundo del mercado del arroz, dominado por la minoría india, y se había convertido en uno de los hombres más ricos del país. Para él la villa no tenía un valor práctico. Hacía seis años que la tenía y

todavía no había puesto un pie en ella; no era más que una muestra de su riqueza, un símbolo de su estatus cuya simple mención provocaba la admiración de cualquiera de sus socios en la capital. El cometido de Mya Mya y de Khin Maung era vigilar la mansión y mantenerla como si su dueño estuviera siempre a punto de llegar. Desde el nacimiento de su hijo Mya Mya se dedicó a esa labor con toda su entrega y empeño. Cada día sacaba brillo al suelo de madera, como si quisiera lograr convertirlo en un espejo. Limpiaba las estanterías por la mañana y las limpiaba de nuevo por la tarde aunque en las doce horas que habían transcurrido no se hubiera posado en ellas ni una sola mota de polvo visible. Limpiaba las ventanas cada mañana y cortaba la hierba de la entrada con tijeras porque así podía hacerlo más a conciencia que con el cortacésped. Cortaba y reordenaba las ramas de buganvilla demasiado abundantes y cuidaba los arriates con todo el esmero.

Mya Mya vio subir a los dos policías por la montaña. Estaba frente a la cocina pelando zanahorias. Era uno de esos claros y fríos días de diciembre, y Mya Mya tenía prisa. Había pasado demasiado tiempo puliendo los suelos del primer piso y ahora estaba preocupada porque no lograría acabar la cocina después de comer, y si el dueño de la mansión llegara al día siguiente, no la encontraría inmaculada, y eso echaría a perder todo su trabajo de los últimos años porque lo llevaría a creer que Mya Mya no había cuidado sus posesiones como debía. Un día de descuido puede tener más peso que cientos de días de corrección, pensó mientras miraba hacia el valle.

Los policías, con sus impolutos uniformes azules, no habían cogido la calle por la que los carros tirados por bueyes, y de vez en cuando también algún que otro automóvil, escalaban la colina, sino un estrecho sendero que al principio serpenteaba entre un bosque de pinos y después se abría camino por los campos hasta llegar a la cima de la montaña. Mya Mya vio acercarse a los hombres, vio sus rostros y sintió un ataque de pánico. Era el sexto cumpleaños de Tin Win, y estaba firmemente convencida de que, en los días en que el niño cumplía años, debía estar preparada para cualquier tipo de catástrofe.

No duró más de dos segundos. El miedo se apoderó de ella. De su alma, de su espíritu, de su cuerpo. Se le cerró el estómago, se le encogieron las tripas. Como si unas manos

enormes la apretaran cada vez con más fuerza. Más y más. Ya no podía respirar. Se oyó a sí misma gimoteando. Se oyó implorando. Se oyó suplicando. No podía ser verdad.

Los hombres abrieron la puerta del jardín, entraron en él y la cerraron de nuevo. Lentamente, se acercaron a Mya Mya. Ella notó el titubeo de cada uno de sus propios movimientos; percibió cada paso como una patada sobre su cuerpo. El más joven mantenía la cabeza gacha, el mayor la miraba directamente a los ojos. Lo conocía porque lo había visto alguna vez en el pueblo. Sus miradas se encontraron, y, durante un breve segundo, Mya Mya pudo leerle los ojos. Eso bastó. Lo supo todo. Y el miedo, ese monstruo que parecía a punto de devorarla, desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido. Supo que había sucedido algo espeluznante que ya nada ni nadie podría impedir, que su vida jamás volvería a ser como antes, que ya era la tercera vez que le pasaba eso en su vida y que no tenía fuerzas para soportarlo.

Los policías se detuvieron ante ella. El joven seguía sin poder mirarla a la cara.

—Tu marido ha tenido un accidente —dijo el mayor.

—Lo sé —dijo Mya Mya.

—Ha muerto.

Mya Mya se quedó callada. No se sentó, no lloró, no profirió ningún tipo de lamentación. Calló. (Se quedó de piedra, dijo el policía mayor a su esposa aquella noche.)

Oyó a los hombres decir algo de un accidente; de una pelota de golf que el viento debió de desviar. Directa al cráneo. Muerto al instante. El inglés se hará cargo de los gastos del sepelio. Una pequeña compensación. Ni el más leve reconocimiento de culpa. Un gesto de compasión. Solo eso.

Mya Mya asintió.

Cuando los policías se marcharon, se dio la vuelta y buscó a su hijo. Estaba sentado en la parte trasera de la casa, solo. Junto a él, un montón de piñas de abeto. Intentaba meter las piñas en un agujero del suelo que él mismo había hecho varios metros más allá. La mayoría sobrepasaban con mucho su meta.

Mya Mya quiso llamarlo. Quiso hablarle de la muerte de su padre. Pero ¿para qué? Seguramente ya lo sabía; al fin y al cabo era él quien llamaba a la mala suerte, y Mya Mya se dio cuenta de que esa era la primera vez que lo culpaba de aquello. No se trataba solo de una desafortunada situación y relación entre los astros. Era Tin Win. Aquel niño que llamaba tan poco la atención, con su pelo negro y sus enigmáticos ojos, de los que

nunca sabía decir si miraban o no. En los que no sabía leer. Era él. No es que le persiguiera la desgracia, no: la provocaba. La creaba, del mismo modo que otros niños crean cabañas o juegan al escondite.

Mya Mya quiso marcharse. No quería volver a ver a aquel niño.

Durante las treinta y seis horas siguientes se comportó como lo hacen las personas que actúan movidas por un único objetivo. Un objetivo que las atrae de tal modo que le supeditan todo lo demás. Se convirtió en la viuda de luto, recibió a vecinos y amigos, organizó el entierro para el día siguiente, se quedó ante la tumba abierta de su marido y vio desaparecer el féretro de madera en su interior.

Al día siguiente metió sus escasas pertenencias (algunas camisas y longis, un segundo par de sandalias, un peine, un pasador para el pelo) en una vieja bolsa para palos de golf que su marido trajo del club en una ocasión. Tin Win estaba a su lado y la miraba en silencio.

—Tengo que ausentarme unos días —dijo ella, sin mirarlo.

Su hijo calló.

Salió de la casa. Su hijo la siguió. Se dio la vuelta y él se detuvo.

—No puedes venir conmigo —dijo ella.

—¿Cuándo volverás? —preguntó él.

—Pronto —respondió ella.

Mya Mya se volvió y se dirigió hacia la puerta del jardín. Oyó los pasitos de él a su espalda. Se dio la vuelta de nuevo.

—¿No has oído lo que te he dicho? —dijo, en voz alta y cortante.

Su hijo asintió.

—Quédate aquí. —Señaló el tocón talado de un pino—. Puedes sentarte y esperar a que vuelva.

Tin Win se dirigió al viejo tocón y trepó a él. Desde ahí tenía una buena vista del camino que conducía a su casa. Mya Mya siguió caminando, y abrió y cerró la puerta del jardín sin darse la vuelta una sola vez. Con pasos rápidos, descendió por el camino que llevaba al pueblo.

Tin Win la siguió con la mirada. La vio avanzar por los campos y desaparecer en el bosque. Aquel era un buen sitio. Desde allí vería regresar a su madre ya de lejos.

Tin Win esperó.

Esperó todo el día y la noche que le siguió. Sentado sobre el tocón talado, no tuvo hambre ni sed; no, ni siquiera notó el frío que por la noche cubría montes y valles. Lo pasó de largo, como un ave que vuela sobre un calvero sin detenerse a descansar.

Esperó al día siguiente y lo vio oscurecer también. Vio que la cerca, los arbustos y los campos se sumían de nuevo en la oscuridad. Miró a lo lejos, adonde estaba el bosque, que ahora apenas podía percibir difuminado. Por allí aparecería su madre; él la reconocería desde lejos por su chaqueta roja, bajaría del tocón, saltaría la verja y correría hacia ella. Gritaría de alegría y ella se arrodillaría, lo cogería en brazos y lo apretaría contra su cuerpo. Muy fuerte.

Así lo había imaginado miles de veces, mientras jugaba solo y soñaba despierto, aunque ni su padre ni su madre se habían inclinado jamás para cogerlo en brazos, aunque él estuviera frente a ellos y rodeara las piernas con sus bracitos. Notaba lo mucho que les costaba tocarlo. Era culpa suya, de eso estaba seguro; era el castigo que merecía. Solo le faltaba saber por qué. En cualquier caso, deseaba que fuera cual fuese la falta que tuviera que expiar, la época de los pecados no tardara mucho en acabarse. Y ahora que su severo y frío padre estaba metido en una caja de madera y enterrado en un profundo agujero, su esperanza era mayor que nunca. La añoranza de su madre, la necesidad de recibir su amor, lo clavarón en el tocón y lo hicieron esperar pacientemente a que apareciera el punto rojo en el horizonte.

Al tercer día la vecina se acercó, le dio agua y una fuente de arroz con verduras y le propuso que fuera a esperarla con ellos a su casa. Él movió enérgicamente la cabeza; no quería correr el peligro de perderse la llegada de su madre. No tocó la comida. Prefirió guardarla para ella, para comérsela a medias con ella cuando volviera, probablemente hambrienta tras el largo viaje.

Al cuarto día sorbió un poco de agua.

Al quinto día se le acercó Suu Kyi, hermana de la vecina, y le dio una tetera, más

arroz y plátanos. Él siguió sin tomar nada, por pura preocupación. Su madre no podía tardar mucho más. Pronto, había dicho.

Al sexto día ya no era capaz de distinguir los árboles. Veía el bosque difuminado, como si tuviera agua en los ojos. Parecía un pañuelo ondeándose al viento, plagado de pequeños puntos rojos. Se dirigían hacia él y eran cada vez más grandes, pero no se trataba de chaquetas, sino de balones que alguien le había lanzado con fuerza. Silbaban al pasar a derecha e izquierda de su persona, de su cabeza, tan cerca que podía sentir el viento que levantaban. Algunas volaban directamente hacia él, pero en los últimos minutos perdían la fuerza y caían al suelo a pocos centímetros de su cuerpo.

Al séptimo día seguía allí sentado, rígido e inmóvil en su sitio. Cuando Suu Kyi lo vio pensó que había muerto. Estaba frío y blanco como la escarcha que en los días más fríos de enero cubre la hierba del jardín. Tenía las mejillas hundidas y su pequeño cuerpo parecía apenas una funda, un capullo sin vida en su interior. Solo cuando estuvo más cerca se dio cuenta de que aún respiraba. Su delgado pecho se movía a un ritmo frenético bajo la camisa, como hacían los peces del mercado cuando ella los dejaba sobre la mesa de la cocina, desesperados por respirar.

Tin Win no oyó a la mujer, no la vio. A su alrededor el mundo se había cubierto de una neblina blanca en la que él mismo desaparecía, lenta pero irremediabilmente. Su corazón latía. Tenía suficiente vida en el cuerpo. Lo que ya no le quedaba era esperanza, y eso era lo que le hacía parecer como un muerto.

Notó que dos manos lo acariciaban, lo levantaban en el aire, lo cogían en brazos y se lo llevaban de allí.

Fue Suu Kyi quien se hizo cargo de él. Una mujer mayor y fuerte, de voz grave y una risa que no dejaba lugar a dudas: los reveses de la vida habían pasado a su lado sin dejar rastro. Su único hijo no sobrevivió al parto, su marido murió de malaria. Poco después de su muerte se vio obligada a vender la cabaña que acababan de construir y desde entonces vivía con unos parientes, que la acogieron con más resignación que alegría. A ojos de su familia era una anciana chiflada y extraña con una idea equivocada de la vida y de la muerte. Al contrario que el resto del mundo, ella no fue capaz de dar un sentido a los golpes que le había dado el destino, y tampoco creía que las desafortunadas combinaciones de las estrellas pudieran provocar la muerte de los seres queridos. No eran más que ejemplos de lo caprichoso que puede llegar a ser el destino, y había que aceptarlos si se amaba la vida. Ella amaba la vida. Tenía la firme convicción de que muy

pocas cosas estaban decididas de antemano y de que la suerte podía ir a parar a cualquier persona. No podía decirlo en voz alta, pero todo el mundo conocía su opinión, que fue lo que la hizo convertirse en la primera aliada de Tin Win.

Suu Kyi había observado muchas veces al hijo de los vecinos y había admirado la blancura de su piel, semejante a la del marrón pálido de las hojas caídas del pino o el eucalipto, y mucho más clara que la de sus padres. Vio cómo el niño se convertía en un jovencito de cuerpo larguirucho, tímido como las lechuzas que solía oír tan a menudo, pero nunca alcanzaba a ver. Un niño que nunca andaba en compañía de otros niños.

En una ocasión se cruzaron en el bosque. Ella iba de camino al pueblo y él estaba sentado bajo un pino, observando un grupito de orugas que se arrastraban por su mano.

—Tin Win, ¿qué haces aquí, en el bosque? —le preguntó.

—Estoy jugando —le respondió él, sin levantar la vista de las orugas.

—¿Por qué juegas solo?

—No estoy solo.

—¿Dónde están tus amigos?

—Por todas partes. ¿No los ves?

Suu Kyi echó un vistazo a su alrededor. No vio a nadie.

—No —dijo.

—Los escarabajos, las orugas y las mariposas son mis amigos. Y los árboles. Ellos son mis mejores amigos.

—¿Los árboles? —se sorprendió.

—Sí. Ellos nunca se marchan. Siempre están a tu lado y te cuentan cosas preciosas. ¿Tú no tienes amigos?

—Claro que sí —le dijo ella. Y al cabo de un rato añadió—: Mi hermana, por ejemplo.

—No, digo amigos de verdad.

—Ningún árbol o animal, si te refieres a eso.

Él levantó la cabeza y a ella le sobresaltó su mirada. ¿Acaso nunca lo había mirado realmente? ¿O era la luz del bosque lo que alteraba su rostro de tal modo? Parecía estar tallado en piedra, tan proporcionado y al mismo tiempo tan inanimado que daba miedo. Entonces se cruzaron sus miradas, y él la observó con una seriedad y un rigor excesivos para un niño; ella se sobresaltó de nuevo porque intuyó que sabía demasiado de la vida para su edad. Segundos después, por aquel rostro de piedra voló una sonrisa melancólica

y dulce, distinta a cualquiera de las que hubiera visto jamás. Una sonrisa que se le grabó en la memoria, que la conmovió de tal modo que necesitó varios días para poder librarse de ella. La veía por las noches al cerrar los ojos, y por las mañanas al despertar.

—¿Es cierto que las orugas se convierten en mariposas? —le preguntó de pronto, cuando ella ya se disponía a marcharse.

—Sí. Es cierto.

—¿Y en qué nos convertimos nosotros?

Suu Kyi se quedó quieta y reflexionó.

—No lo sé.

—¿Has visto alguna vez llorar a un animal?

—No —respondió ella.

—¿Y a un árbol o una flor?

—No.

—Pues yo sí. Lloran sin lágrimas.

—¿Y cómo sabes que están llorando?

—Porque parecen tristes. Si te fijas, lo ves.

Se levantó y le enseñó una oruga que tenía en la mano.

—¿Está llorando? —le preguntó.

Suu Kyi observó el animal unos instantes.

—No —dijo al fin.

—Cierto —convino él—, pero lo has dicho por decir algo.

—¿Cómo lo sabes?

Él volvió a sonreír, pero no le respondió. Como si la respuesta fuera demasiado evidente.

En las semanas que siguieron a la desaparición de su madre, Suu Kyi cuidó de Tin Win, lo atendió y lo ayudó a recuperar las fuerzas. Cuando pasó el primer mes y siguieron sin noticias de la familia de Rangún y Mandalay, ella se instaló en su casa y le prometió que lo cuidaría y se ocuparía de la mansión de su tío hasta el día que su madre volviera. Tin Win no dijo nada. Se mostraba aún más distante que de costumbre, y ni siquiera la fuerza y el optimismo de una mujer como Suu Kyi lograron hacer mella en él. Su voz fue debilitándose con el paso de los días. En ocasiones incluso de las horas. Algunas veces

pasaba días enteros sin decir palabra, y estaba la mayor parte del tiempo en el jardín o en el bosque cercano. Aquellos días, cuando se sentaban frente al fuego de la cocina por la tarde y tomaban su plato de arroz, él mantenía la cabeza inclinada hacia delante y callaba. Y cuando Suu Kyi le preguntaba a qué había jugado en el bosque, él la miraba con unos ojos en los que ella sentía que podía bucear.

Las noches eran muy distintas. Cuando se quedaba dormido se arrastraba hasta el cuerpo de ella y se apretaba contra su carne redonda y suave. A veces le pasaba el brazo por encima y la apretaba con tanta fuerza que incluso la despertaba.

Otros días se la llevaba consigo al jardín o al bosque y le contaba lo que le habían dicho sus amigos los árboles, a los que había puesto nombres, o se llegaba hasta donde estaba ella con las manos llenas de escarabajos, caracoles o las más increíbles mariposas, que se posaban en sus manos y no volvían a salir volando hasta que él levantaba los brazos al aire. Los animales no le tenían ningún miedo.

Por las noches, antes de dormirse, pedía a Suu Kyi que le contara algún cuento. Él se quedaba inmóvil hasta el final del cuento y después decía:

—Canta otra vez.

Y Suu Kyi se reía y le decía:

—Pero ¡si no estoy cantando!

Y Tin Win le respondía:

—Claro que sí, sonaba como un canto. Por favor, otra vez.

Entonces Suu Kyi le contaba otro cuento, y otro, y otro, hasta que él se quedaba dormido.

Tenía la sensación de que sus palabras solo le llegaban así, codificadas. Que vivía en un mundo que estaba cerrado para ella y al que solo le estaba permitido acercarse con mucho cuidado y consideración. Ella misma había sufrido demasiado, sabía demasiado de la vida para intentar siquiera acceder a su refugio encantado sin que él la invitara a entrar. Sabía por experiencia propia que la gente se vuelve prisionera de sus fortalezas, de su soledad, y que ya no se libran de ellas hasta el fin de sus días, pero esperaba que Tin Win aprendiera lo que ella había comprendido con los años: que hay heridas que el tiempo no logra curar, pero sí reducir de tal modo que pueda vivirse con ellas.

Suu Kyi no recordaba cuándo se dio cuenta por primera vez. ¿Fue aquella mañana en la que ella estaba frente a la puerta y Tin Win junto a la verja, y ella lo llamó y él se dio la vuelta y movió la cabeza de un lado a otro, buscándola? ¿O fue unos días después, a la hora de cenar, cuando, sentados sobre un banco de madera frente a la cocina y tomando arroz a cucharadas, ella le llamó la atención sobre un pájaro que estaba a unos metros de ellos, sobre la hierba?

—¿Dónde? —preguntó él.

—Allí, junto a la piedra.

—Ah, allí —dijo él, mirando en la dirección equivocada.

Se dio cuenta de que siempre tomaba los mismos caminos, en el jardín, en la casa y en los campos y prados cercanos, y a menudo tropezaba con ramas o piedras si se apartaba de su ruta habitual. Vio que a veces tardaba algún segundo, que a ella le parecía una eternidad, en coger al fin la taza o el cuenco que ella le ofrecía. Que entornaba los ojos cuando quería ver algo que quedaba a varios metros de distancia; como si estuviese buscando algo entre la densa niebla de la mañana que a veces recorría el valle.

Tin Win no sabía cuándo empezó aquello, pero las montañas y las nubes del horizonte siempre habían estado algo difuminadas. Pensaba que eran así.

Desde el día que desapareció su madre la cosa había empeorado. Ahora ya ni siquiera podía ver el bosque desde el jardín. Los árboles aislados perdían sus formas y contornos, se fusionaban entre sí y se desdibujaban en un lejano mar marrón verdoso. Una niebla grisácea cubría al profesor en la escuela; oía su voz con toda claridad, como si estuviera sentado a su lado, pero no podía verlo. Y tampoco los árboles o los campos o la casa o a Suu Kyi, si estaban a más de unos pocos brazos de distancia de él.

Tin Win dejó de orientarse en función de los objetos y sus detalles, y empezó a vivir cada vez más en un mundo compuesto principalmente por colores. El bosque era verde, roja la casa, azul el cielo, marrón la tierra, lila la buganvilla y negra la verja del jardín. Pero ni siquiera los colores eran un valor seguro. Palidecían, y con el tiempo caía sobre

ellos un manto de color blanco lechoso que cubría todo lo que quedaba más allá de unos metros de él.

El mundo se hundía ante sus ojos, se apagaba como un fuego que ya no aportaba luz ni calor.

Tin Win confesó que no le molestaba especialmente; no le daba miedo la oscuridad eterna ni lo que siguiera a las imágenes que percibían sus ojos. Se decía que si hubiese nacido ciego tampoco se habría perdido demasiado, y no imaginaba que echara nada de menos si perdía la vista por completo.

Y así fue. Tres días después de su décimo aniversario, cuando se levantó y abrió los ojos, la niebla había devorado el mundo.

Tin Win estaba en su cama y respiraba lentamente, con calma. Cerró los ojos y los abrió de nuevo. Nada. Miró hacia arriba, hacia el lugar en el que hacía poco se encontraba el techo, y no vio más que un agujero blanco. Se incorporó y movió la cabeza hacia los lados. ¿Dónde estaba la pared de madera con los clavos oxidados? ¿La ventana? ¿La mesita en la que se encontraba el hueso de tigre que su padre había encontrado hacía tiempo en el bosque? Mirara hacia donde mirase, era como si tuviera delante una bóveda blanca sin contornos, sin planos o perspectivas, sin fronteras. Como si hubiese alcanzado la infinitud.

Junto a él yacía Suu Kyi. Dormía, pero estaba a punto de despertarse. Lo notaba en su respiración.

Fuera empezaba a clarear. Lo supo por el canto de los pájaros. Tin Win se levantó con cuidado y tanteó el final de la cama con los dedos de los pies. Notó las piernas de Suu Kyi y pasó por encima de ellas. Se quedó en medio de la habitación y dedicó unos segundos a pensar dónde se encontraba la cocina. Dio unos pasos y localizó la puerta sin chocar antes con su marco o con la pared. Entró en la cocina rodeando el fuego, pasó junto al armario con las escudillas de hojalata a la altura de la cabeza. No se golpeó con nada y no alargó las manos hacia delante para tantear nada. Se detuvo ante la puerta, sintió el sol sobre su rostro y se sorprendió por la seguridad con la que se movía entre la niebla, en esa tierra de nadie.

Olvidó el taburete de madera. Cayó de bruces y se golpeó con el duro suelo. El dolor en la espinilla le arrancó un grito; y algo le había arañado la cara, porque la saliva le sabía a sangre.

Se quedó estirado en el suelo, sin moverse.

Notó que algo le subía por la mejilla, pasaba por la nariz hacia la frente y desaparecía entre el pelo. Demasiado rápido para ser una oruga. Una hormiga, quizá, o un escarabajo. No lo sabía. Ya no podía diferenciar una hormiga de un escarabajo. Y empezó a llorar en voz baja, sin lágrimas. Como los animales. No quería que nadie lo viera llorar nunca más.

Palpó el suelo con la mano, notó sus irregularidades, recorrió sus minúsculos valles y cuevas con los dedos como si estuviera descubriendo el mundo de nuevo. Qué áspero era el suelo. Cuántas piedras y agujeros tenía. ¿Por qué no se había dado cuenta hasta entonces? Frotó algunas ramas secas entre el índice y el pulgar, y tuvo la sensación de estar viendo el pedacito de madera. Se preguntó si aquella imagen, si todas las imágenes de su cerebro, irían desapareciendo poco a poco en su memoria, o si en el futuro podría seguir viendo el mundo, al menos desde la ventana de sus recuerdos e imaginaciones. Pensó en Suu Kyi y pudo ver el rostro de ella ante sí.

Escuchó. El suelo murmuraba, cantaba en voz baja, apenas audible; eran ruidos que desconocía y no podía interpretar. Tin Win se dio cuenta de que a partir de aquel momento sus manos, su nariz y sus orejas lo guiarían a través del mundo. ¿Aprendería a confiar en ellos? ¿Él, que hasta aquel momento de su vida no había confiado en nada ni en nadie?

Suu Kyi lo levantó.

—El taburete está justo delante de ti —dijo.

Fue una afirmación, no un reproche.

Cogió agua y un trapo; él se enjuagó la boca y ella le lavó la cara. Supo por su respiración que Suu Kyi se había asustado mucho.

—¿Te duele? —preguntó.

Él asintió.

Su saliva volvía a tener el agrio sabor de la sangre.

—Sígueme a la cocina —dijo, mientras se levantaba y empezaba a caminar.

Tin Win se quedó sentado, sin saber con certeza hacia dónde tenía que ir. Segundos después Suu Kyi volvió a entrar en la casa.

—¿Por qué no vienes?

Su grito llegó a oírse en el pueblo, y años después los habitantes de Kalaw aún

recordaban que todo aquel que lo escuchó sintió un estremecimiento.

El médico del pequeño hospital que quedaba al final de la calle mayor no supo qué decir. Una ceguera a esa edad y sin haber sufrido un accidente, una ceguera así, sin más, era algo con lo que nunca se había encontrado. No podía hacer más que suposiciones. No parecía que se tratara de un tumor cerebral, porque el paciente no se quejaba de mareos ni de dolor de cabeza. Quizá se tratara de una enfermedad nerviosa o de un problema hereditario. Al desconocer los motivos exactos, no podía prescribir ninguna terapia; no había nada que pudiera hacer. A lo sumo, quedaba la esperanza de que la visión del pequeño regresara del mismo y misterioso modo en que había desaparecido.

Durante los primeros meses Tin Win intentó reconquistar su mundo; la casa, el jardín, los campos de alrededor. Solía pasar horas en el jardín, junto a la verja, sobre los tocones de los pinos, bajo el árbol de aguacates o delante de las amapolas, intentando descubrir si cada lugar, cada árbol, tenía un olor propio e inconfundible, como los humanos. ¿El jardín que quedaba detrás de la casa olía de un modo diferente a como lo hacía antes?

Tin Win calculó distancias, midió los caminos a base de pasos y trazó en su cabeza planos en los que estaba incluido todo lo que tocaban sus pies y manos. Cada arbusto, cada árbol, cada piedra. Quería grabárselos en la memoria, tenían que sustituir a sus ojos, con su ayuda pretendía poner orden en la impenetrable niebla que lo rodeaba.

No funcionó.

Al día siguiente nada estaba donde lo recordaba. Fue como si por la noche alguien hubiese cambiado de sitio los muebles de una habitación. En este mundo nada tiene un lugar fijo, todo está siempre en movimiento, todo es incalculable e imprevisible.

El médico aseguró a Suu Kyi que con el tiempo los demás sentidos se harían cargo de las funciones visuales. Los ciegos aprenden a confiar en su oído, su olfato y su tacto, y al cabo de una fase de adaptación y ajuste al medio acaban orientándose a la perfección, dijo el doctor.

En su caso sucedió lo contrario. Tin Win tropezaba con piedras que conocía desde hacía años, chocaba contra árboles y ramas a los que antes solía trepar. Incluso en casa tropezaba con las jambas de las puertas y las paredes. En dos ocasiones se habría quemado con el brasero, si no fuera porque los gritos de Suu Kyi lo advirtieron a tiempo.

Cuando, algunas semanas después, lo llevó consigo al pueblo, a punto estuvo de morir atropellado por un coche. Estaba parado en la acera y oyó el ruido de un motor que se acercaba, distinguió voces y pasos y el resoplar de un caballo, oyó pájaros, gallinas y la cagada de un buey, pero le pareció que nada de eso tenía sentido ni podía indicarle hacia

dónde ir. Confiaba en su oído tan poco como en su olfato cuando olía a fuego o en su tacto cuando topaba con un obstáculo.

No pasaba un solo día sin endosarse algún golpe en las rodillas, hacerse morados o chichones en la cabeza o rasguños en las manos y los codos.

Cuando peor lo pasaba era en la escuela, con las monjas y curas italianos. Aunque desde que se quedó ciego podía sentarse en primera fila y todos estaban muy pendientes de que pudiera seguir las explicaciones, Tin Win cada vez entendía menos de lo que decían. Entre ellos se sentía más solo que nunca. Oía sus voces y notaba sus respiraciones, pero no los veía. Estaban de pie a su lado, a menos de un metro, apenas a un paso, pero al mismo tiempo eran inalcanzables.

Y la cercanía de los demás niños le resultaba insoportable. Sus voces le daban miedo, y sus risas seguían resonando en sus oídos por la noche, cuando se metía en la cama. Mientras ellos corrían o alborotaban o jugaban en el patio que quedaba junto a la iglesia, él se sentaba en un banco bajo el cerezo y se sentía encadenado. A cada paso que oía, a cada grito, a cada expresión de felicidad por insignificante que fuera, le parecía que las cadenas lo apretaban un poco más.

Suu Kyi no tenía claro si el mundo había desaparecido realmente ante sus ojos o si Tin Win había decidido encerrarse un poco más en sí mismo. Y si así fuera, ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar? ¿Prescindiría también, con el tiempo, de los servicios de sus orejas? ¿De su nariz? ¿Perderían el tacto sus largos y delgados dedos? ¿Enmudecería y se le atrofiarían las extremidades?

El chico era fuerte, mucho más fuerte de lo que él mismo creía o su delgado cuerpo de niño dejaba entrever; eso lo había descubierto ella en los últimos años, y tenía la fuerza necesaria para retirarse hasta el fin del mundo, de eso estaba segura. Si quería, podía hacer que su corazón dejara de latir del mismo modo que sus ojos habían dejado de ver, y en lo más profundo de su alma intuía que acabaría con su vida de aquel modo y no de ningún otro. Pero para eso, pensaba Suu Kyi, era demasiado pronto. Primero tenía que vivirla.

U Ba guardó silencio.

¿Cuánto rato había hablado? ¿Tres horas? ¿Cuatro, cinco? Yo no había apartado la vista de él y solo ahora me daba cuenta de que en las demás mesas ya no quedaba nadie. Reinaba el silencio y no oí más que el ronquido de un hombre que estaba sentado tras la vitrina de cristal en la que se exponían las galletas. Parecía el silbido de una olla a presión. Las lámparas del local estaban apagadas. Solo había dos velas encendidas sobre nuestra mesa.

Noté que mi cuerpo temblaba.

El frío, pensé.

—¿No confía en mí, Julia? —preguntó U Ba.

—No creo en los cuentos de hadas —le respondí.

—¿Estaba escuchando un cuento?

—Si sabe usted tanto de mí y me conoce tan bien como pretende hacerme creer, no le sorprenderá que no crea en la magia o en los poderes sobrenaturales. Ni siquiera en Dios o en cualquier tipo de poder superior, y mucho menos en constelaciones estelares que definen o influyen en nuestro destino. Las personas que rechazan a sus hijos porque los astros no les eran favorables durante su nacimiento tienen que estar enfermas.

Respiré hondo. Estaba furiosa, no sabía si por culpa de U Ba, a quien por lo visto nada parecía ponerle nervioso, o de aquella historia que no me servía para nada. Intenté tranquilizarme. No quería que notara mi rabia.

Asintió.

—Ha viajado usted mucho, Julia. Yo apenas he salido de este pueblo en toda mi vida, y cuando lo he hecho no he llegado más allá de Taunggyi, nuestra pequeña capital de provincia. A un día de viaje en carromato. La última excursión que hice fue hace años. Usted ha visto medio mundo, Julia. ¿Quién soy yo para contradecirle?

Su humildad me puso aún más furiosa.

—Si usted lo dice —continuó—, acepto de buen grado creer que en su mundo no hay

padres o madres que no quieren a sus hijos, sea por el motivo que sea. Quizá se trate de un comportamiento propio de ignorantes o incultos, por lo que no puedo más que pedirle perdón de nuevo.

—No he querido decir eso, solo que los astros no nos parecen importantes.

—¿Y eso en qué nos diferencia? —preguntó, me miró y calló.

Debió de notar mi enfado y no quería pelearse.

—No he volado diez mil kilómetros para escuchar cuentos. He venido en busca de mi padre.

—Tenga un poco de paciencia —me pidió.

—¿Por qué? ¿Por qué debo tener paciencia? ¿A qué debo esperar? ¿A que usted continúe explicándome historias que se remontan a varias décadas atrás?

—Es la historia de su padre.

—Eso es lo que usted dice. ¿Qué pruebas tiene? Si en algún momento de su vida hubiese estado realmente ciego, nosotros, su familia, lo habríamos sabido. Nos lo habría dicho.

—¿Está segura, Julia?

Sabía que no lo estaba. ¿Por qué me atormentaba? Mi inseguridad, mis dudas sobre si conocía realmente a mi padre o si me había estado mintiendo durante veintitrés años, eran el único motivo por el que lo había escuchado durante tanto rato y aún lo escucharía un poco más. Pero en el fondo me negaba a comprenderlo o admitirlo.

—Aunque no hubiese querido decirnos nada sobre el tema. . . ¿qué tiene en común ese niño abandonado y mohíno con mi padre? Nada. Absolutamente nada.

Le expliqué que las retrospectivas y el exhibicionismo me tenían sin cuidado y que probablemente soy una de las pocas neoyorquinas que nunca ha ido al psicólogo; que no soy de aquellas que buscan en su infancia el origen de todos sus problemas, y que no sentía ningún respeto por quienes lo hacían. Repetí que no podía imaginar que mi padre hubiese sido ciego en alguna ocasión, y cuanto más hablaba menos dirigía mis palabras a U Ba y más a mí misma. Era un intento de autoconvencerme; de repetirme que la verdad debía poder restringirse a mi propia capacidad imaginativa.

U Ba me escuchaba y asentía, parecía que entendía perfectamente lo que le decía y que estaba de acuerdo. Cuando acabé quiso saber lo que era un psicólogo.

Tomó un sorbo de té.

—Me temo que debo despedirme, Julia, ya no estoy acostumbrado a hablar tanto. A

menudo paso varios días en silencio. A mi edad ya casi todo está dicho. Sé que quiere preguntarme usted por Mi Mi. Quiere saber quién es y dónde está; qué papel desempeña en la vida de su padre y por tanto también en la suya. No puedo sino pedirle algo más de tiempo y de paciencia. Nuestra historia avanza de un modo imparable hacia usted, y le aseguro que su espera se verá recompensada, no se preocupe.

Se levantó e hizo una inclinación.

—La acompaño a la calle.

Nos dirigimos a la puerta. Yo era una cabeza más alta, pero no parecía que U Ba fuera bajo, sino que yo era excesivamente alta. Y una vez más, al comprobar la rapidez de sus pasos y movimientos, me sentí pesada y torpe.

—¿Sabrá llegar a su hotel?

Asentí.

—Si lo desea, puedo pasar a recogerla mañana, después del desayuno, y mostrarle mi casa. Allí estaremos más tranquilos y podré enseñarle algunas fotos.

No esperó a que le respondiera, y se despidió con una inclinación.

Yo empecé a bajar por la calle, lentamente, cuando de pronto oí su voz a mi espalda. Susurraba.

—Por cuanto hace a su padre, Julia, está aquí, muy cerca. ¿No lo ve?

Me di la vuelta inmediatamente.

—¿Se trata de una pregunta o de una invitación a buscarlo?

No obtuve respuesta. U Ba había desaparecido en la oscuridad.

Pasó después, aquella misma tarde. Estaba acostada en mi cama del hotel, cerré los ojos y vi a mi padre ante mí. Tengo cuatro o cinco años y él está sentado al borde de mi cama. Mi habitación está pintada de rosa pálido. Del alto techo cuelga un móvil con abejas de rayas negras y amarillas; junto a mi cama, dos estanterías con libros, puzzles y juegos; justo enfrente, un cochecito en el que duermen tres muñecas. Mi cama está plagada de animales de peluche. Hoppel, el conejo amarillo, que una vez al año trae huevos de chocolate. Dodo, la jirafa, a la que envidio por su largo cuello, porque con él podría llegar sin problemas a la lata de galletas que mi madre guarda en el estante de arriba. Arika, el chimpancé, que yo creo que sabe caminar. Y también dos pequeños dálmatas, un gato, un elefante, tres osos y Winnie The Pooh.

En los brazos tengo a Dolores, mi muñeca preferida, con su melena negra deshilachada; le falta una mano, mi hermano se la arrancó en una pelea. Hace calor, es una agradable tarde de verano en Nueva York, mi padre ha abierto la ventana y por la habitación pasa una suave corriente de aire que hace bailar a las abejas sobre mi cabeza.

Veo a mi padre. Su pelo negro, sus ojos oscuros, su piel de color canela y esa nariz tan grande sobre la que se apoyan sus gafas. Redondas y negras. Años después encontraría una foto de Gandhi y me asombraría de su parecido con las de mi padre.

Se inclina hacia mí, sonrío y respira hondo. Oigo su voz; una voz que en realidad era otra cosa. Sonaba como un instrumento musical, un violín, no, mejor un arpa, no lograba sonar fuerte por mucho que se lo propusiera. Jamás lo oí gritar. Era imposible. Su voz era suave, dulce y muy melódica. Daba igual lo que dijera; a mí me sonaba como si cantara. Su voz podía cuidarme y consolarme, protegerme y dormirme, y cuando me despertaba, dibujaba en mí una sonrisa. Lograba tranquilizarme más que nada o nadie en este mundo.

Como aquel día en que perdí el equilibrio en mi bici nueva, en pleno Central Park, y me di un golpe con una piedra. La sangre brotó de dos heridas abiertas como de sendos grifos. Una ambulancia me llevó al hospital de la calle Setenta. Un sanitario me puso un

vendaje, pero la sangre empapó la gasa y me caía por el rostro y el cuello. Recuerdo las sirenas, la cara de preocupación de mi madre y a un médico joven con las cejas muy pobladas. Cosió las heridas, pero la sangre no cesó.

Poco después mi padre estaba junto a mí. Oí su voz desde la sala de al lado. Me cogió la mano, me pasó la suya por la cabeza y me contó un cuento. No había transcurrido ni un minuto cuando la corriente roja remitió, como si su voz se hubiese posado sobre las heridas para protegerme. Como si las hubiese cubierto y cerrado.

Los cuentos de mi padre no solían tener un final feliz. Mi madre los odiaba. Eran horribles y brutales, decía. Pero ¿no son cuentos? , se defendía mi padre. Sí, reconocía mi madre, pero los tuyos son confusos, extravagantes y no tienen moral; son del todo inadecuados para nuestros hijos.

A mí me encantaban. Precisamente porque eran tan singulares, tan distintos a todo lo que solía oír o leer en cuentos y fábulas. Los suyos eran cuentos birmanos; la única mirada al pasado que mi padre admitía. Quizá por eso me parecían tan fascinantes.

El cuento del príncipe, la princesa y el cocodrilo era mi preferido. Mi padre me lo contó hasta que me supe de memoria cada frase, cada palabra, cada pausa, cada entonación, y lo corregía cada vez que me lo contaba de otro modo.

Érase una vez una hermosa princesa. Érase una vez. Esas palabras mágicas que transforman el mundo que te rodeaba. La habitación rosa pálido se esfumaba, y yo veía al príncipe y a su princesa y nada más.

La princesa vivía a la orilla de un gran río. Vivía con su madre y su padre, la reina y el rey, en un viejo castillo de muros altos y gruesos en cuyo interior hacía mucho frío y reinaba el silencio. La princesa no tenía hermanas ni hermanos y se sentía muy sola en la corte. Los padres apenas hablaban con su hija. Sus sirvientas solo le decían «sí, princesa» o «no, princesa», y en todo el castillo no tenía a nadie con quien hablar. Se aburría extraordinariamente. De modo que, con el tiempo, se convirtió en una princesa solitaria y triste que ya no podía recordar cuándo fue la última vez que se rió. A veces tenía la sensación de haber olvidado cómo se hacía. Entonces se miraba al espejo e intentaba sonreír. Gesticulaba con la cara para hacer una mueca, pero ni siquiera parecía graciosa. Cuando se sentía demasiado triste bajaba al río. Allí se sentaba a la sombra de una higuera, escuchaba el sonido del río y el canto de los pájaros y las cigarras. Le encantaba la infinidad de estrellitas que el sol vertía con su luz sobre las olas. Entonces

su corazón se sentía un poco más aliviado y soñaba con conocer a alguien que la hiciera reír.

Al otro lado del río vivía un rey cuya severidad era conocida en todo el reino. A ninguno de sus súbditos le estaba permitido ser perezoso o vago. Los campesinos tenían que trabajar en sus campos sin descanso, y los obreros en sus obras. Para asegurarse de que todos cumplieran con su labor, el rey enviaba inspectores por toda la ciudad. Y a todo aquel que era descubierto en un descanso se le daban diez latigazos con una caña de bambú. La severidad del rey no era menor para con su hijo. El príncipe estaba obligado a estudiar de la mañana a la noche. El rey reunió a los más admirados eruditos de todo el país para educar al príncipe. Tenía que convertirse en el príncipe más listo de todos los tiempos.

Un día el joven príncipe logró escabullirse del palacio. Montó a lomos de su caballo y cabalgó hasta el río. Allí vio a la princesa, sentada en la otra orilla, poniéndose unas florecitas amarillas en su melena negra. Era la joven más hermosa que había visto en su vida, y a partir de aquel momento solo tuvo un deseo: pasar a la otra orilla.

Pero entre ambos reinos no había ni un puente ni un barquero que ayudara a los viajeros a cruzar la corriente. Los reyes estaban enemistados y habían prohibido a sus súbditos poner un pie en el río. Todo aquel que lo intentara sería castigado con la muerte. El río estaba plagado de cocodrilos a la espera de que algún pescador o campesino se acercara al agua más de la cuenta.

El príncipe quiso nadar hasta el otro lado, pero el agua no le llegaba aún a las rodillas cuando los cocodrilos se abalanzaron sobre él con sus grandes bocas abiertas. Logró retroceder hasta su orilla por los pelos. Si no podía hablar con la princesa, al menos quería verla.

Volvía cada día al río en secreto, se sentaba en una piedra y observaba a la princesa lleno de melancolía. Pasaron las semanas y los meses, hasta que al fin uno de los cocodrilos se acercó a él y le dijo:

—Llevo días observándote, querido príncipe. Sé que te sientes muy infeliz y te compadezco. Quiero ayudarte.

—¿Cómo podrías ayudarme? —preguntó el príncipe, atónito.

—Súbete a mi espalda. Te llevaré hasta la otra orilla.

El príncipe observó al cocodrilo con desconfianza.

—Es una artimaña —le dijo—. Los cocodrilos sois codiciosos y voraces. No dejáis

que un ser humano salga con vida del agua.

—No todos los cocodrilos somos iguales —respondió el cocodrilo—. Confía en mí.

El príncipe dudó.

—Confía en mí —repitió el cocodrilo.

El príncipe no tenía elección. Si quería llegar hasta la bella princesa, debía creer al cocodrilo. Se subió a su espalda y este le llevó a la otra orilla, como le había prometido.

La princesa no podía dar crédito cuando el príncipe apareció de pronto frente a sus ojos. Ella también lo había observado a menudo y en su fuero interno había deseado que encontrara el modo de cruzar el río. Entonces el príncipe sintió vergüenza y no supo qué decirle. Balbuceó y carraspeó, tartamudeó cada frase, y enseguida acabaron los dos riendo. La princesa rió como hacía tiempo que no reía. Cuando llegó el momento de marcharse, ella se puso muy triste y pidió al príncipe que se quedara.

—No puedo —dijo él—. Si mi padre se enterara de que he estado aquí se pondría hecho una furia. Sin duda me encerraría y jamás podría siquiera acercarme al río. Pero te prometo que volveré.

El cocodrilo bueno devolvió al príncipe a la otra orilla del río.

Al día siguiente la princesa lo esperó con toda la ilusión del mundo. Estaba a punto de perder toda esperanza cuando vio aparecer el caballo blanco del príncipe. El cocodrilo también estaba allí y ofreció de nuevo su fiel servicio. Desde aquel momento el príncipe y la princesa se vieron cada día.

Los demás cocodrilos estaban indignados. Un día cerraron el paso al cocodrilo y al príncipe a mitad del río.

—¡Dánoslo, dánoslo! —gritaron, abriendo sus enormes bocas e intentando cazar al príncipe.

—Dejadnos tranquilos —bramó el cocodrilo, y nadó río abajo tan rápido como pudo.

Pero no tardó en estar rodeado de nuevo por los demás cocodrilos.

—Escóndete en mi boca —gritó el animal a su amigo—. Aquí estarás seguro.

Abrió su boca todo lo que pudo y el príncipe se arrastró a su interior. El resto de cocodrilos no les perdió de vista ni un solo segundo. Los siguieron a todas partes. Esperaron y esperaron. En algún momento el príncipe volvería a aparecer. Pero el cocodrilo bueno tenía una paciencia infinita, y al cabo de varias horas los demás animales se dieron por vencidos y se marcharon de allí. El cocodrilo se arrastró hasta la orilla y abrió la boca. El príncipe no se movió. El animal lo zarandeó y le dijo:

—¡Amigo mío, corre, sal tan rápido como puedas!

Pero el príncipe siguió sin moverse.

La princesa también gritó desde la otra orilla.

—Mi querido príncipe, por favor, sal de ahí.

Pero fue en vano. El príncipe estaba muerto. Se había ahogado en la boca de su amigo.

Cuando la princesa comprendió lo que había pasado cayó también al suelo, muerta, porque se le había roto el corazón.

Los dos reyes decidieron no enterrar a sus hijos, sino incinerarlos a la orilla del río. Quiso la casualidad que decidieran hacerlo el mismo día a la misma hora. Los reyes se insultaron y se amenazaron recíprocamente, pues cada uno de ellos culpaba al otro de la muerte de su pequeño.

Los fuegos no tardaron mucho en prender y ambos cuerpos ardieron en llamas. De las hogueras surgieron grandes humaredas. No corría ni pizca de viento y dos grandes y poderosas columnas de humo se elevaron directamente hacia el cielo. De pronto se hizo el silencio, los fuegos dejaron de crepitar y continuaron ardiendo sin sonido; los borboteos del río cesaron. Hasta los reyes se quedaron callados.

Y los animales empezaron a cantar. Primero los cocodrilos.

Pero los cocodrilos no saben cantar, le interrumpo yo cada noche al llegar a este punto.

¿Cómo que no? ¡Claro que saben! , responde mi padre, los cocodrilos cantan, pero solo cuando les dejamos. Hay que estar muy callados para oírlos.

¿Y los elefantes también?

Los elefantes también.

¿Y quién más cantó ese día?

Las serpientes y las iguanas. Cantaron los perros y los gatos, los leones y los leopardos. Los elefantes se les unieron, y los caballos y los monos. Por supuesto también los pájaros. Los animales cantaron a coro, y lo hicieron mejor que nunca. Y de pronto, nadie sabe por qué, las dos columnas de humo se inclinaron una hacia la otra. Cuanto más claro y más alto cantaban los animales, más se acercaban las columnas, hasta que al fin se tocaron y entrelazaron, convirtiéndose en una sola columna como solo saben hacerlo los amantes.

Mi padre apaga la luz y se queda junto a mi cama. Yo cierro los ojos y oigo cantar a mis animales de trapo y pienso: tiene razón, todos los animales saben cantar si les

dejamos. Pero hay que estar muy callados, porque si no, no se les oye. Me tararean una canción, suavemente, al oído, hasta que me quedo dormida.

A mi madre no le gustaba este cuento porque no tenía un final feliz, pero mi padre le decía que desde luego tenía un final feliz. Eran tan distintos. . .

Yo no lo tenía claro.

Segunda parte

La quietud de la noche me atormentaba. Estaba acostada en mi hotel, esperando un algún ruido que me resultara conocido. Bocinas. Sirenas de coches de bomberos. Música rap o voces en el televisor de los vecinos. El timbre del ascensor.

Nada.

Ni siquiera el crujido de unos escalones o los pasos de otro cliente por el pasillo. Mi habitación estaba sumida en una oscuridad absoluta y silente. Al cabo de un rato escuché la voz de U Ba. Deambulaba por mi aposento como una intrusa invisible. Me llegó desde el escritorio y desde el armario; luego pareció que estuviera en la cama, junto a mí. No lograba quitarme su rostro de la cabeza. Pensé en Tin Win. Ni con la perspectiva que me concedía el paso de las horas fui capaz de reconocer en él a mi padre. Pero ¿eso qué significaba? ¿Qué sabemos nosotros de nuestros padres, y qué saben ellos de nosotros? Y, si ni siquiera conocemos realmente a aquellas personas que nos acompañan desde nuestro nacimiento —ni nosotros a ellos ni ellos a nosotros—, ¿qué sabemos entonces de los demás? ¿Debería pensar, visto lo visto, que tanto él como ella podrían ser capaces de todo, hasta de los hechos más abominables? ¿En quién o en qué podemos confiar? ¿Con qué realidades podemos contar, al final? ¿Hay alguna persona en la que pueda confiarse de manera incondicional? ¿Es posible que la haya?

El sueño me liberó.

Soñé con Tin Win. Estaba ciego y acababa de caerse. Lo tenía delante de mí, en el suelo, y lloraba. Quise ayudarlo a levantarse y me incliné hacia él. Pesaba demasiado. Cogí sus manos y estiré, abracé su cuerpo de niño, él se agarró a mí. Pero fue como si intentara mover una enorme roca. Me arrodillé a su lado, como si fuera la víctima de un accidente de tráfico que yaciera en la calle, ensangrentada. Hablé con él, le aseguré que venía ayuda en camino. Él me pidió que me quedara a su lado, que no lo dejara solo. De pronto apareció mi padre junto a nosotros. Lo levantó, lo abrazó muy fuerte y le susurró algo al oído. Entre sus brazos Tin Win se calmó. Apoyó la cabeza en su hombro, sollozó un poquito más y se durmió. Ambos se dieron la vuelta y se alejaron de allí.

Hacía calor cuando me desperté. Oí insectos zumbando fuera y a dos hombres que charlaban bajo mi ventana. En el aire flotaba un olor dulce que me hizo pensar en nubes de algodón recién hechas. Cuando me levanté noté unas leves agujetas en las pantorrillas. Pero me sentía mucho mejor que el día anterior. Dormir tanto me había sentado bien. El calor hizo que la ducha fría me resultara más soportable, y hasta el café me supo algo menos malo que el del día anterior. En realidad ese día tenía previsto empezar a buscar a Mi Mi, pero algo me lo impidió. ¿Acaso creía en la historia de U Ba más de lo que yo misma quería reconocer? Aunque el día anterior me había negado en redondo y me había mostrado indignada, debía admitir que su narración me había cautivado. Y dado que, a excepción de una dirección que se remontaba cuarenta años atrás, no tenía ninguna otra pista o punto de partida, decidí esperar al anciano.

Cuando me recogió eran poco después de las diez.

Yo estaba sentada frente al hotel y observaba a un hombre que cortaba la hierba con unas tijeras enormes. El jardín del hotel tenía un toque de hechizo o encantamiento que el día anterior me había llamado la atención. Jamás había visto una mezcla tan extraordinaria de flores, arbustos y árboles. En los parterres crecían amapolas rojas entre lirios, gladiolos y orquídeas de color amarillo intenso. Y sobre ellas se arqueaban las ramas de cientos de flores de hibisco rojas, blancas y rosas. En medio del césped había un peral cuyas flores blancas estaban esparcidas por la hierba, y algo más a lo lejos, dos palmeras y un aguacate cargado de frutos. En un huerto pude reconocer judías y guisantes, rábanos, zanahorias, fresas y frambuesas.

Vi llegar a U Ba desde lejos. Avanzaba por la calle, saludó a un ciclista y entró en el camino que conducía al hotel. Para poder caminar más rápido se levantaba ligeramente el longi con las dos manos, como una mujer a punto de saltar un charco con un vestido largo.

Me saludó sonriendo y guiñándome un ojo con complicidad. Como si el día anterior no nos hubiésemos separado con una disputa. Como si nos conociéramos desde hacía años.

—Buenos días, Julia. ¿Ha logrado conciliar el sueño? —preguntó.

Yo sonreí por su anticuado modo de expresarse.

—¡Oh, qué brillo más hermoso tienen sus ojos! ¡Igual que los de su padre! Los labios carnosos y los dientes blancos también son de él. Discúlpeme si me repito, no es torpeza mía, es su belleza lo que me obliga a decir lo mismo en dos ocasiones.

Su cumplido hizo que me sonrojara. Me levanté y metí mi bolígrafo y una libreta en mi mochilita.

Anduvimos por la calle y nos desviamos por un trillado sendero que conducía al río. Al borde del camino las plantas crecían y florecían con tanta exuberancia como en el jardín del hotel. Todo estaba lleno de palmeras datileras, mangos y plataneros de los que colgaban pequeñas y amarillas bananas. Olía a jazmín fresco y a frutas maduras. Me sentó bien el aire cálido en la piel, en los brazos y piernas desnudos.

En el río había varias mujeres, metidas en el agua hasta las rodillas, lavando la ropa y cantando. Las camisas y los longis escurridos se ponían a secar al sol sobre unas piedras. Algunas de ellas saludaron a U Ba y me observaron con verdadera curiosidad. Cruzamos un puentecito de madera, trepamos por un terraplén que quedaba al otro lado del río y continuamos subiendo por un empinado camino vecinal. Los cantos de las mujeres nos acompañaron hasta la cima de la montaña. La imagen del valle y la cumbre en la distancia me desconcertó. Algo no funcionaba en esa imagen de postal. Las pendientes apenas estaban pobladas de pinos jóvenes, y entre ellos no había más que hierba marrón, requemada.

—Antes aquí había espesos bosques de pinos por todas partes —dijo U Ba, como si me hubiese leído el pensamiento—. En los años setenta vinieron los japoneses y talaron todos los árboles.

Quise preguntarle por qué lo habían permitido y si nadie se había opuesto, pero al final callé. Había demasiadas cosas que me resultaban incomprensibles en todo aquello, y tuve la sensación de que sería más inteligente guardarme alguna pregunta para mí. Al menos por el momento.

Continuamos avanzando. Pasamos junto a antiguas y desmoronadas mansiones inglesas y junto a menesterosas cabañas, en su mayoría sin ventanas, cuyas paredes torcidas estaban hechas a base de hojas secas y de hierbas. Nos detuvimos ante una de las pocas casas de madera que había en la zona. Estaba elevada sobre unos pilotes de apenas metro y medio de altura, era de teca casi negra, tenía el techo de hojalata ondulada y una estrecha veranda. Bajo la casa un cerdo hurgaba en el suelo. Por encima corrían varias gallinas.

Subimos los escalones que conducían a la veranda. U Ba me precedió hacia una gran habitación con cuatro ventanas sin cristales. La decoración me hizo pensar en un legado inglés de la época colonial. Un sillón de cuero marrón al que se le marcaban los muelles,

dos sofás con las fundas raídas, una mesita de té y un armario oscuro. En la pared, un retrato al óleo de la Torre de Londres.

—Siéntese y descanse. Voy a preparar un té —dijo U Ba, y desapareció.

Estaba a punto de sentarme cuando oí un intenso zumbido. Un pequeño enjambre de abejas cruzó volando la habitación, desde una de las ventanas hasta el armario abierto y de vuelta a la ventana. En la estantería de arriba pude ver su colmena, más grande que una pelota de fútbol. Fui con cuidado hasta la otra punta de la habitación, me senté y me quedé quieta como una estatua.

—Espero que no le den miedo las abejas —dijo U Ba cuando regresó a la habitación con una tetera y dos tazas.

—Solo de las avispas —mentí.

—Mis abejas no pican.

—Querrá decir que aún no han picado a nadie.

—¿Y cuál es la diferencia?

—¿Qué hace usted con la miel?

—¿Qué miel? —U Ba me miró como si nadie antes le hubiese dicho que las abejas producen miel—. No la toco. Es suya.

Observé con desconfianza el vuelo de las abejas; no tenía claro si lo decía en serio o no.

—Entonces, ¿por qué no se lleva la colmena algo más lejos de aquí?

Él se rió.

—¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Para qué ahuyentarlas? No me molestan. Al contrario, me siento honrado de que hayan escogido mi casa para instalarse. Ya hace cinco años que convivimos pacíficamente. Los birmanos creemos que traen suerte.

—¿Ah sí? ¿Y es cierto?

—Un año después de que las abejas se instalaran aquí volvió su padre. Y ahora también está usted aquí, Julia. ¿Todavía le queda alguna duda?

Sonrió de nuevo y dio un sorbo a su té.

—¿Dónde tuvimos que interrumpir ayer nuestro relato? Tin Win se había quedado ciego y Suu Kyi decidió ir en busca de ayuda, ¿no es así?

Asentí.

Empezó a hablar.

La lluvia golpeaba el techo de hojalata con tanta fuerza como si la casa estuviera a punto de desmoronarse y convertirse en una montaña de piedras y terrones. Tin Win se había acurrucado en la esquina más lejana de la cocina. No le gustaban nada las tormentas, el tamborileo del agua sobre el metal le parecía demasiado estrepitoso, y la intensidad con la que caía del cielo y se precipitaba sobre la gente le daba verdadero pavor. Oyó la voz de Suu Kyi, pero la lluvia se tragó sus palabras.

—¿Dónde te has metido? —gritó ella de nuevo, asomando la cabeza por la puerta de la cocina—. Venga, vamos, tenemos que irnos. La tormenta está a punto de acabar.

Como casi siempre, si se trataba del tiempo, Suu Kyi tenía razón. Hacía gala de un instinto infalible para las tormentas inminentes y las lluvias tropicales y su duración. Lo notaba en la barriga y principalmente en los oídos, decía. Le ardían, sentía un hormigueo, y al final, justo antes de las primeras gotas, le picaban una barbaridad. Hacía tiempo que Tin Win había dejado de dudar de sus predicciones. En menos de dos minutos estaban en la puerta de casa; había dejado de llover. Ahora solo se oía el agua cayendo del techo y de las ramas y fluyendo con fuerza hasta el valle desde el foso que quedaba frente a la casa.

Suu Kyi lo había cogido de la mano. El suelo estaba resbaladizo y a cada paso que daban el barro se les colaba entre los dedos de los pies. Aún era pronto, debían de ser poco más de las siete. El sol acababa de aparecer entre las nubes y sus rayos le rozaban los ojos. Su calor era aún agradable, pero pronto se volvería demasiado fuerte, ardería en la piel, el agua se evaporaría y ascendería hasta formar nubes blancas, y sería como si la tierra sudara de nuevo. Pasaron junto a varias cabañas desde las que les llegaron las voces de la mañana. Gritos de niños, ladridos de perros, el repiqueteo de las ollas de metal.

Le había dicho que quería ir con él a un monasterio que estaba en el pueblo. Allí vivía U May, un monje que conocía hacía tiempo y que quizá podría ayudarlo. U May era una de las pocas personas, en rigor quizá la única, en la que Suu Kyi confiaba; con la que

sentía una especie de afinidad espiritual. Sin él, decía, no habría sobrevivido a la muerte de su hija y de su marido. Era muy mayor, quizá tenía más de ochenta años, no lo sabía con certeza, y era algo así como el abad del monasterio. Desde que se quedara ciego hacía unos años se dedicaba a dar clases a una docena de niños del pueblo, y quizá, esperaba Suu Kyi, podría ocuparse también de Tin Win, liberarlo de la oscuridad que le rodeaba, enseñarle lo que le había enseñado a ella: que la vida está íntimamente relacionada con el sufrimiento. Todas las vidas, sin excepción. Que las enfermedades son ineludibles, que envejecemos y no podemos esquivar a la muerte. Estas son las reglas de la existencia humana; así se lo había explicado a ella U May. Reglas válidas para todo el mundo, en todo el mundo, sin importar lo mucho que cambien los tiempos. No existe ningún poder capaz de liberar a los hombres del sufrimiento o de la tristeza que deriva de este razonamiento. Tan solo ellos mismos. Y, pese a todo, U May solía repetirle que la vida era un regalo que no debíamos menospreciar. Un regalo lleno de misterios, en el que la alegría y el dolor avanzaban inevitablemente juntos y en el que cualquier intento de acceder al uno sin el otro estaba destinado al fracaso.

El monasterio no quedaba demasiado lejos de la calle principal y estaba rodeado de un muro de piedra no muy alto. Justo detrás de él había media docena de pequeñas pagodas blancas adornadas con gallardetes multicolores y campanitas doradas. El monasterio en sí estaba elevado sobre unos postes de tres metros largos de altura cuya finalidad era protegerlo de las inundaciones en la época de lluvias. Con el tiempo habían ido construyéndose infinidad de casitas adosadas a la nave principal. En el centro despuntaba una torre cuadrada que se elevaba estrechándose en siete escalones y cuya punta dorada podía verse desde muy lejos. Las paredes exteriores eran de madera de pino teñida de marrón oscuro por el sol y los techos estaban cubiertos con ripias de madera casi negra; los suelos y las vigas que los mantenían unidos eran de madera de teca. Desde el edificio principal salían dos escaleras anchas que conducían a una gran veranda, y desde allí tres puertas abiertas conducían a una nave de más de treinta metros de largo. Frente a la entrada, medio escondida en la oscuridad, se encontraba la magnífica figura de un buda de madera cubierto de pan de oro que casi llegaba al techo. Frente a él, varias mesas con ofrendas: té, flores, plátanos, mangos, naranjas. . . En la pared, detrás del buda, varias estanterías con docenas de budas más pequeños y dorados.

Algunos estaban envueltos con capas amarillas, otros tenían paraguas de papel de color rojo, blanco o dorado.

Suu Kyi y Tin Win avanzaron cogidos de la mano por el ancho patio que conducía a la escalera de la entrada principal. Dos monjes barrían la tierra húmeda con unas escobas enormes, en un tendedero colgaban hábitos de monje de color rojo oscuro. Olía a fuego. Tin Win oyó el crepitar de la madera ardiendo.

U May estaba sentado en un podio que se encontraba bajo una ventana sin cristales, al final de la nave principal. Tenía las piernas dobladas, las manos en el regazo, una sobre otra, y estaba completamente inmóvil. Frente a él había una mesita sencilla, y en ella un vaso; una tetera y un plato con huesos roídos.

Su cabeza estaba rapada, sus ojos cerrados quedaban inmersos en sus cuencas, sus mejillas eran delgadas, pero no parecían hundidas. Suu Kyi se estremecía ligeramente cada vez que lo veía. Sus rasgos le parecían más definidos que los de cualquier otra persona que conociera. Estaba flaco pero no demacrado, arrugado pero no ajado. Su rostro era sin duda el espejo de su alma. Ni rastro de una carga superflua.

Suu Kyi recordó la primera vez que lo vio. Había llegado en tren desde la ciudad y estaba parado frente a la estación. De eso hacía ya más de veinticinco años. Ella iba hacia el mercado, él estaba descalzo y le dirigió una sonrisa. Ya entonces se sintió conmovida por aquel rostro. Él le preguntó el camino, ella sintió curiosidad y se ofreció a acompañarlo hasta el monasterio. Durante el trayecto entablaron conversación, y aquel fue el inicio de su amistad. En los años siguientes U May fue hablándole de vez en cuando de su infancia y juventud y de la vida que había llevado antes de decidirse a ser monje. No sucedía a menudo y nunca le contaba demasiado. Eran apenas retazos que Suu Kyi iba reuniendo y con los que fue obteniendo un retrato sorprendentemente contradictorio.

U May provenía de una familia acomodada que poseía varios molinos de arroz en Rangún. Pertenecían a la minoría india que llegó a Birmania tras la anexión del delta por parte de los ingleses en el año 1852, y que desde entonces controlaban una parte más que significativa del comercio de las principales ciudades portuarias. Su padre era un patriarca, autoritario e iracundo, temido por toda la familia a causa de sus violentos ataques de ira. Sus hijos lo evitaban y su mujer se refugiaba en enfermedades que ni

siquiera los médicos ingleses de Rangún eran capaces de diagnosticar, y mucho menos, pues, de sanar. Tras el nacimiento de su tercer hijo el padre se hartó de aquella mujer tan enfermiza y la envió a Calcuta, a casa de unos parientes, con sus dos hijos menores. Allí la asistencia médica era mejor, dijo. U May se vio obligado a quedarse junto a su padre; como primogénito debía ser educado para convertirse en el sucesor de su padre y futuro director de la empresa familiar. Seguro que el padre no habría tardado demasiado en olvidar al resto de la familia, si no fuera porque cada dos o tres meses les llegaba una carta de Calcuta informándole sobre los increíbles avances en la recuperación de la esposa y anunciándole el inminente regreso de la familia. (Algo que a U May le llenaba de una alegría indescriptible en cada ocasión.) Con el paso de los años las cartas fueron espaciándose y en algún momento U May comprendió que a los siete años, en el muelle del puerto de Rangún, siguiendo con la vista el barco que zarpaba hacia Calcuta, había visto a su madre y a sus hermanos por última vez.

A él lo educaron los empleados del servicio y las niñeras, sobre todo las cocineras y el jardinero, cuya compañía buscaba desde que empezó a andar. Era un niño tranquilo y tímido, cuyo mayor talento parecía consistir en adivinar los sueños y esperanzas de los demás e intentar con todo su empeño ayudarlos a que se hicieran realidad.

Lo que más le gustaba era jugar con el jardinero. Este plantó para él un parterre en la esquina más apartada de su terreno, y U May se encargó de cuidarlo con todo el mimo y dedicación. Cuando su padre se enteró de aquello ordenó que arrancaran todas las plantas del jardín y que removieran la tierra. Dijo que la jardinería era cosa del servicio. O de niñas.

U May aceptó aquello en silencio, como hacía con todas las observaciones y órdenes de su padre, al que obedecía sin titubear. Hasta el día en que este —U May no había cumplido aún los veinte años— le comunicó que había concertado su matrimonio con la hija de un armador. La boda favorecería a ambas empresas y a sus familias. Dos días después, el padre se enteró de la relación que su hijo mantenía con Ma Mu, la hija de la cocinera. La historia en sí no lo habría hecho montar cólera de aquel modo. Errores como ese pasaban a menudo. Hasta habría encontrado una solución para el embarazo de la joven, que tenía dieciséis años. Lo que le pareció definitivamente imperdonable, inexcusable, fue la afirmación de su hijo de que estaba enamorado de la chica. El hombre reaccionó a aquello con una carcajada que duró varios minutos y resonó por toda la casa. Años después el jardinero juró que en aquel momento se marchitaron cientos de

flores. U May dijo a su padre que no estaba dispuesto a contraer matrimonio con la joven que le había escogido. Aquel mismo día, su padre metió a la cocinera y a su hija en un barco que zarpaba rumbo a Bombay para que sirvieran en casa de uno de sus socios, y se negó a dar a su hijo alguna pista sobre su paradero. Aquella misma noche, U May salió en busca de su amada. Durante años recorrió infatigablemente todas las colonias británicas del sudeste asiático. En una ocasión creyó haber visto a Ma Mu, o cuando menos haber oído su voz. Fue en un puerto de Bombay, poco antes de que el buque de vapor en el que se encontraba partiera hacia Rangún. Tuvo la sensación de que alguien había gritado su nombre, pero cuando se dio la vuelta no vio más que rostros desconocidos y, algo más allá, en el muelle, una multitud de personas que gesticulaban con exasperación. Por lo visto un niño acababa de caer al agua.

Los meses pasaron y U May se sentía cada vez más desesperado e indignado: no había dado siquiera con una simple huella de Ma Mu y de su madre. Lo que sentía en su interior era una rabia vaga e indeterminada; no tenía nombre ni rostro y en la mayoría de los casos iba solo dirigida a sí mismo. Empezó a beber, se convirtió en cliente habitual de todos los burdeles entre Calcuta y Singapur, y algunos meses ganó en el mercado del opio más que su padre en todo un año de trabajo, pero perdió luego todo el dinero realizando apuestas ilegales. En un viaje en barco de Colombo a Rangún conoció a un locuaz comerciante de arroz de Bombay que una noche, en cubierta, le habló de su antigua cocinera birmana y de la trágica muerte de su hija y su pequeño nieto. Cayeron en una zona portuaria y murieron ahogados cuando la joven intentó llamar la atención de un hombre que iba a bordo de un buque de pasajeros. Por lo que dijeron ciertos testigos, parece que la chica lo había confundido con un conocido suyo de Rangún. La comida de la cocinera dejó de ser tan sabrosa como antes y el comerciante se vio lamentablemente obligado a despedirla.

U May nunca explicó a Suu Kyi lo que le sucedió aquella noche. Cuando el barco llegó a Rangún dejó todo su equipaje a bordo y salió del puerto para dirigirse directamente al claustro de Shwegyin, al pie de la pagoda Shwedagon. Pasó allí varios años y después viajó a Sikkim, Nepal y el Tíbet, y aprendió las enseñanzas de Buda de manos de varios monjes muy conocidos. Durante más de veinte años vivió en un pequeño monasterio en Darjeeling, India, hasta que un día decidió partir hacia Kalaw, la tierra natal de Ma Mu y de su madre. Juntos habían soñado con Kalaw las veces que se encontraron en secreto en el sótano, en el extenso jardín o en las estancias del servicio.

Allí querían viajar cuando naciera su hijo. Después, cuando viajó sin descanso de un lugar a otro, no se atrevió a entrar en la ciudad. Y de pronto tenía la sensación de que había llegado el momento. Tenía más de cincuenta años y quería morir en Kalaw.

Tin Win sujetaba aún la mano de Suu Kyi. La siguió por la habitación y ambos se arrodillaron. La soltó y se inclinaron hacia delante, hasta que sus manos y sus frentes rozaron el suelo de madera.

El anciano escuchó atentamente mientras Suu Kyi le contaba la historia de Tin Win. De vez en cuando balanceaba ligeramente el tronco o repetía palabras aisladas. Cuando ella hubo acabado, permaneció un buen rato en silencio. Al fin se dirigió a Tin Win, que había estado todo el rato callado y sentado junto a Suu Kyi.

U May hablaba con lentitud y empleaba frases breves. Describió la vida de los monjes, que no tenían más hogar o posesiones que los hábitos y los thabeiks, es decir, los cuencos que llevan consigo al pedir caridad. Explicó que los novicios recorren las calles cada mañana, justo al salir el sol, y piden limosnas; que se plantan en silencio ante una casa o una puerta y que aceptan agradecidos lo que quiera que les den. Habló de sus alumnos, a los que enseñaba a leer, escribir y calcular con la ayuda de un monje joven, pero a los que, en esencia, intentaba transmitir lo que la vida le había enseñado: que la riqueza de un ser humano reside en las reflexiones de su corazón.

Tin Win se mantuvo arrodillado, inmóvil frente al anciano, y lo escuchó concentrado. No fueron las palabras, las frases, lo que le cautivó, sino la voz de aquel hombre, que lo sumió en un mundo casi mágico. Jamás había oído nada semejante. Era dulce, una tonada melódica, sutil y templada, modulada como el repicar de la campana de la torre del monasterio, que logra hacer cantar incluso a un soplo de viento. Le recordaba al trino de los pájaros al amanecer, y a la plácida y equilibrada respiración de Suu Kyi cuando yacía dormida junto a él. No solo oyó aquella voz, sino que la notó en su piel como si dos manos estuvieran dándole un masaje. No había nada que deseara con más vehemencia que confiarle todo el peso de su cuerpo. El peso de su alma. Cuanto más hablaba el anciano monje, más invadido se sentía por aquella voz, y por primera vez en la vida ocurrió algo que en el futuro sucedería con más frecuencia: Tin Win convirtió los sonidos en imágenes. Vio el humo de una hoguera elevándose e inundando la habitación.

Lo vio mecerse de un lado a otro en suaves olas, balanceado por una mano invisible. Lo vio encrespase, bailar y deshacerse progresivamente hasta quedar en nada.

De camino a casa, Tin Win y Suu Kyi no intercambiaron palabra. Él la cogía de la mano. Era cálida y suave.

Al día siguiente, de nuevo antes de la salida del sol, volvieron a ponerse en camino hacia el monasterio. Tin Win estaba nervioso, porque Suu Kyi le había dicho que se quedaría unas semanas en él. Le darían un hábito y recorrería la zona con los demás chicos, pidiendo limosna. A él no le hacía gracia la idea; tenía miedo, y a cada paso que daba se acrecentaba un poco más. ¿Cómo se orientaría en el pueblo, él, que en terreno conocido apenas era capaz de avanzar unos metros sin tropezar o chocar con algo? Quería que lo dejara solo y en paz, había dicho a Suu Kyi; quería quedarse en casa, estirado en su colchón o sentado en el taburete del fondo de la cocina, los dos únicos sitios en los que se sentía relativamente seguro, o, cuando menos, no amenazado.

Ella no cambió de opinión. Tin Win recorrió a su lado el camino hacia el pueblo, en contra de su voluntad y con especial lentitud. Suu Kyi tuvo la sensación de estar tirando de un animal cabezota y testarudo. De pronto oyeron el canto de los niños del monasterio y se detuvieron. Las voces apaciguaron a Tin Win. Como si alguien estuviera acariciándole la cara y la barriga. Se quedó petrificado, inmóvil, y escuchó con atención. Al canto se le había sumado el suave crujido de las hojas. No crujían solo por el viento. Tin Win comprendió que ellas, del mismo modo que las voces humanas, tenían su propio acento, y que en el caso de los crujidos puede hablarse también de matices, como con los colores. Oyó ramas delgadas que se frotaban unas con otras, y hojas que se acariciaban. Oyó el follaje que caía a sus pies y se dio cuenta de que ninguna hoja se parecía a las otras, ni siquiera al planear por el aire. Las oyó zumbar y rezongar, sisear y silbar, susurrar y murmurar. Tuvo un presentimiento inaudito. ¿Existía un mundo paralelo al de las formas y los colores, un mundo de voces y sonidos, de ruidos y tonos? ¿Un mundo oculto a los sentidos, que nos rodea sin darnos cuenta y que resulta aún más emocionante y misterioso que el mundo de los que pueden ver?

Había descubierto el don del oído.

Muchos años después, en Nueva York, recordó aquel instante de su vida, cuando se sentó por primera vez en una sala de conciertos y la orquesta empezó a tocar. Se sintió

embriagado de felicidad al reconocer en la distancia los suaves golpes de timbal que abrían la pieza, y después los violines uniéndose a ellos, las violas y los chelos, los oboes y las flautas. Todos juntos empezaron a sonar como lo hicieran también las hojas aquella mañana de verano en Kalaw. Primero, cada instrumento por sí solo; después, todos unidos, apoderándose de sus sentidos de tal modo que su cuerpo empezó a sudar y se quedó sin aliento.

Suu Kyi estiró de él y el niño se tambaleó tras ella, ebrio de tantas emociones. Unos metros después, sin embargo, estas desaparecieron tan rápido como habían aparecido. Tin Win pudo oír sus propios pasos y la pesada respiración de Suu Kyi, el coro y algunas gallinas cacareando. Pero nada más. No obstante, por primera vez en su vida había intuido algo de la vida y de sus misterios, con una intensidad que podía doler y en ocasiones apenas lograba contenerse.

Fue así como empezó, sin que él se diera realmente cuenta.

Acababa de amanecer cuando llegaron al monasterio. U May estaba sentado en la nave principal, rodeado de varios monjes mayores, y meditaba. Un monje joven estaba sentado sobre un taburete bajo la cocina y cortaba cebollas secas. A su alrededor trotaban dos perros. Junto a la escalera, en fila, una docena de novicios con sus hábitos rojos y las cabezas recién rapadas. Saludaron a Tin Win y entregaron a Suu Kyi uno de los trapos rojos para él. Ella le ayudó a ponérselo sobre su delgado cuerpo. La tarde anterior le había afeitado la cabeza y en aquel momento, cuando lo vio de pie entre los demás monjes, observó una vez más que era muy alto para su edad, y muy guapo. Tenía un cogote muy marcado y un cuello largo y delgado, una nariz prominente aunque tampoco demasiado larga y unos dientes tan blancos como las hojas de los perales que crecían frente a su casa. Tenía la piel de color canela y, pese a las caídas y las heridas, solo le quedaba la marca de dos grandes cicatrices en las rodillas. Sus manos eran estrechas, sus dedos largos y finos, y en sus pies no se intuía la eterna ausencia de zapatos.

Pese a su altura le pareció tan vulnerable como un pollito que corre asustado por el patio. Su mirada la conmovió. En ciertos momentos, cuando pensaba en la soledad del niño, en su indigencia, Suu Kyi apenas lograba reprimir las lágrimas. Odiaba aquel sentimentalismo. No quería compadecerlo, sino ayudarlo, y la pena no era buena consejera.

Le resultó muy duro dejarlo allí, aunque solo fuera por unas semanas. U May se había ofrecido a hacerse cargo de Tin Win durante una temporada. Consideraba que la compañía de otros niños sería buena para él; que la meditación común y las clases, la paz y la rutina del monasterio podrían aportarle seguridad y confianza.

Los novicios lo rodearon, le pusieron un cuenco negro en una mano y un bastón de bambú en la otra. Un monje que estaba de pie frente a Tin Win se colocó uno de los extremos del bastón bajo el brazo. Así era como pensaba guiar al chico por el lugar. Al

poco, la comitiva emprendió la marcha a paso lento y cauteloso, de modo que hasta el ciego pudo seguirla con facilidad. Los novicios cruzaron la entrada del jardín, giraron hacia la derecha y avanzaron tranquilamente hasta la calle principal. Sin que Tin Win se diera cuenta, todos se ajustaron a su velocidad: anduvieron algo más rápido cuando él aceleró el paso y moderaron la marcha cuando se sintió inseguro o lo ralentizó. A la puerta de casi todas las casas había un hombre o una mujer con una olla de arroz o verdura que habían cocinado para los monjes a primeras horas de la mañana. La procesión fue deteniéndose ante cada uno de ellos, que, inclinándose con humildad, fueron llenando los cuencos de los novicios.

Tin Win se aferraba con fuerza a su thabeik y al bastón. Estaba acostumbrado a pasear por el campo con un palo largo cuando iba solo. Lo movía de un lado a otro por delante de sí como si fuera un brazo largo que le ayudara a tantear la tierra y le advirtiera de posibles agujeros, ramas o piedras. Pero el bastón de bambú que tenía en la mano no era una compensación en ese sentido, sino que lo hacía depender del monje que andaba delante de él. Le incomodaba pasear por el pueblo sin Suu Kyi. Echaba de menos la mano de ella, su voz, su risa. Los monjes eran tan silenciosos. . . No decían nada a excepción de «gracias», en voz baja, cada vez que alguien les llenaba un cuenco. Y su silencio lograba que se sintiera más inseguro aún. Tardó menos de una hora en darse cuenta de que sus pies descalzos empezaban a ganar seguridad sobre el suelo arenoso. No se había tropezado. No se había caído. Ninguna irregularidad o agujero en el suelo de la calle lo habían hecho perder el equilibrio. Sus manos se relajaron. Sus pasos se hicieron más largos y rápidos.

De vuelta al monasterio lo ayudaron a subir la escalera que conducía a la veranda. Era empinada, no tenía barandilla y los escalones eran muy estrechos, y Tin Win deseó poder subirla solo. Pero dos monjes lo cogieron de las manos y un tercero lo sujetó con fuerza desde atrás, y Tin Win dio un paso tras otro. Como si estuviera aprendiendo a caminar.

Se sentaron en el suelo de la cocina y comieron el arroz y la verdura. En el fogón ardían las llamas, y sobre ellas colgaba una cazuela, oxidada y abollada, con agua hirviendo. Tin Win estaba en medio de todos ellos; no tenía nada de hambre; estaba cansado. Como si hubiese subido a la cima de una montaña. No sabría decir qué era lo que lo había cansado más: si la larga caminata o el hecho de confiar en los novicios que iban delante de él. Estaba tan agotado que a duras penas pudo prestar atención a la clase

de U May y se quedó dormido en la meditación de primera hora de la tarde. Le despertó la risa de los monjes.

Por la noche tardó en conciliar el sueño. Hasta entonces no había vuelto a acordarse de los maravillosos sonidos de aquella mañana. ¿Había oído realmente todos aquellos tonos o habían sido solo imaginaciones suyas? Si sus sentidos no le habían jugado una mala pasada, ¿dónde estaban ahora todos aquellos ruidos? ¿Por qué no lograba escuchar nada que no fueran los ronquidos de los demás monjes, por mucho que aguzara los oídos? Echaba de menos la intensidad que había sentido apenas unas horas antes, pero cuanto más se esforzaba menos oía, y al final hasta los suspiros y los ronquidos que lo rodeaban se difuminaron y se perdieron en la distancia.

Durante las semanas siguientes Tin Win intentó participar, en la medida en que le fue posible, en la rutina de los monjes. Cada día que pasaba confiaba un poco más en el bastón de bambú y disfrutaba de los paseos por el pueblo sin preocuparse por no tropezar o tener un accidente. Aprendió a barrer el patio y a lavar la ropa, y pasó muchas tardes con una tabla de lavar y una cuba, trabajando los hábitos hasta que los dedos le dolían por lo fría que estaba el agua. Ayudó a fregar los platos y demostró tener una habilidad especial para hacer leña. Le bastaba con tocar una vez un trozo de madera para indicar inmediatamente si podía romperse solo con la rodilla o si hacía falta una piedra. Pronto reconoció a los monjes no solo por sus voces, sino también por sus besos, sus toses o sus eructos; por el modo en que se desplazaban sobre las tablas, por el sonido de sus pasos en la madera del suelo.

Lo que más le gustaba eran los ratos que pasaba junto a U May. Los niños rodeaban al monje en un semicírculo, Tin Win en primera fila, a menos de dos metros de él. Su voz seguía teniendo aquella fuerza, aquella magia que tanto le impresionó la primera vez que estuvo en contacto con él. Incluso cuando callaba y dejaba hablar al joven monje que lo asistía, Tin Win seguía percibiendo su cercanía. Le calmaba. Le daba una sensación de seguridad que nunca antes había conocido. A menudo solía quedarse sentado mientras el resto de los niños se levantaba y salía de la sala, se arrastraba hasta U May y lo asediaba a preguntas. Lo que más le interesaba era la ceguera del anciano.

—¿Por qué no puedes ver? —le preguntó Tin Win en una ocasión.

—¿Quién dice que yo no veo?

—Suu Kyi. Dice que eres ciego.

—¿Yo? ¿Ciego? Hace años perdí la visión, eso es cierto, pero eso no significa que sea ciego. Veo diferente, eso es todo. —Se quedó callado unos instantes y añadió—: ¿Y tú? ¿Eres ciego?

Tin Win reflexionó brevemente.

—Puedo distinguir entre claridad y oscuridad. Nada más.

—¿No tienes nariz para oler?

—Sí, claro.

—¿Manos para tantear?

—Por supuesto.

—¿Orejas para oír?

—Desde luego.

Tin Win dudó unos segundos. ¿Debía hablar a U May sobre su experiencia acústica? En realidad habían pasado ya varias semanas desde entonces y a veces no estaba seguro de haberla vivido. Quizá no hubiese sido más que una fantasía. Prefirió no contarle nada.

—¿Y qué más quieres? —le preguntó U May—. Lo esencial es invisible a los ojos. —Un largo silencio. Luego continuó—: A nuestros sentidos les encanta confundirnos, y los ojos son los más traicioneros de todos. Nos inducen a confiar demasiado en ellos. Creemos que somos capaces de ver cuanto nos rodea, pero se trata solo de la superficie. No accedemos a más. Deberíamos aprender a percibir la esencia de las cosas, su sustancia, y en ese sentido los ojos no son más que un impedimento. Nos despistan, nos ciegan. Quien confía demasiado en sus ojos descuida el resto de sentidos, y no me refiero solo a los oídos y el olfato. Estoy hablando de aquel órgano que vive en nuestro interior y para el que no tenemos un nombre. Llamémosle el compás del corazón.

Tin Win no entendió a qué se refería y quiso preguntarle algo, pero el anciano no le dio tiempo a abrir la boca. Alargó sus manos hacia él y Tin Win se sorprendió al ver lo cálidas que eran.

—Tienes que aprender a meditar sobre este asunto —le dijo—. Quien vive sin ojos debe mantenerse alerta. Parece más sencillo de lo que es. Debe sentir cada movimiento y cada respiración. En cuanto se despiste o se desconcentre, sus sentidos lo conducirán al error, le jugarán malas pasadas como si fueran niños traviesos que solo busquen llamar la atención. Si soy impaciente, por ejemplo, deseo que todo vaya más rápido y acelero mis movimientos, derramo mi té o mi cuenco de sopa; y no logro escuchar realmente lo

que los demás me dicen, porque con el pensamiento ya estoy muy lejos de aquí. O si la ira hace mella en mi interior. En una ocasión me enfadé con un joven monje, y al minuto siguiente me quemé con el fogón de la cocina. No oí cómo crepitaba. No lo olí. La rabia había alterado mis sentidos. El problema no son los ojos o los oídos, Tin Win. Es la ira lo que te vuelve ciego o sordo. Es el miedo lo que te vuelve ciego o sordo. Es la envidia; la desconfianza. El mundo se encoge o se sale de quicio cuando te enfadas o sientes temor. Y no solo nos pasa a nosotros, sino también a los que ven con los ojos. La diferencia es que ellos no lo saben.

U May intentó levantarse. Tin Win dio un salto para ayudarlo. El anciano se apoyó en su hombro y ambos cruzaron juntos la nave hasta la veranda. Había empezado a llover. No una tormenta intensa, sino una llovizna suave y cálida de verano. El agua caía del tejado y les daba directamente en los pies. U May se inclinó hacia delante. Ahora llovía sobre su cabeza rapada; el agua le recorría el cuello y la espalda. Arrastró a su alumno con él. Tin Win sintió el agua sobre su cabeza; le caía por la frente, las mejillas y la nariz. Abrió la boca y sacó la lengua cuanto pudo, hasta que las gotas le llenaron también la boca.

Eran cálidas, algo saladas.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó U May repentinamente.

—¿Qué te hace pensar que tengo miedo?

—Tu voz.

Tin Win esperaba que su estado le hubiese pasado inadvertido. Aunque intentaba por todos los medios amoldarse a la rutina del monasterio, lo cierto es que pasaba muchos días malos. Eran como desmayos. Venían y se iban, y él no sabía qué los provocaba ni cuánto iban a durar. Aquellos días le costaba dar un solo paso, y sus oídos y su sentido de la orientación le mentían sin piedad. En las clases no entendía casi nada y los sonidos le llegaban tan apagados como si tuviera la cabeza bajo el agua. Chocaba con columnas y paredes, vertía jarras de agua y teteras, y colgaba la ropa con tanto desacierto que al cabo de muy poco estaba en el suelo, sobre el polvo. Se sentía solo e infinitamente triste. Y no podía hacer nada por evitarlo. Peor aún era el miedo. No sabía de qué tenía miedo, pero casi siempre estaba ahí; lo perseguía como una sombra en un día de sol. A veces era pequeño, casi imperceptible, y lograba controlarlo, pero otros se vengaba de él y crecía de un modo inconmesurable, hasta que sus manos sudaban y su cuerpo temblaba como si tuviera escalofríos.

Le habría gustado tener una respuesta convincente para la pregunta de U May, pero no poseía más que fragmentos y no estaba seguro de que juntos formaran una realidad. Se quedaron en silencio, uno frente al otro. Bajo la cornisa del techo arrullaban las palomas. Al cabo de unos minutos, el anciano monje volvió a preguntar:

—¿De qué tienes miedo?

—No lo sé —le respondió Tin Win en voz baja—. Del silencio de la noche. De las voces del día. De la enorme cucaracha que se arrastra hasta mis sueños y me empuja hasta despertarme. De los tocones de los árboles, en los que me siento y de los que me caigo sin hacerme daño en ningún sitio. Y del miedo. A veces solo tengo miedo del miedo y no soy capaz de enfrentarme a él. Es más fuerte que yo.

U May le acarició las mejillas con las dos manos.

—Todo ser humano, toda criatura terrestre, tiene miedo. Nos envuelve como hacen las moscas con los excrementos de buey. Los animales salen huyendo; se escapan o corren o vuelan o nadan hasta que consideran que ha pasado el peligro o hasta que caen muertos de agotamiento. Los hombres no somos mucho más inteligentes. Intuimos que no existe un lugar en el que podamos escondernos del miedo, pero aun así lo intentamos. Aspiramos a ser ricos y poderosos; nos hacemos ilusiones de ser más fuertes que los demás; intentamos dominar; a nuestros hijos y nuestras mujeres, a nuestros vecinos y amigos. El despotismo y el miedo tienen algo en común: son ilimitados. Pero con el poder y la riqueza sucede lo que con el opio, que en mi juventud probé más de una vez: ninguno de los dos cumple sus promesas. El opio no me aportó la felicidad eterna; me hizo desear cada vez más. El dinero y el poder no vencen al miedo. Solo hay una fuerza superior a él. El amor.

Aquella noche Tin Win se quedó inmóvil sobre su estera. Menos U May, todos los monjes dormían en una gran sala junto a la cocina. Habían extendido sus esteras sobre las tablas de madera y se habían tapado con sus mantas de lana. Por las grietas del suelo se colaba el frío de la noche. Tin Win escuchó. Oyó ladrar a un perro, y a otro que le contestó. Y a otro, y a otro. El fuego de la cocina aún crepitaba levemente. Sobre el techo repicaban las campanas, hasta que el viento se detuvo al fin y estas enmudecieron. Tin Win notó cómo iban quedándose todos dormidos, un monje tras otro, y observó que sus respiraciones se volvían uniformes y regulares. De pronto todos aquellos ruidos

desaparecieron. Se hizo el silencio. Uno más intenso de lo que Tin Win había vivido nunca. Como si el mundo hubiese desaparecido. Cayó en un precipicio, dio vueltas en el aire, rodó sobre sí mismo, alargó los brazos, intentó sujetarse a algo, a una rama, a una mano, a un regazo, a lo que fuera que pudiera detener su caída. Pero no había nada. Caía cada vez más rápido, cada vez más hondo, hasta que de pronto volvió a escuchar las respiraciones de los monjes. Y los perros. Y el petardeo de una moto. ¿Se había dormido unos segundos y había soñado que caía? ¿O había seguido despierto pero había dejado de oír? ¿Se habían detenido sus oídos? ¿Era eso posible? ¿Así, sin más?

¿Iba también a perder el oído, además de la vista? Tuvo un ataque de pánico y pensó en U May. Solo hay una fuerza superior al miedo, había dicho, el amor, y Tin Win le había respondido que no sabía lo que era eso, el amor. El anciano lo consoló. Lo encontraría. Lo que no podía hacer era buscarlo.

Suu Kyi cruzó el patio del monasterio. A la sombra de una higuera había seis monjes que la saludaron con una inclinación. Ya de lejos vio a Tin Win. Estaba sentado en el escalón más alto de la escalera que conducía a la veranda, con un libro muy gordo sobre las rodillas. Sus dedos recorrían las páginas, tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia delante y sus labios se movían como si estuviera hablando consigo mismo. En esa misma postura lo encontraba cada miércoles, desde hacía casi cuatro años, cuando iba a recogerlo al monasterio. Cuántas cosas habían sucedido en aquel tiempo. La semana anterior, sin ir más lejos, U May le había repetido por milésima vez lo mucho que Tin Win había cambiado y el talento que tenía. Era su mejor alumno, el más disciplinado, tenía una capacidad de concentración inaudita y a menudo lo desconcertaba con una memoria, una imaginación y un talento para combinar que U May nunca había visto en un chico que aún no había cumplido los quince años. Tin Win podía repetir de arriba abajo y sin el menor esfuerzo el contenido de lecciones que habían dado varios días atrás, era capaz de resolver problemas matemáticos en pocos minutos y de cabeza mientras que el resto de los alumnos necesitaban la ayuda de la pizarra y media hora de tiempo. El viejo monje le tenía tanto aprecio que al cabo de un trimestre empezó a darle clases particulares a primera hora de la tarde. Rescató de una caja varios libros escritos en braille que un inglés le regaló hacía ya muchos años y en pocos meses enseñó a Tin Win la lectura para ciegos. El joven leyó todo lo que U May había acumulado a lo largo de los años, y no tardó demasiado en saberse todos los libros que había en el monasterio. Pero gracias a la amistad de U May con un oficial británico jubilado que poseía toda una biblioteca de braille porque su hijo había nacido ciego, el monje pudo proveer continuamente a Tin Win de nuevas lecturas. Devoró cuentos, biografías, descripciones de viajes, novelas de aventuras, obras de teatro, e incluso ensayos filosóficos. Casi cada día se llevaba un libro nuevo a casa, y hasta la noche pasada, sin ir más lejos, Suu Kyi se despertó con sus murmullos al leer. Tin Win estaba sentado junto a ella, en la oscuridad, tenía un libro en el regazo y sus manos recorrían las páginas como si las acariciaran. Y

monjes que la saludaron con una inclinación. Ya de lejos vio a Tin Win. Estaba sentado en el escalón más alto de la escalera que conducía a la veranda, con un libro muy gordo sobre las rodillas. Sus dedos recorrían las páginas, tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia delante y sus labios se movían como si estuviera hablando consigo mismo. En esa misma postura lo encontraba cada miércoles, desde hacía casi cuatro años, cuando iba a recogerlo al monasterio. Cuántas cosas habían sucedido en aquel tiempo. La semana anterior, sin ir más lejos, U May le había repetido por milésima vez lo mucho que Tin Win había cambiado y el talento que tenía. Era su mejor alumno, el más disciplinado, tenía una capacidad de concentración inaudita y a menudo lo desconcertaba con una memoria, una imaginación y un talento para combinar que U May nunca había visto en un chico que aún no había cumplido los quince años. Tin Win podía repetir de arriba abajo y sin el menor esfuerzo el contenido de lecciones que habían dado varios días atrás, era capaz de resolver problemas matemáticos en pocos minutos y de cabeza mientras que el resto de los alumnos necesitaban la ayuda de la pizarra y media hora de tiempo. El viejo monje le tenía tanto aprecio que al cabo de un trimestre empezó a darle clases particulares a primera hora de la tarde. Rescató de una caja varios libros escritos en braille que un inglés le regaló hacía ya muchos años y en pocos meses enseñó a Tin Win la lectura para ciegos. El joven leyó todo lo que U May había acumulado a lo largo de los años, y no tardó demasiado en saberse todos los libros que había en el monasterio. Pero gracias a la amistad de U May con un oficial británico jubilado que poseía toda una biblioteca de braille porque su hijo había nacido ciego, el monje pudo proveer continuamente a Tin Win de nuevas lecturas. Devoró cuentos, biografías, descripciones de viajes, novelas de aventuras, obras de teatro, e incluso ensayos filosóficos. Casi cada día se llevaba un libro nuevo a casa, y hasta la noche pasada, sin ir más lejos, Suu Kyi se despertó con sus murmullos al leer. Tin Win estaba sentado junto a ella, en la oscuridad, tenía un libro en el regazo y sus manos recorrían las páginas como si las acariciaran. Y repetía en voz baja cada una de las frases que sus dedos palpaban.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Viajo —respondió él.

No pudo reprimir una sonrisa, pese a estar medio dormida. Hacía apenas unos días, Tin Win le había explicado que no se limitaba a leer los libros, sino que viajaba con ellos, que lo transportaban a otros países, a otros continentes, y que con su ayuda conocía a gente nueva; en algunas ocasiones, incluso, hacía nuevos amigos.

—No tardaré —le prometió Suu Kyi mientras daba la vuelta y se marchaba.

Tin Win se levantó. Llevaba su longi nuevo, verde, atado a la cintura con un fuerte nudo, y avanzó por la veranda hacia la nave principal del monasterio. Se dirigía hacia el fogón de la cocina cuando oyó un ruido que desconocía. Al principio creyó que alguien golpeaba un trozo de madera al compás de un reloj, pero el sonido no era lo suficientemente sordo ni fuerte para eso. Se trataba de un ritmo muy singular, muy monótono. Tin Win se detuvo, se quedó inmóvil. Conocía cada sala, cada esquina, cada viga del monasterio, y nunca antes había oído un sonido como aquel. Ni allí ni en ningún otro sitio. ¿De dónde provenía? ¿Del centro de la nave?

Escuchó con atención. Silencio. Dio un paso y se detuvo de nuevo. Aguzó el oído. Ahí estaba otra vez, más fuerte y claro que antes. Parecía un latido, una palpitación suave y queda. Al cabo de unos segundos se le añadieron los arrastrados pasos de los monjes. Tin Win oyó sus eructos y sus ventosidades en la cocina. Oyó el crujir de las tablas de madera y el chasquido de los marcos de las ventanas. Las palomas bajo el techo. El crepitar del fuego. Un ruido sobre su cabeza. Pensó en una cucaracha o un escarabajo que se movía por el tejado. ¿Y qué sonido era ese, junto a la ventana? ¿Moscas que se frotaban las patas traseras? Algo cayó flotando desde arriba. Una pluma de pájaro. En las vigas, bajo sus pies, el ruidito de la carcoma. En el patio, un soplo de viento elevó por los aires granos de arena y los dejó caer. En la distancia se oyó el resuello de los bueyes en los campos y el vocerío del mercado. Sintió que lentamente se abría una cortina que le permitía ver, al otro lado, un mundo que ya descubriera en aquella ocasión, durante unos segundos, pero que desde entonces había sido incapaz de reencontrar. El reino oculto de los sentidos que tanto había anhelado. El don del oído. Había vuelto a descubrirlo.

Y entre todos aquellos crujidos, chasquidos, susurros, arrullos, goteos, caídas y gemidos percibió aquel extraño, inconfundible y llamativo latido. Lento, paciente, regular. Como si fuera la esencia, el origen, la fuente de todos los ruidos, sonidos y voces de la Tierra. Poderoso y al tiempo suave. Tin Win se dio la vuelta hacia el lugar del que provenía, y dudó. ¿Debía atreverse a ir en su busca? ¿Lo ahuyentaría, lo haría desaparecer? Levantó un pie con todo el cuidado. Contuvo la respiración. Escuchó. Seguía ahí. Osó dar un primer paso, y luego un segundo. Puso un pie frente al otro con todo el cuidado, como si pudiera correr el riesgo de pisarlo. A cada movimiento se detenía unos segundos y escuchaba con atención para asegurarse de que no lo había

viga del monasterio, y nunca antes había oído un sonido como aquel. Ni allí ni en ningún otro sitio. ¿De dónde provenía? ¿Del centro de la nave?

Escuchó con atención. Silencio. Dio un paso y se detuvo de nuevo. Aguzó el oído. Ahí estaba otra vez, más fuerte y claro que antes. Parecía un latido, una palpitación suave y queda. Al cabo de unos segundos se le añadieron los arrastrados pasos de los monjes. Tin Win oyó sus eructos y sus ventosidades en la cocina. Oyó el crujir de las tablas de madera y el chasquido de los marcos de las ventanas. Las palomas bajo el techo. El crepitar del fuego. Un ruido sobre su cabeza. Pensó en una cucaracha o un escarabajo que se movía por el tejado. ¿Y qué sonido era ese, junto a la ventana? ¿Moscas que se frotaban las patas traseras? Algo cayó flotando desde arriba. Una pluma de pájaro. En las vigas, bajo sus pies, el ruidito de la carcoma. En el patio, un soplo de viento elevó por los aires granos de arena y los dejó caer. En la distancia se oyó el resuello de los bueyes en los campos y el vocerío del mercado. Sintió que lentamente se abría una cortina que le permitía ver, al otro lado, un mundo que ya descubriera en aquella ocasión, durante unos segundos, pero que desde entonces había sido incapaz de reencontrar. El reino oculto de los sentidos que tanto había anhelado. El don del oído. Había vuelto a descubrirlo.

Y entre todos aquellos crujidos, chasquidos, susurros, arrullos, goteos, caídas y gemidos percibió aquel extraño, inconfundible y llamativo latido. Lento, paciente, regular. Como si fuera la esencia, el origen, la fuente de todos los ruidos, sonidos y voces de la Tierra. Poderoso y al tiempo suave. Tin Win se dio la vuelta hacia el lugar del que provenía, y dudó. ¿Debía atreverse a ir en su busca? ¿Lo ahuyentaría, lo haría desaparecer? Levantó un pie con todo el cuidado. Contuvo la respiración. Escuchó. Seguía ahí. Osó dar un primer paso, y luego un segundo. Puso un pie frente al otro con todo el cuidado, como si pudiera correr el riesgo de pisarlo. A cada movimiento se detenía unos segundos y escuchaba con atención para asegurarse de que no lo había perdido. A cada paso se oía con mayor intensidad. Entonces se detuvo. Debía de tenerlo justo enfrente.

—¿Hay alguien ahí? —susurró.

—Sí. Justo a tus pies. Estás a punto de tropezar conmigo.

Era una voz de chica. No la conocía. Intentó en vano imaginársela.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Mi Mi.

intentando dar con las palabras adecuadas—. No puedo describirlo. Es único.

—Debes de tener muy buen oído.

Podía haber pensado que se burlaba de él, pero su tono le dio a entender que no lo hacía.

—Sí. No. Es decir, no estoy seguro de que realmente oigamos con el oído.

Callaron. Él quiso preguntarle algo, lo que fuera, solo para oír de nuevo su voz.

—¿Es la primera vez que vienes? —preguntó al fin, al cabo de un rato.

—No.

No supo qué decir. Le daba miedo que se levantara y desapareciera. Quizá podría ponerse a hablar sin parar, con la esperanza de que su voz la mantuviera cerca. Mi Mi se quedaría escuchándole; no se marcharía mientras él hablara.

—Es la primera vez que te. . . que te. . . —pensó en el mejor modo de expresarse—
noto en el monasterio —dijo por fin.

—Lo sé. Yo te he visto muchas veces.

Una aguda voz de mujer los interrumpió.

—Mi Mi, ¿dónde estás?

—En la nave principal, mamá.

—Es hora de marcharnos a casa.

—Ya voy.

Tin Win notó que se enderezaba, pero sin ponerse de pie, que alargaba la mano y que le acariciaba una sola vez, con dulzura, la mejilla.

—Tengo que irme. Hasta pronto —dijo.

Y él oyó cómo se alejaba. No caminó. Salió gateando de la sala.

Tin Win estaba sentado en el suelo, las piernas dobladas junto al cuerpo, la cabeza sobre las rodillas. Habría querido quedarse así sentado el resto del día. Y la noche y el día siguientes. Como si cualquier movimiento fuera a destrozar lo que acababa de suceder. Mi Mi se había ido, pero el latido de su corazón se había quedado a su lado. La recordaba, la oía, como si estuviera sentada ahí mismo. ¿Qué había sucedido con los demás sonidos y ruidos? Levantó la cabeza, la movió de un lado a otro y aguzó los oídos. Aún se oían unos crujidos leves en el tejado, unos gorjeos junto a la pared y unos chasquidos en la madera. El resuello de los búfalos en los campos, las carcajadas de los clientes en las casas de té. Tin Win estaba seguro de que podía oír todo aquello con claridad. Se levantó con todo el cuidado y a duras penas pudo creerlo: no había vuelto a perder el oído. Los sonidos, ya fueran conocidos, ya desconocidos, seguían allí. Unos más fuertes, otros más flojos, pero idénticos en su fuerza e identidad. ¿Lograría orientarse así mejor en el mundo?

Tin Win se dirigió a la puerta, descendió la escalera de la veranda y anduvo por el patio. Quería caminar por la zona, recorrer de un lado a otro la calle principal, descubrir el pueblo, conquistarlo de algún modo para sí. De todas partes le llegaban nuevos y desconocidos sonidos. Golpes, latidos, crujidos, chasquidos, siseos y graznidos que se abrían paso hasta sus oídos sin provocar en él el conocido ataque de pánico. Se dio cuenta de que los oídos funcionaban prácticamente igual que los ojos. Recordó el modo en que solía observar el bosque y confundir las docenas de árboles, con sus centenares de ramas y sus miles de hojas y agujas, y al mismo tiempo el prado que quedaba en primer plano, con sus flores y arbustos, y que nada de eso lo aturdí lo más mínimo. Los ojos se concentraban exclusivamente en algún detalle de la imagen, y el resto se mantenía al margen. Pero le bastaba un minúsculo movimiento de las pupilas para alterar el enfoque y atender a nuevos detalles sin que por ello los demás se viesan reducidos a la nada. Eso mismo era lo que le sucedía en aquel momento. Percibía una cantidad tan enorme de sonidos que ni siquiera habría sido capaz de contarlos, pero ninguno de ellos se

difuminaba. Del mismo modo que antes la vista se fijaba en un único trozo de hierba, una flor o un pájaro, así también sus oídos podían concentrarse en un sonido determinado, escucharlo con toda tranquilidad y descubrir al tiempo, continuamente, nuevos tonos.

Caminó junto al muro del monasterio, deteniéndose de vez en cuando y aguzando los oídos. No se cansaba de escuchar todos los ruidos que flotaban en el aire. De una casa que quedaba al otro lado de la calle le llegó el sonido de un fuego. Alguien pelaba y partía ajos y jengibre en minúsculos trocitos, cortaba cebollas y tomates, echaba arroz en agua hirviendo. Reconocía aquellos sonidos como los de casa, cuando Suu Kyi cocinaba; los oía perfectamente aunque la casa quedaba al menos a cincuenta metros, y en su cabeza surgió la imagen de una mujer joven y sudorosa en su cocina, con una nitidez que sus ojos no habrían podido igualar.

Junto a él relinchó un caballo y un hombre escupió en la calle los restos de una nuez masticada. ¿Qué había de los otros muchos sonidos que percibía? ¿De los trinos melódicos, los crujidos y los carraspeos? Aunque reconocía el tipo de sonido, no sabía decir a quién o a qué pertenecían. Oyó el crujido de una rama, pero. . . ¿lo que se rompía era un pino, un aguacate, una higuera o una buganvilla? ¿Y el ruidito a sus pies? ¿Lo producía una serpiente, una rata, un escarabajo o alguna otra cosa de la que hasta entonces ni siquiera hubiese imaginado que podía emitir algún sonido? Tin Win se dio cuenta de que su extraordinaria capacidad no le servía para nada por sí sola. Necesitaba ayuda. Aquellos sonidos eran como las vocales de un lenguaje nuevo que aún debía aprender para comprender lo que le explicaba el mundo. Necesitaba un traductor, alguien que lo acompañara en sus viajes de descubrimiento y lo ayudara a familiarizarse con la vida. Debía ser alguien que tuviera paciencia y no se riera de él cuando le dijera que acababa de oír los latidos de un corazón. Alguien en quien pudiera depositar su confianza, que le dijera la verdad y no tuviera intención de divertirse confundiéndolo. Alguien que le permitiera ponerse en sus manos. Suu Kyi, quién si no, le ayudaría.

Había llegado al fin a la calle principal, y lo primero que le llamó la atención fue la infinidad y continuidad de latidos que lo rodearon. Eran los corazones de la gente que pasaba junto a él. Para su asombro, se dio cuenta de que ninguno de ellos latía igual que los demás, del mismo modo que ninguna voz es idéntica a las otras. Algunos eran claros y ligeros como las voces de los niños, y otros golpeaban fuerte como pájaros carpintero. Algunos sonaban como las excitadas piadas de un polluelo y otros eran tan sosegados y

uniformes que le hicieron pensar en el reloj de pared al que Suu Kyi daba cuerda cada noche, en casa de su tío.

—Tin Win, ¿qué haces tú solo en la calle? —Era Suu Kyi, que iba a recogerlo. Estaba asustada, pudo reconocerlo en su voz.

—Quería salirte al encuentro y esperarte en la esquina —le respondió.

Ella lo cogió de la mano y así bajaron la calle, pasando junto a las casas de té y la mezquita. Después dieron la vuelta tras una pequeña pagoda y subieron lentamente la colina en la que vivían. Suu Kyi iba hablando, pero Tin Win no prestaba atención a sus palabras, sino a su corazón. Al principio le sonó extraño; latía irregularmente, un tono agudo seguía a uno grave, y su oposición a la conocida voz le resultó desconcertante. Sin embargo, al cabo de unos minutos se había acostumbrado ya a aquel latido y comprendió que tan pronto venía a alterar repentinamente el humor y estado de ánimo de Suu Kyi como se adecuaba perfectamente a estos.

En cuanto llegaron a casa tuvo que hacer un esfuerzo para esperar el momento de pedir ayuda a Suu Kyi. Se sentó en un taburete de la cocina y escuchó. La oyó cortar leña junto a la puerta. Junto a ella andaban y cacareaban algunas gallinas. Los pinos se movían con el viento. Los pájaros cantaban. Sonidos que conocía y podía clasificar. Entonces le llamó la atención un crujido suave. ¿O era más bien un susurro, un insólito silbido? ¿Un escarabajo, una abeja? Si Suu Kyi pudiera descubrirle la fuente de aquel sonido, habría aprendido ya la primera palabra de su nuevo vocabulario.

—¡Suu Kyi, por favor, ven! —gritó, excitado.

Ella dejó caer el hacha y entró en la cocina.

—¿Qué quieres?

—¿Reconoces este zumbido?

Ambos callaron y aguzaron el oído. Tin Win comprendió que Suu Kyi estaba haciendo un esfuerzo de concentración porque se lo indicaron los latidos de su corazón. Se habían acelerado y sonaban más fuerte. Como hacía unos minutos, al subir la colina.

—No oigo ningún zumbido.

—Viene de ahí arriba, de allí, sobre la puerta. ¿Ves algo?

Suu Kyi se acercó a la puerta y miró el techo.

—No.

—Fíjate bien. ¿Qué ves?

—Nada. Solo tablas de madera, polvo y suciedad. ¿Qué esperas que vea?

—No lo sé, pero el zumbido viene de allí. De la esquina, creo; del lugar en el que la pared se junta con el techo.

Suu Kyi miró una vez más. No descubrió nada que le llamara la atención.

—¿Podrías coger un taburete? Quizá así veas mejor. . .

Ella se subió a un taburete y miró la madera. No cabía duda de que sus ojos ya no eran los mismos y los objetos que quedaban justo delante de ellos empezaban a perder irremediabilmente los contornos, pero en ese caso lo tenía claro: por mucho que quisiera, en aquella sucia esquina de su cocina no había nada capaz de zumbar o emitir cualquier tipo de sonido. Absolutamente nada. Una araña gorda tejía su telaraña, pero eso era todo.

—Aquí no hay nada, créeme.

Tin Win se levantó. Estaba desconcertado. ¿En quién debía confiar? ¿En Suu Kyi o en sus sentidos?

—¿Puedes acompañarme al patio? —le pidió.

Se detuvieron frente a la cabaña, él la tomó de la mano e intentó concentrarse en un sonido que no reconocía. Un ruido que sorbía, que absorbía.

—¿Oyes ese sorbo, Suu Kyi?

Ella sabía lo importante que era para Tin Win que ella también lo oyese, pero no escuchó a nadie bebiendo o sorbiendo.

—Estamos solos, Tin Win. No hay nadie bebiendo en nuestro patio.

—No digo que haya alguien bebiendo. Oigo un ruido que suena como un sorbo o una aspiración. No está muy lejos de aquí.

Suu Kyi dio unos pasos.

—Más, un poco más —dijo él, dirigiéndola.

Ella avanzó casi hasta la valla del jardín, se inclinó sobre la hierba y se quedó callada.

—¿Lo oyes ahora? —No era una pregunta, sino una súplica, y ella habría dado la vida por complacerlo, pero lo cierto es que no oyó nada.

—No.

—¿Qué ves?

—Nuestra valla. Hierba. Flores. Nada que pudiera emitir un sonido como de sorber o aspirar.

Observó las orquídeas amarillas y la abeja que estaba posada sobre una de las flores, y se levantó.

La arena le cubrió el rostro. La notaba en los labios y entre los dientes. Tin Win había caído de bruces sobre el polvo de la calle y se sentía tan desamparado como un escarabajo boca arriba. Tenía ganas de llorar. No porque se hubiese hecho daño realmente, sino sobre todo por la vergüenza y la rabia. Ese día quería ir por primera vez solo desde el monasterio hasta casa; había dicho a Suu Kyi que no fuera a buscarlo. Estaba seguro de que encontraría el camino sin ella. Después de todos aquellos años. . .

No sabía si había tropezado con una piedra, una raíz o un agujero que la lluvia hubiera hecho en la tierra. Solo sabía que había cometido el más absurdo de los errores: se había confiado. No había prestado atención. Había puesto un pie delante del otro sin concentrarse, sin estar por lo que tenía que estar. No sabía si los que veían podían hacer realmente varias cosas a un tiempo, con más cuidado y más esmero, o si solo lo pretendían, pero lo que tenía claro es que él no podía. Además estaba enfadado, y aquel sentimiento siempre había aportado desorden a su mundo. U May tenía razón. La rabia y el miedo provocaban ceguera y sordera. Él se sentía desconcertado cada vez, tropezaba o chocaba contra árboles y paredes. Tin Win se incorporó, se limpió con el longi la suciedad de la cara y continuó caminando. Sus movimientos eran inseguros, se detenía al acabar cada paso y tanteaba el camino con su bastón. Como si atravesara territorio enemigo.

Quería llegar a casa lo antes posible. En principio tenía pensado dejarse llevar por sus oídos, explorar la zona un poco más, descubrir nuevos ruidos y rastrearlos, sí, quizá ser incluso lo suficientemente osado para cruzar el mercado del que Suu Kyi le había hablado tan a menudo. Pero ahora percibía el ruido ambiental que lo envolvía como algo amenazador. Cantaba, silbaba, siseaba, crujía y chasqueaba, y cada tono aislado le producía terror. El aullido de los perros le daba escalofríos. Se sentía amedrentado por las charlas y los murmullos de los transeúntes, que se incrementaban a cada paso.

Andaba huyendo, habría corrido de haber podido, tan rápido como le fuera posible. Pero en lugar de eso debía ir a tientas. Arrastrarse paso a paso junto al muro, deslizarse

hacia abajo por la calle principal y asirse a su bastón como un náufrago a un tablón. Giró a la derecha y notó que comenzaba la pendiente. De pronto, una voz desconocida pronunció su nombre.

—Tin Win. Tin Win.

Respiró hondo, intentó concentrarse.

—Tin Win.

Poco a poco, el sonido comenzó a resultarle familiar.

—¿Mi Mi? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy sentada frente a la pequeña pagoda blanca, esperando a mi hermano.

—¿Dónde está?

—Cada semana vendemos patatas en el mercado. Ahora está llevando arroz y una gallina a una mujer enferma que vive en la colina. Después vendrá a recogerme.

Tin Win tanteó con cuidado la pagoda. En el camino había tropezado tantas veces como si le hubiesen estado poniendo piedras y palos ante las piernas, así que ahora lo único que deseaba era ahorrarse el ridículo de caer de nuevo en la suciedad frente a los ojos de Mi Mi. Por el sonido del bastón comprendió que había llegado a la pagoda, y se sentó junto a ella. Entonces oyó palpar su corazón, a cada latido cada vez más calmado. No podía imaginar un sonido más bello. El corazón de Mi Mi sonaba distinto a los de los demás. Más dulce, más melódico. No latía, cantaba.

—Tu camisa y tu longi están sucios. ¿Te has caído? —le preguntó.

—Sí. Nada grave.

—¿Te has hecho daño?

—No.

Tin Win volvía a sentirse seguro. Poco a poco cada piedra regresaba a su lugar y cada sonido se reducía a su volumen real. Mi Mi se acercó a él un poco más. Su aroma recordaba al aire de los pinos tras el primer aguacero, al principio de la época de lluvias. Dulce pero no pesado, muy delicado, como si estuviera hecho a base de millones de capas finísimas. Antes siempre se estiraba en el suelo del bosque tras las primeras lluvias, dejándose empapar por el aroma, inspirando y espirando intensamente, hasta marearse.

Se quedaron un rato callados, y Tin Win se atrevió a aguzar los oídos una vez más.

Oyó una especie de tamborileo, o de goteo. Venía del otro lado de la pagoda. ¿Debía preguntar a Mi Mi si ella también lo oía? Y, en caso de que así fuera, ¿podía pedirle que le dijera de qué se trataba, a fin de poderlo clasificar en el futuro? No estaba seguro. ¿Y si no lo oía ni lo veía? Eso le haría sentirse aún más solo, como el día anterior con Suu Kyi. Además, no quería hacer el ridículo delante de Mi Mi. Lo mejor sería no preguntarle nada. Pero la tentación era demasiado grande. Decidió ir tanteando pregunta a pregunta, en función de la respuesta y del modo en que ella la formulara.

—¿Oyes un goteo? —preguntó al fin, con precaución.

—No.

—Quizá no se trate de un goteo. Suena más bien como un martilleo suave. —Golpeó su bastón rápidamente con una uña—. Algo así.

—No oigo nada.

—¿Podrías hacerme el favor de mirar detrás de la pagoda?

—Ahí no hay más que arbustos.

—¿Y en los arbustos? —A Tin Win le resultaba difícil contener la emoción. Si ella pudiera ayudarlo a resolver al menos aquel misterio. . .

Mi Mi se dio la vuelta y se arrastró hacia la parte de atrás del templo. Crecía allí una densa maleza y las afiladas ramas le arañaron el rostro. No pudo ver nada capaz de emitir un sonido como el que describía Tin Win. Lo único que vio fue un nido de pájaros.

—Aquí no hay nada.

—Dime exactamente lo que ves —le pidió Tin Win.

—Ramas. Hojas. Un viejo nido de pájaros.

Tin Win se quedó pensativo.

—¿Qué hay en el nido?

—No lo sé, pero parece abandonado.

—Estoy seguro de que el sonido viene de ahí. ¿Podrías echarle un vistazo?

—No puedo. Está demasiado alto. No puedo incorporarme.

¿Por qué no se levantaba y miraba lo que había en el nido? Estaban tan cerca. . . Le bastaba con que echara un vistazo, solo uno, para saber si podía confiar en su oído.

Ella regresó a su lado, arrastrándose.

—¿Qué esperas encontrar ahí?

Él se calló. ¿Le creería? ¿Se reiría de él? ¿Acaso tenía elección?

—Un huevo. Creo que lo que oigo es el latido del corazón de un pollito.

Mi Mi se rió.

—Me tomas el pelo. Es imposible tener un oído tan fino.

Tin Win se quedó callado. ¿Qué podía decirle?

—Si me ayudas, podría decirte si tienes razón o no —le dijo Mi Mi al cabo de unos segundos—. ¿Puedes llevarme a la espalda?

Tin Win se puso de cuclillas y Mi Mi le pasó los brazos por el cuello. Tin Win se incorporó muy despacio. Una vez de pie se sintió inestable y se balanceó de un lado a otro.

—¿Peso demasiado? —le preguntó ella.

—No, en absoluto.

No eran los kilos. Lo que le confundía era la extraña sensación de sentir el peso de una persona a su espalda. Ella le rodeó las caderas con sus piernas, y él puso los brazos hacia atrás para sujetarla mejor. El problema es que así no tenía las manos libres para cogerse al bastón y no conocía el suelo que pisaba. Empezaron a temblarle las rodillas.

—No tengas miedo. Yo te guío.

Mi Mi había notado su nerviosismo.

Tin Win dio un pasito hacia delante.

—Bien. Ahora otro. Cuidado, ahí delante hay una piedra, no te tropieces.

Tin Win tanteó la piedra con el pie izquierdo, la notó y pisó algo más allá. Mi Mi lo dirigió mientras daban la vuelta al pequeño templo. Con una mano intentaba apartar las ramas para que no le arañaran la cara.

—Ahí está. Un paso más. Uno más.

Notó cómo se inclinaba hacia delante; cómo se sostenía con las dos manos sobre sus hombros y se estiraba para ver mejor. El corazón empezó a latirle con fuerza y tuvo que concentrarse para no perder el equilibrio.

—Uno. No muy grande.

—¿Estás segura?

Tin Win no hizo el menor esfuerzo por disimular su alegría. Volvieron a sentarse en la acera pero a él le costó quedarse quieto. Mi Mi le había entreabierto la puerta, había introducido un rayo de luz en su oscuridad. Habría querido salir corriendo de allí con ella, inmediatamente. Quería rastrear cada tono, cada sonido, cada ruido que pudiera escuchar. Había aprendido su primer vocablo. Ahora sabía cómo sonaba el latido del corazón de un polluelo, y a partir de ahí, poco a poco, descubriría cómo reconocer el

batido de las alas de una mariposa, qué era aquel goteo que le rodeaba pese a no tener cerca nada de agua y por qué oía siempre una especie de susurro, incluso en los días que no había viento. Con la ayuda de Mi Mi resolvería un misterio tras otro, y al final quizá descubriera un mundo en el que pudiera sentirse a gusto. En el que tuviera un lugar.

¿Cómo podía agradecerse a Mi Mi? No se había reído de él. Había confiado en su palabra y había creído en él. Pero. . . ¿por qué había dudado en la parte de atrás del templo?

—Mi Mi —le preguntó entonces—. ¿Por qué no quisiste mirar el nido tú sola?

Ella le cogió las manos y se las puso en las mejillas. Tin Win jamás había sentido una piel tan suave. Más que el musgo del bosque, con el que de niño solía acariciarse las mejillas. Poco a poco fue bajándole las manos hasta llevárselas a los tobillos, que eran delgados y, como enseguida notó, extraños. Deformes. Sus pies no se movían. Estaban rígidos y metidos hacia dentro.

Yadana recordaba el nacimiento de su hija como si hubiera sucedido el día anterior. A menudo se refería a él como el momento más hermoso de su vida; algo que desde luego no había dicho del de sus cinco hijos mayores. Quizá se debiera al hecho de que se había sentido ya demasiado mayor para un nuevo embarazo y al mismo tiempo siempre había deseado tener una niña. O, quizá, a que a sus treinta y ocho años fue capaz de disfrutar del nacimiento de su hija como de lo que realmente fue: un regalo único y excepcional. O quizá se debiera a que durante los nueve meses en los que llevó a su hija en su seno no sintió la más mínima molestia y no pasó un solo día sin interrumpir sus labores en el campo, entornar los ojos, acariciarse la barriga y sentirse feliz. Por las noches pasaba muchas horas en vela, notando cómo crecía su hija, cómo se movía y enroscaba, cómo pataleaba y golpeaba en su pared abdominal. Aquello era lo mejor que le había pasado en la vida. Si hubiese sido propensa al sentimentalismo, seguro que habría llorado. ¿O se debía quizá a que no podía olvidar la primera mirada que le dirigió su hija, con esos enormes ojos marrón oscuro, casi negro? ¡Qué guapa era! Su piel morena era aún más suave que la de los demás hijos de Yadana. Su cabecita era redonda y no se había deformado nada con el esfuerzo del parto. Su cara, bien proporcionada. Hasta la comadrona le dijo que nunca había tenido en brazos a una recién nacida tan bonita como ella. Entre los brazos de Yadana la pequeña miraba a su madre, que en esos instantes se sentía aún más unida a su hija que en los nueve meses anteriores. Y sonreía. Con una sonrisa que Yadana nunca había visto antes ni volvería a ver después. Así pues, fue Moe, su marido, el primero en ver los deformados miembros del bebé. Lanzó un grito de espanto y mostró a su esposa los minúsculos y tullidos pies de su pequeña.

—Cada niño es diferente —le respondió ella.

Y con eso, Yadana dio el tema por zanjado. Qué eran unos pies lisiados en comparación con el milagro que descansaba sobre su pecho.

Tampoco cambió de opinión con los rumores que empezaron a correr por el pueblo durante las semanas siguientes. Que su hija era la reencarnación del asno de un escocés

que pocos meses atrás se había roto las dos patas delanteras y tuvo que ser sacrificado. Que no tendría una vida larga, se dijo. Los vecinos creyeron que la pobre niña era el precio que la familia debía pagar por las buenas cosechas que habían tenido en los últimos años y con cuyas ganancias habían podido construirse una casa de madera apostada sobre unos pilotes y con techo de metal. No era posible tener tanta suerte. Tenían que sufrir algún castigo a cambio. Otros estaban convencidos de que la pequeña traería el infortunio a la población, y algunos incluso propusieron, a escondidas, que la abandonasen en el bosque. La familia de su marido presionó a Yadana para consultar al astrólogo y escuchar sus consejos. Él podría decirles con seguridad cuánto sufrimiento esperaba aún a la niña, y si no sería mejor abandonarla a su destino. Yadana ni siquiera se lo pensó. Siempre había creído más en su instinto que en los astros, y en aquel caso no tenía ni la más mínima duda: había dado a luz a una criatura excepcional con unas habilidades extraordinarias.

Tuvo que pasar casi un año para que también su marido se convenciera de ello. Al principio apenas se atrevía a tocar a su hija. Tendía a cogerla con los brazos estirados y prohibió a sus hijos que se le acercaran demasiado. Hasta que un día su mujer le gritó:

—¡Los pies tullidos no son contagiosos!

—Lo sé, lo sé —dijo, intentando calmarla.

—Entonces, ¿por qué llevas ya casi un año sin mirar siquiera a tu hija? —le recriminó, indignada, mientras desnudaba a Mi Mi con movimientos rápidos y bruscos—. ¿Por qué?

Moe miró alternativamente a su mujer y a su hija. Mi Mi estaba desnuda delante de él. Hacía frío. Le recorrió un escalofrío pero no lloró. Se limitó a mirarlo, esperanzada.

—¿Por qué? —repitió Yadana una vez más.

Él alargó los brazos y le acarició la barriguita. Le rozó los delgados músculos, las rodillas, sus dedos fueron deslizándose hacia abajo, hasta que tuvo sus piecitos en las manos. Mi Mi le sonrió.

Los ojos de la pequeña le recordaron la mirada de su mujer la primera vez que la vio, y también su sonrisa estaba dotada de aquella magia a la que, aún hoy, no podía resistirse. Moe sintió vergüenza de sí mismo.

Yadana volvió a cubrir a su pequeña, se descubrió un pecho y dio de mamar a Mi Mi.

Moe no tardó en comprender que su hija no solo había heredado los bonitos ojos de su madre, sino también su manera de ser, feliz, equilibrada y alegre. Nunca lloraba, casi

nunca gritaba, dormía toda la noche y daba la impresión de vivir en armonía consigo misma y con el mundo.

Y las cosas continuaron igual cuando, bien pasado un año, intentó incorporarse por primera vez. Había gateado hasta la barandilla de la pequeña veranda que rodeaba su casa. Moe y Yadana estaban en el patio dando de comer a las gallinas y a los cerdos y vieron cómo su hija se apoyaba en los barrotes de la barandilla; cómo intentaba mantener el equilibrio sobre sus piecitos lisiados; cómo logró permanecer de pie unos segundos, y entonces miró asustada a sus padres y se cayó. Lo intentó una vez más, y otra, y Moe quiso correr hacia ella, ayudarla, pero no supo cómo. Yadana lo retuvo a su lado.

—Sus pies no pueden sostenerla. Tiene que darse cuenta —dijo, consciente de que nadie podía evitar a su hija aquel dolor.

Mi Mi no lloró. Se frotó los ojos y observó la barandilla, como si el problema estuviera en los barrotes. Lo intentó una vez más y se esforzó en mantener el equilibrio. Por fin, tras caer por sexta vez sobre la madera, desistió. Se arrastró hasta la escalera, se sentó, miró a sus padres y sonrió. Fue la primera y única vez que intentó ponerse de pie y dar un paso. A partir de aquel momento se dedicó a conquistar la casa y el patio a cuatro patas. Subía y bajaba de la veranda arrastrándose con tanta habilidad que sus padres tenían dificultad para seguirla. Perseguía a las gallinas y le encantaba cavar en el barro en los cálidos días de verano, después de que algún chubasco hubiese ablandado la tierra del patio. Jugaba al pilla-pilla y al escondite con sus hermanos, y al hacerlo se arrastraba hasta los lugares más recónditos y alejados del patio, en los que era prácticamente imposible encontrarla.

Según parecía, Mi Mi no perdió su alegría ni siquiera más adelante, cuando comprendió lo útiles que eran los pies. Cuando se sentaba en la veranda y veía a los hijos de los vecinos trotar por el patio o trepar el macizo eucalipto que separaba los terrenos. Yadana tenía la sensación de que su hija aceptaba las fronteras que la naturaleza le había impuesto, lo cual en absoluto significaba que aceptara apartarse o retirarse de la vida. Al contrario. Su libertad de movimientos estaba acotada, pero no así su curiosidad y su talento para hacer otras cosas en la vida, que a menudo resultaban totalmente ilimitados.

Lo más asombroso era su voz. De bebé pasaba la mayor parte del tiempo envuelta en sábanas y atada a la espalda de su madre, y Yadana se acostumbró a cantar en voz alta a su hija mientras trabajaba en el campo. La pequeña no tardó en aprenderse de memoria todas las canciones, y madre e hija cantaban a coro. La voz de Mi Mi fue mejorando

cada vez más y cuando, ya con siete años, ayudaba a su madre a preparar la cena, sin dejar de cantar, los vecinos se reunían en torno a la casa, se sentaban en el suelo y la escuchaban en silencio. Cada semana eran más. No tardaron en llenar el patio, cubrir el camino que conducía a la casa e incluso ocupar las ramas de los árboles que delimitaban el terreno. Los más supersticiosos llegaron a afirmar que la voz de Mi Mi tenía poderes mágicos. Les gustaba narrar la historia de la viuda enferma que vivía cerca y que durante dos años no salió de su cabaña, pero que un día se mezcló entre el público al ponerse el sol y empezó a bailar. ¡Al final tuvo que intervenir Moe para que la mujer no acabara desnudándose! Y también la del joven que vivía en una cabaña al otro lado del camino y al que todo el mundo llamaba «el pez». Su piel era muy seca y estaba cubierta por varias capas de piel blanca, como escamas. Apenas seis meses después de que Mi Mi empezara a cantar a la luz del crepúsculo, al joven le desapareció la última pústula.

En el mercado, en el que vendía patatas y arroz junto a su madre, sus canciones provocaban semejante aglomeración de gente que tuvieron que acercarse dos policías y rogarle que dejara de cantar. En favor de la seguridad pública y del orden. Un borracho irlandés (que, todo sea dicho, obtuvo el rango de comandante en el ejército de Su Majestad) se retiró a vivir a Kalaw, donde quería acabar sus días, y le rogó que cantara en su funeral. Mi Mi fue invitada a bodas y nacimientos, y a cambio de ello la familia recibió generosas cantidades de té, gallinas o arroz. Justo en el momento en que Moe empezó a barajar seriamente la posibilidad de arrendar sus campos, Mi Mi informó a sus padres de que tenía la intención de dejar de cantar.

Estaban sentados en uno de los bancos del patio. Aún no había empezado a oscurecer, pero el frescor de la tarde era ya más que evidente. Yadana cubrió los hombros de su hija con una gruesa chaqueta. Mi Mi trituraba con un mortero la corteza de un árbol, el thanakha, y su madre limpiaba tomates y cebollas. Un cerdo gruñó en la parte de atrás de la casa y el búfalo defecó justo delante de la puerta del jardín. El hedor llegó hasta ellos tres. Moe creyó que estaba bromeando.

—¿Por qué no quieres cantar más?

—Porque ya no me divierto.

—¿Cómo que ya no te diviertes? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Es que es demasiado. Ya no me parece especial. No me divierte.

—Pero tu voz suena cada día mejor.

—Es posible, pero a mí ya no me gusta. No quiero oírla más.

—¿Pretendes decirnos que no volverás a cantar?

—Me gustaría reservarme la voz. Me gustaría guardármela. Un día volveré a cantar.

—¿Guardártela? ¿Para qué? —Moe estaba muy receloso.

—No lo sé. Cuando llegue el momento lo sabré.

Moe sabía que no tenía sentido enfrentarse a su hija: la pequeña era tan cabezota como su madre. Era muy poco corriente que se obstinara en algo, pero cuando lo hacía no había modo alguno de hacerla cambiar de opinión. Y en el fondo la admiraba por ello.

Moe y Yadana observaron a su hija y vieron en sus ojos un rastro de melancolía. Sobre todo Yadana era consciente de lo mucho que había cambiado Mi Mi en los últimos meses. Acababa de cumplir catorce años y su cuerpo empezaba a adoptar las formas del de una mujer. Su voz no era lo único que se volvía más bello cada día. Es cierto que sus ojos ya no dominaban todo su rostro con la rotundidad de los primeros años, pero en ellos quedaba aún el mismo brillo. Su piel tenía el tono de la harina de tamarindo y sus manos, pese a que las utilizaba para sostenerse y desplazarse, no eran fuertes ni duras ni estaban llenas de callos, sino que eran largas y delgadas. Con los dedos era tan hábil que Yadana apenas podía seguir sus movimientos con la vista cuando la ayudaba en la cocina y pelaba raíces de jengibre y las cortaba a rebanadas o a dados. Hacía dos años la enseñó a tejer, y Mi Mi lo hizo enseguida mejor y más rápido que ella. Pero lo que Yadana más admiraba era la seguridad con la que se movía su hija. Al principio solía tener pesadillas. Veía a Mi Mi arrastrándose por el barro o cruzando el mercado como un animal mientras los transeúntes se burlaban de ella. A veces aún soñaba que la pequeña quería viajar en tren hasta Thazi y que una vez en la estación se arrastraba hasta el vagón, pero la locomotora de vapor se ponía en marcha. Su hija intentaba por todos los medios alcanzar el tren, que cada vez iba más rápido, pero no lo lograba.

También de día se descubrió a sí misma algunas veces imaginando cómo sería Mi Mi de mayor, cómo recibiría a los invitados en su casa: a cuatro patas. ¡Qué humillante!

Y, sin embargo, apenas podía dar crédito a la seguridad de Mi Mi en sí misma y al aplomo y la prestancia con los que se desplazaba de un lado a otro. En su modo de arrastrarse no había nada de animal o vergonzoso. Sólo llevaba los mejores y más hermosos longis, tejidos por ella misma, y aunque estaba obligada a arrastrarlos por el sucio suelo, jamás perdían su elegancia. Cuando avanzaba, moviendo con cautela una

mano, una rodilla y después la otra, emanaba de ella tal dignidad, que en el mercado la gente se hacía a un lado y la trataba con enorme respeto.

La Julia que conocía, la que creía que me era familiar, se habría levantado en aquel preciso momento. Se habría mostrado indignada. Habría fruncido el ceño. Habría dirigido a U Ba una mirada iracunda y penetrante y habría cogido su mochila sin decir palabra. O se habría reído de él y le habría dicho que todo aquello le parecía una broma de muy mal gusto. Se habría marchado. Enfadada por haber perdido el tiempo.

Me quedé sentada. Sentí el impulso de levantarme, pero no fue lo suficientemente fuerte. Parecía más bien el reflejo de otros tiempos. Aunque en aquel momento no me sentía capaz de pensar con claridad o de analizar lo que acababa de escuchar, en el fondo intuía que no se trataba de un cuento, a no ser, claro está, que uno considerase el amor como un cuento. Hasta hacía apenas unas horas yo era de las que pensaba así. Ahora ya no estaba tan segura. No sabía qué pensar acerca de los relatos de U Ba. Eran superiores a mí. ¿Mi padre no solo había sido ciego durante su juventud, sino que además se había enamorado de una lisiada? ¿Se suponía que esa mujer era el motivo por el que nos había abandonado, a nosotros, a su familia, tras casi treinta y cinco años de convivencia? ¿Puede aguantar el amor una separación de treinta y cinco años? Todo aquello me parecía absurdo. Pero al mismo tiempo no pude evitar pensar en una frase que solía decir mi padre: «No hay nada, ni para lo bueno ni para lo malo, de lo que el hombre no sea capaz». Fue el comentario que hizo cuando nos enteramos de que un primo de mi madre, católico practicante, había tenido una aventura con la niñera, de dieciséis años. Mi madre no daba crédito a sus oídos. No es propio de Walter, repetía una y otra vez. Mi padre pensaba que aquella frase era un error. Él creía que cualquier persona es capaz de cualquier cosa, o al menos que no debería excluirse ninguna posibilidad, solo por el hecho de creer que conocemos al otro. Y se empeñaba en defender que aquel no era el punto de vista de un amargado pesimista, sino más bien todo lo contrario. Eso decía. Que era mucho peor esperar siempre lo mejor de todo el mundo y sentirse después

decepcionado al ver que la realidad no se corresponde con las propias esperanzas. Que es eso lo que provoca amargura y desconfianza.

El relato de U Ba había adquirido una intensidad de la que ya no podía zafarme. Efectivamente, mi padre hacía gala de una memoria extraordinaria y de una especie de sexto sentido en todo lo referente a las voces humanas. En algunas de las características y comportamientos que U Ba atribuyó a Tin Win fui reconociendo cada vez más a mi padre. Tuve la sensación de oír dos voces peleándose en mi interior. La primera era la voz de la abogada. Desconfiaba, quería hechos. Pruebas. Testigos. Necesitaba culpables y un juez capaz de condenarlos, o, cuando menos, de hacer gala de su autoridad para poner punto final a las apariciones. La segunda era una voz que nunca antes había oído. Quieta, gritaba, no te vayas. No te alejes de aquí. U Ba está diciendo la verdad, aunque por ahora no la reconozcas y todo te parezca extraño e increíble. No tengas miedo.

—Debe de tener hambre —dijo U Ba, interrumpiendo mis pensamientos—. He pedido que le prepararan un tentempié.

Exclamó un nombre que no entendí y al poco salió de la cocina una joven con una bandeja. Se inclinó ante mí e hizo una reverencia. U Ba se levantó y me entregó dos platos abollados. En uno de ellos había tres tortitas de pan finas y redondas; en el otro, arroz, una salsa marrón y trocitos de carne. También me ofreció una servilleta blanca de tela deshilachada y una cuchara de latón fino y arqueado.

—Pollo al curry birmano. Muy suave. Lo tomamos con tortitas indias. Espero que le guste.

Debí de mirar con indudable escepticismo, porque U Ba se rió e intentó tranquilizarme.

—He pedido a mi vecina que prestara especial atención a la limpieza al preparar su plato. Sé que nuestra comida no siempre sienta bien a nuestros invitados; ni siquiera nosotros somos inmunes a ella. Créame, yo también he pasado infinidad de horas en el retrete a lo largo de mi vida.

—Con eso no me consuela usted, precisamente —le dije, dando un mordisco al pan.

En mi guía turística leí que debía evitar todo tipo de ensaladas, fruta cruda, agua no tratada y hielo. El pan y el arroz, en cambio, eran bastante inofensivos. Probé un poco de arroz con salsa. Era algo amargo, tenía un sabor casi terroso, pero no estaba malo. El pollo estaba tan correoso que tuve que hacer un esfuerzo para mastcarlo.

—¿Dónde está mi padre? —le pregunté, tras permanecer un rato en silencio.

Mi voz sonó más dura y exigente de lo que había pretendido. Hablaba la abogada.

U Ba levantó la vista y me miró largamente. Rebañó su plato con el último trozo de tortita que le quedaba y me dijo:

—Está usted cada vez más cerca. ¿No lo nota? —Se pasó la vieja servilleta por la boca, dio un sorbo a su té y se recostó en el sillón—. Podría decirle dónde está con una sola frase. Pero ha esperado usted tanto tiempo, más de cuatro años, que no entiendo que ahora le importen unas horas más. Nunca volverá a tener la oportunidad de saber tanto sobre su padre. ¿No quiere saber cómo le fue con Mi Mi? ¿Cómo cambió su vida? ¿Por qué fue tan importante para él? ¿Por qué cambiará también su propia vida, Julia?

U Ba no esperó a mi respuesta. Carraspeó brevemente y continuó su relato.

Suu Kyi notó de inmediato que a Tin Win tenía que haberle pasado algo fuera de lo normal. Estaba sentada frente a la puerta del jardín, esperándolo, y empezaba a preocuparse. El camino estaba peor que nunca. Hacía dos días, una lluvia intensa y persistente había ablandado la tierra, y los carros tirados por bueyes habían dejado gruesos surcos en el lodo. Después, el sol había secado el barro y ahora el suelo estaba duro y reseco y demasiado lleno de agujeros y hoyos, incluso para alguien con vista. Plagado de trampas. Se preguntaba si había sido buena idea dejarlo volver solo, precisamente aquel día, y entonces lo vio aparecer por la montaña. Reconoció su longi verde y rojo y su camisa blanca, pero su paso parecía distinto al de otros días. Ni rastro de vacilaciones o titubeos. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. ¿Era realmente Tin Win quien descendía por el camino, casi a paso ligero? En la mano sostenía su bastón, pero no lo movía cautelosamente por delante de sí, sino que lo hacía bailar frente a sus pies. Jamás lo había visto caminar de ese modo.

Por la tarde se mostró más charlatán que nunca. Le habló de U May con todo lujo de detalles y le contó lo nervioso que se había puesto al cruzar la puerta del monasterio y salir a la calle. Le explicó que tropezó por no prestar atención, y que se enfadó, pero que a partir de aquel momento quería tratar de recorrer el camino sin su ayuda. Le habló de los sonidos; de las plumas de pájaro y las hojas de bambú que oyó planear hasta el suelo; de los corazones que latían y sonaban como cantos. Suu Kyi se alegró de su imaginación y de sus ganas de compartirla y conversar con ella, que hasta la fecha no se habían dado en absoluto por supuestas. Aunque, evidentemente, no podía creer nada de lo que le decía.

De Mi Mi no le dijo nada, así que la pobre Suu Kyi no pudo explicarse qué sucedió con Tin Win en los días siguientes. Él, que por lo general pasaba horas en silencio acurrucado en una esquina, parecía incapaz de quedarse quieto. Recorrió la casa y el

jardín de un lado a otro, sin detenerse un minuto. Mostró un repentino interés por el mercado; quiso saber por qué solo se montaba uno de cada cinco días y no dejó de preguntar cuándo tocaría de nuevo. Fue perdiendo el apetito, hasta que al tercer día se limitó a beber té. Suu Kyi no sabía qué hacer. Tin Win caería enfermo, de eso estaba segura, pero por el momento no se quejaba de ningún dolor. Sus explicaciones sobre los ruidos que escuchaba empezaron a asustarla. ¿Estaría a punto de perder el juicio?

Tin Win contaba los días, no, contaba las horas que faltaban para el siguiente día de mercado. Nunca se había parado a pensar lo largo que podía resultar un día. ¿Por qué tardaba la Tierra esa eternidad en dar una vuelta sobre su propio eje? El tiempo se arrastraba con tanta lentitud como una serpiente por el suelo del bosque. ¿Podría hacer algo para ayudarlo a ir más rápido? Se lo preguntó a U May, pero él se limitó a reír.

—Siéntate y medita. Así el tiempo perderá su significado —le aconsejó.

Tin Win era un joven maestro de la meditación, y esta cualidad le fue de gran ayuda durante los últimos tres años, principalmente en su lucha contra el miedo que le paralizaba. Pero en aquella ocasión no le sirvió de nada. Tanto si se sentaba entre los monjes del monasterio, en un prado o en el tocón de un árbol frente a su casa, como si intentaba repetir las diferentes técnicas de respiración que dominaba, el resultado era el mismo: nada. Hiciera lo que hiciese, estuviera donde estuviese, no podía dejar de pensar en Mi Mi. Oía los latidos de su corazón. Oía su voz. Sentía su piel. La sentía a ella en su espalda. Percibía su olor, ese aroma suave, dulce, inconfundible.

En la noche que precedió al siguiente día de mercado no pudo pegar ojo. Oyó cómo Suu Kyi se acostaba a su lado sobre la esterilla, se ponía de lado y se tapaba con la manta hasta las orejas. Poco después, su corazón también se puso a dormir. Palpitaba con tanta lentitud y regularidad que parecía que no fuera a parar nunca. El suyo, en cambio, iba a toda velocidad. Un latido salvaje, irrefrenable. En realidad no sabía por qué estaba tan nervioso, solo intuía que la causa debía de ser más poderosa que él. Tenía la sensación de que estaba a punto de descubrir un mundo distinto, nuevo. Un mundo en el que no se veía con los ojos. Un mundo en el que no hacían falta los pies para caminar.

Tin Win se preguntó cómo encontraría a Mi Mi al día siguiente, entre todos los puestos del mercado. Según las descripciones de Suu Kyi, se imaginaba el mercado como una bandada de pájaros irrumpiendo en un campo. Un enredo de voces, sonidos y

olores. Será estrecho, pensó, me empujarán y apartarán sin prestarme ninguna atención. Sorprendentemente, aquella idea no le produjo el menor miedo; a él, por lo general tan tímido e insociable. Estaba convencido de que encontraría a Mi Mi. La reconocería por los latidos de su corazón. Seguiría su olor. Oiría su voz aunque solo estuviera susurrando algo al oído de su hermano.

Tin Win esperó unos minutos en la acera, sin moverse. Entonces se ató bien su longi. Su frente y su nariz estaban perladas de minúsculas gotitas de sudor. Las voces del mercado eran mucho más fuertes y molestas de lo que había pensado. Sonaban como el bramido de la quebrada durante la época de lluvias, cuando se convertía en un río amenazador que nadie podía cruzar. Tin Win pensó en cómo podría orientarse. Desconocía los caminos que se abrían entre los puestos. Desconocía las irregularidades del terreno. Desconocía las voces. Solo sabía que no debía tener miedo. Que el miedo lo empeoraría todo. Que debía confiar en su oído, en su olfato, en sus instintos, si quería encontrar a Mi Mi. Que debía tener confianza.

Movió un pie y luego el otro, lentamente, pero sin vacilar. Quería dejarse llevar por la corriente humana. Alguien lo empujó por detrás. Sintió un codo en las costillas. «¡Mira por dónde andas! », le gritó un hombre entre el gentío. Oyó masticar nueces y escupir en la calle. Oyó el gemido de un bebé. Oyó las voces y los corazones, los jadeos y los suspiros, las toses y los resuellos de la gente que lo rodeaba, y el rumor de sus intestinos, y eran tantos y tan fuertes que fue incapaz de diferenciarlos. Era imposible. Tanto, como si alguien con el don de la vista intentara reconocer una gota aislada en el interior de un charco. Sabía que ya no había vuelta atrás, se concentró en dar cada paso y notó que con cada movimiento se tranquilizaba un poco más. Ni siquiera la idea de que Mi Mi no lograra verlo entre todo aquel gentío, de que era él quien debía dar con ella, logró ponerlo nervioso. La encontraría. Solo le agotaba el calor. En el monasterio había bebido demasiado poco y ahora sudaba más de lo normal. Tenía la camisa empapada y la boca reseca. Percibió que la gente se dividía en dos bloques que iban en dos direcciones e intentó detenerse para comprobarlo mejor, pero la presión de los de detrás era demasiado intensa. Siguió a los que giraban hacia la derecha.

—¡Cuidado! —le gritó una voz femenina.

Oyó un chasquido y notó algo blando y húmedo entre los dedos de los pies. Acababa

de pisar un huevo.

—¿Estás ciego?

Dirigió su cara hacia la mujer, y ella vio el velo lechoso que cubría sus ojos y murmuró una angustiada disculpa. Volvieron a empujarlo. Por ahí debían de estar los puestos de pescado. Reconoció el olor salado de los peces muertos. Inmediatamente después sintió en la nariz el aroma amargo de los cilantros, y a continuación el agridulce de las cúrcumas, que le subió directamente a la cabeza y le ardió en las sienes al respirar. Olía a canela, a curry y a pimienta picante. A limón y a jengibre. Y siempre, de fondo, el dulce y pesado aroma de las frutas maduras.

Entonces lo oyó, y de pronto dejaron de empujarle. La gente que caminaba detrás de él dio un rodeo, como si intuyera que ya no serviría de nada presionarlo para avanzar. Tin Win estaba escuchando. Ahí estaba. Tan suave, tan frágil y tan fuerte a la vez. Lo reconocería entre todos los sonidos del mundo. Cuánto lo había añorado. Cuánto lo anhelaba. Sintió la piel de ella en las manos. Sus brazos rodeándole el cuerpo.

Tin Win se dirigió hacia el latido que le llegaba desde una alejada esquina del mercado.

Mi Mi estaba sentada a la salida del mercado, junto a un montón de patatas. En la mano izquierda sostenía una sombrilla de papel, pequeña y redonda, con la que se protegía del sol. Era del color rojo oscuro, casi marrón, de los hábitos de los monjes. Llevaba su mejor longi, rojo con un bordado verde. Lo había tejido ella misma; estuvo trabajando en él hasta última hora de la tarde del día anterior. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta. Por la mañana había pedido a su madre que le pintara dos círculos amarillos en las mejillas. Todas las jóvenes y las mujeres se maquillaban así, pero Mi Mi siempre se había negado a hacerlo. Hasta la fecha. Su madre había sonreído y no le había preguntado nada. Al despedirse, cuando Mi Mi ya estaba subida a la espalda de su hermano, Yadana le había dado un beso en la frente. Lo hacía cada vez que se separaban, pero en esta ocasión fue un beso diferente. Mi Mi lo percibió así, aunque no habría sabido decir por qué.

Ahora estaba sentada sobre su manta roja, tejida por ella misma, y esperaba. De hecho llevaba haciéndolo cuatro días. Cuando se arrastraba por el patio recogiendo huevos de gallina, cuando recogía fresitas silvestres en la parte de atrás de la casa, cuando ayudaba a cocinar a su madre, cuando escogía patatas o tejía. . . en realidad, esperaba. El día del mercado. Tin Win.

Esperaba sin impacientarse. No le importaba esperar. Ya de niña aprendió que para quien no puede caminar, quien depende de la ayuda de los demás, la espera es parte de su vida. La paciencia se daba por supuesto, y le admiraba pensar que había gente para quienes las cosas nunca iban lo suficientemente deprisa. La espera pertenecía de tal modo a su ritmo vital que hasta se molestaba cuando algo sucedía demasiado pronto. El tiempo de espera estaba formado por segundos, minutos o incluso horas de paz, de tranquilidad, en los que, por lo general, solía estar sola. Y ella necesitaba estas pausas para prepararse para algo nuevo, para un cambio. Ya fuera la visita a una tía al otro lado del pueblo o un día en el campo. O en el mercado. No entendía que a su hermano no le agobiara tener que pasar corriendo de un lugar a otro, de una persona a otra. Y las pocas

veces que sucedía, que era llevada de un modo inesperado y sin tiempo de espera a casa de algún amigo en la próxima cima de la colina, ella siempre tardaba un rato en llegar allí realmente. Pasaba en silencio los primeros minutos en su nuevo destino, como si su alma estuviera cruzando lentamente el valle que unía las dos colinas. Tenía la sensación de que todo y todos necesitaban un tiempo, del mismo modo que la Tierra necesita veinticuatro horas para dar toda una vuelta sobre sí misma, o trescientos sesenta y cinco días para dar la vuelta alrededor del sol.

Sus hermanos la llamaban caracolito.

Lo que más le disgustaba eran los trenes y los coches con los que algunos de los ingleses se desplazaban por Kalaw y por lo visto viajaban hasta la capital. No le daba miedo el terrible y fortísimo petardeo que producían al trotar por el pueblo provocando que las gallinas se dieran a la fuga y los caballos y bueyes se quedaran aterrorizados. Tampoco le importaba el apestoso rastro que dejaban tras de sí, como si fueran búfalos defecando. Lo que le daba miedo era su velocidad. ¿De verdad era posible reducir de tal modo el tiempo que se precisa para ir de un lugar a otro, de una persona a otra?

Mi Mi se alegró de que tuvieran que pasar cuatro días hasta que volviera a montarse el mercado, aunque en realidad le habría encantado ver a Tin Win de inmediato, ya a la mañana siguiente. Solo así pudo pensar tranquilamente en él y tuvo tiempo para recordar cada detalle de su último encuentro. Aquella era otra ventaja de la espera: le daba la oportunidad de reflexionar. Como siempre, cada vez que daba rienda suelta a sus pensamientos, su cabeza se llenaba de imágenes que ella examinaba con esmero, como si se tratara de rubíes o esmeraldas y tuviera que comprobar su autenticidad. Vio acercarse a Tin Win. A sí misma subiendo a su espalda. Después, a él sentado junto a ella, temblando de alegría y emoción. Tuvo la impresión de que él habría querido cogerla de nuevo y marcharse con ella. A rastrear sonidos y tonos desconocidos.

Una vez en casa pasó mucho rato en su veranda, con los ojos cerrados, intentando hacer lo mismo que Tin Win. Aguzó el oído. Oyó gruñir al cerdo en la parte de atrás de la casa. Oyó roncar al perro. Oyó los pájaros y las voces de los vecinos, pero no los latidos de su corazón. Quería preguntar a Tin Win si había algún secreto, si podía enseñarle el arte de escuchar de ese modo. Al menos en parte.

Había contado a su hermano menor la historia del nido de pájaros, pero él se había reído de ella. Qué ingenua era al pensar que alguien podía tener un oído tan fino. Lo más

probable es que alguien le hubiese dicho antes que en el nido había un huevo. Tin Win solo quería impresionarla.

Mi Mi se había enfadado al oír aquello. Más consigo misma que con su hermano. Tenía que haberlo imaginado. Hay ciertas cosas que la gente que se mueve por el mundo con dos pies sanos no puede comprender. Creen que se ve con los ojos. Creen que las distancias pueden salvarse caminando.

El sol del mediodía flotaba casi perpendicular al mercado. Tin Win y Mi Mi buscaron cobijo bajo la pequeña sombrilla y acercaron sus cuerpos. El hermano de Mi Mi metió las patatas restantes en un saco. Pensaba llevarlas primero y volver luego a recoger a su hermana.

—Yo puedo llevar a Mi Mi a casa; así no tendrás que hacer el trayecto dos veces —dijo Tin Win.

El hermano miró a la joven como queriendo decirle: ¿y cómo se supone que te llevará el ciego colina arriba?

Mi Mi le hizo un gesto de asentimiento.

—No te preocupes.

Su hermano se echó al hombro el saco de patatas, murmuró algo ininteligible y se puso en camino.

—¿Te molesta si damos un rodeo por el pueblo? —preguntó Tin Win.

—Ves por donde quieras —dijo Mi Mi—. Eres tú quien debe llevarme, no yo. —Se rió y le pasó un brazo por los hombros.

Él se levantó poco a poco. Anduvieron por un callejón lateral en el que había parados varios carros tirados por bueyes y caballos. Entre ellos, algunos hombres y mujeres cargaban los carruajes con sacos de arroz y patatas y cestas llenas de verduras. Los animales estaban inquietos. Los caballos relinchaban y cabeceaban, o piafaban con los cascos, y los bueyes resoplaban y se movían haciendo crujir las vigas de sus tiros. Están cansados por el sol y la espera, y también tienen hambre, pensó Tin Win. Oyó el ruido de sus estómagos. Los coches estaban cruzados en medio de la calle, y sumados a la cantidad de sonidos desconocidos que llegaban hasta sus oídos, parecía que fueran un muro contra el que estuviera a punto de chocar a cada instante. ¿Dónde estaba su bastón, aquel con el que solía tantear el camino? El que le ayudaba a evitar los peores accidentes. El que le advertía de agujeros y cuevas, piedras y ramas, casas y árboles, al menos las veces que le prestaba atención. En estos momentos tenía la impresión de

desplazarse por un laberinto en el que paredes de varios metros de altura le bloqueaban el paso. En el que las esquinas y los cantos lo acechaban para hacerle caer. Un dédalo en el que no podía más que perderse. ¿Cómo podía llevar a Mi Mi hasta casa sana y salva?

Su ceguera jamás le había pesado tanto como aquel día. Las rodillas no le aguantaban, se tambaleaba. Había perdido la orientación. ¿Dónde estaba? ¿Daba vueltas en círculo? ¿Se dirigía hacia un precipicio? ¿Cómo podía estar seguro de que el próximo paso no iba a ser el último? Pronto dejaría de sentir el suelo bajo sus pies, perdería el equilibrio, se caería hacia delante y se precipitaría al vacío. El vacío que siempre había temido. El vacío, el infinito.

—Cuidado. Dos pasos más y chocarás con un cesto de tomates. —La voz de Mi Mi junto a su oído. Susurraba—. Un poquito más hacia la izquierda. Bien. Recto. Para.

Presionó suavemente sus hombros hacia la derecha. Él dudó unos segundos y dio un giro de noventa grados. Debían de estar justo delante de un buey. Oía los latidos de su enorme corazón. Sonaba como el tambor sordo que los monjes hacían sonar a veces en el monasterio. Sintió la húmeda respiración del animal en su piel.

—¿Sigo? —preguntó.

—Sigue —dijo ella.

Arrastraba los pies, como si no osara levantarlos del suelo. Unos pasos más adelante ella tiró cuidadosamente de su hombro izquierdo y él giró a la izquierda. Se golpeó con un trozo de madera y se llevó un susto de muerte.

—Perdona, las carretas. Pensaba que ya las habíamos pasado. ¿Te duele?

Negó con la cabeza y continuó lentamente, hasta que ella volvió a tirarle de un hombro y él cambió con cautela de dirección.

—Levanta los pies. Tienes delante un saco de arroz.

Levantó la pierna, tanteó el saco con los dedos de los pies y dio un paso grande.

—Bien —dijo ella, y lo abrazó brevemente.

Continuaron adelante. Mi Mi lo dirigía por las calles con sus suaves movimientos, como si estuviera bajando un bote por los rápidos. A cada giro, a cada vuelta, a cada obstáculo superado los pasos de Tin Win fueron volviéndose más firmes y seguros. La voz de ella, tan cerca de su oído, lo tranquilizaba. Empezó a confiar en sus indicaciones. Él, que por lo general no creía siquiera en sus propios sentidos, se dejó llevar por los ojos de ella.

Mi Mi le secó el cuello con su longi.

—¿Peso demasiado? —le preguntó.

—No, en absoluto.

¿Cómo podría explicarle que con ella a la espalda se sentía aún más ligero?

—¿Tienes sed?

Él asintió.

—Allí delante tienen zumos frescos de caña de azúcar.

Sabía que eran muy caros, pero su madre le había permitido que una vez al mes tomara un zumo al salir del mercado, y seguro que no le importaría que invitara a Tin Win. Él notó que se ponían a la sombra de un gran árbol.

—Quédate aquí —le dijo ella—. Déjame bajar.

Se puso de rodillas. Ella se dejó caer lentamente por su espalda, hasta llegar al suelo, y después se arrastró hasta sentarse en un taburete de madera que pertenecía al dueño del puesto. Cogió otro taburete, lo arrastró hasta Tin Win y lo cogió de la mano. Él se sentó sin dudarlo.

Se sentaron bajo un prominente árbol de banyan y Mi Mi pidió dos zumos. Él oyó las cañas de bambú rompiéndose en el exprimidor y el zumo cayendo en un vaso. Le recordó al crujido que hacían las cucarachas de la cocina cuando las pisaba. ¿Habría percibido Mi Mi su miedo? ¿Era importante? Lo había dirigido por el laberinto. No habían chocado contra ninguna pared ni caído en ningún precipicio. Le había construido puentes y apartado muros. Era una maga.

Mi Mi bebió un sorbo de su zumo. Le parecía el sabor más delicioso del mundo. Miró a Tin Win. Jamás se le habría ocurrido pensar que el rostro de un invidente pudiera irradiar tanta felicidad. Sonrió y él le devolvió la sonrisa. No se paró a pensar en lo insólito que era aquello.

—Tin Win, ¿qué oyes ahora? ¿Mi corazón? —le preguntó Mi Mi.

—Eso también.

—¿Puedes enseñarme?

—¿A qué?

—A escuchar los latidos del corazón.

—Creo que no.

—Por favor, inténtalo.

—No sé cómo lo hago.

—Pero lo haces.

Tin Win reflexionó.

—Cierra los ojos. —Mi Mi cerró los ojos—. ¿Qué oyes?

—Voces. Pasos. Los cascabeles de los caballos.

—¿Eso es todo?

—No, claro que no. Oigo pájaros, a alguien que tose y a un niño que llora. Pero no oigo el latido de ningún corazón.

Tin Win se quedó callado. Mi Mi aguzó más el oído. Al cabo de unos segundos los sonidos se difuminaron, se volvieron tan imprecisos como las imágenes que percibe un ojo anegado en lágrimas. Oyó la sangre palpitándole en los oídos, pero no su corazón, y menos aún el de Tin Win o el de algún peatón que pasara por allí.

—Quizá sea porque aquí hay demasiado ruido —dijo Tin Win tras una larga pausa—. Es posible que necesitemos algo más de silencio. Sigamos caminando, y, cuando encontremos un lugar en el que no oigamos más que a los pájaros, el viento y nuestras respiraciones, volveremos a intentarlo.

Se arrodilló ante Mi Mi, ella se cogió bien fuerte, y cuando él se levantó le puso las piernas alrededor del abdomen.

Anduvieron por una calle más tranquila. Tin Win sentía la respiración de Mi Mi en la nuca. Qué ligera era. Estuvo a punto de tropezar con un perro que había buscado refugio a la sombra de una casa.

—No lo había visto, perdona —dijo ella.

—Yo tampoco —dijo él. Se rieron.

Al pasar la estación Mi Mi lo hizo alejarse de la calle.

—Conozco un atajo —dijo.

Varios metros más adelante se encontraban frente a una pequeña pendiente, rodeada de arbustos de hibisco. Tin Win los reconoció por el dulce aroma que desprendían. Adelantó un pie y se dio cuenta de que la pendiente hacía bajada. No era muy empinada, pero sí lo suficiente para perder el equilibrio.

—Quizá sea más fácil marcha atrás —le propuso Mi Mi. Estaba acostumbrada a bajar aquellas pendientes a toda velocidad, en un par de saltos rápidos, a lomos de su hermano.

Tin Win se dio la vuelta y empezó a descender con cuidado. Mi Mi se cogía a los arbustos y se sujetaba a sus ramas. Juntos fueron bajando la pendiente lentamente. Y Tin Win notó enseguida piedras bajo los pies.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Junto a las vías de tren —le dijo ella—. Podemos caminar por las vigas de madera que quedan entre los raíles. Es lo que siempre hacen mis hermanos.

Tin Win se quedó quieto. Como si le hubiese dicho Mandalay. O Rangún. O Londres. Las vías de tren habían quedado siempre a una distancia inabarcable para él. Solo las conocía por los relatos de los niños en la escuela. Solían fanfarronear explicando cómo trotaban sobre las vías, a la espera de la negra locomotora de vapor, cómo dejaban piñas o corchos sobre las vías o cómo medían su valor acercándose lo más posible a los trenes en marcha. Al principio Tin Win soñó con participar en todo aquello, después ya no. Las vías de tren no eran su mundo. Eran cosa de los que veían.

Y ahora estaba allí, caminando entre los raíles, y no tardó en encontrar el ritmo que le permitía avanzar con pasos seguros sobre las vigas de madera. Ahí no corría en absoluto el riesgo de chocar contra un árbol o un arbusto o de tropezarse con alguna cosa. Tenía la sensación de estar subiendo por una escalera, y cada peldaño le parecía más claro. Y más cálido. Como si estuviera saliendo de una cueva fría y húmeda. Aceleró el paso y pronto saltó una viga y empezó a correr. Mi Mi no dijo nada. Había cerrado los ojos, se sujetaba con fuerza a Tin Win y se balanceaba amoldándose al ritmo de él, como una amazona. Tin Win daba unos saltos grandes y largos, y corría tan rápido como le era posible. Dejó de prestar cualquier atención a la distancia entre las vigas y solo escuchó el irrefrenable palpar de su corazón. Un redoble de tambor que lo enardecía. Cada vez más alto, más fuerte, poderoso, salvaje y peligroso. Un sonido que resonó por el valle y sobre las montañas. Pensó que una locomotora no podría hacer más ruido que él.

Cuando al fin se detuvo, tuvo la sensación de despertar de un sueño.

—Perdona —dijo, casi sin aliento.

—¿Por qué? —le preguntó Mi Mi.

—¿No has pasado miedo?

—¿De qué?

Se estiraron sobre la hierba, y Mi Mi miró el cielo. Se había hecho tarde y el sol no tardaría en desaparecer. Para Mi Mi aquel era el mejor momento del día, junto con el amanecer. La luz era distinta, más clara, y los contornos de los árboles, las montañas y las casas se alargaban y llegaban más lejos que a medio día. Le gustaban los sonidos del

anochecer y el olor de las hogueras que se encendían en las casas antes de que llegara la oscuridad.

—¿Tienes alguna idea de cómo suena el latido de un corazón? —le preguntó Tin Win. Mi Mi se quedó pensando si alguna vez había oído latir un corazón.

—En una ocasión recosté mi cara contra el pecho de mi madre porque quería saber lo que sonaba ahí dentro. Pero fue hace muchos años.

En aquella época creía que en el pecho de su madre se escondía un animal que golpeaba los huesos para salir de allí. Eso era lo único que recordaba.

Tin Win cogió la cabeza de Mi Mi y la apoyó en su pecho.

No consiguió dormir. No tras un día como aquel. No aquella noche. Y tampoco en la siguiente o la otra. Estaba acostado junto a Suu Kyi y pensaba en Mi Mi. Llevaba tres noches sin dormir, pero aun así no estaba cansado. Se sentía más despierto que nunca; sus sentidos, sus pensamientos, sus recuerdos jamás habían sido más claros. Compartieron una tarde. Y la guardó en su interior como una joya, como un talismán que pudiera protegerle. Recordaba cada palabra que intercambiaron, cada coloración de su voz, cada latido de su corazón.

Aquella tarde, con Mi Mi a la espalda, su voz al oído, sus muslos rodeándole las caderas, fue la primera vez en la vida que sintió algo parecido a la ligereza. Un asomo de felicidad. Un sentimiento tan desconocido que ni siquiera sabía cómo referirse a él. Alegría, alborozo, diversión. . . para él eran vocablos sin sentido, palabras sin contenido. Lo que él conocía era el esfuerzo que le suponía cada día. Levantarse en medio de una niebla lechosa. Ir a tientas en un mundo que le había dado la espalda. La soledad en la que vivía había llegado a resultarle insoportable, pese a la presencia de Suu Kyi y U May. Adoraba a los dos, confiaba en los dos. Les estaba infinitamente agradecido por la atención y los cuidados que le procuraban. Pero, aun así, se sentía extrañamente alejado de ellos, igual que del resto de gente que se cruzaba en su camino. Cuántas veces había estado entre los alumnos del monasterio, o calentándose junto al fuego con el resto de los monjes, y había deseado formar parte de ellos; sentirse miembro de un grupo, de una orden; sentir algo por los demás: simpatía, rabia o cuando menos curiosidad. Lo que fuera. Pero apenas sentía nada más que un vacío, y no sabía a qué se debía. Incluso cuando lo tocaban, cuando le pasaban un brazo por los hombros o le estrechaban la mano, se quedaba indiferente. Como si la niebla no se hubiese extendido solo ante sus ojos, sino entre él y el resto del mundo.

Pero con Mi Mi todo era diferente. El entumecimiento de su interior desaparecía como por arte de magia. Al saberla cerca se sentía seguro. Los ojos de ella veían por él. Ni una sola vez desconfió de las indicaciones y descripciones que le daba. Con la ayuda de ella

había dejado de sentirse como un extraño en su propia vida. Con ella formaba parte del mundo. Del tumulto del mercado. Del pueblo. De sí mismo.

Como si hubiera decidido enfrentarse a la vida. Vivirla.

En los meses siguientes Mi Mi y Tin Win compartieron todos los días de mercado, y recorrieron Kalaw y sus alrededores como si estuviesen descubriendo una isla desierta. Investigaron la zona con la meticulosidad de dos científicos, calle a calle, casa a casa. A menudo pasaban horas sentados en el margen de un camino. En la mayor parte de sus viajes de descubrimiento no abarcaban más que una calle, un trozo de campo o una pradera.

Con el paso del tiempo fueron desarrollando un ritual cada vez más establecido para descifrar los secretos de este nuevo mundo. En cuanto daban unos pasos se detenían y se quedaban completamente inmóviles y en silencio. Aquello podía durar varios minutos, media hora o incluso más. Era como si Tin Win se empapara de ruidos, sonidos y tonos. Y al final describía minuciosamente a Mi Mi todo lo que había oído, y ella le explicaba lo que veía. Ella esbozaba el cuadro para él, como un pintor. Primero a grandes rasgos, y cada vez con mayor detalle y exactitud. Cuando las imágenes y los sonidos no coincidían, se lanzaban a la búsqueda de la fuente de aquel desconocido tono. Ella se colaba bajo los setos y los arbustos, se arrastraba por los parterres y las casas, separaba las piedras de los muros y las volvía a colocar. Ponía patas arriba montañas de madera y cavaba con las manos en campos y prados hasta encontrar lo que oía Tin Win. Serpientes dormidas, caracoles, lombrices, polillas o mosquitos. Con cada día que pasaba, Tin Win sentía que el mundo era algo más cercano. Gracias a las descripciones de Mi Mi pudo ordenar los tonos y los sonidos y relacionarlos con objetos, plantas o animales. Aprendió que el batir de las alas de una mariposa macaón suena más ligero que el de una monarca; que las hojas de un moral susurran con el viento de un modo muy distinto a las de la guayaba; que el sonido que emite una lombriz al arrastrarse no debe confundirse con el de una oruga; que cada mosca se frota las patas de un modo diferente. Aprendió de nuevo el alfabeto de la vida.

La cosa se complicaba cuando tenía que ver con los tonos que emitía la gente. Poco después de quedarse ciego, Tin Win empezó a estudiar, diferenciar e interpretar las voces. Se habían convertido, para él, en una especie de brújula que le orientaba en el

laberinto de los sentimientos humanos. Cuando Suu Kyi estaba enfadada o triste, lo percibía en su voz. Cuando sus compañeros de clase lo envidiaban por sus avances, o los monjes se ponían nerviosos por su culpa, o no le tenían ningún aprecio, el tono en que se dirigían a él se lo revelaba.

Cada voz incluía una gran cantidad de formas de expresión, y lo mismo valía para los latidos del corazón. A Tin Win no le costaba nada reconocer a un extraño, al cabo de dos o tres encuentros, solo por sus latidos; aunque estos nunca fueran iguales. Le desvelaban mucho sobre el cuerpo y el alma y se modificaban con el tiempo o en función de la situación. Los corazones podían tener un sonido joven o desgastado, aburrido, monótono o misterioso. ¿Qué podía significar que la voz y el corazón de una persona no encajaran, porque cada uno contaba una historia diferente? Tal era el caso de U May, por ejemplo. Hasta la fecha su voz le había parecido siempre poderosa y fuerte, como si fuera más allá de la edad. Tin Win siempre se lo había imaginado como un pino alto y viejo, con un tronco fuerte al que ni siquiera las tormentas que ocasionalmente caían sobre la meseta de Shan podrían doblegar. Uno de esos árboles bajo los que antes le había gustado tanto jugar porque le hacían sentirse protegido. Pero su corazón tenía un tono bien distinto. No sonaba fuerte ni poderoso, sino frágil y débil, agotado, extenuado. Le hacía pensar en los demacrados bueyes que había visto de pequeño, cuando pasaban junto a su casa arrastrando un carro pesadísimo cargado de sacos de arroz o vigas de madera; por aquel entonces los había seguido con la mirada, convencido de que estaban a punto de caer muertos. De que morirían antes de llegar a la cima de la montaña. ¿Por qué el corazón de U May tenía un sonido distinto al de su voz? ¿En cuál debía confiar? ¿En cuál de los dos? Hasta entonces se trataba de preguntas sin respuesta. Pero con Mi Mi lograría descifrarlas. Al menos algunas.

Mi Mi recordaba perfectamente la primera vez que oyó hablar de Tin Win. Uno de sus hermanos pasó dos años en el monasterio como novicio. Cuando su madre y ella fueron a visitarlo les habló de un chico ciego con el que había chocado de cara aquella misma mañana. El chico llevaba un thabeik en las manos, y, para no derramar su comida, había mantenido sujeto el cuenco, de modo que se había caído de bruces al suelo, se había abierto el labio y la nariz y encima había echado a perder el arroz de todo un día. Era terriblemente torpe, un ciego a fin de cuentas, aunque en la escuela era indiscutiblemente el mejor. Aquella historia la dejó muy triste, aunque no habría sabido decir por qué. ¿Acaso le recordaba a sus intentos de dar algún paso sobre sus pies tullidos, en la parte de atrás de su casa, donde nadie podía verla? ¿Al dolor y los dos pasos que finalmente logró dar antes de caer al polvoriento suelo? Se preguntó por qué se habría caído Tin Win, si era algo que le sucediera a menudo y cómo se las componía para caminar. ¿Cómo debía de haberse sentido? Tirado en el suelo, tras desperdiciar la comida de los demás. Le vino a la mente el recuerdo de aquel día en que sus amigas y ella pasaron un rato frente a su casa, jugando a canicas. Todas las niñas admiraron sus canicas de cristal, regalo de un inglés. Intentaron meterlas en pequeños hoyos, y ella se había sentido orgullosa de poder enseñar a las demás cómo se hacía. De pronto una de ellas se incorporó de golpe y dijo que se aburría. Que era mejor hacer carreras. La primera que llegara al eucalipto, ganaba. Todas salieron disparadas. Mi Mi recogió sus canicas y disimuló. Siempre lo hacía. Solo en una ocasión se preguntó por qué y enseguida supo que no había respuesta. Sus pies eran un capricho del destino. Habría sido de lo más pueril intentar rebelarse contra ello. No le arrebatara el futuro: solo se lo complicaba. Pero dolía igual.

Peor que el dolor era la distancia que en aquellos momentos la separaba de su familia. Amaba a sus padres y a sus hermanos más que a nada en el mundo, pero no la entendían, y eso le atormentaba tanto como sus pies. Los hermanos se ocupaban de ella de un modo conmovedor. Se turnaban para llevarla al campo o al lago, la paseaban por el pueblo o el

mercado o hasta la casa de unos parientes que vivían muy lejos, en la montaña. Y no les parecía un sacrificio, sino algo que se daba por supuesto, como cortar leña por la mañana, transportar agua o recoger patatas en otoño. No esperaban ningún agradecimiento, desde luego que no. Pero cuando Mi Mi se ponía triste, cuando lloraba sin un motivo evidente, algo que no sucedía a menudo pero sí alguna que otra vez, se quedaban mudos a su lado sin saber qué hacer. Con miradas de desconcierto. Como si quisieran decirle: «Hacemos cuanto nos es posible para que te vaya bien. ¿Acaso no es suficiente? ». No quería parecer desagradecida, así que reprimía sus lágrimas lo mejor que podía. Con su madre le sucedía algo parecido. Yadana admiraba a su hija, Mi Mi lo sabía bien. Se sentía orgullosa de su fortaleza y la calma con que su caracolito afrontaba su invalidez. Y Mi Mi quería ser fuerte, precisamente para no decepcionar a su madre. Pero deseaba que hubiera momentos en los que pudiera ser débil, en los que no tuviera que demostrar nada a nadie. Ni a sus padres. Ni a sus hermanos. Ni a sí misma.

Unos días después estaba sentada en la veranda del monasterio y su hermano le señaló a Tin Win, que estaba barriendo el patio.

Mi Mi no pudo apartar los ojos de él. Se quedó admirada al ver el esmero con que limpiaba un lugar que él no podría ver. De vez en cuando se detenía y levantaba la cabeza, como si oliera o escuchara algo determinado.

Durante los días siguientes pensó mucho en él, y en su siguiente visita esperó en la veranda hasta que volvió a verlo. Apareció con un brazo cargado de leña, subió la escalera justo al lado de ella y se dirigió hacia la cocina sin percibir su presencia. Ella lo siguió y lo observó desde lejos. Rompió algunos leños y los echó al fuego. Puso agua en una jarra y la colgó sobre la hoguera. Parecía tan despreocupado. . . Mi Mi pensó que Tin Win era el chico más guapo que había visto en su vida. Tenía la cara alargada y una nariz aguileña pero no demasiado afilada. A Mi Mi le gustaban los labios carnosos, y la boca de Tin Win era sustanciosa sin ser exagerada. El pelo rapado acentuaba su ancha frente y la bonita forma de su cabeza. Pero lo que más le impresionaba era su calmado, su mesurado modo de moverse; la silenciosa dignidad que irradiaba. Como si agradeciera cada paso que daba sin tropezar. Cada movimiento que hacía sin herirse. ¿Le resultaría realmente tan fácil vivir, como a ella le parecía, sin el don de la vista? ¿O le costaba el mismo esfuerzo que a ella vivir el día a día sin pies? ¿Entendería Tin Win cómo se sentía ella cuando las demás niñas salían corriendo hacia el eucalipto? Cuando su madre la miraba henchida de orgullo y ella se consideraba a sí misma cualquier cosa

menos fuerte. Cuando sus hermanos la llevaban a la espalda y pasaban junto a las chicas del vecindario, que estaban sentadas en el margen del camino, cantaban canciones y se cogían las manos con timidez.

¿Podría convertirse en su alma gemela? En varias ocasiones se propuso dirigirle la palabra o cruzarse en su camino para que tropezara con ella y se diera cuenta de su presencia. Pero lo dejó estar. No por timidez, sino porque estaba convencida de que no era necesario. Ya se encontrarían, en algún momento. Cada vida tiene su propio tempo, su propio ritmo, y Mi Mi creía que era imposible ejercer una influencia definitiva en este sentido.

Aquella tarde, en el monasterio, cuando Tin Win, que se dirigía a la cocina, se detuvo bruscamente, dio media vuelta como si estuviera siguiendo una pista, se llegó hasta ella y se inclinó hasta ponerse a su altura, Mi Mi no se sorprendió. Lo miró a la cara y vio unos ojos cubiertos de un velo blanco en los que podía leer más que en los de sus padres o hermanos. Vio que él sabía lo que significaba estar solo; que entendía por qué llovía a veces en el interior de una persona aunque en la calle brillara el sol; que la tristeza no precisa de motivos. Ni siquiera le sorprendió que él le hablara de los latidos de su corazón. Creyó todas y cada una de sus palabras.

Vivía por y para los días de mercado. Se volvió impaciente; por primera vez en su vida, contaba las horas y los minutos, le costaba esperar hasta volver a verlo. Lo añoraba tanto que al cabo de unos meses quiso pasar a ver a Tin Win a la salida del monasterio. ¿Se alegraría o pensaría que era una pesada? Podía fingir que había pasado por ahí con su hermano. Cuando él la oyó esperar en la veranda se dirigió a ella de inmediato. Su sonrisa disipó todo rastro de duda: se alegraba por lo menos tanto como ella. Se sentó a su lado y le cogió la mano. A partir de aquel momento se vieron cada día.

Él la llevó a la espalda, incansable, por todo el pueblo, los campos y las montañas. La llevó bajo el sol más abrasador y en las peores tormentas. Sobre su espalda, cerca de él, las fronteras de su pequeño mundo desaparecieron completamente. Caminaron y caminaron, como si quisieran recuperarse de todos aquellos años en los que el horizonte de Mi Mi acababa en la verja de su jardín.

En los meses del monzón, en los días en los que corrían el riesgo de quedar enterrados en el lodo, no se movían del monasterio y buscaban refugio en los libros de Tin Win. Sus dedos volaban acariciando las páginas, y en esos momentos él era el encargado de crear

un mundo de imágenes para ella. Le leía en voz alta mientras ella se recostaba a su lado y se rendía a su voz, tan intensa.

Viajó junto a Tin Win por todos los continentes. Ella, que con sus propios pies no era capaz de llegar siquiera a la aldea vecina, pudo dar la vuelta al mundo. Él la ayudó a subir la rampa de acceso de los mayores buques transatlánticos; a ir de cubierta en cubierta hasta llegar al camarote del capitán. Al entrar en los puertos de Colombo, Calcuta, Port Said o Marsella llovía confeti, y la orquesta de a bordo empezaba a tocar. Él la condujo por Hyde Park, y en Picadilly Circus la gente se daba la vuelta para mirarlos. En Nueva York un coche estuvo a punto de atropellarla, o eso le dijo Tin Win, porque ella iba mirando continuamente hacia arriba en lugar de prestar atención al tráfico y dirigirlo por el laberinto de calles. Aprendió que la imaginación no tiene más fronteras que las que uno mismo le impone. Entonces comprendió que ya no estaba sola y que jamás volvería a estarlo. No era una carga. Era útil.

Tin Win, con infinita paciencia, la enseñó a escuchar. Por supuesto, sus oídos no eran tan sensibles como los de él. No podía escuchar los latidos de los corazones, a no ser que pusiera su cabeza contra el pecho de alguien. Tampoco podía diferenciar a las libélulas por su zumbido ni a las ranas por su modo de croar, pero él la enseñó a prestar atención a los sonidos y las voces. No solo a escucharlos, sino a meditar sobre ellos, a tenerlos en consideración.

Ahora, cuando alguien le dirigía la palabra, empezaba por prestar atención al tono, a lo que llamaba el color de la voz. A menudo el tono decía muchas más cosas que las palabras que se pronunciaban. En el mercado no tardó en diferenciar si un cliente estaba dispuesto a regatear o si lograrían ponerse de acuerdo en el precio de las patatas. Al llegar la noche dejaba perplejos a sus hermanos porque tras intercambiar con ellos unas pocas frases sabía perfectamente cómo les había ido el día, y si estaban contentos, aburridos o enfadados. Pasó de ser caracolito a caracolito, nuestra pitonisa.

El día que Mi Mi no fue a esperarlo a la escalera del monasterio, Tin Win se preocupó de inmediato. Hacía más de un año que se veían a diario, y la tarde anterior no le había comentado nada de que no fuera a ir. ¿Estaría enferma? ¿Por qué no habría ido ninguno de sus hermanos a informarle de lo que pasaba? Sin pensárselo dos veces salió de camino hacia su casa. Aquella noche había llovido a raudales y el suelo estaba húmedo y resbaladizo. Tin Win ni siquiera intentó escuchar los charcos; pasó por encima de ellos, cruzó la vacía plaza del mercado y se apresuró montaña arriba. Resbaló varias veces, se

cayó y volvió a levantarse sin preocuparse de su longi empapado y sucio. En su carrera, atropelló a una anciana campesina; estaba tan nervioso que no había oído ni su voz ni los latidos de su corazón.

La casa estaba vacía. Hasta el perro se había ido. Los vecinos no sabían nada.

Tin Win intentó tranquilizarse. ¿Qué podía haber pasado? Seguramente estarían en el campo y no tardarían en volver. Pero no fue así. Al atardecer volvió el miedo. Tin Win se oyó gritar a sí mismo. Mi Mi. Sacudió la barandilla de la escalera hasta que la rompió. Creyó haber recuperado la vista. Una mariposa gigante se precipitó hacia él desde el cielo como un ave rapaz, se posó en el campo y se arrastró hasta él. Tin Win corrió hasta el tocón de un árbol. Alguien le disparaba puntos rojos. Y cada vez que le tocaban le provocaban un dolor insoportable. Intentó esquivarlos, corrió por el patio, se golpeó la frente y la barbilla hasta hacerse sangre. Los hijos de los vecinos lo llevaron a casa.

Suu Kyi jamás había escuchado un grito como aquel. Fue muy fuerte, muy enérgico, pero eso no fue lo más insólito y aterrador. No se trató de un gemido desgarrado, sino de un tremendo enardecimiento, un chillido plagado de ira y desesperación. Dolía en el alma, no en los oídos.

Se despertó de inmediato y se dio la vuelta. A su lado estaba Tin Win, incorporado sobre la cama, con la boca muy abierta y vociferando. Ella lo llamó por su nombre, pero él no reaccionó. Ni siquiera tenía claro que estuviese despierto. Lo cogió por los hombros y lo zarandeó. Su cuerpo estaba tenso, casi rígido.

—¡Tin Win! ¡Tin Win! —gritó.

Le acarició la cara y cogió su cabeza con las manos. Eso lo tranquilizó. Unos segundos después volvió a estirarse sobre la esterilla. Se dobló, apretó las piernas contra el pecho y siguió durmiendo, con la cabeza apoyada en las manos.

Cuando Suu Kyi se despertó, de madrugada, Tin Win seguía a su lado y gimoteaba. Ella susurró su nombre, pero él no reaccionó. La mujer se puso un longi, una blusa y un jersey y lo tapó con la manta. Quizá se haya resfriado, pensó. Ayer no volvió a casa hasta que ya era de noche. Lo trajeron tres jóvenes. Tin Win tenía un aspecto horrible, sucio, ensangrentado, la cabeza llena de arañazos. No le dijo nada y se acostó de inmediato.

Fue a la cocina e hizo fuego. La sopa de gallina del día anterior, bien calentita, y algo de arroz con curry le sentarían bien.

Tardó en oír las arcadas y los resuellos. Cuando entró en el dormitorio él estaba arrodillado frente a la ventana abierta, vomitando. Sonaba como si su cuerpo quisiera vaciarse de todo lo que hubiese tenido en alguna ocasión. Las ganas de vomitar le llegaban a rachas, y cuanto menos escupía más se sobrecogía, y Suu Kyi pudo ver que al final trastocaron todo su cuerpo. Como si tuviera que vaciarse para siempre. Hasta que su boca solo pudo expulsar un fluido verdoso que olía fatal. Lo llevó de vuelta a la

esterilla y lo tapó. Él buscó la mano de ella. Se sentó junto a él, le cogió la cabeza y la apoyó sobre su regazo. Le temblaban los labios. Le costaba respirar.

Tin Win no sabía si estaba despierto o dormido. Había perdido toda noción del tiempo o el espacio. Sus sentidos se habían invertido, cerrado. La niebla frente a sus ojos se había convertido en una inquietante y absoluta oscuridad. En su nariz flotaba un hedor agrio; el olor de sus vísceras. Sus oídos no percibían más que los sonidos de su propio cuerpo. El murmullo de la sangre. El gorgoteo y burbujeo del estómago. El gargajeo del intestino. El corazón. Y sobre todos ellos, el miedo. No tenía nombre ni voz, pero estaba allí. En todas partes. Como el aire que respiraba. Dominaba su cuerpo; dominaba su mente y sus sueños. Cuando dormía oía los latidos del corazón de Mi Mi y gritaba su nombre, pero ella no contestaba. Empezaba a buscar. Iba hacia el lugar del que venían los latidos, pero nunca la alcanzaba. Corría cada vez más rápido, pero nunca se acercaba. Corría, y al final caía rendido. O bien veía a Mi Mi sentada en un taburete y se dirigía hacia ella, pero de pronto se abría el suelo y la tierra se lo tragaba. Todo se volvía oscuro, él caía y no había nada a lo que poder sujetarse. Sentía cada vez más calor, hasta que se daba cuenta de que había caído en una ciénaga incandescente y estaba a punto de ahogarse. Entonces el sueño se interrumpía bruscamente y volvía a empezar. ¿Por qué no podía soñar su propia muerte?

Pero la muerte no era lo que le asustaba, sino todo lo demás. Cada caricia. Cada palabra. Cada pensamiento. Cada latido del corazón. El siguiente latido del corazón.

Se sentía incapaz de moverse. No podía probar bocado. Hasta escupió el té que le había llevado Suu Kyi. Oía su voz pero le quedaba muy lejos. Sentía su mano pero al mismo tiempo no estaba seguro de que le rozara realmente.

No podía dejar de pensar en las palabras que le dijera U May. «La única fuerza que ayuda a superar el miedo, Tin Win, es el amor. » Pero ¿qué hacer contra el miedo al amor, U May?

Al tercer día tampoco dio muestras de mejoría. Suu Kyi pasó varias horas dándole masajes, y le frotó todo el cuerpo con hierbas, pero en las últimas setenta y dos horas ni siquiera alcanzó a darse la vuelta. No se quejaba de ningún dolor, no tosía, y parecía estar más frío que caliente. No sabía lo que le pasaba, no sabía qué le atormentaba, pero de algo estaba segura: fuera lo que fuese, era cuestión de vida o muerte. Se preguntó a quién podía pedir consejo. Desconfiaba tanto de las enfermeras y los médicos del hospital como de los astrólogos o los curanderos de Danu, Pao y Palong. Si había

alguien capaz de ayudarlos, ese era sin duda U May. Quizá, pensó, lo que sufría no era una enfermedad, sino el despertar de los fantasmas y demonios que, por lo que ella sabía, vivían en el interior de todos nosotros y estaban siempre a la espera de salir de su escondite y quitarse la máscara.

Dejó un poco de té junto a Tin Win, que dormía, y se apresuró en llegar al monasterio.

Cuando regresó, Tin Win continuaba en la misma posición. U May no había podido ayudarla. Ella le había descrito los últimos tres días y tres noches con todo lujo de detalles y él no pareció demasiado impresionado. Murmuró algo sobre el virus del amor, que, si no lo había entendido mal, se encontraba en el interior de todos nosotros, aunque solo se manifestaba en unos pocos. Y dijo que al principio, cuando aquello sucedía, el amor aparecía íntimamente relacionado con un miedo atroz, con un estado de turbación que altera de arriba abajo el cuerpo y el alma. Y que por lo general se cura con el tiempo.

Por lo general, dijo, y Suu Kyi no pudo evitar pensar en su tío abuelo, que pasó treinta y siete años sin salir de su habitación, inmóvil en su esterilla y mirando fijamente el techo, sin abrir la boca, negándose a comer, y sobreviviendo solo porque sus parientes, con paciencia infinita, se encargaron de alimentarlo tres veces al día. Y todo porque sus vecinos habían entregado a su hija, a la que él adoraba desde su más tierna infancia, a otro hombre en matrimonio. O en su sobrino, que se enamoró locamente de una muchacha del pueblo y cada día, al atardecer, se dirigía a su casa y le cantaba canciones de amor. Hasta aquí no había nada sorprendente, pues era una costumbre muy propia de las parejas jóvenes de Kalaw. El problema es que su sobrino continuó cantando cuando supo que la familia de la chica no iba a aceptarlo como esposo. Pasado un tiempo empezó a cantar no solo al atardecer, sino durante todo el día; cuando decidió cantar también por las noches tuvieron que aparecer sus hermanos y llevarse al chico a rastras de allí, pues se negó a callarse. Una vez en casa trepó hasta un aguacate y continuó cantando sin parar, hasta que tres semanas y seis días después perdió la voz para siempre. A partir de aquel momento siguió moviendo los labios al ritmo de la melodía y su boca siguió moldeando las palabras de las canciones que hablaban de su eterno amor. Cuanto más pensaba, más historias recordaba: campesinos y monjes, vendedores y comerciantes, orfebres y cocheros, incluso algunos ingleses que habían perdido la razón por culpa de la pasión.

Quizá, pensó Suu Kyi, Kalaw tuviera algo que ver en todo aquello. Quizá se tratara de un ambiente patógeno y extraordinario. Quizá fuera culpa del aire, o del clima. ¿Habría

algo en aquel modesto lugar del país profundo que acentuara la virulencia de aquel virus?

No veía motivo para alarmarse, había dicho U May.

Suu Kyi trituró hojas de eucalipto con su mortero y las acercó a la nariz de Tin Win con la esperanza de estimular su olfato. Lo intentó también con un ramillete de flores de hibisco y con jazmines. Le masajeó los pies y la cabeza, pero Tin Win no reaccionó. Respiraba, su corazón latía, pero aquellas eran las únicas señales de vida que emitía su cuerpo. Se había retirado a un mundo al que ella no podía acceder.

En la mañana del séptimo día un joven se presentó en su casa. Llevaba a Mi Mi a la espalda. Suu Kyi la conocía del mercado y sabía que Tin Win pasaba las tardes y los fines de semana con ella.

—¿Está Tin Win en casa? —preguntó Mi Mi.

—Sí. Está enfermo —respondió Suu Kyi.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. No habla. No come. Está fuera de sí.

—¿Puedo verlo?

Suu Kyi le mostró el camino hacia el dormitorio, a través de la cocina. Tin Win estaba allí, inmóvil, el rostro delgado, la nariz aguileña y la piel, pese a su tonalidad oscura, pálida e inerte. El té y el arroz estaban intactos. Mi Mi bajó de la espalda de su hermano y se arrastró hasta Tin Win. Suu Kyi no podía dejar de mirarla. Aquella chica se desplazaba con una elegancia extraordinaria. Como si sus pies deformes hubiesen aportado a sus miembros una sensibilidad única; el don del movimiento.

Mi Mi cogió la cabeza de Tin Win entre sus manos y se la llevó al pecho. Se inclinó hacia delante y el rostro de él desapareció bajo la melena larga y negra de ella. Le susurró algo al oído. Su hermano se dio la vuelta y salió de allí. Suu Kyi se fue con él. Preparó té para los invitados y de una vieja lata sacó melón tostado y pipas de girasol.

Salió al jardín y se sentó a la sombra del aguacate. Recorrió el patio con la mirada. Vio la leña cortada y apilada junto a la pared de la casa, el tocón sobre el que de vez en cuando degollaba una gallina, el huerto, el banco semiderruido que el padre de Tin Win tendría que haber acabado de construir. Sus seis gallinas corrían de un lado a otro y picoteaban el suelo. Notó que iba sintiéndose cada vez más triste. Que la tristeza crecía

en su interior. Suu Kyi conocía aquel estado, y lo detestaba; siempre intentaba oponerse a él con todas sus fuerzas. En la mayoría de los casos lo lograba, pero en esta ocasión se dio cuenta de que el sentimiento iba volviéndose cada vez más grande y poderoso. No encontraba ningún motivo para ello, y la tristeza sin motivo no le parecía otra cosa que autocompasión: algo a lo que se había resistido buena parte de su vida. ¿Era la enfermedad de Tin Win lo que le pesaba tanto? ¿El miedo a perderlo? ¿O la conciencia, reiterada a intervalos, de lo abandonada, perdida y sola que estaba? Igual que Tin Win. Igual que su hermana. Igual que todos, a fin de cuentas. Algunos lo notaban, otros no.

En aquel instante oyó el canto. Venía de su casa y era tan suave que parecía llegar a sus oídos desde el otro lado del valle. Una voz femenina, grácil y delicada, cantaba una canción que Suu Kyi no conocía. Ni siquiera entendía el texto, ni las palabras aisladas. Fueron la melodía y el tono los que la conmovieron.

Este canto podría ahuyentar cualquier fantasma o demonio, pensó Suu Kyi. Mitigó su dolor y lo hizo más llevadero. Se quedó petrificada bajo el árbol, como si cualquier movimiento pudiera echar a perder sus sentimientos. La voz de Mi Mi abarcó la casa y el patio, como un perfume que alcanzara todos los rincones. A Suu Kyi le dio la impresión de que todos los sonidos, el canto de los pájaros, el de las cigarras, el croar de los sapos, iban disminuyendo lentamente hasta que solo se oyó el canto. Tenía el poder de una droga, abría cada poro, cada sentido del cuerpo. Pensó en Tin Win. No debía preocuparse por él. Ya no. Aquel canto era mucho más fuerte que cualquier barrera que pudiera haberse construido; aquella voz lo encontraría en cualquier escondite. ¿De verdad era solo casualidad que aquel virus del que le habló U May brotara tan a menudo en Kalaw?

Se quedó sentada bajo el aguacate hasta que se le cerraron los ojos.

La despertó el frío de la noche. Estaba oscuro; se había quedado congelada. La voz seguía cantando, con la misma dulzura, con la misma belleza. Suu Kyi se levantó y entró en la casa. En la cocina ardía una vela, y otra en el dormitorio. Mi Mi estaba sentada junto a Tin Win, la cabeza de él sobre su regazo. Su rostro parecía algo más redondo, su piel menos pálida. El hermano de la joven se había marchado. Suu Kyi le preguntó si tenía hambre o si quería acostarse. Ella movió la cabeza levemente.

Suu Kyi tomó un poco de arroz frío y un aguacate. Estaba cansada y tenía la sensación de que en aquel momento no podía hacer nada. Volvió al dormitorio, preparó una esterilla para Mi Mi, le dio una chaqueta y una manta y se acostó.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, todo estaba en silencio. Echó un vistazo a su alrededor como si tuviera que asegurarse de que ya no estaba soñando. Mi Mi y Tin Win estaban acostados a su lado, durmiendo. Se levantó. Se sentía bien, ligera, aunque no sabía decir por qué. Casi demasiado ligera, pensó, mientras se dirigía a la cocina. Hizo fuego, preparó té, peló y cortó cebollas y tomates y puso a hervir algo de arroz para el desayuno.

Tin Win y Mi Mi se despertaron casi al mediodía. Hacía calor, pero no demasiado, y Suu Kyi estaba trabajando en el huerto cuando vio aparecer a Tin Win en la puerta de casa, con Mi Mi a la espalda. Parecía algo mayor, como si en los últimos días se hubiese hecho un hombre. Aunque quizá solo fuera cosa del cansancio y el esfuerzo realizado. Parecía que Mi Mi estaba describiéndole el camino, pues pasó junto a la leña, un taburete, un cubo y el hacha como si pudiera verlos. Se sentaron en el banco que quedaba junto a la pared de la cocina. Suu Kyi dejó caer el rastrillo y salió corriendo a su encuentro.

—¿Tenéis hambre? —preguntó.

—Sí, bastante —dijo Tin Win. Su voz sonaba algo más grave de lo normal, casi un poco extraña—. Y sed.

Suu Kyi sacó arroz, curry y té. Comieron lentamente, y Tin Win pareció ir despertando y recobrando fuerzas a cada mordisco.

Después de la comida Tin Win le dijo que quería salir a dar un paseo con Mi Mi y después llevarla a casa. Se encontraba bien y ya no se sentía cansado. Suu Kyi no tenía por qué preocuparse, sus piernas estaban fuertes y regresaría antes de que se hiciera de noche. Lo prometía.

Tin Win y Mi Mi recorrieron el irregular terreno hacia la cima de la montaña y mucho más allá. Él iba concentrado en la marcha, quería ver si volvía a ser capaz de confiar en ella, si Mi Mi podría evitarle de nuevo, con la misma eficacia, todos los obstáculos del camino.

—¿Recuerdas lo que ha ocurrido en los últimos días? —le preguntó Mi Mi tras pasar un buen rato en silencio.

—No mucho —dijo—. Debí de quedarme dormido algún tiempo. No lograba saber si estaba soñando o despierto. No oía más que un zumbido y un arrullo o borboteo suave.

—¿Qué te pasó?

—No lo sé. Estaba poseído.

—¿Por?

—El miedo.

—¿De qué tenías miedo?

—De perderte. Cuando llegué a vuestro patio y no vi a nadie y los vecinos no supieron decirme dónde estabais, me entró miedo. Intenté tranquilizarme, pero el miedo fue creciendo más y más. Pensé que jamás volvería a verte. ¿Dónde estuviste?

—Fuimos a casa de unos parientes, en la montaña. Murió una tía nuestra y tuvimos que salir de madrugada. —Acercó la boca a su oído—. No tengas miedo. Ya nunca podrás perderme. Soy parte de ti, y tú de mí.

Tin Win quiso responderle algo, pero en ese momento su pie izquierdo perdió el equilibrio. El agujero del suelo estaba cubierto de hierba y Mi Mi no podría haberlo visto aunque lo hubiese mirado de cerca. Tin Win tuvo la sensación de que le obligaban a detenerse en pleno movimiento y que a partir de entonces solo pudo seguir avanzando a cámara lenta. Su pie intentó tocar el suelo, pero tardó una eternidad en hacerlo realmente. Se tambaleó, perdió el equilibrio y notó que se caía, que su instinto le indicaba que amortiguara el golpe con las manos, que se protegiera la cara, pero en lugar de eso sujetó con más fuerza el cuerpo de Mi Mi. Desconocía la profundidad del agujero, con qué o cuándo se golpearía, si su cara quedaría herida por hierbas, piedras o arbustos. Parecía que nunca fuera a dejar de caer, y lo peor era la incertidumbre, el no saber lo que le esperaba. Ladeó la cabeza y hundió la barbilla en el pecho. Mi Mi se sujetó con fuerza a su espalda. Se pusieron casi boca abajo, Tin Win notó que enterraba a Mi Mi con su cuerpo y que después ambos caían rodando por la pradera, como el tronco de un árbol.

Se había precipitado al vacío, pero también se había golpeado. El agujero no era infinito.

Dejaron de rodar al llegar a una depresión del terreno. Mi Mi quedó estirada junto a él. Fue entonces cuando Tin Win notó lo fuerte que la sujetaba. No quería dejarla. El corazón de la joven latía con fuerza. No solo lo oía, lo sentía contra su pecho. Ahí, a su lado, Mi Mi parecía muy distinta. Más ligera que a su espalda, y él no solo sentía los brazos alrededor del cuello. El pecho de ella reposaba sobre el de él, la barriga en su barriga, los longis se confundían y sus piernas desnudas estaban entrelazadas. Se apoderó de él un sentimiento que desconocía, las ganas de tener más. Quería poseer a Mi

Mi y entregarse a ella, quería convertirse en un solo ser, entrar en ella, pertenecerle. Le asustó la intensidad de aquel deseo y se apartó a un lado.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó ella.

—No demasiado. ¿Y tú?

—No.

Mi Mi le limpió la cara. Le acarició la frente y le quitó la tierra de la comisura de los labios. Por un brevísimo segundo sus labios se rozaron. Tin Win sintió un escalofrío.

—¿Puedes caminar? —le preguntó ella—. Creo que va a llover.

Tin Win se levantó y volvió a ponerse a Mi Mi a la espalda. Bajaron por el campo. No tardaron en oír el murmullo del río. Parecía caudaloso y salvaje; debido a las lluvias de las últimas semanas llevaba más agua que de costumbre. Aquí había hecho una pequeña quebrada en la tierra; más abajo había un puente, pero desde allí era difícil de alcanzar. Tin Win intentó calcular la profundidad del río con la ayuda del sonido de las atronadoras aguas. Debían de ser unos tres metros.

—¿Es muy ancho? —preguntó.

—Dos metros, quizá un poco más.

—¿Y cómo vamos a cruzarlo?

Mi Mi alargó el cuello y echó un vistazo alrededor.

—Más adelante hay un tronco atravesado sobre el río.

Condujo a Tin Win hacia el tronco, pasando junto a un peñasco. Era de pino, algo más delgado de lo que ella había pensado, y no más ancho que su muslo. El árbol no tenía corteza y alguien había talado todas sus ramas. Mi Mi dudó.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Es muy profundo —dijo ella.

—Solo si miras. Para mí no lo es.

Tanteó hasta dar con el tronco y puso un pie encima. La planta de su pie se arqueó con la madera. Mi Mi intentó dirigirlo con los hombros, pero él movió la cabeza.

—Confía en mis pies.

Se había ladeado un poco y empezó a poner un pie delante del otro. No daba pasos grandes, sino que cada pie quedaba apenas a unos centímetros del anterior. Rozaba la madera con los dedos, la acariciaba hasta confiar en ella y sentirse seguro; entonces desplazaba el peso de su cuerpo y daba un paso más. Oyó los latidos del corazón de Mi Mi. Parecía estar tocando el tambor. Al mismo tiempo oyó el murmullo del agua, ahora

más fuerte y más claro. Debían de estar justo encima del río. La madera se arqueó bajo su peso y crujió amenazadoramente.

Tin Win avanzaba con lentitud, pero no vaciló. Ni una sola vez. Mi Mi se sintió mareada y cerró los ojos. Él tenía razón: con los ojos cerrados era más sencillo; solo debía olvidar dónde estaba.

Tin Win siguió avanzando hasta que el río empezó a oírse significativamente más alejado. Habían llegado a la otra orilla. Mi Mi se inclinó aliviada sobre su espalda y le besó la mejilla y el cuello. Las rodillas le flaquearon por la emoción, tropezó y tuvo que hacer un esfuerzo por recuperar el equilibrio. Pocos pasos después oyeron un trueno muy potente que venía de muy cerca. Tin Win se sobresaltó. Las tormentas nunca le habían gustado demasiado.

—Algo más abajo, en el valle, hay una cabaña —gritó Mi Mi—. Quizá logremos llegar allí antes de que nos pille la tormenta. Sigue caminando junto al río.

Tin Win aceleró el paso cuanto pudo. Cuando se acercaba demasiado al río o se alejaba demasiado de la orilla, Mi Mi le presionaba el hombro correspondiente. Empezó a llover. El agua estaba tibia, rodaba de un modo agradable por sus mejillas, goteaba en sus narices y les recorría los cuellos y las barrigas. Mi Mi se apretujaba contra él. Por primera vez notó sus pechos. Eran suaves y se endurecían en su cumbre. Notó cómo se deslizaban rítmicamente por su espalda húmeda.

La cabaña resultó ser un refugio de madera sin ventanas, no más grande que dos o tres esterillas, y el suelo estaba cubierto por varias capas de hierba seca. La lluvia golpeaba sobre el techo de hojalata como si miles de puños estuvieran tocando el tambor en él. La cortina de lluvia era tan densa que Mi Mi apenas podía ver el río a pocos metros de allí. Tenían la tormenta justo sobre sus cabezas y Tin Win se sobresaltaba con cada relámpago; aunque por primera vez en su vida no se sentía demasiado inquieto. Los truenos eran tan fuertes que Mi Mi se tapó los oídos. Tin Win estaba algo alterado, pero no tenía miedo.

En la cabaña hacía más calor y humedad que fuera. Sus cuerpos estaban húmedos y calientes, y el agua de la lluvia fue mezclándose poco a poco con el sudor.

Mi Mi se estiró sobre la hierba. Tin Win no se apoyó como solía sobre su regazo, sino que se puso de cuclillas, dobló las piernas y rodeó la cabeza de Mi Mi con sus muslos.

Pasó sus manos por el pelo de ella, y después las bajó hacia su frente, sus cejas, su nariz, su boca. Le acarició las mejillas y el cuello.

Mi Mi notó las yemas de sus dedos. No solo la acariciaban, la electrizaban, y con cada movimiento su corazón temblaba un poco más. Él se inclinó hacia delante, le besó la frente, la nariz. Su lengua le recorrió el cuello y las orejas. Mi Mi apenas podía creer cuánto estaba disfrutando de su cuerpo, de cada milímetro que Tin Win rozaba. Las manos de él le acariciaron el rostro, las sienes, los orificios de la nariz. Dibujaron el contorno de sus labios, le recorrieron los ojos y la boca. La abrió levemente y fue como si él aún no la hubiese tocado.

Tin Win apoyó la cabeza de Mi Mi sobre la hierba, con sumo cuidado, y se quitó la camisa. Ella cerró los ojos y respiró hondo.

Le acarició los pies. Sus dedos palparon los dedos de los pies de ella, las uñas y los huesecillos sobre los que se tensaba la piel, justo encima del empeine. Subieron por sus muslos hasta llegar al longi y volvieron a bajar. Una vez. Y otra. Mi Mi empezó a temblar. Levantó las caderas y estiró su camisa hacia arriba, le cogió una mano y se la puso sobre el vientre. El corazón de él latía con fuerza. No muy rápido, pero sí muy fuerte.

Notó que ella empezaba a respirar con más agitación. Buscó su ombligo. Casi no la tocaba, solo la rozaba. Entre las yemas de sus dedos y la piel de Mi Mi surgió una tensión mucho más excitante que cualquier caricia. Él fue tanteando, fue subiendo cada vez más, metiendo las manos bajo el longi, hasta topar con el vello de su pubis. Él se arrodilló hacia ella y ella vio tensársele el longi a la altura de las caderas. Y se asustó. No por lo que acababa de ver, no por las caricias de él, sino por el deseo que la ahogaba, por su respiración y su corazón, que cada vez latía más rápido y con más fuerza. Él retiró la mano con cuidado, pero ella quería más, así que le cogió la mano y se la sostuvo, pero él apoyó la cabeza sobre su pecho y se quedó quieto. Esperó. El corazón de Mi Mi tardó un buen rato en apaciguar sus latidos.

Era un sonido al que no lograba acostumbrarse, y antes de cada latido sentía una veneración y un respeto que le dejaban sobrecogido. Ahí estaba, palpitando a pocos centímetros de su oído. Se sentía como si pudiera espiar el seno del mundo por una rendija. Los latidos de su corazón. Fascinantes. De una belleza embriagadora.

El canto de la vida. Y de la muerte. El canto del amor.

El viento había refrescado el ambiente. Encrespó el agua y Mi Mi oyó minúsculas olas rompiendo contra las piedras que quedaban a sus pies. Estaba de cuclillas en la orilla del laguito y observaba a Tin Win. No nadaba mal. Había desarrollado un estilo muy personal. Se ponía siempre de lado y estiraba una mano por delante de su cuerpo para poder tantear los obstáculos. Era precavido y prefería mantenerse cerca de la orilla, donde tocaba el suelo con los pies. Pero tenía fondo y buceaba muy bien. Mi Mi adoraba el agua. Sus hermanos siempre la habían llevado consigo a los cuatro lagos, aproximadamente a una hora de marcha desde Kalaw. Se turnaban para llevarla y le enseñaron a nadar desde pequeña. Aquellas excursiones se contaban entre sus más hermosos recuerdos. En el agua podía medirse con sus hermanos y jugar con otros niños de igual a igual. Era rápida y diestra, la mejor buceadora de todos. En el agua no importaban los pies.

El verano anterior había llevado a Tin Win a los lagos, y desde entonces no había lugar que les gustara más para retirarse. Siempre iban al menor de los cuatro, que quedaba algo apartado y escondido tras un pequeño bosque de pinos. Se decía que en él se alojaba la mayoría de serpientes acuáticas, y de ahí que niños y jóvenes prefirieran evitarlo. Cuando preguntó a Tin Win si le daban miedo, él se rió y le dijo que nunca había visto una.

Tin Win nadó hasta el centro del lago, donde sobresalía una roca sobre la que podían sentarse. Trepó hasta ella y dejó que el viento y el sol le secaran la piel. Mi Mi sintió un soplo de añoranza. Habían pasado ya casi cuatro años desde la primera vez que habló con Tin Win en el monasterio, y, sin contar con las primeras semanas, no habían pasado un solo día sin verse. O ella lo esperaba al salir de la escuela o él iba a buscarla al mercado después de las clases; y los fines de semana pasaba por su casa ya de buena mañana. Es que sois inseparables, ¿eh? , le dijo su madre una vez, medio en broma. Inseparables. Como solía hacer siempre, Mi Mi reflexionó mucho sobre aquella palabra. Le había dado vueltas y vueltas en la cabeza, para ver si le gustaba cómo sonaba, si le

parecía adecuada, y unos días después llegó a la conclusión de que era la mejor descripción posible. Eran inseparables. El corazón se le aceleraba en cuanto lo veía, y sentía que le faltaba algo cuando Tin Win no estaba a su lado. Como si el mundo solo funcionara cuando estaba él. Sentía su ausencia en todo el cuerpo. Le dolía la cabeza. Las piernas y los brazos le pesaban. Se le removía el estómago y sentía pinchazos en el pecho. Hasta respirar le resultaba más pesado cuando Tin Win no estaba. Y el malestar desaparecía en cuanto ella se subía a su espalda, le rodeaba el cuello con los brazos y notaba sus hombros bajo su piel. No había un lugar en el mundo en el que se sintiera mejor.

Recordó aquella tarde en que les sorprendió una tormenta y tuvieron que buscar cobijo en la cabaña de madera. Aquella fue la primera vez que él la tocó de verdad, y su gesto despertó en ella un deseo que a veces era más intenso que todos los demás sentimientos juntos. No sabía decir si todo lo que sintió en aquellos momentos había estado dormido en su interior a la espera de que Tin Win lo despertara y le diera vida, o bien si provenía de un lugar diferente, independiente de ella. ¿La hechizaba? ¿Qué despertaba con sus besos cuando sus labios le rozaban la piel? Cada vez que sus dedos le acariciaban el cuello, el pecho, el estómago, los muslos, tenía la sensación de que Tin Win estaba regalándole de nuevo su propio cuerpo. Cada vez. Y él reaccionaba del mismo modo a las manos de ella, a los labios de ella. Podía excitarlo, acariciarlo y tocarlo hasta que se estremeciera de arriba abajo y se deshiciera de placer. En aquellos instantes se sentía tan viva que ni siquiera sabía qué hacer con su felicidad. Se sentía transportada por el viento, ligera, ingravida, como solo podía serlo en el agua. Sentía una fuerza que ni siquiera era consciente de que residiera en su interior. Una, que solo Tin Win podía despertar.

Él la enseñó a confiar. Le brindó la opción de ser débil, no tenía que demostrarle nada. Fue el primero y el único a quien explicó la humillación que sentía al tener que arrastrarse a cuatro patas. Que a veces soñaba que caminaba con dos pies sanos por todo Kalaw, y que saltaba tan alto como podía. Solo eso; nada más. Él no intentaba consolarla. La cogía entre sus brazos y no decía nada. Mi Mi sabía que él la entendía; que sabía cómo se sentía. Cuanto más hablaban del tema, menos intensa se volvía su necesidad de caminar por su propio pie. Y creía a Tin Win cuando le decía que en todo el mundo no había un cuerpo más hermoso que el suyo.

No había nada que no se atreviera a hacer en su compañía.

Miró a Tin Win. Aunque estaba a menos de quince metros de ella, sintió que le

costaba soportar la distancia. Se sacó la camisa y el longi, se arrastró hasta el agua y dio unas fuertes brazadas. El sol había calentado el lago, pero el agua aún estaba lo suficientemente fría para refrescar. Le produjo un hormigueo en la piel. Si se sentaba entre sus piernas y se recostaba en él, cabrían los dos en la roca. Nadó hacia Tin Win. Él alargó una mano y la ayudó a salir del agua. Ella se apoyó en él, y él le rodeó el cuerpo con los brazos y la abrazó muy fuerte. Mi Mi cerró los ojos.

—No aguantaba más rato sin ti —susurró.

—Estoy aquí —dijo él.

—Pero quería tocarte. Además, estaba triste.

—¿Por qué?

—Porque estabas muy lejos y no podía tocarte —dijo ella, sorprendida por sus propias palabras—. Triste por cada hora que no pasamos juntos, por cada camino que no puedo recorrer a tu lado. Por cada paso que das sin que yo esté subida a tu espalda. Por cada noche que no dormimos juntos y cada mañana que no despertamos juntos.

Se dio la vuelta y se quedó de rodillas frente a él. Cogió su cabeza con las manos y él pudo oír que unas lágrimas resbalaban por sus mejillas. La besó en la frente y en los ojos. Ella lo besó en la boca y en la nuca. Sus labios estaban suaves y húmedos, sus besos le cubrieron la piel. Él la atrajo más hacia sí y ella le pasó las piernas por las caderas. Él la apretó fuerte, muy fuerte. Como si quisiera impedir que se escapara.

Los latidos le hacían pensar en las gotas de lluvia que caen regularmente de un canalón. Plopp. . . plopp. . . plopp. . . En los últimos días habían ido espaciándose cada vez más. Era una fuente que se agotaba progresivamente.

Tin Win lo oyó venir. Hacía ya varias semanas. Siempre le había parecido que el corazón de U May sonaba agotado y gastado, siempre, pero en los últimos tiempos sus latidos se habían vuelto aún más apagados que de costumbre. Desde hacía dos semanas, un joven monje daba las clases solo. U May yacía en cama, demasiado débil para levantarse. No comía, y, pese a las temperaturas tropicales, tampoco bebía apenas.

Mi Mi y Tin Win habían pasado los últimos días y las últimas noches junto a su cama. Tin Win le había leído en voz alta hasta que le salieron llagas en las yemas de los dedos por el roce con las páginas. Mi Mi se había ofrecido a cantar para él, pero U May le había pedido que no lo hiciera. Tenía noticia del poder mágico de su voz y no quería hacer nada que pudiera alargarle la vida artificialmente, dijo, mientras esbozaba una breve sonrisa con la boca.

En ese momento estaban los dos descansando, en una casa de té de la calle principal, tomando un zumo de caña de azúcar. La temperatura era elevada, Kalaw llevaba dos semanas azotada por una oleada de calor y nada parecía indicar que fuera a remitir próximamente. No soplaban ni pizca de aire. Callaron. Hasta las moscas acusaban el calor, pensó Tin Win. Zumbaban con más apatía e indolencia de lo normal. Junto a ellos, comerciantes y vendedoras del mercado, todos quejándose del tiempo incesantemente. A Tin Win le resultaba incomprensible. A menos de doscientos metros de allí U May yacía en su lecho de muerte, y la gente estaba tan tranquila, tomándose un té. Dedicándose a sus negocios. Hablando de temas tan banales como el tiempo.

Oyó llegar al monje desde lejos y lo reconoció de inmediato por su paso desigual. Era Zhaw, cuya pierna izquierda era algo más corta que la derecha y le obligaba a cojear levemente, imperceptiblemente. De hecho, Tin Win era el único que se había dado cuenta hasta la fecha. Zhaw tenía malas noticias, Tin Win pudo deducirlo por los latidos

de su corazón. Sonaban tan mal como los del ternero herido que Mi Mi encontró poco tiempo antes y que murió entre sus brazos.

—U May ha perdido el conocimiento —exclamó Zhaw casi sin aliento.

Tin Win se levantó, se arrodilló ante Mi Mi, esta subió a su espalda y salieron corriendo hacia allá. Iban tan rápidos como podían. Mi Mi lo dirigió entre los transeúntes y junto a un carro tirado por bueyes; tomaron el camino que conducía al monasterio, cruzaron el patio a toda prisa y subieron la escalera.

Todos los monjes y muchos vecinos del pueblo se habían arremolinado junto a U May. Estaban sentados en el suelo y llenaban hasta la mitad la gran sala dedicada a la meditación. Cuando vieron a Tin Win y a Mi Mi formaron un estrecho pasillo que conducía hasta la cama de U May. Mi Mi se asustó al verlo. En las últimas horas su rostro se había demacrado aún más. Los ojos estaban tan hundidos como si quisieran confundirse con el cerebro. La nariz parecía más puntiaguda mientras que los labios casi habían desaparecido. La piel se tensaba sobre los huesos de las mejillas, pálida e inerte como un trozo de cuero. Las manos estaban entrelazadas sobre su estómago.

Se arrodillaron junto a la cama. Mi Mi se quedó detrás de Tin Win, rodeándole el pecho con los brazos.

Tin Win sabía que no tardaría en pasar. Su corazón no tenía más fuerza que las alas de una mariposa. Cuánto había temido aquel momento. Durante mucho tiempo fue incapaz de imaginarse una vida sin U May. Sin su voz. Sin sus consejos. Sin sus ánimos. Él fue la primera persona a la que pudo abrirse, en la medida en que se lo permitieron sus propias limitaciones de entonces. Y U May intentó borrar en él el miedo. «En cada vida yacen las semillas de la muerte», le repitió una y mil veces en los primeros años de su amistad. Que la muerte pertenecía a la vida del mismo modo que el nacimiento, que nadie podía librarse de ella y que no tenía sentido resistirse. Cuanto antes nos resignáramos a aceptarla como parte de la vida y dejáramos de tenerle miedo, mejor.

Tin Win comprendía la lógica del argumento, pero seguía sin estar convencido. Aún tenía miedo. Miedo a la muerte de U May, y miedo también a la suya propia. Y eso que no le parecía que la vida tuviera demasiado valor. . . Pero le quedaba ahí un miedo que en ocasiones rozaba incluso el pánico. Tenía un punto animal, y no podía evitar pensar en el puerco que su padre mató en su presencia cuando era un niño. Jamás olvidaría aquella imagen. Los ojos abiertos como platos. El grito desgarrador, los pataleos aterrorizados, el escalofrío por todo el cuerpo. El miedo a la muerte debe de ser un

instinto de supervivencia, pensó más adelante. Seguramente nos pertenece a todos, a todas las criaturas terrestres. Pero tenemos que superarlo si pretendemos despedirnos en paz. Una contradicción irresoluble, en su opinión. En los últimos dos años no había pensado en la muerte ni una sola vez, y ahora, obligado a hacerlo dada la cercana muerte de U May, se sorprendió al descubrirse tan inesperadamente sosegado. Por primera vez tenía algo que perder, pero ya no sentía miedo. Le habría encantado poder preguntar a U May a qué se debía aquello, pero era demasiado tarde. De pronto el anciano empezó a mover los labios.

—Tin Win, Mi Mi, ¿estáis ahí? —No hablaba, susurraba.

—Sí —dijo Tin Win.

—¿Recuerdas cómo quería morir?

—Sin miedo y con una sonrisa en los labios —respondió Tin Win.

—No tengo miedo —susurró U May—. Y Mi Mi te dirá si soy capaz de sonreír.

Tin Win cogió la mano de U May y le aconsejó que no hablara más.

—Descansa.

—¿Para qué?

Parecía que iban a ser sus últimas palabras. Tin Win deseó que pudiera decir algo más. Ninguna vida debería acabar con una pregunta. ¿Para qué?

Sonaba a esfuerzo inaudito. A desesperación. A algo inconcluso. Tin Win contó los segundos que separaban los latidos de su corazón. En cada ocasión respiraba varias veces antes de volverlo a escuchar.

U May abrió la boca de nuevo. Tin Win se inclinó hacia delante.

—El amor —dijo el anciano—. El amor.

Eso fue todo.

Y Tin Win estaba convencido de que al decirlo, sonreía.

Entonces se hizo el silencio. Tin Win esperó. Silencio. Un silencio desmesurado que lo absorbía todo y acallaba cualquier sonido.

Oyó el latido del corazón de Mi Mi y después el del suyo propio, y observó que empezaban a acercarse, a coger el mismo ritmo, y por unos segundos, que le parecieron horas, solo percibió el sonido de un corazón.

En la vida había momentos, momentos mágicos, según Yadana, que la acompañarían hasta la tumba. Uno de ellos fue el instante en que vio a Tin Win por primera vez. Varios años después seguía recordándolo como si fuera ayer. Ella estaba en la veranda de su casa, haciendo una cesta con hierba seca. Era media tarde. Podía oler el fuego en casa de los vecinos y oír el ruido que hacían con las cazuelas y la vajilla de hojalata. Estaba sola. Su marido y sus hijos aún estaban en el campo. De pronto vio a Tin Win en el patio. Llevaba a Mi Mi en la espalda. Aún hoy no sabría decir qué fue lo que la conmovió de aquel modo. ¿Fue el joven rostro de Tin Win, que, pese a tener aparentemente problemas en los ojos, irradiaba una energía que pocas veces había visto en un adulto? ¿O fue su sonrisa después de que Mi Mi le susurrara algo al oído? ¿Fue su modo de subir la escalera de la veranda, con mucho cuidado, tanteando los escalones, agachándose para que Mi Mi bajara de su espalda? ¿O fue sencillamente el rostro de su hija, que parecía a punto de estallar de felicidad, sus ojos brillando e iluminando el cielo como dos estrellas en plena noche? Supo de inmediato que todo era por aquel chico.

Desde entonces, Tin Win había llevado a Mi Mi a casa todas las tardes. Al principio era extraordinariamente silencioso. Dejaba a la joven y enseguida se despedía educadamente. Pero al cabo de unas semanas empezó a ayudar a Mi Mi en la cocina, y a quedarse a cenar.

Yadana empezó a referirse a él como «mi hijo pequeño». Cuanto más lo conocía, más le gustaba. Su tacto, el cuidado y el cariño con que trataba a Mi Mi. Su buen humor y su humildad. Su sensibilidad. En muchas ocasiones parecía saber cómo se encontraban todos ellos antes de intercambiar una sola palabra. Además, le daba la sensación de que no estaba demasiado afectado por la pérdida de la vista, y mucho menos cuando Mi Mi se subía a su espalda. A veces, cuando los veía subir por la montaña se quedaba tan conmovida que no podía contener las lágrimas. Pese a la carga que llevaba, Tin Win avanzaba erguido y con paso ligero, casi en suspensión, y ella no dejaba de pensar que quizá sin el peso de su hija sus pasos se volverían más inseguros y pesados. Él no llevaba a Mi Mi auestas: la transportaba como un regalo, henchido de orgullo y felicidad. Y

ella, a su espalda, cantaba o le susurraba cosas al oído. A menudo los reconocía por sus risas antes de verlos aparecer. Como si los ojos o los pies sanos no tuvieran la más mínima importancia.

Pocos meses después su marido los bautizó como «hermano y hermana», y así los llamaba aún ese día, casi cuatro años después. A veces Yadana se preguntaba si Moe había sido negligente en la elección de aquellas palabras o si realmente no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Y cuanto más lo pensaba más segura estaba de que su marido pensaba lo que decía y que, como la mayor parte de los hombres, le faltaba sensibilidad para ciertas cosas; un olfato que podría haberle ayudado a ver más allá de lo que muestran los ojos.

Hacía tiempo que Mi Mi y Tin Win habían dejado de ser hermano y hermana. Mi Mi se había convertido en una mujer, su cuerpo tenía una nueva forma. La alegría que irradiaba ya no tenía nada de infantil. Eran la felicidad y la pasión de una persona que se sabe adorada y amada. Tin Win continuaba siendo tranquilo, educado y respetuoso, pero su voz, sus gestos y sus movimientos ya no reflejaban solo interés y ternura, sino que se habían teñido de pasión y adoración. Entre ambos reinaba una complicidad que Yadana llegaba incluso a envidiar. Ella nunca se había sentido así con su marido. Para ser sincera, no conocía a nadie en el mundo que se sintiera tan cerca de otra persona como ellos dos.

Ahora que los dos habían cumplido los dieciocho años, Yadana se preguntaba si había llegado el momento de hablar de matrimonio. Pero como Tin Win era huérfano no tenía muy claro a quién debía dirigirse. Y cada vez que intentaba hablar de aquel tema con su marido, él repetía lo de «hermano y hermana». Quizá, pensó, deberían esperar a que Mi Mi o Tin Win se lo pidieran. No venía de unos meses o incluso un año. Estaba convencida de que no debía preocuparse ni por su hija ni por Tin Win. Habían descubierto un secreto de la vida que Yadana no había logrado encontrar, pese a que siempre había intuido su existencia.

Cuando Tin Win llegó a casa acababa de anochecer. Había pasado la tarde con Mi Mi en el lago y se sentía gratamente cansado de tanto nadar y caminar. Era una tarde agradable tras un día caluroso; el aire era seco y cálido. En la charca cercana las ranas gritaban tan fuerte que ahogaban cualquier otro sonido. Seguro que Suu Kyi lo esperaba ya con la cena. Abrió la puerta del jardín y oyó dos voces masculinas que no conocía. Dos hombres hablaban con Suu Kyi. Estaban sentados frente al fuego, en la parte delantera de la casa. Oyó levantarse a Suu Kyi y dirigirse hacia él. Le cogió la mano y lo acercó a los desconocidos. Los hombres fueron directos al grano. Llevaban toda la tarde esperándolo. Suu Kyi había sido extraordinariamente amable y les había ofrecido té y nueces, pero ahora estaban agotados por el largo viaje y querían irse a su hotel. Entre otras cosas, porque al día siguiente les esperaba otro trayecto muy largo. Venían desde Rangún. Su tío, el respetable U Saw, los enviaba con el encargo de que condujeran a Tin Win hasta la capital lo antes posible. Su tío le comunicaría personalmente todo lo demás. Viajarían en tren a Thazi por la mañana, pasarían allí unas horas y tomarían el expreso nocturno que salía de Mandalay y los dejaría en Rangún a la mañana siguiente. Los billetes ya estaban comprados. Los asientos, reservados. El primer tren salía de Kalaw a las siete. Pasarían a recogerlo. Tendría que estar listo a partir de las seis de la mañana, por favor. Preparado para el viaje.

Tin Win tardó en comprender lo que decían. Como hacía siempre que se encontraba frente a desconocidos, había escuchado sus corazones y no sus palabras. Pero en aquel caso los latidos no le dijeron demasiado. Eran insólitamente inexpresivos. Hicieran lo que hicieran en Kalaw, le dijeran lo que le dijeran, no se alteraban.

Fue un suspiro de Suu Kyi lo que le hizo prestarles atención. Y su corazón. Latía con una rapidez extraordinaria, como si estuviera muy asustada o acabara de escalar una montaña. Con ayuda de Mi Mi, Tin Win había aprendido que un corazón puede dispararse por más motivos que un esfuerzo físico. Las personas pueden estar sentadas en el suelo sin hacer nada, con una apariencia completamente calmada, y tener el

corazón desbocado en el pecho, corriendo como un animal perseguido por el bosque. Sabía por experiencia que las fantasías y los sueños solían asustar o amedrentar más incluso que la realidad; que a la cabeza le agobia más el corazón que los trabajos más pesados.

¿Por qué se preocupaba Suu Kyi? Los hombres se marcharon y ella le repitió frase por frase todo lo que habían dicho. Las palabras fueron haciendo mella en él, lentamente. Con el tren. A la ciudad. Solo.

—¿Por qué? ¿Qué quiere mi tío de mí? —preguntó Tin Win, tras haber entendido al fin lo que sucedía.

—No lo sé —respondió ella—. En el pueblo se comenta que posee mucho dinero y tiene buenos e influyentes amigos entre los ingleses. Por lo visto está en contacto incluso con el gobernador. Estoy segura de que podrá ayudarte.

—Pero no necesito ayuda. —Tin Win se rió ante la idea de que alguien pudiera ofrecerle ayuda por compasión—. No me falta nada. La vida no puede irme mejor.

—Quizá se ha enterado de tus problemas de visión y quiere que te visite un médico británico. Sea como fuere, tenemos que pensar qué debes llevarte.

Se dio la vuelta e hizo amago de dirigirse a la casa.

—Suu Kyi, ¿en qué estás pensando?

Tin Win sabía que la mujer no le decía la verdad. Los latidos de su corazón no se correspondían con esas palabras que debían tranquilizarlo.

—Nada, es solo. . . que te echaré de menos. Pero ¿qué digo? Soy una vieja egoísta. Muy pocos tienen el privilegio de viajar hasta la ciudad. Yo llevo toda la vida soñando con llegar al menos hasta Tauggyi. Un viaje de este tipo es algo muy importante. Tendrás muchas experiencias y aprenderás mucho. Debería de alegrarme por ti.

—¡Suu Kyi! —La voz de Tin Win sonó amenazadora.

Tenía claro que ella no le decía lo que pensaba.

—Además volverás en unas pocas semanas —añadió ella, como si no hubiese oído su exclamación.

Tin Win se sobrecogió al oír aquella frase. Hasta aquel momento la idea de un viaje había sido algo abstracto. Nunca había viajado, a ningún sitio, así que no podía imaginar lo que aquello significaba. Tendría que salir de Kalaw. Llegar a un lugar nuevo, desconocido e inquietante, y no sabría lo que le estaría esperando. Tendría que separarse

de Suu Kyi, del monasterio y de los monjes, de la casa, de los sonidos y los olores que conocía. De Mi Mi.

Aquello era tan impensable que ni siquiera se había parado a considerar la posibilidad. Ella era una parte indisociable de su vida, una parte de él, y jamás se le había ocurrido, ni siquiera remotamente, la posibilidad de tener que separarse de ella aunque fuera un solo día. Y ahora tenía que marcharse al cabo de unas horas y no sabía cuándo le permitirían regresar. ¿Serían unas semanas? ¿Quizá meses? ¿Volvería alguna vez? Notó que los demonios y fantasmas que yacían en su interior despertaban a un tiempo.

—Tengo que ver a Mi Mi —dijo, y se dio la vuelta.

Tomó el abrupto camino que recorría la cresta de la montaña. Conocía cada piedra, cada hoyo del camino, y poco a poco empezó a ir más rápido. A correr. Al principio con mucho cuidado, después dando pasos cada vez mayores, hasta acabar yendo tan rápido como podía. Una fuerza interior lo empujaba hacia delante haciéndole olvidar el miedo a tropezar, llevándolo a olvidar cualquier precaución. Pasó corriendo junto a la charca y bordeó el bosquecillo de bambús, bajó volando por el prado y subió de nuevo por el otro lado. Corrió sin tropezarse, sin sentir apenas el suelo bajo sus pies. ¿Era la memoria, el instinto o la melancolía lo que le dirigía con tanto acierto hacia la casa de Mi Mi?

En los últimos metros ralentizó algo el paso y se detuvo un segundo a tomar aliento tras el seto de hibisco que separaba la casa del camino. Entró en el patio. El perro le salió al encuentro y empezó a dar saltos a su alrededor. Tin Win lo acarició y lo apaciguó. Oyó gritar al cerdo bajo la veranda. En la casa reinaba el silencio. Subió la escalera lentamente. La puerta no estaba cerrada y crujió cuando él la abrió. Supo dónde dormía Mi Mi por los latidos de su corazón, y avanzó a tientas por la casa hasta dar con su esterilla. Estuvo a punto de golpearse la cabeza con una cazuela de metal que estaba colgada en medio de la habitación. Se arrodilló junto a ella y le puso una mano en la cara.

Ella se despertó y lo reconoció de inmediato.

—Tin Win, ¿qué estás haciendo aquí?

—Tengo que decirte algo, ven —susurró.

Pasó un brazo por debajo de la nuca de Mi Mi, el otro por debajo de las rodillas y la

levantó. Sus caras casi se tocaron. Era la primera vez que la llevaba en brazos. Fueron hasta la escalera, bajaron los escalones y salieron al patio.

Ella le acarició la cara.

—Estás sudando.

—He corrido todo el camino. Tenía que verte.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—No lo sé. A donde no despertemos a nadie y podamos estar solos.

Mi Mi se quedó pensativa. Varias casas más allá empezaban los campos, y en uno de ellos había una cabaña para la lluvia. Le mostró el camino y unos minutos más tarde estaban en el refugio. Las paredes eran de paja y Mi Mi podía ver el cielo a través de los agujeros del techo. Estaba claro y lleno de estrellas. Era una noche extraordinariamente cálida, y Mi Mi notó que su corazón latía con fuerza, lleno de esperanza. Cogió la mano de Tin Win y se la puso sobre el estómago desnudo.

—Mi Mi, me marchó mañana a Rangún. Mi tío, que vive allí, ha enviado a dos hombres para que me recojan y me acompañen a la ciudad.

Jamás olvidaría aquella frase. Décadas después seguiría sonándole en los oídos, y ella oiría la voz de Tin Win y vería su rostro frente a ella. Horas antes, en el lago, había soñado con el futuro, con una boda; se había imaginado viviendo con Tin Win en una casa, rodeados de niños que corretearían por el patio y tendrían pies para caminar y ojos para ver. Estaba recostada contra su cuerpo y le había descrito la imagen. Juntos habían decidido que la semana siguiente hablarían de matrimonio con los padres de Mi Mi. Y ahora él se iba a la ciudad. Mi Mi sabía lo que eso significaba. Rangún estaba en la otra punta del mundo. Muy poca gente viaja hasta allí, y menos aún se decide a volver. Quiso preguntarle qué se proponía su tío, cuánto tiempo pasaría allí y por qué tenían que separarse, pero al mismo tiempo supo que las palabras no podrían ayudarla, en ese momento no, y sintió que todo su cuerpo anhelaba el cuerpo de él. Cogió sus manos y lo atrajo hacia sí. Sus labios se encontraron. Se sacó la camisa por encima de la cabeza y él le besó los pechos. El cálido aliento sobre su piel. La boca de Tin Win fue descendiendo, le desató el longi, se quedaron los dos desnudos. Él le besó las piernas, movió la lengua entre sus muslos, y ella lo sintió como nunca antes lo había sentido. Y se sintió también a sí misma. Mejor y más bonita y con más intensidad. Como si en aquel momento se estuvieran cumpliendo todas las promesas del mundo. Con cada movimiento, él le regalaba su cuerpo de nuevo, no habría fuerza en el mundo capaz de detenerla y se vio

volando sobre Kalaw, sobre los bosques, las montañas y los valles, de una cima a otra. La Tierra se redujo a una minúscula bola en la que Rangún, Kalaw y el resto de ciudades y países no se encontraban a más de un dedo de distancia. En la que no había fantasmas ni demonios. Perdieron el control de sus cuerpos. Fue como si todos sus sentimientos hubiesen explotado a la vez; la ira, el miedo y la desesperación, el deseo, la ternura y sus anhelos. Por un brevísimo instante, por un segundo o dos, toda su vida tuvo sentido.

No había mucho que empaquetar. Tin Win no tenía más que algo de ropa interior, tres longis, cuatro camisas y un jersey. Este último no lo necesitaría, decidió Suu Kyi. En la ciudad hacía calor todo el año, y mucha humedad. Metió las cosas en una vieja bolsa de tela que había encontrado hacía años cerca del club inglés. Preparó algo de arroz y su curry preferido con pescado seco. Metió la comida en una escudilla de hojalata con tapa y se la puso entre los longis. Debajo de todo puso el hueso de tigre que Khin Maung regaló a su hijo en una ocasión. Y la casita del caracol y el nido de pájaros que Mi Mi le regaló unos meses antes. Suu Kyi miró por la ventana. Debían de ser poco más de las seis y media. Aún estaba oscuro, pero los pájaros ya trinaban y empezaba a amanecer. Hacía solo unos minutos que Tin Win había regresado. Estaba sentado frente a la cocina.

Suu Kyi no había pegado ojo en toda la noche. Por primera vez en mucho tiempo volvía a preocuparse por Tin Win. Desde que empezó su amistad con Mi Mi había cambiado mucho más de lo que ella se habría atrevido a soñar. Había descubierto la vida, y muchas veces, cuando desayunaban juntos, ella tenía la sensación de estar sentada ante un niño, rebosante de alegría y energía. Como si quisiera recuperar todo lo que se había perdido hasta entonces. No podía imaginar a Tin Win saliendo adelante en un ambiente desconocido y sin la compañía de Mi Mi. Jamás había visto semejante simbiosis entre dos personas, y a veces, cuando los miraba un rato, se preguntaba si sería posible que al final el hombre no estuviera solo; que hasta la más pequeña partícula humana fuera en realidad dos, y no uno. ¿Por qué tenían que separarlos, justo en esos momentos? Quizá fuera cierto, o al menos eso esperaba, que el tío de Tin Win solo quería lo mejor para su sobrino. Quizá los médicos de la capital pudieran curarlo. Quizá volviera al cabo de unos meses.

Salió de la casa y le miró la cara. Y aunque había visto morir a varias personas y había presenciado el luto de sus familiares, no podía recordar haber visto jamás un rostro más marcado por el dolor y la desesperación. Lo abrazó. Él lloró desconsoladamente. Lloró hasta que los dos hombres aparecieron en la puerta del jardín. Ella le secó las lágrimas y

preguntó si podía acompañarlos hasta la estación. Por supuesto, dijo uno de ellos. El otro le cogió la bolsa.

No abrieron la boca en todo el trayecto. Ella cogió a Tin Win de la mano. Temblaba, su paso era más inseguro y desamparado. Avanzaba con miedo, tropezaba más que caminaba. Como si acabara de quedarse ciego. Las piernas de Suu Kyi fueron volviéndose más pesadas; entró en una especie de trance que redujo su entorno a pequeños y breves fragmentos. Oyó el jadeo de una locomotora que esperaba en el andén. Vio nubes blancas emergiendo de un cráter negro. Había infinidad de gente que gritaba junto a sus oídos. Un niño lloraba. Una mujer se tropezó. Unos tomates cayeron a las vías. Los dedos de Tin Win resbalaron entre los suyos. Los hombres se lo llevaron. Desapareció tras una puerta.

La última imagen se difuminó tras un velo de lágrimas. Tin Win estaba sentado junto a una ventana abierta, con la cabeza oculta entre las manos. Ella gritó su nombre, pero él no reaccionó. La locomotora se puso en marcha lanzando un agudo silbido. Suu Kyi se acercó a la ventana. Empezó a caminar. Se tropezó. Empujó a un hombre, saltó sobre un cesto con frutas. Llegó al final del andén. Dos luces rojas se alejaron de ella, brillantes como los ojos de un tigre en la oscuridad. Poco a poco desaparecieron tras una larga curva. Cuando se dio la vuelta ya no quedaba nadie en la estación.

U Ba había hablado durante varias horas, ininterrumpidamente. Tenía la boca medio abierta, miraba por encima de mí. No se movió, solo su pecho subía y bajaba con regularidad. Yo oí mi propia respiración, y las abejas. Mis manos asían los brazos del sillón. Solo me sentaba así en los aviones, cuando pasaba por turbulencias o llegaba el momento de aterrizar. Los solté lentamente y me hundí en los suaves cojines que quedaban detrás de mí.

Cuanto más callábamos, más se llenaba la casa de ruidos perturbadores. La madera crujía, chasqueaba bajo mis pies. Algo arrullaba bajo el techo. En algún lugar el viento jugaba con una contraventana. En la cocina, el grifo goteaba. Y. . . ¿lo imaginé o era cierto que oía los latidos del corazón de U Ba?

Intenté imaginarme a mi padre. La soledad en la que había vivido, su indigencia, la oscuridad que lo había rodeado hasta que encontró a Mi Mi. Cómo debió de sentirse al pensar que podía volver a perder todo lo que había logrado con la ayuda de ella. Noté que los ojos se me anegaban en lágrimas. Intenté reprimirlas, pero aquello fue aún peor. Lloré como si yo misma lo hubiese acompañado hasta el tren que lo llevaría a Rangún. U Ba se levantó y se me acercó. Puso una mano sobre mi cabeza. Yo no podía parar. Aquella fue, quizá, la primera vez que lloré realmente por mi padre. Después de su desaparición hubo días en que lo eché mucho de menos y me sentí alicaída y desesperada. Seguramente también lloré, no lo recuerdo bien. Pero ¿por quién lo hacía? ¿Por él? ¿Por mí, porque había perdido a mi padre? ¿O eran lágrimas de rabia y decepción porque nos había dejado tirados?

Desde luego, nunca nos contó nada sobre los primeros veinte años de su vida, de modo que no nos dio la oportunidad de llevar luto por él o con él. Pero ¿hice yo algo por saberlo? ¿Habría estado en disposición de sentir algo por él? ¿Quieren los hijos conocer a sus padres y sus madres como seres independientes? ¿Tenemos la capacidad de verlos como eran antes de que nacióéramos?

Saqué un pañuelo de mi mochila y me sequé la cara.

—¿Tiene hambre? —preguntó U Ba.

Moví la cabeza en señal de negación.

—¿Sed?

—Sí, un poco.

Desapareció en la cocina y volvió con un vaso de té frío. Olía a jengibre y limón, y me sentó bien.

—¿Está cansada? ¿Quiere que la acompañe al hotel?

Estaba agotada, pero no quería estar sola. Me daba miedo pensar en mi habitación. En mi imaginación me pareció más grande que el vacío comedor, y mi cama más ancha que el prado que quedaba ante el hotel. Me vi acostada en ella, pequeña y perdida.

—Me gustaría descansar un poco. ¿Podría, tal vez por unos minutos. . . ?

U Ba me interrumpió.

—Por supuesto, Julia, acuéstese en el sofá. Le traeré una manta.

Estaba tan cansada que hasta me costó levantarme del sillón. El sofá era más cómodo de lo que parecía, yo me apoyé en los cojines y noté que U Ba me cubría con una manta fina. Inmediatamente después caí en un estado de duermevela. Oí las abejas. Su zumbido monótono me tranquilizó. U Ba paseaba por la habitación. Unos perros ladraban. Una gallina cacareaba. La saliva me resbaló por la comisura de los labios.

Cuando me desperté estaba todo oscuro y en silencio. Tardé unos segundos en recordar dónde me encontraba. Hacía frío. U Ba me había tapado con una segunda manta, algo más gruesa, y me había puesto un cojín bajo la cabeza. En la mesa, frente a mí, un vaso con té, un plato con galletas y un jarrón con jazmines. Olía a café y a caracolas de canela. Oí cerrarse una pesada y vieja puerta de madera, me di la vuelta, apreté las rodillas contra el cuerpo, me subí la manta hasta la barbilla y me volví a dormir.

Ya había amanecido cuando abrí los ojos. Frente a mí tenía un vaso de agua del que subía una columna de vapor. A su lado, una bolsa de Nescafé, un terrón de azúcar, leche condensada y galletas recién hechas. Por una de las dos ventanas se colaban los rayos de sol, y desde el sofá pude ver un trozo de cielo. Su azul era más oscuro y potente que el de Nueva York. Olía a mañana, y no pude evitar pensar en nuestros fines de semana de verano en los Hamptons, cuando me quedaba en la cama, de niña, oía el murmullo del mar a través de la ventana y olía el aire fresco de la habitación, en el que podía intuirse ya el calor del nuevo día.

Me levanté y me desperecé. Sorprendentemente, no tenía dolor de espalda, como siempre que dormía en una cama que no fuera la mía. Debí de haber dormido bien en aquel viejo sofá con la tapicería deshilachada. Me dirigí hacia una de las ventanas. Una densa buganvilla trepaba por la pared de la casa. El patio estaba limpio y barrido, entre dos árboles había unos troncos de leña bien apilada, y junto a ella una montaña de arroz. Un perro cuya raza me era desconocida deambulaba por el jardín, el cerdo gritó bajo mis pies. ¿Dónde estaba U Ba?

Me dirigí a la cocina. En una esquina danzaba un pequeño fuego, y encima de él colgaba una cazuela. El humo se elevaba perpendicularmente hacia arriba y desaparecía por uno de los agujeros del techo. Aun así me ardieron los ojos. En la pared había un armario abierto con unas escudillas y platos de latón esmaltados en blanco, vasos y cazuelas abolladas. En el estante de abajo había huevos, tomates, una mata de cebollas tiernas, una raíz de jengibre y limones.

—¿Julia? —Su voz me llegó desde la otra habitación.

U Ba estaba sentado a una mesa, rodeado de libros. Toda la habitación estaba llena. Parecía una biblioteca salida de contexto. Estaban sobre las estanterías que iban desde el suelo hasta el techo; amontonados sobre el suelo de madera, y sobre un sillón, y se elevaban formando torres sobre una segunda mesa. Algunos eran delgados como un dedo, otros tenían el grosor de los diccionarios. Había algunos, pero la mayoría eran de

tapa dura, unos cuantos incluso de cuero. U Ba estaba inclinado sobre un libro abierto cuyas páginas amarillentas parecían más bien tarjetas perforadas. A su lado tenía varias pinzas, tijeras y una vasija con un pegamento blanco y correoso. Dos lámparas de petróleo colocadas sobre la mesa le aportaban algo más de luz. U Ba me miró por encima de sus grandes gafas.

—U Ba, ¿qué está haciendo aquí?

—Me entretengo.

—¿Con qué?

—Restaurando libros. Mi hobby, si quiere llamarlo así.

Cogió un minúsculo trozo de papel con unas pinzas largas y finas, lo cubrió con el pegamento y lo colocó en uno de los pequeños agujeros del libro. Entonces, con un delicado lápiz negro, dibujó una *o* en la parte superior derecha de la hoja. Intenté leer el texto al que pertenecía aquella letra:

*We shall not cease from exploration
and the end of all our exploring
will be to arrive where we started
and know the place for the first time*

U Ba me miró.

*We shall not cease from exploration
and the end of all our exploring
will be to arrive where we started
and know the place for the first time.*

Había citado de memoria.

—De una antología de los poemas de Eliot. T. S. Eliot. Me parece estupendo. — Sonrió de alegría y me mostró las primeras páginas del libro. Estaban plagadas de trocitos de papel enganchados—. No pretendo que quede como nuevo, pero al menos vuelve a ser legible.

Miré alternativamente al hombre y al libro. ¿Estaba hablando en serio? ¡Tenía al menos doscientas páginas agujereadas!

¿Cuánto tarda en acabar un volumen?

—Ahora varios meses. Antes iba más rápido. Hoy los ojos no me acompañan tanto y

al cabo de unas horas se me resiente la espalda por pasar tanto rato inclinado hacia delante. O algunos días la mano me tiembla demasiado. Es la edad, Julia. —Pasó las hojas que aún le quedaban y suspiró—. Pero el libro se encuentra en un estado lamentable. Hasta los gusanos parecen adorar a Eliot.

—Pero tiene que haber un modo más eficaz de restaurar todos estos libros. Así no acabará en la vida.

—Ninguno que esté a mi alcance, me temo.

—Yo podría enviarle algunos de estos libros desde Nueva York, los que tengan más valor para usted, en ediciones nuevas —le propuse.

—No se preocupe. Ya leí los más importantes cuando estaban en mejores condiciones.

—Y entonces, ¿por qué los restaura?

Él se rió.

—Me divierte. Me distrae.

—¿De qué?

Él reflexionó.

—Buena pregunta. Usted misma obtendrá la respuesta cuando acabe de contarle nuestra historia.

Nos quedamos un rato callados y yo volví a echar un vistazo a mi alrededor. Estaba en una cabaña de madera, sin electricidad ni agua corriente, rodeada de miles de libros.

—¿De dónde los ha sacado? —le pregunté.

—De los ingleses. Yo ya estaba loco por los libros de joven. Tras la guerra muchos británicos no volvieron a venir, y desde que nos independizamos fueron marchándose cada vez más. Me daban los libros que no querían llevarse. —Se levantó, fue hasta una estantería, cogió un libro con tapas de cuero y lo abrió. Las páginas parecían estar perforadas—. Ya ve, por desgracia a muchos les ha pasado lo mismo que al tomo de Eliot. El clima. Los gusanos y los bichos. —U Ba se dirigió a un pequeño armario que quedaba detrás de su escritorio—. Estos ya están acabados.

Me enseñó varias docenas de libros, cogió uno y me lo entregó. Tenía unas robustas tapas de cuero y su tacto era muy agradable. Lo abrí. Estaba plagado de puntitos de papel desde la primera página. THE SOUL OF A PEOPLE, ponía en letras mayúsculas. Londres, 1902.

—Si por casualidad desea saber algo más de nuestro país, este es un buen comienzo.

—Es algo antiguo, ¿no? —dije, algo confusa.

—El alma de un pueblo no cambia tan rápido —respondió.

U Ba se rascó el lóbulo de la oreja y miró a su alrededor, como si buscara algo. Cogió unos libros de uno de los estantes inferiores. Estaban puestos en dos columnas. Sacó una llave de una caja barnizada que tenía sobre su escritorio y abrió un cajón.

—Lo puse bajo llave, lo que imaginaba —dijo, mientras sacaba un libro—. Está en braille. Suu Kyi me lo dio poco antes de su muerte. Es el primer volumen de uno de los libros preferidos de Tin Win. Olvidó metérselo en la maleta para su viaje a Rangún.

Era pesado y difícil de manejar. Varias cintas adhesivas mantenían su lomo unido provisionalmente.

—Siéntese. Venga conmigo, tómese un café y míreselo con calma.

Fuimos a la salita donde yo había dormido. U Ba vertió en un vaso el agua hirviendo de un termo y me ofreció un Nescafé. Yo me puse el libro sobre las rodillas y lo abrí. Las páginas estaban más o menos igual de roídas que en los demás libros. Pasé los dedos sobre la hoja despreocupadamente, como si quisiera comprobar la eficacia de la mujer de la limpieza sobre una estantería levemente cubierta de polvo. El libro me resultaba inquietante. Como si albergara algún virus maligno que pudiera infectarme. Me daba miedo.

A lo lejos oí a alguien cantar. Eran varias voces, débiles y apenas perceptibles, tan quedas como si fueran a extinguirse antes de alcanzar mis oídos. Una ola que se diluye en la arena antes de mojar mis pies.

Agucé el oído en el silencio, pero no oí nada. Oía el canto y de pronto dejaba de oírlo. Contuve el aliento hasta escucharlo de nuevo, ahora algo más fuerte. Lo suficientemente fuerte para no volver a perderle la pista. Debía de ser un coro de niños que repetían un mantra melódico reiterada e ininterrumpidamente.

—¿Son los niños del monasterio? —pregunté.

—Sí, pero no los del monasterio del pueblo, sino el de las montañas. Cuando el viento sopla favorablemente, oímos su canto matinal. Está usted oyendo lo que Tin Win y Mi Mi solían oír. Hace cincuenta años sonaba exactamente igual.

Cerré los ojos. Sentí un escalofrío. Fue como si las voces infantiles entraran en mi cuerpo por los oídos y me removieran las entrañas de un modo que ninguna palabra, ningún pensamiento o persona hubiese logrado hasta la fecha.

¿De dónde venía aquella magia? No entendía ni una palabra de lo que decían, así que. . . ¿qué era lo que tanto me conmovía? ¿Cómo es posible que algo pueda hacernos llorar,

algo que no podemos ver ni tocar ni retener y que, al poco de haber aparecido, vuelve a desaparecer?

La música, solía decir mi padre, era el único motivo por el que en alguna ocasión habría podido creer en un Dios o en un poder superior.

Cada noche, antes de irse a la cama, se sentaba en el salón con los ojos cerrados y escuchaba música con sus cascos. «¿Cómo, si no, iba a tranquilizar mi alma para la noche? », decía.

No podría nombrar ni un concierto, ni una ópera, en los que mi padre no hubiera llorado. Las lágrimas le rodaban por la cara como el agua de un lago entrando en su orilla; silenciosamente, pero con fuerza. Y al hacerlo sonreía. ¿Acaso lo vi más feliz en alguna otra ocasión?

Una vez le pregunté qué se llevaría a una isla desierta si tenía que escoger entre libros y música.

«Música, sin lugar a dudas», me respondió. No entendí por qué. Ahora intuía algo.

Deseé que el canto de los niños no acabara jamás. Que me acompañara durante todo el día. Durante toda la vida.

¿Alguna vez me había sentido más cerca de mi padre que en aquel momento? Quizá U Ba tuviera razón. Quizá estuviera muy cerca y yo solo tuviera que verlo.

Tercera parte

Iba siguiéndole el rastro. Oía la respiración de mi padre a pocos metros de mí. Jadeaba. Necesitaba aire. Arrastraba a Mi Mi montaña arriba. Ahora pesaba más, y él era mayor. Llevarla le agotaba. Oí que ella le susurraba algo. Oí sus voces. Unos pasos más y los alcanzaría.

Quería ver la casa en la que mi padre pasó su infancia y su juventud. Quizá se escondiera ahora allí con Mi Mi.

Unos pasos más.

U Ba dudó cuando le pedí que me llevara allí. ¿Se lo habría prohibido mi padre?

—Las casas se encuentran en un estado lamentable. Necesitará mucha imaginación para encontrar algún rastro de su infancia.

—No me importa.

—Suu Kyi hace tiempo que está muerta.

—Lo imaginaba. Aun así.

—Antes tengo que acabar una cosa. ¿Quiere adelantarse?

—Si no me queda más remedio. . .

Anduve por la cresta de la montaña. U Ba me la había descrito con todo lujo de detalles, el camino de barro con los profundos agujeros y los surcos. Me resultaba extrañamente conocido. Cerré los ojos e intenté imaginar cómo lo habría recorrido mi padre. Me asusté ante la cantidad de sonidos que pude oír de repente. Pájaros. Saltamontes. Cigüeñas. El zumbido de una mosca, desagradablemente elevado. Ladridos de perros en la distancia. Me hacía daño en los pies por culpa de los agujeros y las grietas en la tierra. Tropezaba, pero no me caí. Olía a eucalipto y jazmín. Un carro tirado por bueyes me adelantó. Los animales tenían un aspecto realmente penoso. Se les marcaban las costillas y los ojos les sobresalían del cráneo como si estuvieran a punto de explotar por el esfuerzo.

Tras la cima vi la casa. ¿De verdad quería ir? Aminoré la marcha. Me detuve frente a

la puerta del jardín, acobardada, intimidada. Con demasiado miedo para decidirme a entrar.

La puerta tenía rota la última bisagra y quedaba torcida. Entre las grietas de los pilares de piedra crecía la hierba. La verja de madera estaba oculta entre matorrales y arbustos, y faltaba una de cada dos o tres tablas. El césped del prado tenía un color marrón grisáceo, quemado por el sol. La parte de delante de la casa, una villa amarilla de dos plantas de estilo Tudor, tenía en el primer piso una gran veranda desde la que debían de haber tenido una buena vista del pueblo y de las montañas. Los pilares, la repisa del techo y el marco de las ventanas estaban decorados con grabados en la madera. Había un invernadero y varios voladizos. Por la chimenea salía un árbol. Como faltaban tejas en muchos sitios, podían verse fragmentos de las delgadas vigas del techo. La barandilla de la veranda había perdido casi la mitad de sus rejas y la lluvia había desteñido el color de la fachada. Parte de las ventanas había caído al suelo.

Las casas abandonadas me deprimían incluso en Nueva York. De pequeña solía cambiar de acera cuando tenía que pasar por delante de alguna. Las llamaba casas fantasma. Estaba convencida de que tras sus ventanas bloqueadas habitaban los fantasmas, y me esperaban. Me atrevía a pasar junto a ellas cuando iba en compañía de mi padre, pero solo si este me ofrecía la mano en la calle.

Aquella villa me producía escalofríos. ¿Por qué nadie se ocupaba de ella? No era difícil intuir el esplendor de otros tiempos; no habría costado demasiado ponerla a punto. Se podría.

¿Y qué habría pasado, de haber sido así? ¿Qué acechaba en su interior? ¿Fantasmas? ¿Dos vidas no vividas?

Algo allende la casa se encontraba la cabaña en la que tuvieron que hospedarse mi padre y Suu Kyi. Era más pequeña que nuestro comedor de Nueva York. No vi ninguna ventana; solo el marco de una puerta, pero sin puerta. El techo de chapa ondulada, marrón, estaba roído por el óxido, y el barro de las paredes había ido desmoronándose. Descubrí el lugar en el que preparaban el fuego y el banco de madera. Había dos mujeres jóvenes sentadas en él con sendos bebés en el regazo. Me miraron y me dirigieron esa sonrisa de qué-alegría-verte que tanto me molestaba. Junto a la cabaña, había cuatro longis tendidos al sol. Dos cachorros de perro corrían por el patio, y un tercero doblegaba el lomo y cagaba. Me miró con cara de sufrimiento.

Respiré hondo dos veces y crucé la puerta del jardín. Frente a mí descubrí el tocón del

árbol. Tenía que haber sido un pino muy viejo y grande. Sobre la gruesa corteza corrían hormigas; la madera estaba suave y carcomida en muchos trozos, pero su núcleo continuaba fuerte después de tantos años. Pude subir a él sin dificultad. Estaba húmedo y duro. Al mirar hacia el valle vi bastantes arbustos de gran tamaño. En aquel momento comprendí por qué tenía tantas ganas de ver aquel sitio aunque el mismo tiempo le tuviera tanto miedo. Porque era la clave del relato de U Ba. Desde que esa mañana oí cantar a los niños del coro, su historia había dejado de parecerme un cuento inventado. Llegaba hasta mis oídos, podía olerlo y alcanzarlo con las manos. Estaba sentada sobre el tocón en el que mi padre esperó a su madre, a mi abuela, en vano. En el que casi murió de hambre. En aquel jardín perdió la vista, y vivió en aquel extraño pueblo en el que al parecer nada había cambiado demasiado en los últimos cincuenta años. Él y Mi Mi. U Ba estaba allí para conducirme hasta ellos. Los oí susurrar. Oí sus voces. Tan solo unos pasos más.

¿Y qué pasaría si estuviera a punto de encontrarme con ellos? Sentí un ataque de pánico. Quizá Mi Mi y mi padre se escondieran en la villa derruida. Quizá me hubiesen visto por la ventana. ¿Se esconderían, huirían de mí, o saldrían a mi encuentro? ¿Y qué se suponía que debía decirles? ¿Hola, papá? ¿Por qué nos has abandonado? ¿Por qué no nos hablaste nunca de Mi Mi? ¿Te echaba de menos?

¿Y cómo reaccionaría él? ¿Se enfadaría conmigo por haber salido en su busca y haberlo encontrado pese a que, evidentemente, él había querido desaparecer sin dejar rastro? ¿Tendría que haber respetado su decisión y haberme quedado en Nueva York? ¿Me abrazaría, pese a todo? ¿Volvería a ver aquel brillo en sus ojos que tanto echaba en falta? No estaba segura de cómo reaccionaría, y eso me dolía en el alma. ¿Por qué dudaba de que se alegraría al verme?

—No se preocupe. Mi Mi y su padre no viven aquí.

Era U Ba. No lo había visto llegar.

—¡U Ba, me ha asustado!

—Lo siento, no era mi intención.

—¿Cómo sabía lo que estaba pensando?

—¿En qué iba a pensar, si no?

—¿Tendría algún motivo para preocuparme en el caso de que Mi Mi y mi padre estuvieran en esta casa?

Él sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado. Era una mirada cariñosa, con la que

pretendía aportarme algo de confianza. Quise alargar la mano hacia él. Que me alejara de esa casa fantasmal; que me llevara a casa. A la seguridad.

—¿De qué tiene miedo?

—No lo sé.

—No tendría que preocuparse por nada. Es usted su hija, ¿por qué duda de su amor?

—Nos abandonó.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—¡Todo! —dije. La voz de la fiscal.

—¿Por qué? El amor conoce formas tan diferentes, Julia, tiene tantos rostros distintos, que nuestra imaginación no alcanza a representárselos todos. La gracia está en reconocerlo cuando lo tenemos delante.

—¿Y por qué resulta tan difícil?

—Porque solo vemos lo que conocemos. Solo confiamos en los demás para hacer las cosas que nosotros mismos seríamos capaces de hacer, tanto en lo bueno como en lo malo. De ahí que reconozcamos al amor principalmente en la imagen que nos hemos formado de él. Deseamos ser amados del mismo modo que amamos. Cualquier otra forma nos resulta inquietante. Le salimos al paso con dudas y desconfianzas, malinterpretamos sus señales, no comprendemos su idioma. Nos quejamos. Afirmamos que el otro no nos ama, pero lo que hace en realidad es, quizá, amarnos de otro modo, su modo; uno que nos resulta extraño. Espero que comprenda mis palabras cuando haya concluido mi historia.

No entendí lo que me decía. Pero confié en él.

—He comprado fruta en el mercado. Si le parece bien, podemos sentarnos bajo el aguacate y seguir con el relato.

Con su andar fresco y ligero se dirigió hacia las dos jóvenes, a las que por lo visto conocía bien. Se rieron, me miraron, asintieron y se levantaron. U Ba se puso el banco bajo el brazo y lo transportó hasta el árbol a cuya sombra lo esperaba yo.

—Si no me equivoco, lo construyó su abuelo. Madera de teca. Unos cien años, por lo menos. Solo hemos tenido que arreglarlo una vez.

Sacó un termo y dos vasitos de una bolsa, y sirvió algo de té.

Yo cerré los ojos. Mi padre iba de camino a Rangún y yo intuía que iba a ser un viaje espeluznante.

Imaginar que estás muerto. No moverte. Esperar a que pase el tiempo. No emitir un sonido. No comer ni beber. Reducir la respiración a unos breves temblores. Desear que no sea verdad.

Así recorrió Tin Win el camino hacia Rangún. Se sentó en el vagón encorvado sobre sí mismo. No habló con nadie ni dejó que nadie le hablara. Como si hubiera perdido el conocimiento. Hizo caso omiso de las preguntas de los dos desconocidos hasta que estos se dieron por vencidos y lo dejaron en paz. Las conversaciones, los latidos del corazón de sus compañeros de viaje, le revelaban tan poca cosa como el paisaje nocturno que se esfumaba sin rastro ante los ojos de los demás pasajeros.

El silencio en casa de su tío hizo que todo fuera más soportable. No tuvo que evitar a nadie ni soslayar preguntas. Estaba solo. Tendido inmóvil sobre una cama, con las piernas bien tensas y los brazos desplegados lejos del cuerpo.

Imaginar que estás muerto. No siempre se consigue.

Empezó a llorar. Unos espasmos que le asaltaban, se mantenían unos minutos y acababan por desaparecer. Como el agua que absorbe la arena.

—Por favor —dijo a media voz, como si tuviera a alguien delante que le pudiera oír—, por favor, haz que esto no sea verdad. Por favor, déjame despertar.

Se imaginó acostado en su cama, en Kalaw, con Suu Kyi durmiendo a su lado. Imaginó que se quedaba estirado mientras ella se levantaba. Estrépito en la cocina. El dulce olor a papaya fresca. Mi Mi sentada frente a él, chupando la pulpa de un mango. Rangún no era más que una pesadilla. Un malentendido. Muy, muy lejos, como las nubes de lluvia en el horizonte, tirando en otra dirección.

Notó el infinito alivio que sentiría si aquello fuera verdad. Pero de pronto se acabó todo, se esfumó como el humo que se pierde con el viento.

Llamaron a la puerta. Como Tin Win no respondió, llamaron una segunda vez, la puerta se abrió y alguien entró. Un chico, pensó Tin Win. Lo supo por su modo de andar. Los pasos de los hombres suenan distinto a los de las mujeres. Más toscos, más pesados,

realizados con todo el pie, mientras que las mujeres pisan con más suavidad, acariciando el suelo con sus suelas. El chico debía de ser algo más joven que Tin Win, pero en ningún caso más pequeño o ligero que él. Sus pasos eran hábiles, rápidos. Puso una bandeja sobre una mesa que quedaba junto a la cama. Olía a arroz y verduras. El joven vertió en un vaso agua de una jarra. Tin Win tenía que beber mucho, le dijo. Acababa de venir de las montañas y no estaba acostumbrado al calor de la ciudad. Al cabo de unas semanas, cuando su cuerpo se habituara a aquello, se sentiría mucho mejor. Tin Win tenía que descansar, y llamarle si necesitaba algo. El tío no estaba en casa; había informado de que llegaría a la hora de cenar.

De nuevo solo, Tin Win se incorporó en la cama y cogió la bandeja. Tomó dos cucharadas. El curry estaba bueno, pero no tenía hambre. El agua le sentó bien.

Al cabo de unas semanas. Aquella frase fue dicha a modo de consuelo, pero tuvo el efecto de una maldición. Ni siquiera podía imaginar un solo día lejos de Mi Mi.

Tin Win oyó que algo zumbaba sobre su cabeza; un sonido terrible, sin ningún tipo de ritmo y con la más fatídica monotonía. No descansaba, no subía ni bajaba de tono, no aflojaba siquiera. Y al mismo tiempo le llegó un débil soplo de viento desde el techo. Fue entonces cuando se dio cuenta del calor que hacía. El ligero viento no bastaba para refrescar, el aire estaba demasiado caliente, un poco más y le quemaría la piel.

Se levantó para explorar su habitación. Contuvo el aliento y aguzó el oído. Por la pared que le quedaba delante subían algunas hormigas. Bajo la cama había una araña, en cuya tela acababa de quedar atrapada una mosca. La oyó agitarse y patalear; oyó cómo se debilitaba su desesperado zumbido. La araña se arrastró hasta su presa. Bajo la manta había dos salamanquesas que chasqueaban la lengua alternativamente. Ninguno de esos sonidos le ayudó a orientarse mejor. Movié los brazos como si remara y no dio ni un solo paso.

Las sillas no hacían ruido ni emitían ningún olor. Se golpeó la palma de la mano con el borde de madera y lanzó un breve gemido. El dolor le subió hasta los hombros. Cayó de rodillas y se arrastró a cuatro patas por la habitación.

Las mesas no hacían ruido ni emitían ningún olor. Le saldría un buen chichón en la frente.

Palpó cada ángulo de su habitación como si quisiera medirlos todos, hacerse un mapa con el que evitar nuevas heridas. Junto a la mesa y la silla, en la pared, había un gran armario; junto a la cama, dos mesitas altas y redondas con lámparas encima. Sobre la

mesa había un cuadro colgado. Las dos ventanas grandes y medio abiertas llegaban casi hasta el suelo. Los porticones estaban cerrados. Tin Win golpeó el suelo. Vieja madera de teca; tenía ese sonido oscuro e inconfundible. Se planteó salir a investigar la casa, pero decidió que sería mejor esperar a su tío, así que volvió a estirarse en la cama.

Le despertaron unos golpes en la puerta. El mismo joven que a mediodía. El tío le esperaba para cenar.

Tin Win puso un pie delante de otro, vacilante, mientras bajaba la ancha y curvada escalera que conducía a la planta de abajo. El eco de sus pasos le dio una idea de lo grande que era aquella habitación. Tenía que ser enorme, una especie de vestíbulo que llegara hasta el techo. Tin Win oyó al joven junto a él. Al llegar al último escalón cogió el brazo de Tin Win y lo condujo a través de otras dos grandes habitaciones hasta llegar al comedor.

Mientras esperaba a su sobrino, U Saw se había servido un refresco de soda con zumo de limón, había salido a la terraza y había inspeccionado el jardín que quedaba en la parte trasera de la casa. De una de las palmeras colgaba una hoja enorme y marrón; debió de escapársele a alguno de los jardineros. Era una negligencia que no podía tolerar, y se planteó si había llegado el momento de volver a despedir a alguno de sus sirvientes. No había modo más efectivo para conseguir que los que se quedaban dejaran de tener descuidos durante unos cuantos meses. Fue hasta el césped, se agachó y comprobó si la hierba estaba bien cortada. Algunas briznas estaban más altas que las otras. Montó en cólera. Al día siguiente sin falta adoptaría las medidas adecuadas.

U Saw era uno de los pocos birmanos que había logrado alcanzar una prosperidad más que modesta bajo el dominio de los británicos. Sumando sus posesiones, sus terrenos en el extranjero y su dinero en efectivo, era uno de los hombres más ricos del país, sin contar con los ingleses y otros varios europeos, por supuesto, que vivían en su propio mundo; un mundo que poco tenía que ver con el resto de Birmania y por tanto no era susceptible de comparaciones. Su mansión en la Halpin Road podía equipararse a la de las más ostentosas villas coloniales. No era fácil encontrar una casa con más de dos docenas de habitaciones, piscina y una pista de tenis, ni siquiera en los barrios blancos. Y como U Saw no jugaba a tenis, sus empleados tenían que utilizar la instalación. Cada mañana, poco después de la salida del sol, dos de los cinco jardineros tenían la

oportunidad de jugar durante una hora, para que diera la sensación de que su amo utilizaba la pista con regularidad. Sus vecinos e invitados pensaban que se trataba de un hombre extraordinariamente deportista. Además de los jardineros, U Saw contaba con dos cocineros, dos chóferes, varias mujeres de la limpieza, tres vigilantes nocturnos, un amo de llaves, un mayordomo y una especie de responsable del presupuesto del hogar, encargada de hacer todas las compras.

Durante muchos años, el origen de su riqueza había dado lugar a todo tipo de especulaciones. Pero los rumores cesaron con el crecimiento de su patrimonio. Hay cierto estado social que se encuentra por encima de cualquier crítica.

En la capital lo único que se sabía de su pasado era que a principios de siglo, cuando era joven, había hecho tratos con la comunidad alemana de Rangún, que hablaba alemán perfectamente y que por aquel entonces llegó a ser el director de un enorme molino de arroz que pertenecía a un teutón. La Primera Guerra Mundial obligó a aquel hombre, como a la mayoría de sus conciudadanos, a abandonar la colonia británica. Parece ser que transfirió sus posesiones a U Saw con la condición de que se las devolviera al final de la guerra. Lo mismo hicieron otros dos alemanes, que le vendieron sus empresas por el simbólico precio de unas rupias. Ninguno de ellos regresó a Rangún. U Saw jamás pronunció una palabra sobre aquel feliz guiño del destino.

Sus empresas se expandieron durante los años veinte, y U Saw aprovechó con gran acierto la crisis económica mundial de principios de los años treinta, de la que nadie se libró, y le sacó todo el provecho que pudo. Compró campos de arroz y molinos con problemas financieros y se hizo cargo de una empresa de exportaciones india, de modo que empezó a controlar el comercio del Estado así como el de sus ventas en el extranjero. Mantenía buenas relaciones tanto con sus competidores indios como con las minorías inglesa y china. Aprendió pronto que los contactos solo perjudican a quienes no los tienen, y, como correspondía a un hombre de su estatus, daba generosas donaciones a los dos mayores monasterios de Rangún. Había hecho erigir ya tres pagodas en su nombre, y en el vestíbulo de su casa tenía un imponente altar budista.

U Saw era, en resumen, un hombre que a los cincuenta años estaba más que contento consigo mismo y con el mundo. Ni siquiera la trágica muerte de su esposa dos años antes lo conmovió en exceso. Al fin y al cabo su matrimonio, sin hijos, no había sido más que una mera asociación de conveniencia. Su mujer era hija de un naviero, y U Saw pensó que si se casaba con ella reduciría los costes del transporte de arroz. ¿Cómo iba a

imaginar que su futuro suegro estaba al borde de la bancarrota? El enlace se llevó a cabo, pero el matrimonio no tuvo mucho sentido.

U Saw no podía decir que echara de menos a su mujer, pero le inquietaban las circunstancias en las que le sobrevino la muerte. Poco antes de salir de viaje de negocios hacia Calcuta, un astrólogo le recomendó encarecidamente que no se fuera; que si lo hacía su familia sufriría algún accidente. U Saw emprendió su viaje de todos modos. Dos días después, su mujer fue hallada muerta en su cama. Una cobra yacía enroscada y dormida junto a ella, sobre la colcha. Debió de entrar por la ventana.

Desde aquel momento, U Saw no dio ni un solo paso sin consultar antes al astrólogo o a un adivino. Hacía dos semanas, el primero le profetizó una catástrofe personal y laboral (U Saw no entendió demasiado la diferencia, pero optó por no preguntar), y le advirtió de que solo podría esquivarla si prestaba su ayuda al miembro de su familia que más lo necesitara. Aquella advertencia le provocó varias noches en vela. No sabía de ningún pariente que estuviera pasando por un momento especialmente desfavorable. Todos eran pobres, todos querían dinero, y de ahí que hubiese roto el contacto con todos ellos hacía años. Pero. . . ¿necesidad? Al final le vino a la mente un pariente lejano de su mujer del que había oído hablar en una ocasión. Su padre había muerto, él se había quedado ciego de la noche a la mañana y su madre lo había abandonado. Por lo visto vivía con una vecina que se ocupaba también de su mansión (la de U Saw) en Kalaw. ¿Qué podría agradar más a las estrellas que su esfuerzo por ayudar a un joven ciego? Por si acaso, preguntó al astrólogo si no bastaría con una donación a un monasterio, una especialmente generosa, para esquivar el infortunio. Eso le acarrearía menos molestias. ¿No? ¿Y si construía una nueva pagoda? ¿Y dos? No. Las estrellas no dejaban lugar a dudas.

Pocos días después, U Saw envió a Kalaw a dos de sus más devotos asistentes.

Oyó voces en el comedor y volvió a la casa. Se detuvo sorprendido al ver a Tin Win. Esperaba ver a un lisiado, a un chaval venido a menos, retrasado, cuyo miserable aspecto despertara su compasión. Pero aquel sobrino suyo era un joven fuerte y atractivo, al menos dos cabezas más alto que él y que irradiaba una sorprendente confianza en sí mismo. Llevaba una camisa blanca y un longi limpio de color verde. No parecía necesitado. U Saw se sintió decepcionado.

—Querido sobrino, bienvenido a Rangún. Me alegro de tenerte al fin a mi lado.

La voz de su tío desconcertó a Tin Win desde la primera frase. No supo interpretarla,

no encontró ninguna resonancia en ella. Parecía amable, ni demasiado aguda ni demasiado grave; pero le faltaba algo, aunque no sabría decir el qué. Le recordaba al murmullo del techo de su habitación. Y los latidos de su corazón eran aún más insólitos. Inexpresivos y monótonos. Como el tictac del reloj de pared del pasillo.

—Espero que el viaje no haya sido demasiado agotador —siguió diciendo U Saw.

—No —respondió Tin Win en voz baja.

—¿Qué tal tus ojos?

—Bien.

—¿Bien? Pensaba que eras ciego.

Tin Win apreció el desconcierto en su voz. Intuyó que aquel no era el mejor momento para mantener una charla sobre la ceguera y la visión.

—Así es. Quería decir que no me duelen.

—Me alegro. Por desgracia no he sabido de tu enfermedad hasta hace poco, a través de un conocido mío de Kalaw. De otro modo, por supuesto, habría intentado ayudarte mucho antes. Un buen amigo mío, el doctor Stuart McCrae, es el director médico del mayor hospital de Rangún y dirige la unidad de oftalmología. Lo he dispuesto todo para que te visite la próxima semana.

—Su generosidad me azara —dijo Tin Win—. No sé cómo darle las gracias.

—No es nada. La medicina avanza a pasos agigantados. Quizá pueda ayudarte con unas gafas o una operación —dijo U Saw, cuyo humor iba mejorando ostensiblemente. Le gustaba el tono sumiso de su sobrino, que reflejaba el agradecimiento que, por otra parte, era de esperar—. ¿Quieres beber algo?

—Un poco de agua, quizá.

U Saw puso agua en un vaso y lo dejó, con torpeza, cómo iba a dárselo a su sobrino, con un golpe sobre la mesa. Tin Win tanteó hasta dar con él y bebió un trago.

—He pedido que nos prepararan sopa de pollo y pescado al curry. Espero que te guste.

—Seguro que sí.

—¿Necesitas que alguien te ayude para comer?

—No, gracias.

U Saw dio una palmada y pronunció un nombre. Un joven apareció y condujo a Tin Win hasta su silla. Él se sentó a la mesa y palpó los cubiertos que tenía ante sí: un plato llano con un cuenco profundo, y además una servilleta, una cuchara, un cuchillo y un tenedor. En una ocasión, en el monasterio, U May le había puesto aquellos artilugios

entre las manos y le había explicado que los ingleses los utilizaban para comer en lugar de las manos. Aquel día Tin Win había tomado su curry con cuchara y se había quedado atónito al ver lo sencillo que era.

U Saw observó con alivio que Tin Win sabía utilizar los cubiertos y que su ceguera no le impedía comer con decoro. Ni siquiera la sopa le dio problemas. Horrorizado, se había imaginado que su sobrino necesitaría la ayuda de alguien para comer, que babearía probablemente o que esparciría su comida por toda la mesa.

Los dos hombres callaron. Tin Win pensó en Mi Mi. Imaginó cómo describiría ella a su tío. ¿Tendría los dedos gordos? ¿Sería grueso? ¿Tendría papada como el vendedor de caña de azúcar de Kalaw, cuyos latidos tenían la misma superficialidad? ¿Le brillarían los ojos o sería su aspecto tan inexpresivo como su corazón? ¿Quién podría ayudarlo a descodificar el nuevo mundo al que acababa de llegar? ¿Los médicos? ¿Qué haría con él el amigo de su tío? ¿Podría volver a Kalaw cuando decidieran que no podían ayudarlo? Con un poco de suerte, a finales de la semana siguiente podría estar de nuevo junto a Mi Mi.

¿Y si los médicos sí podían curarlo? Tin Win aún no había pensado en esa posibilidad. Ni en los años pasados ni desde que llegó a Rangún. ¿Para qué? No le faltaba nada.

Tin Win intentó imaginar lo que significaría el éxito de una operación. Ojos para ver. Contornos delimitados. Rostros. ¿Mantendría el don del oído? Se imaginó cómo sería ver a Mi Mi: desnuda ante él. Su cuerpo delgado, sus pechos pequeños y firmes. Vio su vientre liso y el vello de su pubis. Sus suaves muslos, su sexo. Le pareció algo extraño, pero aquella imagen no le excitó. No podía haber nada más bello que acariciarle la piel con la lengua, rozar sus pechos con la boca y notar cómo bailaba su corazón.

La voz de U Saw interrumpió sus pensamientos.

—En los próximos días voy a tener mucho trabajo y no podré pasar demasiado tiempo contigo —dijo su tío, al acabar de comer—, pero Hla Taw, uno de los amos de llaves, estará a tu servicio en todo momento. Te acompañará por el jardín o por la ciudad, si lo deseas. Indícale todo lo que necesites. Si puedo arreglármelas comeremos juntos el fin de semana. La cita con el doctor McCrae será el martes.

U Saw dudó. ¿Había dicho el astrólogo cuánto tiempo tenía que pasar con el miembro más necesitado de la familia? No recordaba nada en ese sentido. Para asegurarse, volvería a verlo por la tarde.

—Se lo agradezco, U Saw —respondió Tin Win—. No merezco su generosidad.

U Saw se levantó. Estaba más que contento. Su sobrino sabía comportarse. La idea de que él, U Saw, pudiera regalarle el don de la vista, le gustaba una barbaridad. Un gesto tan generoso como aquel, inesperado e innecesario, sería admirado por todo el mundo. Estaba convencido de ello.

Tin Win dormía de día y vivía de noche. Tenía diarrea. El camino hasta el retrete le parecía más largo cada vez y pasaba horas sobre las baldosas que quedaban frente al baño porque temía no llegar a tiempo.

De todas partes le llegaban ruidos que se reían de él o lo atemorizaban. En el baño las paredes y el suelo roncaban y borboteaban. La araña de debajo de su cama se había vuelto más voraz. La agonía de las moscas, la rotura de sus patas, los sonidos que la araña emitía al chupar y absorber le daban asco. Una mañana oyó que una serpiente se arrastraba en silencio por el suelo de su habitación. La delataron los latidos de su corazón. Oyó cómo se acercaba. Cómo subía por su cama. Por sus piernas. Sintió su cuerpo frío y húmedo a través de la delgada sábana. La oyó sisear junto a su oreja, como si quisiera contarle una historia. Las salamanquesas se burlaron de él desde la pared. Más de una vez se tapó los oídos y gritó pidiendo ayuda.

Hla Taw dijo que era cosa de la comida y el calor. Pero Tin Win sabía la verdad. Estaba sentado sobre el tocón de un árbol. Y esperaba. Pronto, había dicho.

Respiró hondo y contuvo el aliento. Contó los segundos. Cuarenta. Sesenta. La presión de su pecho aumentó un poco más. Noventa. Ciento veinte. Se sintió mareado. Su cuerpo necesitaba oxígeno. Tin Win no se rindió. Oyó tartamudear a su corazón. Sabía que tenía la fuerza necesaria para detenerlo.

Vio aparecer la muerte en la distancia. Se le acercaba a grandes pasos. Creció y creció hasta quedar cara a cara con él.

—Me has llamado.

Tin Win sintió miedo. No por la cercanía de la muerte ni por la voz de esta, sino por sí mismo. La había llamado, pero no quería morir. Aún no. Aquí no. Ya no era el niño que se encerró en sí mismo por miedo y lo único que quería era deshacerse, convertirse en nada, desaparecer. Ahora quería vivir. Quería volver con Mi Mi. Quería sentirla una vez más, su aliento sobre la piel, sus labios junto al oído.

El canto de su corazón.

Respiró hondo.

Descubriría lo que su tío quería de él, haría lo que esperaba que hiciera y encontraría el modo de regresar a Kalaw lo antes posible.

Cuatro días después estaba en la terraza, escuchando. Había empezado a llover. No un chaparrón, más bien una lluvia regular, un crujido algo flemático y un goteo. A Tin Win le gustaba la lluvia, le parecía una aliada. Con la lluvia oía susurrar a Mi Mi, aquella voz que podía ser tan dulce. . . Confería contornos al jardín y a la casa, proporcionaba un velo a la mansión del tío. Le mostraba imágenes. Su sonido era distinto en cada rincón del jardín. Junto a Tin Win el agua golpeaba con ruido el techo de metal que unía la cocina con el resto de la casa. Delante de él repiqueteaba sobre las piedras de la terraza, cuyo tamaño pudo interpretar gracias al aguacero. Sobre la hierba las huellas sonaban mucho más suaves. Oyó el camino entre los parterres, los arbustos y el césped. La tierra arenosa absorbía el agua casi sin hacer ruido. Tin Win la oyó caer sobre las grandes hojas de las palmeras y resbalar después por sus troncos hasta regar las flores y en ellas arrastrarse y caer violentamente. Estaba claro que el jardín no estaba sobre un terreno llano, que el agua descendía imperceptiblemente hacia la calle. Se sintió como si se hubiese acercado a la ventana de su habitación, la hubiese abierto y hubiese echado por fin un vistazo a la mansión.

La lluvia se intensificó. El tamborileo sobre el techo de metal cobró más fuerza y Tin Win salió de la terraza. El agua era mucho más caliente que en Kalaw. Extendió los brazos. Las gotas se habían vuelto más gordas, más grandes. Le masajearon la piel. Sintió a Mi Mi a su espalda, quiso enseñarle el jardín, dio unos pasos y empezó a correr. Cruzó a toda prisa la terraza y salió al césped, esquivó una palmera, pasó junto a la pista de tenis, saltó dos matorrales, dibujó una curva abierta hasta los setos que delimitaban el terreno y regresó a la terraza. Y volvió a empezar. Y una tercera vez. Le faltaba el aire. Liberó unas fuerzas que en los últimos días se habían atrofiado.

La lluvia le había quitado el miedo, y con cada gota se sentía más despierto, más vivo. Mi Mi estaba a su lado. Ella le había dado la vida y nunca lo abandonaría. Sabía que estaría esperándolo. Lo único extraño entre ellos eran su miedo y su tristeza. U May ya se lo dijo: el miedo te vuelve ciego y sordo. La ira te vuelve ciego y sordo. La envidia y la desconfianza. Solo hay una fuerza más poderosa que el miedo.

Tin Win corrió hasta la terraza. Sin aliento, empapado de felicidad.

—Tin Win.

La voz de su tío. ¿Por qué había vuelto antes de su despacho?

—El doctor McCrae acaba de llamar. Sus planes han cambiado. Deberíamos ir a verlo hoy. Ahora mismo. —U Saw esperó un poco antes de continuar—. Te he visto correr. ¿Seguro que eres ciego?

Así de cerca podemos estar de la verdad, sin saberlo.

La revisión duró solo unos minutos. Una enfermera le sostuvo la cabeza, un médico con las manos grandes estiró la piel que rodeaba sus ojos. Stuart McCrae se sentó justo delante de él y se inclinó hacia delante. El aliento le olía a tabaco.

McCrae no abrió la boca en toda la revisión. Tin Win se concentró en los latidos de aquel corazón y se preguntó si sería capaz de intuir el diagnóstico a partir de lo que le decían. Un latido equilibrado. No era desagradable, solo desconocido. Sonaba siempre igual, inspiraba confianza. Igual que la voz. McCrae utilizaba frases cortas que empezaban sin saber cómo y acababan de un modo igual de brusco. Sin altibajos. No era desagradable, solo ajena a los sentimientos.

El diagnóstico se decidió con rapidez. (Tin Win era ciego, para alivio de U Saw.) Cataratas. Extraordinariamente extraño a su edad. Probablemente hereditarias. Operables. Al día siguiente, si querían.

Lo peor fueron las inyecciones. Le pincharon por encima y por debajo de los ojos, y junto a las orejas, con unas agujas largas y gordas. El frío metal se introducía más y más en su piel. Como si quisiera ensartarlo. Entonces le separaron los cristalinos. Tin Win sintió los cortes, pero no el dolor. Pidieron aguja e hilo y volvieron a coserle la piel. Como si fuera un trozo de tela. Durante los tres días siguientes llevó una venda sobre la cabeza.

Ahora médicos y enfermeras traqueteaban con tijeras y pinzas y se daban instrucciones unos a otros. Instrucciones que Tin Win no podía entender. Iban a devolverle la vista, decían. Se sentiría como si hubiese vuelto a nacer. Eso decían.

Le retirarían las vendas de los ojos y percibiría una luz cálida y brillante. Reconocería

perfiles y contornos, y en unos días, cuando sus gafas estuvieran listas, podría volver a ver. Mejor que en toda su vida.

Tin Win no sabía si creerles o no. No porque desconfiara de ellos o sospechara que le mentían voluntariamente. Estaba claro que decían lo que pensaban, pero es que hablaban de otras cosas.

—¿Qué hay más valioso que la vista? —había dicho Stuart McCrae antes de empezar la operación, e inmediatamente había dado la respuesta—. Nada. Solo conocemos lo que vemos.

Se comportaban como si estuviesen sacándolo de una prisión. Como si solo hubiese una verdad. Tin Win se preguntó si habrían oído alguna vez el canto de un corazón. ¿Lo reconocerían? ¿Qué les diría un chaparrón? ¿Que necesitaban paraguas?

Las enfermeras le pidieron que tuviera un poco de paciencia.

Tin Win quiso explicarles que no estaba nervioso. Que nadie tenía que correr por su culpa. Que lo único que le impacientaba eran las ganas de volver junto a una joven que se movía a cuatro patas. Ella sabía que el mundo no solo se ve con los ojos, y que las distancias no solo se salvan con pasos. ¿Lo entenderían? Optó por no decir nada.

—Ya estamos.

McCrae le quitó la venda. Fue desliándola de su cabeza, y a cada vuelta que daba crecía la tensión en la sala. Hasta el corazón de McCrae latía algo más rápido que de costumbre.

Tin Win abrió los ojos. Le golpeó con la fuerza de un puño. Luz. Una luz viva y resplandeciente. No tenue ni crepuscular, sino blanca y clara. Muy clara.

Una luz que hacía daño. Que le ardía en los ojos, que le provocaba pinchazos en la cabeza. Entornó los ojos. Huyó a la oscuridad.

—¿Me ves? —exclamó el tío—. ¿Me ves?

No, no lo veía. Tampoco lo necesitaba, ya oía su corazón. Sonaba como si U Saw estuviera dedicándose a sí mismo una ovación. Podía imaginar la expresión de satisfacción de su tío.

—¿Me ves? —repitió U Saw.

Tin Win parpadeó. Como si de aquel modo pudiera filtrar el dolor de la luz.

Como si hubiera marcha atrás.

Las gafas le fueron bien a la primera. Se le amoldaron a la nariz, tras las orejas. Tenía que abrir los ojos. Como si fuera tan fácil, después de tantos años.

Tin Win quería esperar.

Por favor, abra los ojos. Quería esperar hasta tener a Mi Mi delante de él. Ella, solo ella, era lo primero que quería ver.

ABRA LOS OJOS. Impaciencia en la voz.

Tuvo que hacerlo. Despegar los párpados con todas sus fuerzas y rasgarlos hasta abrirlos un poquito. Una rendija, no más. Les concedió una rendija. Se asomó desde allí como desde un escondite.

El velo había desaparecido. En un parpadeo.

La niebla gris lechosa ya no estaba ahí.

Todo cuanto veía estaba claro y bien definido. La vista le propinó un latigazo que le recorrió desde los globos oculares hasta la nuca, pasando por la frente. El doctor McCrae y U Saw estaban delante de él, orgullosos y tensos. Como si acabaran de reconstruir el mundo solo para él.

El rostro de su tío, sí, lo vio.

Los ojos volvieron a plegarse. Clap, clap. Puertas que se cierran. En la oscuridad se sentía más seguro.

No, no le dolía. No, no estaba mareado. No, no quería estirarse. Es solo que era demasiado. Demasiada luz. Demasiados ojos mirándolo. Demasiadas esperanzas. Demasiados colores. Lo desconcertaban. El blanco crema de los dientes de U Saw y sus bordes marrones. El brillo plateado de la lámpara de cromo sobre el escritorio del médico. El color rojizo de su pelo y sus cejas. Los labios rojo oscuro de la enfermera. Tin Win había vivido en un mundo en blanco y negro. Los colores no hacían ruido. No borboteaban, no cantaban, no chirriaban. Su recuerdo de los colores había ido palideciendo con los años, como la escritura en un trozo de papel.

Por favor, vuelva a abrir los ojos. Tin Win movió la cabeza. No pensaba hacerlo.

—Le falta algo —dijo U Saw al médico.

—No creo. Es solo el cambio. Se acostumbrará —respondió McCrae.

Sin saberlo, ambos tenían razón.

Tin Win estaba sentado sobre un muro de ladrillos a la orilla del río de Rangún. Ante él, el puerto.

Abre los ojos. Tenía que obligarse a sí mismo. Habían pasado diez días desde que el mundo había vuelto a tener contornos. Diez días de luz. Diez días plagados de imágenes. Nítidas. Multicolores. No se había acostumbrado.

Echó un vistazo alrededor. Algo más abajo, en el río, unos árboles de acero, sin hojas, chirriaban bajando y subiendo por unos raíles. Sus ganchos desaparecían en los cascos de los buques de carga y al cabo de un rato reaparecían con docenas de sacos atados entre sí. Ayer sacaron un elefante. Lo colgaron de unas cuerdas de tela roja y movía las patas desesperado. Como un escarabajo boca arriba. Ante los almacenes se amontonaban cajas y toneles. Con letras negras tenían escrito el destino de su viaje. Calcuta. Colombo. Liverpool. Marsella. Port Said. Nueva York.

En el puerto había infinidad de barcos. Algunos con velas, otros de motor, en unos pocos, un remero solitario. Muchos de ellos iban hasta los topes de gente, cestas y ciclistas, y con cada ola entraba algo de agua en la cubierta. Río arriba cabeceaban los barcos-vivienda en los que habitaban familias enteras. Tendían la ropa entre los mástiles; los niños jugaban en la cubierta; un anciano descansaba en una hamaca.

Tin Win observó las gaviotas que planeaban por el aire sin mover las alas. Nunca había visto pájaros más elegantes. Pese a la suave brisa que le llegaba del agua, el ambiente estaba húmedo y hacía calor.

Tin Win cerró los ojos. Oyó la listonada de un barco de motor. Las lombrices en la pared del cobertizo que quedaba a su lado. Los jadeantes latidos del corazón de los peces en una cesta que estaba junto a sus pies. El chasquido de las olas contra los cascos de los barcos. Podía reconocer por el sonido si estaban hechos de metal o de madera, e incluso apreciar de qué madera eran sus tablas. Los sonidos hacían que el puerto pareciera más vivo que con todas las imágenes que hubieran podido mostrarle sus ojos. Con estos registraba imágenes, un aluvión de imágenes. Cada segundo, cada movimiento de las

pupilas, cada giro de la cabeza, le aportaba una nueva. Las observaba sin integrarse en ellas. Era un observador curioso, nada más.

Sus ojos podían quedarse fijos en un mismo punto durante minutos. Una vela, un ancla, un esquife o una flor nueva en el jardín de su tío. Tin Win registraba el objeto con su mirada, lo sentía, cada curva, cada borde, cada sombra, como si pudiera dividirlo en partes aisladas y volver a unirlo para poder mirar tras su fachada, en su interior, bajo la superficie. Pero no lo lograba. El hecho de ver un objeto —un pájaro, una persona, un barco de pesca— no lo volvía más vivo ni se lo acercaba más. Las imágenes se ponían en movimiento, pero continuaban siendo imágenes. Tin Win percibía una sorprendente distancia respecto a todo lo que veía. Las gafas no podían sustituir los ojos de Mi Mi. Con ellos veía más que imágenes.

Bajó del muro y caminó por el puerto. ¿Estaba siendo desagradecido? ¿Qué había esperado? Los ojos le ayudaban en su día a día. Se movía con menos pesadez, ya no tenía miedo de chocar con sillas o con paredes, de tropezar con perros dormidos o con raíces de árboles. Eran una herramienta que pronto aprendería a dominar. Una herramienta que haría su vida más segura, más cómoda, más sencilla.

Quizá la distancia que emitían era el precio que tenía que pagar. Pensó en U May. Lo esencial es invisible a la vista, le había advertido. Debemos aprender a concebir la esencia de las cosas. En este sentido, los ojos no hacen más que confundirnos. Nos despistan, nos gusta dejarnos impresionar. Tin Win recordaba cada una de sus palabras.

Anduvo junto al río Rangún, junto a los botes y las grúas. A su alrededor, los hombres sacaban arroz del muelle y lo metían en almacenes. Iban inclinados hacia delante; llevaban el peso a la espalda. Se habían arremangado los longis por encima de las rodillas; el sudor les nublaba la vista. Sus piernas morenas eran fuertes como bastones, y los músculos se tensaban con el peso a cada paso. Culíes trabajando. Tin Win tuvo que cerrar los ojos para conmoverse con aquella imagen. Jadeaban. En voz baja, pero dolorida. Sus estómagos gemían de hambre. Sus pulmones anhelaban algo más de aire. Sus corazones latían extenuados. En algunos de ellos reconoció el cercano final.

No había perdido el don del oído. En cuanto regresaba a la oscuridad, nada escapaba a sus orejas. Quería utilizar la vista como una ayuda complementaria. No le harían daño mientras mantuviera presente la advertencia de U May.

Tin Win continuó río abajo y al fin entró en una calle paralela. El aire allí era casi insoportable. No llegaba la brisa del puerto, ni rastro de la generosidad de las avenidas

por las que pasean los europeos. La mayor parte de las casas de madera, apretujadas unas con otras, tenía las ventanas abiertas. Tuvo la sensación de haber bajado al sótano de la ciudad. Estaba sucio, era estrecho y ruidoso, olía a sudor y a meados. En las cunetas se agolpaba fruta podrida, restos de comida, harapos y papeles. Por todas partes había gente sentada en taburetes o en bancos, en las aceras demasiado estrechas e incluso en la calle. Las tiendas a pie de calle estaban abarrotadas hasta el techo con mercancía. Balas de tela, té, hierbas, verduras, pasta y sobre todo arroz. Tin Win no tenía ni idea de que hubiera tantos tipos distintos, y de que todos olieran diferente. Los peatones se reían y hablaban en un idioma que él no entendió. Algunos lo observaban como si fuera un intruso. No hubo una bienvenida.

Se preguntó si debía dar la vuelta. Cerró los ojos. Lo que oyó no le pareció amenazador. En las cocinas freían grasas. Las mujeres ligaban pasta o cortaban carne o verdura. En los pisos superiores los niños reían y gritaban. Las voces de la calle no parecían hostiles.

Tampoco los corazones.

Anduvo un poco más. Acopió sonidos. Los sonidos de las imágenes. Todo ocupó su lugar. Intentó recolectar impresiones y guardarlas en su interior para poder compartirlas más adelante con Mi Mi. No quería que ella se perdiera nada.

Algunas casas más allá pasó del barrio chino al indio. La gente allí era más alta, su piel más oscura. Pero el aire no era mejor y las calles estaban igual de abarrotadas. Otro sótano. Los sonidos de la comida le resultaban más conocidos. Curry. Jengibre. Limones. Pimientos rojos. Los transeúntes no le miraban. Tin Win se dio cuenta de que los latidos de los corazones no podían indicarle si se encontraba en una calle china o india, inglesa o birmana. Sonaban diferente en función de las personas; decían si eran jóvenes o viejas, si estaban felices o tristes, si tenían miedo o rabia; pero no se diferenciaban por la raza o la nacionalidad.

El chófer lo esperaba por la tarde, tal como convinieron, cerca de la pagoda de Sule. Avanzaron junto al lago, en el que las nubes del crepúsculo se reflejaban en un tono rosa claro.

En casa le esperaba U Saw. Desde la operación, tío y sobrino cenaban juntos cada día. La primera vez Tin Win se sintió tan incómodo que no probó el curry ni el arroz. Se

disculpó y lo atribuyó al calor. U Saw no prestó atención a su falta de apetito. Quería saber lo que había hecho su sobrino con su regalo, el de él, U Saw, durante su primer día. ¿Qué había visto? ¿Adónde había ido?

A Tin Win no le gustaron las preguntas. No quería compartir sus experiencias. No con U Saw. Las guardaba para Mi Mi. Pero por otra parte, no quería ser maleducado o desagradecido. Intentó explicarle sus impresiones lo más brevemente posible. Al quinto día se dio cuenta de que su tío no reaccionaba si le repetía la misma historia del día anterior. No le escuchaba, o no le interesaba; probablemente ambas cosas. Aquello lo hacía todo más fácil. A las mismas preguntas, las mismas respuestas. Y de este modo mantuvieron cada noche una conversación fluida que el tío interrumpía cada vez con su último mordisco, que se producía al cabo de veinte minutos exactos. Se levantaba, decía que aún le quedaba trabajo por hacer, daba las buenas noches a Tin Win, le deseaba que tuviera un buen día a la mañana siguiente y desaparecía.

Pero ese día las cosas parecían distintas. U Saw estaba en el vestíbulo y saludaba a un invitado. Se dedicaron varias reverencias y hablaron en un idioma que Tin Win desconocía. Cuando su tío lo vio llegar le hizo un gesto para que entrara en su despacho. Tin Win se sentó al borde de un sillón de cuero y esperó. La habitación era oscura, las paredes estaban llenas de libros hasta el techo. Sobre el escritorio, tapizado de cuero, pendía un ventilador que repartía aire caliente por la habitación. Al cabo de unos minutos apareció U Saw. Se sentó a la mesa y miró a Tin Win.

—Fuiste a la escuela del monasterio de Kalaw, ¿no es así?

—Sí.

—¿Sabes hacer cálculos?

—Sí.

—¿Leer?

—Sí. Braille. Antes. . .

—¿Y escribir?

—Antes de quedarme ciego sabía.

—No tardarás en recordarlo. Quiero que vayas a la escuela de Rangún.

Tin Win esperaba que fuera a darle su billete de vuelta a Kalaw. Quizá no de inmediato, pero sí en los próximos días. Aquello era lo que le daba fuerzas para sobrevivir y ánimos para investigar la ciudad. Ir a la escuela. En Rangún. Le entraron ganas de llorar; se mordió los labios. Sabía que no era una propuesta. U Saw no hacía

propuestas. Informaba de lo que había que hacer. El respeto por su anciano pariente le impidió mostrar nada que no fuera humildad y agradecimiento. Las preguntas, en aquella casa, solo las hacía una persona.

—No merezco su generosidad, tío.

—No es nada, no es nada. Conozco al director de la St. Paul High School. Mañana irás a conocerlo. El chófer te llevará hasta allí. En realidad eres algo mayor, pero te hará una prueba. Estoy seguro de que podrá ayudarnos. —U Saw se levantó—. Ahora debo ocuparme de mi invitado. Mañana por la noche me contarás qué tal te ha ido en St. Paul.

U Saw se dirigió al salón, donde el cónsul japonés le estaba esperando. Durante un breve instante se preguntó si el agradecimiento de Tin Win había sido sincero. Su rostro se había contraído al oírle hablar de sus planes. ¿Por qué? Aunque ¿qué importaba? El astrólogo no le había dado más opción. La generosa donación al hospital de Rangún no sería suficiente. Tenía que ser un pariente, y tenía que ser más de una vez. Tenía que ocuparse de él. Cuidarlo. Al fin y al cabo, las advertencias del astrólogo y la misericordia de U Saw ya habían dado sus primeros frutos. ¿Acaso no había firmado un contrato de venta de arroz al gobierno que llevaba mucho tiempo anhelando? ¿No iban a comer su arroz todas las guarniciones británicas de la capital? Y las negociaciones para comprar unos campos de algodón a la orilla de Irawadi también eran más fluidas desde la llegada de Tin Win.

Quizá, pensó U Saw, me haya hecho con un talismán de la suerte. Lo mantendría en Rangún al menos dos años más. Probablemente encontraría un trabajo para él en sus cada vez más prósperas empresas. ¿Por qué no habría de convertir a Tin Win en un útil asistente? En la casa no le molestaba. Y por las noches le contaba siempre historias nuevas e interesantes.

Querida Mi Mi:

¿Has oído los pájaros esta mañana? ¿Cantaban más fuerte o más flojo, mejor de lo normal? ¿Te han revelado lo que les pedía? Ayer por la noche estuve paseando por el jardín y les susurré lo mucho que te amo. Me prometieron decírtelo esta mañana; pasarlo de arbusto en arbusto, de árbol en árbol, cruzar el delta, subir el Sittang, atravesar las montañas y llegar a Kalaw. Me dijeron que se sentarían en los árboles que hay frente a tu casa y te hablarían de mi amor, de mi melancolía.

¿Y tú, querida Mi Mi? No deseo otra cosa que tu felicidad. A menudo imagino lo que estarás haciendo durante el día. Te veo en el mercado, cruzando Kalaw a la espalda de uno de tus hermanos o preparando la comida en la cocina de tu casa. Te oigo reír. Oigo el latido de tu corazón, el sonido más hermoso que he oído en mi vida. Te veo sufrir, pero no desanimarte. Te veo triste, pero no infeliz. Espero no equivocarme. Una voz en mi interior me dice que te sientes más o menos como yo.

No te enfades, pero tengo que dejarlo aquí. Hla Taw me espera. Él lleva mis cartas al buzón cada mañana y no quiero que pases un solo día sin saber de mí. Saluda a Suu Kyi de mi parte, por favor, y a tus padres y hermanos. No dejes de pensar en ti.

Te beso y te abrazo.

Quien te quiere más que a nada en este mundo,

TIN WIN

Querida Mi Mi:

Cuando observo el cielo de Rangún, por las noches, veo miles de estrellas; y me consuela pensar que hay algo que podemos compartir cada atardecer. Ambos vemos las mismas estrellas. Imagino que cada uno de nuestros besos se ha convertido en una estrella. Que ha subido al cielo y vela por nosotros. Que iluminan mi camino en la oscuridad. Tú eres el mayor de los planetas, mi sol. . .

U Saw no siguió leyendo. Movi6 la cabeza, dejó la carta a un lado y cogió un montón de sobres nuevos que tenía apilados ante él.

Querida Mi Mi:

¿Por qué el tiempo se detiene cuando no estás a mi lado? Los días se vuelven eternos. Hasta las noches se han vuelto en mi contra. No logro dormir. Me quedo despierto y cuento las horas. Creo que estoy perdiendo el don del oído. Desde que vuelvo a ver con los ojos, mis oídos trabajan peor.

¿Oír a cambio de ver? Es una idea terrible. Sería un mal cambio. Confío en mis oídos más que en mis ojos. Ellos aún me resultan extraños. Quizá sienta que me han decepcionado. Con ellos no he logrado ver el mundo

tan claro y manifiesto, tan bello e intenso, como con la ayuda de los tuyos. Con mis ojos la media luna es la media luna, y no una sandía de la que te has comido la mitad. Con ellos una piedra es una piedra, y no un pez encantado, y en el cielo no flotan búfalos, corazones o flores. Solo nubes.

Pero no puedo quejarme. U Saw es bueno conmigo, me concentro en mis estudios y creo que a finales de año podré volver a tu lado.

No dejes de saludar a la buena de Suu Kyi.

Te beso y te abrazo.

Tuyo para siempre,

TIN WIN

Querida Mi Mi:

Hace ya siete meses que U Saw me envió a la escuela. Ayer me hicieron pasar de curso por tercera vez. Ahora ya estoy donde me corresponde por edad, dicen. Nadie puede entender cómo es posible que un ciego pudiera aprender tanto en un monasterio de Kalaw. No conocían a U May. . .

Querida Mi Mi:

Perdóname si las cartas de la semana pasada sonaron demasiado tristes. No quería apesadumbrarte con mi melancolía. Por favor, no te preocupes por mí. Es solo que a veces me cuesta saber cuánto más voy a aguantar. Cuándo podré volver a verte. Pero no es añoranza ni tristeza lo que siento cuando pienso en ti. Es un agradecimiento infinito. Tú me has regalado el mundo, eres parte de mí. Lo veo todo a través de tus ojos. Me has ayudado a superar mis miedos. Con tu ayuda aprendí a soportarlos. Mis fantasmas ya no me atormentan. Cada vez que me acariciaste, cada hora que tuve el honor de llevar tu cuerpo a mi espalda, tus pechos contra mi piel, tu aliento junto a mi nuca, los hicimos más pequeños. Menos fuertes. Los dominamos. Ahora me atrevo a mirarlos a los ojos. Tú me has liberado. Soy tuyo.

Con amor y agradecimiento,

TIN WIN

U Saw volvió a doblar las cartas. Ya había leído suficiente. Dónde acaba el amor y dónde empieza la locura, se preguntó mientras metía todos aquellos papeles en sus sobres. ¿Acaso hay alguna diferencia?

¿Por qué seguía escribiendo Tin Win sobre el agradecimiento y el respeto que sentía por aquella mujer? Ni siquiera después de mucho pensar lograba recordar U Saw a alguien a quien respetara especialmente. Admiraba a algunos de los mayores molineros de la zona, sin duda, sobre todo a los que tenían más éxito que él. Respetaba a algunos ingleses, aunque con el paso del tiempo cada vez iban siendo menos. ¿Y el agradecimiento? No conocía a nadie a quien debiera estar agradecido.

Miró la montaña de cartas que tenía en el escritorio, ante él. Su sobrino llevaba más de

un año escribiendo una carta al día a esa Mi Mi de Kalaw. ¡Un año! ¡A diario! Sin excepción. Y eso que aún no había recibido una sola respuesta. Miró de nuevo las cartas de su escritorio. Menos mal que en aquellos tiempos difíciles había empleados del servicio en los que aún podía confiar. El bueno de Hla Taw le entregaba cada tarde las cartas de Tin Win que se suponía que debía llevar al buzón. Por supuesto, también apartaba las cartas de Mi Mi que llegaban cada día con el correo de la tarde. Ninguno de los dos había leído nada de lo que había escrito el otro, y sin embargo no dejaban de enviarse cartas. A U Saw le dio un ataque de risa ante semejante muestra de locura. Intentó dominarse, pero al final estalló en una sonora carcajada, se atragantó, tosió, se quedó sin aire. Y cuando al fin se tranquilizó dejó los sobres en el primer cajón de su escritorio y abrió el de debajo de todo. Hasta el momento no había leído ninguna de las cartas de Mi Mi. Cogió una al azar.

Mi pequeño y querido Tin Win:

Espero que hayas encontrado a alguien que pueda leerte mis cartas. Ayer mi madre se sentó conmigo en la veranda, me cogió las manos, me miró y me preguntó si estaba bien. Lo hizo como si en realidad quisiera decirme que se acercaba el momento de su muerte. Gracias, mamá, estoy bien, le respondí. ¿Cómo llevas la vida sin Tin Win? Ya hace más de un mes que se marchó, quiso saber. Intenté explicarle que no estoy «sin ti»; que estás conmigo desde el momento que me levanto hasta el instante en que me duermo; que te siento cuando el viento me acaricia, que te oigo en el silencio, que te veo cuando cierro los ojos, que me haces reír y me pides que cante cuando no tengo a nadie cerca. Vi compasión en la mirada de mi madre y me callé. Fue uno de esos malentendidos que no pueden arreglarse con palabras.

Toda mi familia hace cuanto puede por mí. Mis hermanos no dejan de preguntarme si me apetece ir a algún sitio y me pasean por todo Kalaw. Yo pienso en ti y tarareo cuando me llevan a la espalda. Mi alegría les parece un misterio, incluso a veces les resulta incómoda. ¿Cómo puedo explicarles que lo que significas para mí, lo que me das, no depende del lugar del mundo en el que te encuentres? ¿Que no es necesario coger la mano del otro para sentir el tacto de su piel?

Ayer fui a visitar a Suu Kyi. Está bien. Se alegraría si le enviaras alguna carta. Le dije que volveríamos a saber de ti. Que nos escribirías o volverías cuando llegara el momento. Pero ya la conoces. Está preocupada. Ahora debo dejar de escribir para que mi hermano pueda llevar la carta al buzón. Recibe muchos saludos de Suu Kyi, mi madre y mis hermanos, y sobre todo de mí misma.

Te echo de menos y te amo cada día un poco más.

Mi Mi

Mi gran y fuerte, mi pequeño y querido Tin Win:

Hace unas semanas empecé a liar puros. Mi madre me dijo que tenía que aprender algo que me permitiera ganar dinero y vivir por mi cuenta llegado el día. Tengo la impresión de que no cree que vaya a volver. Pero no

lo dice. Ni ella ni mi padre se encuentran demasiado bien. Ambos se quejan de las piernas y la espalda, y mi padre cada vez respira peor. Ya apenas trabaja en el campo. Y también oye peor. Me impresiona ver cómo envejecen. Los dos tienen ya más de cincuenta años y la mayoría de la gente de Kalaw ni siquiera alcanza esta edad. Mis padres han tenido esa suerte. Más aún, han envejecido juntos. Todo un regalo. Si hay algo que desee en este mundo, es que nosotros compartamos esa felicidad. Quiero envejecer contigo. Sueño con eso cuando lío puros. Contigo y con nuestra vida.

El trabajo es mucho más fácil de lo que imaginaba. Varias veces por semana viene un hombre del pueblo y nos trae un montón de hojarasca seca, viejos periódicos y hojas de maíz (estas las uso como filtro), y un saco con la mezcla de tabaco. Yo paso cada día dos o tres horas en la veranda, después de comer. Pongo un puñado de tabaco en una hoja, lo presiono levemente, lo froto entre las dos manos hasta que queda cogido pero no demasiado duro, añado el filtro, doblo la hoja y corto uno de los extremos. El hombre dice que nunca había visto a una mujer capaz de liar puros con tanta rapidez y sin esfuerzo. Sus clientes están encantados y aseguran que mis puros tienen un sabor especial, distinto al de las demás mujeres. Si las cosas siguen como hasta ahora, no tendremos que preocuparnos por el futuro.

Empieza a llover. Todavía se me pone la piel de gallina cada vez que recuerdo aquella tormenta.

Con amor,

Mi Mi

Mi pequeño tigre:

Encontré a la mariposa muerta en la veranda hace unas semanas. La sequé entre las hojas de un libro. Era una de esas que tanto te gustaban. Su aleteo te recordaba los latidos de mi corazón, me dijiste una vez. El más tierno.

..

U Saw dejó caer la carta. Se levantó y se dirigió a la ventana. Llovía. Las gotas formaban llagas en los charcos, pero enseguida desaparecían.

Tin Win y Mi Mi estaban locos de remate, de eso no le cabía duda. Ni una palabra amarga, ni siquiera al cabo de un año de silencio. Ni el más mínimo rastro de un reproche. ¿Por qué no me escribes? ¿Dónde están tus respuestas? Te escribo cada día, ¿y tú? ¿Ya no me amas? ¿Hay alguien más?

Menos mal que el amor no es una enfermedad contagiosa. De ser así tendría que despedir a todos sus sirvientes y limpiar a conciencia la mansión y el jardín. Seguramente, hasta se habría contagiado él mismo y se habría enamorado de alguna de las mujeres de la casa. Una idea estúpida con la que no quería perder más tiempo.

U Saw se preguntó si las cartas cambiaban en algo sus planes. Seguramente no. La locura amorosa remitiría, estaba seguro. No había ningún sentimiento lo suficientemente fuerte como para resistir la fuerza demoledora del paso del tiempo. En la distancia, y con los años, aquel amor se rompería en pedazos.

Por lo demás, desde que llegó a su casa Tin Win se había comportado con la más absoluta corrección y había sido de gran ayuda. Había impedido la catástrofe profetizada por el astrólogo. Los negocios iban mejor que nunca, y eso que los tiempos eran cada vez peores. Y los profesores de St. Paul High School, sin duda la mejor escuela de toda Birmania, lo consideraban extraordinariamente inteligente. Cuando se graduara, al año siguiente, cualquier universidad inglesa querrá tenerlo en sus aulas y seguro que le ofrecerán alguna beca, le había dicho el director. Los nativos con talento serán los más buscados en el futuro.

U Saw se había sentido halagado, pero la guerra en Europa lo tenía preocupado. La cosa no quedaría ahí. Los japoneses avanzaban en Asia, y era solo cuestión de meses, quizá de semanas, que alcanzaran las colonias británicas. ¿Cuánto más podrían resistir entonces los ingleses a los alemanes en Europa? En su opinión era solo cuestión de tiempo que sobre el Big Ben ondeara la bandera alemana. La época en que Londres era la capital del mundo estaba llegando irremediablemente a su fin.

U Saw tenía otros planes.

Tin Win había imaginado que la partida de un buque de pasajeros sería algo muy ceremonioso. La tripulación, en cubierta, con sus uniformes blancos. Música. Banderas y gallardetes ondeando al viento. Unas palabras del capitán, quizá. Pero en lugar de eso vio pasar a su lado a marineros con los trajes manchados de aceite. No tocó ninguna orquesta. No llovieron petardos ni confeti. Se apoyó en la barandilla y miró hacia abajo, hacia el muelle. A la sombra de un almacén vio un coche de caballos y varios jinrikishas cuyos conductores descansaban y dormían en el interior de los carros. El puente ya se había retirado; junto al barco esperaban aún varios miembros de la junta marítima vestidos de uniforme. Los parientes de algunos pasajeros alzaban la vista por el casco negro del barco y saludaban con la mano. Alargaban los cuellos como pajarillos, pensó Tin Win. No vio a nadie conocido. Hla Taw se había quedado en casa por orden de U Saw. Fue un chófer quien lo llevó al puerto. Dos mozos le cogieron las maletas y las subieron a bordo. Ya hacía rato que se habían marchado.

Ayer por la tarde vio a U Saw por última vez. Cenaron juntos y al acabar le entregó los documentos del viaje. El pasaporte y el visado para los Estados Unidos de América. Un billete para Liverpool y un segundo billete para cruzar el Atlántico. Una carta para su socio, un empresario indio que importaba arroz en Nueva York, que debía encargarse de Tin Win durante los primeros meses. Un sobre con dinero. Le explicó una vez más lo que esperaba de él. Un mínimo de seis cartas al año informándole de sus avances con todo lujo de detalles. Una carrera concluida. Con matrícula de honor. Volvió a hablarle del futuro que le esperaba a su vuelta. Lo ascendería a ejecutivo. Con el tiempo, a socio. Pasaría a ser uno de los hombres más influyentes de la ciudad. No le faltaría nada.

Le brindó sus mejores deseos. Para el viaje, para sus estudios. Después se dio la vuelta y entró en su despacho. Ni siquiera se rozaron.

Tin Win lo siguió con la mirada y se preguntó cuánto tiempo necesitaba un árbol para echar raíces, después de haber sido plantado. ¿Unos meses? ¿Un año? ¿Dos? ¿Tres? Hacía ya dos años que vivía en Rangún y en ningún momento había dejado de sentirse

incómodo. Un extraño en la ciudad. Un árbol al que el viento doblegaría y arrastraría por el suelo.

En la escuela, los profesores lo admiraron por sus avances y sus compañeros lo respetaron por su eterna disposición a ayudar. No hizo amigos. Nadie lo retenía en Rangún.

Miró más allá del puerto y de la ciudad. A lo lejos, la punta dorada de la pagoda Shwedagon refulgía bajo los rayos del sol matinal. El cielo estaba azul, sin una nube. En diciembre Rangún era más soportable, pensó. Los días eran cálidos pero no demasiado calurosos, y las noches agradablemente templadas. Diciembre proporcionaba a la gente unas semanas de descanso entre el calor húmedo del monzón y la primavera, una época en la que el sol desconoce la compasión y aprieta las tuercas de cada persona, de cada animal, una época en la que el calor intensifica la pestilencia, sudor y excrementos en los patios traseros y los pasillos de las casas, en la que la temperatura asciende a los cuarenta grados y el aire parece demasiado caliente para respirar. Diciembre hacía que la gente se lanzara a la calle.

En las semanas que precedieron a su viaje, Tin Win paseó muchas tardes por la ciudad. Fue entonces cuando se enteró de muchos de los rumores que arrasaban la ciudad como una plaga de langostas sobre un campo de arroz. Tras cada mano extendida, en cada puesto de sopa, había alguna novedad. Como si las personas solo se alimentaran de eso. Sobre el golfo de Bengala se cernía el tifón del siglo, se decía. Un tigre cruzó a nado la zona portuaria y devoró una familia de cinco miembros, incluido el cerdo. Y eso no era solo una tragedia en sí, sino que, como bien sabían cuantos confiaban en las predicciones de los astrólogos, aludía a la proximidad de un terremoto. Los barcos de guerra alemanes bloqueaban el puerto inglés, se decía, y, peor aún, los japoneses preparaban un ataque a Birmania. Las estrellas no pintaban bien las cosas para los británicos, ni en Europa ni en Asia. Y si la ocupación militar comenzaba un miércoles o un domingo, Birmania podía darse ya por perdida.

Tin Win escuchó los rumores y hasta cierto punto contribuyó a difundirlos. No porque creyera en ellos, sino más bien por una especie de deber ciudadano. A él no le afectaba nada de aquello. Su viaje lo llevaría por el golfo de Bengala y los puertos británicos, pero no tenía miedo. Ni de los terremotos ni de los japoneses. Ni de los tifones. Ni de los submarinos alemanes.

Se preguntó cuándo dejó de tener miedo. ¿Fue la tarde en la que su tío le dijo que al

acabar sus estudios lo enviaría a hacer una carrera al extranjero? ¿O un par de días después, cuando U Saw le dijo que a su vuelta lo casaría con la hija del dueño de unas plantaciones de algodón? ¿O fue en el momento en el que se miró en el espejo de un sastre al que acudió en compañía de Hla Taw? Un espejo que dos vendedores sostuvieron ante él y en el que vio un traje azul. Con chaleco. Algodón puro. Camisa blanca, gemelos, corbata. Hla Taw sabía hacerle el nudo. Se dio la vuelta para mirar si había alguien detrás de él. No podía ser un reflejo. Compraron tres trajes, zapatos, ropa interior y camisas. Una maleta llena. Solo para el trayecto hasta América.

No, no había sido en ninguno de aquellos momentos. El miedo fue disipándose poco a poco. Tin Win no sabía cuándo o cómo empezó; había sido un largo proceso. Un mango no madura de la noche a la mañana.

Recordó aquel mediodía de julio en el que adquirió conciencia de ello. Era uno de aquellos días de verano en los que el calor resulta insoportable. Aunque a él nunca le molestó demasiado. Estaba sentado en el parque, junto al Lago Real, bañado en sudor. Ante él tenía unas palomas con las cabezas hundidas en el cuerpo, demasiado agotadas para amartelarse. Miró el agua y pensó en Mi Mi. Por primera vez en su vida, al pensar en ella no sintió aquella melancolía paralizadora, desmoralizadora, devoradora. No sintió miedo. Ni siquiera tristeza. Sabía que amaba a Mi Mi más que nunca, pero aquel amor no le resultaba agotador. Ya no. Ya no encadenaba. Ni a la cama ni al tronco de un árbol. Ya no lo debilitaba.

Cuando empezó a llover, cerró los ojos. Una tormenta breve, pero intensa. Cuando los abrió de nuevo empezaba a anochecer. Se levantó, dio unos pasos y sintió en todo el cuerpo que algo había cambiado. Como si hubiera crecido. Se había librado de un peso. Era libre. Ya no esperaba nada de la vida. No porque estuviera decepcionado o amargado. No esperaba nada porque no había nada más importante que pudiera sucederle. Poseía en su interior toda la felicidad que un hombre puede alcanzar. Amaba y era amado. Sin condiciones.

Pronunció aquella frase en voz baja; sus labios apenas se movieron.

—Amo y soy amado.

Eso era todo. Así de sencillo, así de complicado.

Estaba tan seguro de su amor, y del de Mi Mi, como de la existencia de su propio cuerpo. Nadie podría arrebatarse jamás aquella felicidad. La amaría mientras viviera, y sería amado por ella. Aunque vivieran a dos días de viaje de distancia. Aunque ella no

respondiera sus cartas y él hubiera perdido la esperanza de volver a verla en los próximos años. Aunque no pudieran compartir su amor día a día y reafirmarlo cada anochecer. Tenía más de lo que la mayoría logra alcanzar en toda una vida. No debía ser codicioso. La codicia te vuelve ciego y sordo. Se avergonzó por haber sido tan ciego ante su felicidad.

Desde el momento que lo comprendió y lo aceptó supo la riqueza que poseía. Dejó de vivir en el pasado y en el futuro. Disfrutó de cada día como si Mi Mi se levantara a su lado y se acostara con él.

—¡Soltad amarras! —La voz de un joven oficial sacó a Tin Win de sus pensamientos.

—¡Amarras! —gritaron dos hombres desde el muelle.

Los cabos cayeron al agua. Un humo negro salió de la chimenea del barco. Este vibró e hizo sonar la bocina. Grave y fuerte. Tin Win sintió un hormigueo en el estómago.

Se dio la vuelta. Un anciano que estaba detrás de él miraba hacia Rangún y saludaba con su sombrero. En sus ojos pudo ver una extraña melancolía. Como si no se despidiera solo de unas personas y de una ciudad. Detrás de él, dos jóvenes inglesas; movían sus pañuelos y lloraban desconsoladamente.

Tin Win se tocó las mejillas con la mano. Ni una sola gota, ni siquiera de sudor.

Durante el relato su rostro había ido acusando el cansancio sin que yo me diera cuenta. Las arrugas alrededor de la boca y de la frente se habían vuelto más profundas. U Ba no se movió y no me miró.

Yo esperé.

Al cabo de unos minutos de silencio cogió su bolsa y sacó un viejo sobre sin abrir la boca. Estaba arrugado y roto y debía de haberse doblado y desdoblado ya muchas veces. La carta llevaba sello de Rangún e iba dirigida a Mi Mi. La dirección estaba un poco desteñida, pero la tinta azul, las letras grandes y la letra curiosamente arqueada aún se reconocían bien. En la parte de atrás del sobre, el remitente: 7, Halpin Road, Rangún.

Era imposible que aquella fuera la letra de mi padre. Demasiado ostentosa, demasiado fuerte. No le pegaba. Abrí el sobre.

Rangún, 14 de diciembre de 1941

Apreciada Mi Mi:

Mi sobrino Tin Win me ha pedido que le comunique que abandonó la ciudad hace algunos días. En estos momentos se encuentra de camino a América, donde empezará sus estudios de derecho en cuanto llegue a Nueva York.

Dado que los días previos a su marcha estuvo extraordinariamente ocupado con los preparativos, es lógico que le fuera imposible ponerse en contacto con usted personalmente o escribirle siquiera unas líneas. Espero que lo comprenda. Él es quien me ha pedido que le escriba para darle las gracias por haber pensado en él durante estos últimos dos años. Por desgracia, sus numerosas clases y sus obligaciones personales en Rangún no le dejaron ni un minuto libre para responderle.

Puesto que su regreso está previsto para cuando acabe sus estudios, dentro de unos años, Tin Win le ruega que deje de enviarle cartas, y le desea lo mejor para el futuro.

Atentamente,

U SAW

Leí la carta una segunda vez, y una tercera. U Ba me observaba a la espera de una reacción. Parecía de nuevo despierto y tenso. Como si los recuerdos le hubiesen ensombrecido el rostro, pero solo por unos instantes.

No sabía qué decir. Imaginaba el dolor que habrían provocado en Mi Mi aquellas líneas. Lo traicionada y sola que se habría sentido. Había pasado más de dos años sin tener noticias de mi padre, le había enviado cientos de cartas, y aquella era la única respuesta que recibía a cambio. Estaba en Kalaw, liaba puros, soñaba con mi padre, con una vida a su lado, y ni siquiera sabía si volvería a verlo alguna vez. Dependía de sus hermanos, que en el fondo no la comprendían. Su soledad me conmocionó. Creo que fue la primera vez que sentí algo por ella.

Al principio de mi viaje no fue más que un nombre, una primera parada en el camino hacia mi padre. Nada más. Con el tiempo adquirió un rostro y un cuerpo: el de una lisiada que me robó a mi padre y despertó mis celos. ¿Y ahora? La habían mentido y engañado. La carta de U Saw me indignó. Mi Mi ya no me parecía una amenaza y tampoco me era indiferente. Ya no era una primera parada. ¿Sería, quizá, la meta?

—¿Cómo reaccionó ella al leer la carta? —pregunté.

U Ba sacó de su bolsa una segunda carta, aún más arrugada que la primera. En su sello, Kalaw, 26 de diciembre de 1941.

Dirigida a U Saw, Halpin Road, Rangún.

Remitente: Mi Mi.

Muy admirado U Saw:

¿Cómo puedo agradecerle las molestias que se ha tomado para escribirme? Su esfuerzo me azora. No tenía por qué hacerlo.

Su carta me ha llenado de una alegría difícil de describir. Tin Win va de camino a América. Se encuentra bien. No podría haberme dado mejores noticias que estas. Pese a sus ocupaciones y los complicados preparativos de su viaje encontró tiempo para pedirle que me escribiera. No se imagina lo feliz que me ha hecho. Quiero repetirle una vez más cuán agradecida le quedo por haber cumplido su deseo.

Evidentemente, respetaré el deseo de Tin Win. Su siempre sumisa,

Mi Mi

U Ba metió la carta en su sobre. Nos sonreímos. Infravaloré a Mi Mi. Vi en ella a una víctima incapaz de defenderse del complot de U Saw. Era más lista y más fuerte de lo que creía. Aun así, me dio pena. Debía de sentirse tan sola. . . ¿Cómo se las arreglaría sin Tin Win? ¿Cómo sobreviviría a la separación de mi padre?

—Los primeros años no fueron nada fáciles —dijo U Ba, antes de que yo le preguntara nada—. Pocos meses después de aquella carta murieron sus padres. Primero el padre. Dos meses después, la madre. El menor de sus hermanos se sumó al

movimiento independentista y se marchó a la jungla con la guerrilla. Jamás volvió a verlo. Se comenta que los japoneses lo torturaron hasta matarlo. La familia de su hermano mayor falleció al estallar una bomba británica en 1945. Eran tiempos difíciles. Y pese a todo, Julia, apenas me atrevo a decirlo, pese a todo Mi Mi era más bella cada día. Sufría por su familia, de eso no cabe la menor duda, echaba de menos a Tin Win, pero no tenía roto el corazón. Desconocía aquel dolor que marca los rostros para siempre. Sus rasgos no se endurecieron, ni siquiera con la edad. Aunque nos cueste comprenderlo, Julia, la distancia o la lejanía en el espacio no le parecían importantes.

»A menudo me he preguntado cuál fue la fuente de su belleza, del atractivo que irradiaba. Lo que nos hace guapos o feos no es el tamaño de nuestra nariz, el color de nuestra piel, la forma de nuestros labios o la expresión de nuestros ojos. ¿Qué es, entonces? ¿Puede usted darme una respuesta, como mujer?

Moví la cabeza en señal de negación.

—Se lo diré: es el amor. El amor embellece. ¿Conoce usted a alguien que ama y es amado, alguien amado por la persona a la que ama y al mismo tiempo sea feo? No hace falta que se lo piense: la respuesta es no.

Sirvió té para los dos y tamborileó con los dedos en su taza.

—Creo que por aquellos tiempos no hubo un solo hombre que no deseara casarse con ella. No exagero. Tras la guerra se le acercaron solteros de todo el estado de Shan. Algunos incluso de Rangún y Mandalay. Tal era el alcance de los rumores sobre su belleza. Le llevaban regalos, joyas de oro y plata, piedras preciosas y telas carísimas que Mi Mi vendía después en el mercado. Rechazó todas las ofertas. Incluso cuando Tin Win llevaba diez, veinte, treinta años separado de ella.

»Algunos hombres esperaban morir para poder renacer en la otra vida como cerdo, gallina o gallo y convertirse en uno de sus animales de compañía.

»Mi Mi vivía en la casa de sus padres con un familiar que cuidaba de ella. Se ocupaba de los animales, las gallinas, los dos cerdos, el viejo y débil búfalo y el perro. Muy pocas veces salía de allí. Cada tarde se sentaba en la veranda y liaba puros, meciéndose suavemente con los ojos cerrados. Sus labios se movían como si estuviera explicando alguna historia. Quien tenía la suerte de observarla en aquel momento recordaba para siempre su elegancia, la gracia innata con la que se movía.

»Es cierto que sus puros tenían un sabor diferente. Más dulce, con un toque de vainilla que se quedaba flotando en la boca. Algunos años después de la independencia corrió el

rumor de que no solo tenían un sabor especial, sino también una fuerza mágica. No se sorprenda demasiado, Julia, ya sabe usted lo supersticiosos que son los birmanos.

»Una tarde, un viudo fumó uno de sus puros. Por la noche se le apareció su mujer muerta y le dio su bendición para casarse, como él tanto deseaba, con la hija de su vecino. Esta siempre lo había rechazado con rudeza, pero, cuando al día siguiente el viudo se arrodilló junto a su veranda y le cantó, como cada día, una canción, ella salió de la casa, se sentó a su lado, y pasaron el resto del día y de la noche juntos. Loco de alegría, el hombre fumó otro de los puros de Mi Mi y le pareció que el humo que salía de su boca moldeaba el rostro de su mujer, que le sonreía. A la mañana siguiente la joven volvió a sentarse a su lado, y una semana después aceptó convertirse en su esposa. El viudo atribuyó su suerte a los puros de Mi Mi y desde aquel momento no hubo un solo hombre en Kalaw que no fumara al menos uno antes de salir a pasear con la mujer amada. Con el tiempo se les atribuyeron todo tipo de propiedades curativas, y por lo visto eran especialmente efectivos contra la caída del cabello, el estreñimiento, la diarrea, el dolor de cabeza y el dolor de barriga. Contra cualquier tipo de dolor, en definitiva.

»Con el tiempo Mi Mi pasó a ser tenida por una especie de sabia, y era más admirada que el alcalde, los astrólogos o los médicos de la ciudad. Había personas que no querían ponerse en manos de los adivinos y le pedían que interviniera y mediara en relaciones matrimoniales, fraternales y vecinales.

U Ba se levantó, dobló cuidadosamente los sobres y los metió en su longi. Me pregunté cómo habían ido a parar a sus manos. ¿Qué papel tenía él en toda esa historia?

¿Cómo se había enterado del contenido de las cartas entre Mi Mi y Tin Win? Por mi padre seguro que no, él no tenía ni idea de que Mi Mi le escribía. Y había muchos detalles de la historia que él no podía haber sabido.

—¿Me permite que le haga una pregunta? —le dije—. ¿Quién le ha explicado tan detalladamente la historia de Mi Mi y Tin Win?

—Su padre.

—Pero tiene que haber habido alguien más. Su descripción está llena de detalles y sentimientos que mi padre no podía saber. ¿Quién le explicó el resto?

—Su objeción es perfectamente lícita. Comprendo su curiosidad. Le ruego que me permita tardar un poco en contestarle. Cuando le explique el final del relato no tendrá usted ninguna pregunta más.

—¿Cómo consiguió estas dos cartas? —insistió.

—Me las dio Suu Kyi. U Saw visitó Kalaw a principios de los años cincuenta. Después de la guerra tuvo muy mala suerte. O, dicho de otro modo, la suerte lo abandonó, lo cual es muy diferente. Tras la ocupación colaboró con los japoneses, lo cual desagradó tanto a los ingleses como a los birmanos que luchaban por la independencia. Y cuando los británicos reconquistaron el país, muchos de sus molinos de arroz ardieron en llamas sin la menor explicación. En los años que siguieron a la independencia se cometieron numerosos asesinatos políticos y se libraron infinitas batallas entre los grupos parlamentarios. U Saw estuvo demasiadas veces en el bando de los perdedores, lo cual le llevó a perder la mayor parte de su capital. Por lo visto llegó a intentar comprar un cargo de ministro. Vino a Kalaw en dos ocasiones. Creemos que huía de los peligros de la capital. En cada uno de sus viajes trajo mucho equipaje; sobre todo documentos y carpetas. No sobrevivió al tercer viaje. Suu Kyi encontró las cartas después de su muerte.

—¿Cómo murió? ¿Lo asesinaron?

—Algunos de los que lo conocían lo formularon así. Fue tocado por un rayo en el golfo.

—¿Llegó a conocerlo personalmente?

—Lo vi una vez, en Rangún.

—¿Ha estado usted en Rangún?

—Pasé mucho tiempo allí, durante mis estudios. Fui un alumno muy aplicado. Un amigo de la familia fue muy generoso con nosotros y financió durante varios años mis estudios en St. Paul High School. Hasta obtuve una beca para estudiar en una universidad inglesa. Me encantaban las ciencias naturales.

—¿Estudió usted en Inglaterra?

—No. Tuve que volver a Kalaw.

—¿Por qué?

—Mi madre enfermó.

—¿Algo grave?

—No. La edad. No le dolía nada, pero la rutina le resultaba cada vez más difícil.

—¿No tiene hermanos?

—No.

—¿Ningún otro pariente?

—Sí.

Moví la cabeza, incrédula.

—¿Y por qué no se ocuparon ellos de su madre?

—Era mi deber. Yo era su hijo.

—Pero ¡U Ba! Su madre no estaba grave. Podría habérsela llevado con usted al acabar los estudios.

—Mi madre me necesitaba en aquellos años.

—¿Tenía que estar bajo vigilancia médica?

—No, ¿cómo se le ocurre pensar algo así?

Era un diálogo de besugos. Yo me enojaba más con cada respuesta, pero al mismo tiempo era consciente de que mi lógica no servía para dar más sentido a las palabras.

—¿Durante cuánto tiempo la cuidó?

—Treinta años.

—¿Cómo dice?

—Treinta años —respondió él—. Vivió mucho, para ser birmana.

Hice cálculos.

—¿Entre los veinte y los cincuenta años no ha hecho usted otra cosa que cuidar de su madre?

—Bueno, no es que estuviera parado. . .

—No pretendía decir que holgazaneara usted, pero, pero. . . ¡Una beca en Inglaterra! ¡Habría tenido un sinfín de oportunidades!

Ahora era él quien no me comprendía.

—Podría haber sido físico, trabajar en la investigación. O quizá, con un poco de suerte, colaborar con alguna de las mejores universidades estadounidenses —le dije.

No sé qué me indignaba más: si la familia de U Ba, una sociedad que lo obligó a desperdiciar su talento en un pueblo perdido entre las montañas birmanas, o su pasividad.

—Estoy muy satisfecho de mi vida, Julia. Mi mujer, a la que amé mucho, murió joven. Pero eso podría haberme sucedido en cualquier parte del mundo.

No hablábamos el mismo idioma. ¿De verdad no entendía lo que quería decirle? Con cada pregunta que yo formulaba, nos alejábamos un poco más. Yo estaba cada vez más enfadada, y él seguía igual de tranquilo. Como si fuera yo la que había malgastado su vida, y no él.

—¿Nunca se arrepintió de haber vuelto a Kalaw?

—Solo podría arrepentirme de una decisión que tomara consciente y voluntariamente. ¿Se arrepiente usted de ser zurda? Lo que hice se daba por supuesto. Cualquier birmano habría hecho lo mismo en mi lugar.

—¿Y por qué no regresó a Rangún tras la muerte de su madre? Quizá aún habría tenido alguna opción de viajar a Inglaterra.

—¿Para qué? ¿Acaso debemos conocer todo el mundo? Todos los sentimientos que el ser humano puede sentir, el amor y el odio, el miedo y los celos, la envidia y la alegría, se encuentran en este pueblo, en cada casa, en cada cabaña. Ni siquiera hay que buscarlos. Basta con verlos.

Lo miré a los ojos, y lo que vi me conmovió: un hombre bajo y delgado, harapiento, casi sin dientes, que con un poco de suerte podría haber sido profesor de alguna universidad estadounidense y vivir en una lujosa casa en Manhattan o a las afueras de Londres. Me pareció que uno de los dos exageraba. ¿Sería yo con mis exigencias o él con su humildad? No tenía claro cuáles eran mis sentimientos hacia él. Compasión no era. Más bien. . . una especie de afecto. Quería protegerlo, aunque al mismo tiempo sabía que no quería mi protección. Y por otra parte me sentía segura a su lado, casi como en casa. Como si tuviera la mano puesta sobre mí. Confiaba en él. Hasta el momento había creído que era necesario conocer y comprender a alguien antes de sentir aprecio o cercanía.

Pienso en mi padre. Estamos en el puente de Brooklyn, en Nueva York. Tengo ocho o nueve años. Un día de otoño con un viento fresco en el que ya se intuye el frío del invierno. Voy poco abrigada y tengo frío. Mi padre me pone su chaqueta sobre los hombros. Las mangas son demasiado largas, me quedo hundida en el traje, pero noto el calor. Por las ranuras de la madera que tengo bajo los pies veo los rayos de sol en el agua del East River, muy por debajo de mí. Si el puente se cayera, ¿podría salvarme mi padre? Calcula la distancia hasta la orilla. Él es un buen nadador. No me queda duda. Ya no sé la cantidad de veces que estuvimos allí. Casi siempre en silencio.

A mi padre le encantaban aquellos lugares de Nueva York a los que en general solo acudían turistas. Los barcos del Circle Line que rodean Manhattan. El edificio del Empire State. La estatua de la Libertad. Los puentes. Como si estuviera de viaje; de paso. Lo que hacía más a menudo era ir hasta Staten Island. A veces, después del trabajo, se dirigía hasta el embarcadero y cogía un barco de ida y vuelta. Una vez comentó que no podía dar crédito a lo mucho que habían cambiado el puerto y el perfil de la ciudad en el horizonte. Cuando cerraba los ojos, decía, veía aún la misma imagen que en aquella fría mañana de enero, en 1942, en la que soplaba un viento tan helado que apenas había más gente que él en la cubierta.

Por entonces no entendí qué era lo que le atraía de aquellos lugares que cualquier otro neoyorquino preferiría evitar a no ser que tuviera visita del pueblo. Poco a poco fue pareciéndome más aburrido, y de adolescente me daba tanta vergüenza que dejé de acompañarlo. Ahora me parece comprender que al mezclarse con los turistas encontraba la distancia que necesitaba poner entre él y esa ciudad a la que no pertenecía. Supongo que eran sus lugares de huida en los momentos en que la añoranza no lo dejaba vivir. ¿Se sentiría allí más cercano a Mi Mi? ¿Se veía a sí mismo abandonando Nueva York en barco o en avión? ¿Soñaba con ello?

U Ba y yo anduvimos por el camino de carros hasta la cima de la montaña. Ya había caído la tarde. Las primeras hogueras ardían frente a las cabañas, y el viento repartía el

humo sobre los patios. El olor a madera quemada en el crepúsculo empezaba a resultarme familiar.

No sabía adónde íbamos. U Ba me dijo que solo había un lugar en el que pudiera acabar de contarme la historia. Se había levantado, había metido el termo y los vasos en su bolsa, había devuelto el banco y me había hecho una señal para que lo siguiera. Miró el reloj y aminoró la marcha. Como si tuviéramos una cita y llegáramos demasiado pronto.

Estaba nerviosa e inquieta. ¿Quién nos esperaba? ¿Irámos al encuentro de mi padre y de Mi Mi?

—Ya no puedo contarle mucho más —dijo U Ba, deteniéndose unos segundos—. Sobre el tiempo que pasó en Estados Unidos sabe usted más que yo.

Ahí estaba de nuevo la pregunta que había estado reprimiendo durante los dos últimos días. ¿Qué sabía yo en realidad?

Tenía recuerdos. Muchos, buenos y dulces recuerdos, y estaba agradecida por ello, pero ¿qué valor tenían a la hora de comprender quién era verdaderamente mi padre? Desde la perspectiva de una niña, él era el mundo entero. Mis recuerdos no respondían las preguntas que ahora me rondaban por la cabeza. ¿Por qué no volvió mi padre a Kalaw después de la guerra?

¿Por qué se casó con mi madre? ¿La amó? ¿Fue infiel a Mi Mi con ella, o a ella con Mi Mi?

—U Ba, ¿por qué se quedó mi padre en Nueva York al acabar la carrera?

Me asusté al oír mi voz. Era el tono de mi madre cuando estaba enfadada pero intentaba disimularlo.

—¿Qué cree usted, Julia?

Yo no quería creer. Quería respuestas. La verdad.

—No lo sé.

—¿Acaso tenía elección? Si hubiese regresado a Birmania habría tenido que someterse a los deseos de su tío. Estaba en deuda con él. U Saw había adoptado el papel de padre, y un buen hijo no puede desobedecerlo. En Rangún no le esperaba Mi Mi, sino una vida planeada al detalle. Una novia joven. Una gran empresa. Nueva York era su única opción para librarse de ello. —Me miró como si pudiera ver en mis ojos si me convencía o no—. No olvide —continuó— que de eso hace ya cincuenta años. Por lo

que respecta a las familias y a las obligaciones que tenemos con ellas Birmania es un país muy conservador, tanto entonces como ahora.

Pensé en la decisión de U Ba de cuidar a su madre en lugar de estudiar. Quizá debiera limitarme a aceptar que no podía medir su elección, ni la de mi padre, con los parámetros que para mí eran válidos. ¿Acaso podía juzgarlo? ¿Había llegado hasta allí para encontrar a mi padre, para intentar comprenderlo o para juzgarlo?

—Pudo haber vuelto tras la muerte de U Saw. —Fue más bien una propuesta, una pregunta retórica; ya no un reproche.

—U Saw murió en mayo de 1958.

Tres meses antes del nacimiento de mi hermano. ¿Sería esa la razón por la que mi padre nunca se llevó demasiado bien con su hijo? ¿Fue él el motivo de que no abandonara a mi madre?

—¿Por qué se casó con mi madre? ¿Por qué no esperó a la muerte de U Saw y volvió junto a Mi Mi?

—Me temo que no puedo responder a esa pregunta.

Fue la primera vez que percibí cierto temblor en la voz de U Ba. No estaba enfadado, más bien desconcertado. Pensé en las líneas de mi madre, las que escribió poco antes de que yo me fuera. Mi padre se negó a casarse con ella durante mucho tiempo; la puso sobre aviso antes de la boda. ¿Por qué habría acabado cediendo? ¿Se sentiría solo después de todos esos años en Nueva York? ¿Buscaría consuelo? ¿Pretendería olvidarse de Mi Mi junto a mi madre? Tras todo lo que había oído, esta posibilidad me parecía la más improbable. ¿La amaría? Me costaba plantearme aquella pregunta. No parecía sincero. Al menos, no desde la perspectiva de mi madre. ¿Habría deseado acabar amándola algún día? ¿Habría cedido, al final, a su ilusión por formar su propia familia?

Quizá amara a mi madre realmente, pero ella no pudiera verlo ni creerlo porque no era el tipo de amor al que ella estaba acostumbrada.

Sentí lástima por mamá. La vi frente a mí, con su rostro duro y amargado, cuando quedábamos para comer. Oí su voz fría y cortante cuando mi padre llegaba tarde a casa porque había vuelto a coger un ferry hacia Staten Island. Volvieron a mi memoria los días que de vez en cuando, a intervalos más o menos regulares, solía pasar en su cuarto, con las persianas bajadas. Atada a su cama por culpa de una misteriosa enfermedad cuyo nombre nunca se pronunció delante de nosotros, sus hijos. Hoy sé que se trataba de

depresiones. Mis padres habrían sido más felices el uno sin el otro, pero lo comprendieron demasiado tarde.

Sentí lástima por los dos. Fuera lo que fuese lo que mi padre sintió por mi madre, o el modo en que disfrutó de ciertas horas junto a nosotros, sus hijos, no cabe duda de que no estaba donde debía estar. No estaba con Mi Mi.

¿Fue culpa suya por acabar cediendo a las súplicas de mi madre? ¿O fue culpa de ella por esperar algo de mi padre que él no podría darle? ¿Fueron tristes coincidencias, juicios erróneos de la personalidad? ¿Vanidades heridas? ¿La incapacidad de olvidar y perdonar? ¿Acaso importaba quién tuvo la culpa?

Continuamos avanzando en silencio. El camino descendía casi imperceptiblemente y realizaba una marcada curva antes de llegar a una zona de vegetación muy agreste. Seguimos adelante, nos las compusimos para cruzar los arbustos, atravesamos las vías del tren, subimos por una pradera e hicimos una curva para llegar a un camino que nos conducía a una zona de Kalaw algo más abandonada. U Ba me precedió por varios patios en los que había niños jugando. Nos detuvimos ante la puerta de un jardín. Su patio estaba muy cuidado, alguien había barrido hacía poco. En una tina había pienso para las gallinas, y, bajo la veranda, una pila de leña y una montaña de arroz. La casa no era grande, pero se encontraba en muy buen estado. Vi cazuelas de metal, platos y cubiertos sobre la veranda. Nos sentamos en el último peldaño de la escalera y esperamos.

Miré hacia el patio. Un eucalipto marcaba el límite entre aquella casa y la de los vecinos. Frente al gallinero vi un banco de madera, y sobre él, un mortero. Observé los anchos barrotes de piedra de la veranda. Estaban a la altura perfecta para un niño. Tardé un rato en formarme una idea a partir de las imágenes aisladas. Ya sabía dónde estábamos. Me levanté de un salto y me di la vuelta.

Oí la respiración de mi padre en la casa. Oí a Mi Mi arrastrándose por el suelo. Oí sus susurros. Sus voces. Los había encontrado.

U Ba empezó a hablar.

Cuando el desconocido hubo acabado de narrar su historia, la casa de té se quedó sumida en el más profundo silencio. Podía oírse el flamear de las velas y la respiración de los clientes del establecimiento. No se movió ni un alma. Hasta las moscas dejaron de zumbar. Se posaron sobre sus pringosas galletas de azúcar y se quedaron inmóviles. Tin Win había contado lo que debía contar. Después enmudeció. Sus labios continuaban moviéndose para formar palabras, pero ya no emitían ningún sonido. ¿Volvería a hablar en alguna ocasión? Se levantó, bebió un sorbo de té frío, se estiró levemente y se dirigió a la puerta. Había llegado el momento. Se dio la vuelta una vez más y se despidió. Lo último que vieron de él fue una sonrisa.

En la calle vio una furgoneta llena de soldados. Niños con uniformes verdes. Nadie les prestaba atención, aunque todos daban un buen rodeo para evitarla. Se había hecho tarde.

Tin Win apretó más el nudo de su longi y descendió por la calle con paso firme. A su derecha quedaba el monasterio. Las tablas de madera de sus paredes estaban rotas por varios sitios, y el oxidado techo de hojalata no parecía ya demasiado útil para proteger a nadie de un aguacero. Solo las campanas de la pagoda continuaban sonando como antaño. Se cruzó con varios monjes que caminaban descalzos. El polvo había teñido de gris sus hábitos marrón rojizo. Les sonrió; ellos le sonrieron.

Anduvo junto a la vacía plaza del mercado y junto a una estación de trenes, cruzó las vías y subió lentamente la colina en la que se encontraba la casa de Mi Mi. Estaba seguro de que seguiría viviendo en casa de sus padres. Cada dos por tres se detenía y echaba un vistazo a su alrededor. No tenía prisa. No tras cincuenta años. Ni siquiera estaba nervioso. Dejó de estarlo en el preciso segundo en que el Boeing 737 de la compañía Thai Air aterrizó en Rangún. En lugar de nervios, se concedió el lujo de la alegría. Una alegría infinita, absolutamente ajena al miedo o a la precaución, que crecía un poco más a cada instante. Se había entregado por completo a ella, y en esos momentos era tan inmensa que Tin Win apenas lograba contener las lágrimas.

Había pasado medio siglo. Había llegado.

La vista de Kalaw lo fascinó. Extraña y familiar al mismo tiempo. Recordaba los olores. Sabía cómo olía aquel pueblo en invierno y en verano, los días de mercado y los festivos, cuando los palitos de sándalo impregnaban el aire de los callejones y las casas. Tin Win conocía los olores del lugar. Su Kalaw suspiraba y resoplaba, crujía y traqueteaba, podía cantar y llorar. Lo que desconocía era su aspecto. La última vez que vio aquello era un crío, y ya por entonces tenía la vista algo nublada. Reconoció el club inglés, en cuya piscina vacía habían echado raíces unos árboles, y detrás de ella vio las pistas de tenis, el hotel Kalaw, blanco con el techo rojo, de estilo Tudor. Tal como se lo había descrito Mi Mi. En algún lugar, después de la siguiente colina, tenían que haber vivido Suu Kyi y él.

Llegó a un cruce de caminos y no supo hacia dónde ir. ¿Recto? ¿Hacia la izquierda? Durante cuatro años recorrió con Mi Mi aquel mismo camino sin llegar a verlo jamás con sus propios ojos. Los cerró. Ya no le servían de nada. Sus piernas recordarían el camino; su nariz; sus oídos. Algo le indicó que siguiera hacia delante. Olía a mangos maduros y a jazmín. Tin Win reconoció el olor. Por allí debía de estar la planicie en la que solían detenerse a descansar. La encontró enseguida.

Escuchó las risas y los ruidos de los niños jugando en los patios. No eran las mismas que en su infancia, pero sonaban exactamente igual. Le sorprendió su facilidad para moverse con los ojos cerrados. Cuando intentó hacer lo propio en Nueva York no hizo más que chocar con otros peatones, o con farolas o árboles en las aceras. En una ocasión estuvo a punto de ser atropellado por un taxi.

En Kalaw no tropezó ni una sola vez.

Se detuvo ante la entrada a un jardín.

El olor del eucalipto. Cuántas veces había pensado en aquel árbol. Cuántas noches había pasado en vela, en Nueva York, recordando aquel olor.

Abrió la puerta. Cuántas veces se había imaginado aquel momento.

Entró en la casa. Dos perros correataron entre sus piernas. Las gallinas estaban en el establo.

Tin Win oyó voces en la casa. Se quitó las sandalias. Sus pies recordaron la tierra. Aquella tierra suave y cálida que le hacía cosquillas entre los dedos.

Tanteó hasta dar con la escalera; se asió a la barandilla. Sus manos recordaron la madera. Nada había cambiado.

Subió los peldaños, uno a uno. No tenía prisa. No al cabo de cincuenta años.

Anduvo por la veranda. Las voces bajaron de tono. Cuando se detuvo ante la puerta, enmudecieron.

Oyó que algunas personas salían de la casa, se deslizaban en silencio junto a él y se marchaban de allí. Hasta las polillas que hacía unos segundos revoloteaban junto a la bombilla salieron por la ventana y se perdieron en la oscuridad. Escarabajos y cucarachas se arrastraron a toda prisa hacia los agujeros de la madera.

Silencio.

Se dirigió hacia ella sin abrir los ojos. Ya no los necesitaba.

Alguien le había construido una cama.

Se arrodilló junto a ella. Su voz. Sus susurros. Los recordó.

Las manos de ella sobre su rostro. Su piel la recordó.

La boca de ella sobre sus labios. Sus dedos la recordaron, y su nariz. Cuánto había echado en falta aquel olor. ¿Cómo había podido sobrevivir sin él? ¿De dónde había sacado la fuerza para vivir un solo día alejado de Mi Mi?

En la cama había sitio para dos.

Qué poco pesaba.

El pelo de ella en su cara. Sus lágrimas de felicidad.

Demasiado que compartir, demasiado que dar, demasiado poco tiempo.

Al amanecer les abandonaron las fuerzas. Mi Mi se durmió entre sus brazos.

El sol no tardaría en salir. Tin Win lo supo por el canto de los pájaros. Recostó la cabeza en el pecho de ella. No se había equivocado. Su corazón sonaba cansado y débil. No quería seguir.

Había llegado a tiempo. Por poco.

Un pariente de Mi Mi los encontró poco antes del mediodía. Ya había ido por la mañana y creyó que dormían.

La cabeza de Tin Win yacía sobre el pecho de ella. Los brazos de Mi Mi rodeaban el cuello de él. Cuando regresó, varias horas después, estaban pálidos y fríos.

El hombre corrió hasta el pueblo y fue a buscar al médico.

Este no se sorprendió. Hacía más de dos años que Mi Mi no salía de su casa y uno que no se levantaba de la cama. Podía morir en cualquier momento. Lo que oía gracias a su estetoscopio no era nada bueno. Más bien le parecía un misterio que siguiera viviendo con aquel corazón tan débil y la infección en los pulmones. En varias ocasiones le propuso que fuera a la ciudad. La medicina allí seguía siendo precaria, pero en cualquier caso mejor que la del pueblo. Ella se negó. Cuando le preguntaba cómo se las componía para seguir viviendo pese a las heridas y las infecciones, ella se limitaba a sonreír. Hacía apenas unos días que la visitó por última vez. Le llevó medicamentos. Se quedó sorprendido al ver lo animada que parecía. Mejor que en los meses anteriores. Estaba incorporada en la cama, tarareaba para sus adentros, llevaba una flor amarilla en el pelo. Parecía que esperaba a alguien.

No conocía al muerto que yacía a su lado. Tendría la edad de Mi Mi, de procedencia birmana, seguramente, aunque era muy improbable que fuera de Kalaw o los alrededores. Pese a su avanzada edad, tenía los dientes en perfecto estado. Y jamás había visto unos pies tan cuidados como aquellos. No daba la impresión de que aquel hombre hubiese andado mucho descalzo en su vida. No tenía manos de campesino. Llevaba lentillas. Quizá fuera de Rangún.

Parecía sano. Sobre las circunstancias de la muerte no podía sino especular.

—Fallo cardíaco —escribió en una hoja de papel.

La noticia de la muerte de Mi Mi corrió por el lugar como lo hiciera la tarde anterior el rumor sobre el regreso de Tin Win. Después del mediodía aparecieron en el patio los primeros vecinos, con pequeñas coronas de jazmines frescos y ramos de orquídeas, lirios

cárdenos, gladiolos y geranios. Los repartieron por la veranda, y, cuando ya no quedaba ningún espacio libre, por la escalera, frente a la casa y hasta por el patio. Otros subieron la colina llevando mangos y papayas, plátanos y manzanas como ofrendas, y montaron pequeñas pirámides de fruta. No debía faltarles nada, a Mi Mi y a su amado. Se encendieron palitos de sándalo y se clavaron en la tierra o en vasijas llenas de arena.

Los campesinos se acercaron desde sus campos, los monjes desde sus monasterios, los padres acompañados por sus hijos, y todo aquel que era demasiado débil o anciano para subir la colina era transportado por sus vecinos o sus amigos. Por la tarde el patio estaba lleno de gente, flores y frutas. Hizo una noche clara y agradable, y cuando la luz de la luna cayó sobre las montañas pudo verse que el camino y los patios vecinos estaban abarrotados. La gente llevó velas, lámparas de aceite y farolillos, y quienes tuvieron la suerte de encontrarse en la veranda de la casa de Mi Mi vieron un verdadero mar de luz. Nadie dijo una sola palabra. A quienes aún no conocían la historia de Mi Mi y Tin Win se la susurraron sus vecinos al oído. Algunos de los más ancianos llegaron a afirmar que habían reconocido a Tin Win y que jamás habían dudado que volvería.

Al día siguiente las escuelas permanecieron cerradas y también las casas de té; sí, incluso el monasterio se quedó vacío. No había una sola alma en todo Kalaw que no supiera lo que había ocurrido. Desde primeras horas de la mañana la tristeza por la muerte de Mi Mi empezó a teñirse de cierto alborozo. No había muerto sin él. Su espera se había visto recompensada. No se había equivocado. Él había vuelto. Al cabo de cincuenta años. Había un poder que no podía ser derrotado ni por el tiempo ni por la distancia. Un poder que une a las personas y es más poderoso que el miedo y la desconfianza. Un poder que devuelve la vista a los ciegos y no atiende a las leyes de caducidad. Uno, que era lo único en lo que creía la gente de Kalaw.

En la procesión que acompañó a los dos cuerpos hasta el cementerio se cantó y se lloró, se bailó y se rió. Habían perdido a Mi Mi, pero habían ganado algo a cambio: una esperanza que atesorarían y transmitirían de generación en generación. Nadie podría arrebatarles aquel descubrimiento.

El alcalde se puso de acuerdo con militares, abades y demás notables del pueblo, y entre todos decidieron conceder a Mi Mi y a Tin Win uno de los máximos honores que pudieran llevarse a cabo en Kalaw: sus cuerpos podrían ser incinerados en el cementerio.

Desde primeras horas de la mañana una docena de jóvenes agruparon arroz, leña y

ramas y formaron con ellos dos montañas. La comitiva tardó casi tres horas en recorrer el trayecto desde casa de Mi Mi hasta el cementerio, en la otra punta de Kalaw.

No hubo ceremonia ni discursos. Nadie precisaba ser consolado.

La leña estaba seca, el fuego fue voraz. En pocos minutos los cuerpos ardieron en llamas.

Fue un día soleado. Sin viento. Las columnas de humo eran blancas, como las flores del jazmín. Se elevaron perpendicularmente hacia el cielo azul.

Ninguno de los allí presentes podría olvidar ya aquella imagen.

El relato de U Ba sobre la muerte de mi padre me pilló desprevenida. ¿Por qué? Tiempo no me había faltado. Pero. . . ¿cómo puede uno prepararse para la muerte de sus padres, en realidad?

Con cada hora que pasé escuchando el relato de U Ba fue creciendo mi confianza. Su relato dio vida a mi padre; me lo presentó más vivo de lo que lo recordaba. Al final lo sentí tan cercano que ya no fui capaz de imaginarme su muerte. Estaba vivo. Volvería a verlo. Me encontraba junto a U Ba, en la escalera, y estaba convencida de que ellos se hallaban en la casa. Había oído sus susurros, sus voces.

El final de la historia. Quería levantarme y entrar en la casa. Quería saludarlos y abrazar a mi padre. Pasaron varios segundos antes de que comprendiera realmente lo que acababa de decir U Ba. Como si no hubiese prestado atención a la última parte de su relato. No entramos, pues. No quise verla por dentro. No en aquel momento.

U Ba me condujo de vuelta a su casa. En su sofá me quedé dormida de puro agotamiento.

Los dos días siguientes los pasé en un sillón, en su biblioteca, viendo cómo restauraba sus libros. No hablamos mucho. Él se inclinaba sobre su escritorio, ensimismado en el trabajo. Estudiaba las páginas de los libros. Untaba de cola recortes de papel. Dibujaba *aes* y *os*. Se oponía a cualquier regla de la eficacia.

El sosiego con el que abordaba su rutina me tranquilizaba. No me hacía preguntas ni me pedía favores. De vez en cuando alzaba la vista por encima de la montura de sus gafas, me miraba y sonreía. A su lado me sentía bien y protegida, también sin hablar demasiado.

En la mañana del tercer día fuimos juntos al mercado. Me ofrecí a cocinar algo para él, como solía hacer en Manhattan para mis amigos. Se mostró sorprendido, pero me pareció que se alegraba. Compramos arroz, verduras, hierbas y especias. Pretendía hacer un curry vegetariano que solía preparar con una amiga india de Nueva York. Le pedí su pelador de patatas. No sabía a qué me refería. Tenía un cuchillo. Desafilado.

Nunca había cocinado sobre una hoguera. El arroz se quemó. La verdura coció más de la cuenta. El agua de la cazuela salió a borbotones y apagó el fuego. Él hizo otra hoguera. Tranquilamente.

Aun así le gustó. Eso dijo.

Nos sentamos en su sofá con las piernas cruzadas y comimos el arroz. Cocinar me sentó bien. Me distrajo. Pero entonces volvió a asaltarme la tristeza.

—¿Creyó que volvería a verlo? —me preguntó.

Asentí.

—Lo siento. Es culpa mía. Le di falsas esperanzas.

—No —le respondí—, al contrario. Sus relatos me lo acercaron de tal modo que no puedo imaginar que haya dejado de vivir. Definitivamente. No pude despedirme de él. Ni en Nueva York ni en Kalaw. Y eso duele. Desconocía este tipo de dolor.

U Ba no dijo nada.

—¿Su padre sigue vivo? —le pregunté, tras una pausa.

—No. Murió hace unos años.

—¿Estaba enfermo?

—Mis padres eran mayores. Para la media birmana, incluso muy mayores.

—¿La muerte de sus padres cambió en algo su vida?

U Ba reflexionó.

—Pasé mucho tiempo con mi madre, así que ahora me siento más solo. Por lo demás, casi todo sigue como siempre.

—¿Cuánto tiempo necesitó para superarlo?

—¿Superarlo? No sé si podría expresarlo de este modo. Cuando superamos algo quiere decir que seguimos adelante y dejamos eso atrás, en el camino. ¿Dejamos a los muertos o los llevamos con nosotros? Yo creo que los llevamos con nosotros. Nos acompañan. Siguen con nosotros, aunque de otra forma. Debemos aprender a vivir con ellos, con la muerte. En mi caso fue cuestión de días.

—¿Solo unos días?

—Cuando comprendí que no la había perdido, no tardé en sentirme mejor. Pienso en ella cada día. Me pregunto qué diría en determinados momentos. Le pido consejo, aún hoy, a mi edad, y eso que ya se acerca la fecha en la que deba empezar a pensar en mi propia muerte. —Tomó un poco de arroz y continuó—: No tuve que llevar luto por mis padres. Eran mayores, estaban cansados y ya no querían seguir. Habían vivido su vida.

Su muerte no fue una agonía. No sintieron dolor. Estoy convencido de que, en el instante en que sus corazones dejaron de latir, eran felices. ¿Hay acaso un modo mejor de morir?

—Quizá deba uno tener cincuenta y cinco años para pensar así.

—Quizá. De joven todo resulta más complicado. Tardé más en aceptar la muerte de mi mujer. Ella no era mayor, apenas había cumplido los treinta. Acabábamos de construir esta casa y éramos muy felices juntos.

—¿De qué murió?

U Ba pensó mucho rato antes de responder.

—Esta es una pregunta que aquí no nos permitimos, principalmente porque no solemos contar con una respuesta adecuada. Ya ha visto usted la pobreza en la que vivimos. Puedo imaginar que en mi país la gente envejece antes que en el suyo. La semana pasada el hijo de ocho años de la vecina tuvo fiebre. Dos días después estaba muerto. Andamos faltos de medicamentos con los que combatir hasta las más sencillas enfermedades. La pregunta del porqué, la búsqueda de un motivo para la muerte, es, en estas circunstancias, un lujo. Mi mujer murió mientras dormía. Es lo único que sé.

—Lo siento.

Nos quedamos largo rato en silencio. Yo me pregunté si, aparte de mi padre, había perdido ya a alguien que me fuera cercano. Los padres de mi madre aún vivían. El año pasado el hermano de una amiga se hundió en el Atlántico. Habíamos salido varios fines de semana con él por Sag Harbour y Southampton. Me caía bien, pero no era alguien cercano a mí. No pude asistir a su entierro; me surgió un imprevisto en Washington. La madre de mi pareja de tenis murió de cáncer no hacía mucho. Fue mi profesora de piano cuando yo era pequeña. Sufrió mucho, y yo no hice más que aplazar mi anunciada visita al hospital. . . hasta que fue demasiado tarde. Defendía mi opinión de que, en nuestro caso, la muerte no es omnipresente; que existe un mundo, el de los enfermos y moribundos, y otro, el de los sanos, y que estos últimos no quieren tener nada que ver con los primeros. Como si no tuvieran nada en común. Como si no bastara un paso en falso sobre una capa fina de hielo, o una vela encendida olvidada, para pasar de un mundo al otro. Una radiografía con un nudo blanco en el pecho.

U Ba se levantó y llevó los platos a la cocina. Sopló varias veces con fuerza, para avivar el fuego, echó otro leño y puso agua a hervir.

—No me apetece un té —grité desde la cocina—. Me gustaría mucho ir al cementerio. Quisiera ver dónde los incineraron. ¿Me acompaña?

—Por supuesto —dijo U Ba desde el otro lado de la pared de madera.

Aminoramos la marcha. Yo estaba sin aliento, pero no por culpa de la pendiente que formaba la montaña, más bien suave, sino porque estábamos en la última estación de mi búsqueda. Había estado frente a la casa en la que murió mi padre. Me había sentado en el jardín en el que pasó su infancia y su juventud. Ahora quería saber dónde acabó su viaje.

—No hay ninguna tumba ni recordatorio. El viento desperdigó sus cenizas en todas direcciones —me advirtió U Ba.

Temía el momento de llegar al cementerio. Cuando lo viera debería admitir que también mi viaje había llegado a su fin.

La calle, escasamente alquitranada, fue llenándose progresivamente de tierra y acabó convirtiéndose en un accidentado camino de barro en el que pronto empecé a ver las primeras tumbas, escondidas entre arbustos y hierbas secas. Planchas de hormigón marrón grisáceo, en su mayoría decoradas y dotadas con inscripciones birmanas, aunque algunas también sin ningún tipo de adorno o grabado en la piedra, como si fueran los restos de una construcción abandonada hacía años. Algunas se habían agrietado y en sus hendiduras crecía la hierba, o bien estaban completamente cubiertas por matorrales. No había una sola flor fresca. Ninguna tumba estaba cuidada.

Subimos la colina hasta la cima y nos sentamos. Un lugar abandonado. Las únicas huellas de presencia humana en aquella zona eran los trillados senderos que recorrían el bosque como caminitos de hormigas. Reinaba un silencio absoluto. Ni siquiera soplaba el viento.

Pensé en nuestros paseos. En el puente de Brooklyn, en los ferries que conducían hasta Staten Island, en nuestra casa, en el olor a caracolas de canela por la mañana.

No podía estar más lejos de Manhattan. No lo echaba de menos. Sentí una paz interior casi inquietante. Me vinieron a la mente las noches en las que mi padre me contaba cuentos. Los estrenos de óperas en Central Park. Sillitas plegables y una cesta de picnic demasiado grande. Mi padre no soportaba los platos de plástico ni los vasos de papel. Llevaba un traje negro, como si estuviera sentado en el Met. Una cálida noche de verano. Luz de velas. Siempre me quedaba dormida en su regazo. Recordé su voz suave y su risa, su mirada y aquellas manos tan fuertes que me lanzaban al aire y me cogían de nuevo.

Comprendí por qué se quedó con nosotros y por qué se volvió al lado de Mi Mi al cabo de cincuenta años. Lo que lo retuvo en Nueva York fue más que un mero sentimiento de responsabilidad. Estaba segura. Amaba a su familia, a mi madre, a mi hermano y a mí. A cada uno a su manera. Y amaba a Mi Mi. Fue fiel a sus dos amores, y le estaba agradecida por ello.

—Hay otro detalle que quizá le interese —dijo U Ba.

Lo miré con curiosidad.

—La montaña de ramas secas en la que ardió el cuerpo de Mi Mi está allá —señaló un círculo que quedaba a unos pasos de mis pies—, y la de su padre está allí, unos veinte metros más abajo. Las dos montañas se encendieron al mismo tiempo. La leña estaba seca y los cuerpos ardieron en llamas en pocos minutos. Fue un día soleado. Sin viento. Las columnas de humo se elevaron perpendicularmente hacia el cielo.

Todo eso ya me lo había dicho. No comprendía adónde quería llegar.

—¿Y?

—Entonces se hizo el silencio —dijo, y sonrió.

—¿El silencio?

—Un silencio absoluto. Pese a la cantidad de gente que había allí reunida, nadie abrió la boca. Incluso el fuego dejó de crepitar y continuó ardiendo en silencio.

Ahí estaba mi padre otra vez, sentado en el borde de la cama. Una habitación pintada de rosa pálido. Un móvil colgado del techo, con abejas a rayas amarillas y negras.

—¿Y los animales empezaron a cantar? —pregunté.

U Ba asintió.

—Muchos de los allí presentes afirmaron haber oído cantar a los animales.

—¿Y de pronto, sin que nadie supiera por qué, las dos columnas de humo se inclinaron una hacia la otra?

—Yo mismo fui testigo.

—¿Aunque no hacía ni pizca de viento las columnas se acercaron hasta que. . . ?

—No todo lo que es cierto puede explicarse, Julia —me interrumpió U Ba—, ni todo lo que puede explicarse es cierto.

Miré hacia el lugar en el que habían estado las hogueras, y luego elevé la vista al cielo. Estaba azul. Azul y sin una nube.

Me desperté en la oscuridad. Estaba en la cama de mi hotel. Me despertó un sueño. Tenía doce o trece años, era media noche y estábamos en nuestra casa, en Nueva York. Oí ruidos en la habitación de mis padres. Las voces de mi hermano y mi madre. Mi padre resolló. Un sonido fuerte y desagradable que retumbó por toda la casa. Que no parecía humano. Me levanté. Avancé por el pasillo con mi camisón blanco. La madera estaba fría bajo mis pies. En la habitación de mis padres había una luz encendida. Mi madre estaba arrodillada junto a su cama. Lloraba. «No —balbuceaba—, por al amor de Dios, no. No, no, no. »

Mi hermano zarandeaba a mi padre. «Despierta, papá, despierta. » Se inclinó sobre él y le hizo un masaje en el pecho. La respiración asistida. Mi padre movió los brazos. Tenía los ojos salidos de sus cuencas, el pelo empapado en sudor. Se aferró a mi hermano. Luchaba. No quería irse.

Resolló una vez más, muy fuerte. Sus brazos empezaron a moverse con más lentitud, se contrajeron y se quedaron dormidos. Segundos después colgaban inertes en la cama.

El sueño me despertó, y comprendí lo misericordiosa que había sido la realidad.

Cerré los ojos e intenté imaginar las últimas horas de mi padre junto a Mi Mi. No fui capaz. Tuve que admitir que aquella era una parte de él que desconocía. Pero cuanto más pensaba en ello, más claro tenía que no debía estar triste. Sentía a mi padre más cerca que nunca. Una sensación que no podía explicar ni describir. La cercanía que sienten los niños, natural e incondicional. Su muerte no fue una trágica desgracia, ni para mí ni para él. No se enfrentó a ella. Se despidió de la vida. Murió en el momento y en el lugar que deseó. Junto a la persona que quiso. Que esa persona no fuera yo, no era importante. Aquello no tenía nada que ver con su amor por mí. Al cabo de unos minutos me quedé dormida de nuevo.

Cuando me levanté era ya casi mediodía. En mi habitación hacía calor y la ducha fría me sentó bien.

El camarero dormía en una esquina del comedor. Seguramente me habría esperado a

las siete de la mañana. Huevos fritos o revueltos. Té o café.

Oí a la recepcionista arrastrándose hacia mí por la sala. Hizo una breve reverencia y me entregó un sobre marrón. Lo había dejado U Ba aquella mañana, a primera hora. Era demasiado gordo para tener solo una carta. Lo abrí. Contenía cinco viejas fotos coloreadas a mano que me hicieron pensar en postales de los años veinte. En los reversos tenían fechas escritas a mano. La primera foto era de 1949. Una joven sentada con las piernas cruzadas ante una pared de color claro. Llevaba una chaqueta y un longi rojos, la melena negra recogida en un moño alto y una flor amarilla prendida en él. El amago de una sonrisa. Tenía que ser Mi Mi. U Ba no había exagerado. Tenía una belleza, una elegancia que me dejó impresionada, y en sus rasgos se intuía una paz que me emocionó sobremanera. Su mirada era tan intensa que parecía estar mirándome a mí; solo a mí. Junto a ella, un niño de unos ocho o nueve años. Llevaba camisa blanca. ¿Sería el hijo de uno de sus hermanos? Miraba a la cámara con el rostro serio.

Diez años separaban cada una de esas fotos, en las que Mi Mi aparecía siempre en la misma postura. En la segunda foto apenas había envejecido. Detrás de ella aparecía un joven que apoyaba las manos en sus hombros. Ambos sonreían de un modo similar, con franqueza y simpatía, pero con un indudable toque de melancolía.

En la siguiente foto ya empezaba a notarse en Mi Mi el peso de los años, aunque el carisma que irradiaba su persona seguía siendo tan sorprendente como siempre. En realidad, aquella Mi Mi me pareció aún más bella. En Nueva York no había ni una sola mujer, al menos ninguna que yo conociera, que no hubiese intentado enfrentarse a su edad o retrasarla con cosméticos o con la ayuda de la cirugía. Mi Mi envejecía con dignidad.

De nuevo un hombre en la foto.

El último retrato era de 1989, dos años antes del regreso de mi padre. Mi Mi estaba más delgada; parecía cansada y su aspecto no era muy saludable. A su lado estaba U Ba. Tuve que mirarlo dos veces para reconocerlo. Extendí las fotos delante de mí y las estudié de nuevo, una por una.

Al final mi corazón reconoció las semejanzas. Fue un descubrimiento tan sorprendente que hasta me dolió. Tardé varios segundos en admitir el hallazgo inaudito y ser capaz de expresarlo en palabras. Mi mirada volaba de una foto a otra. El hombre de 1969 también era U Ba. El de diez años atrás seguramente también, y las semejanzas con el niño que se encontraba junto a Mi Mi eran más que evidentes. Eché cuentas. Vi a U Ba delante de

mí. Su nariz aguileña. Su sonrisa. El tono suave de su voz. El modo de rascarse la cabeza. Sabía a quién me recordaba. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Tenía miedo de que no le creyera? ¿O estaba en un error? ¿Acaso estaba inventándome su parecido con mi padre?

Quise salir corriendo a su casa. No estaba allí. Una vecina me dijo que se había ido al pueblo. Era ya media tarde. Recorrí la calle principal de un lado a otro y pregunté a todo el mundo por él. Nadie lo había visto.

Había estado en la casa de té. Por lo general solía volver, me dijo el camarero, que me reconoció. Pero aquel día estaba seguro de que no volvería, porque era el día 15 del mes. Tin Win y Mi Mi murieron un día 15, y desde hacía cuatro años los habitantes de Kalaw recordaban la muerte de los amantes al atardecer de los días 15 de cada mes. U Ba estaría probablemente de camino a casa de Mi Mi. Solo tenía que cruzar la vía y seguir a la multitud.

Imposible perderse. Desde la estación misma vi la procesión que subía por la montaña. Las mujeres balanceaban en sus cabezas cestas y recipientes con plátanos, mangos y papayas. Los hombres llevaban velas, palitos de sándalo y flores. Los colores rojos, azules y verdes de sus longis, el fresco blanco de sus camisas y chaquetas brillaba en la luz crepuscular. A mitad del camino oí las voces de los niños. Entonaban la misma melodía que me llegó a los oídos hacía unos días, desde el monasterio de la montaña. Les acompañaba el sonido de las campanas movidas por el viento.

No reconocí la casa de Mi Mi. Estaba adornada con banderines blancos y del techo pendía una cadena de campanitas. El patio y la veranda estaban llenos de gente que me saludó con una sonrisa. Me abrí paso entre ellos, con cuidado. Junto a la veranda se encontraban los niños del coro, y muchos de los adultos tarareaban con ellos. La gente no dejaba de subir la escalera de la casa y desaparecer en su interior, mientras otros iban saliendo y volviendo al patio. ¿Dónde estaba U Ba?

Me mezclé con la gente y seguí la corriente hasta la casa.

Se componía de una única habitación. Las ventanas estaban cerradas. No había más muebles que la cama. Las docenas de velas que se habían repartido por el suelo de madera conferían a la estancia una luminosidad cálida, rojiza y amarillenta. En una viga, bajo el techo, una gran figura de un buda. Flores y platos con frutas, hojas de té, puros y arroz cubrían la cama, que tenía varias capas de pan de oro: las patas, la cabecera y los pies, hasta las tablas que otrora aguantaran el colchón. Brillaba a la viva luz de las velas. Sobre el suelo había vasos llenos de palitos de sándalo y muchos cuencos y vasijas con

ofrendas. Olía a incienso y a puros. Las mujeres reponían la fruta y cambiaban las piezas maduras por otras nuevas, y retiraban las flores marchitas de la cama y las reemplazaban por ramos frescos.

Se inclinaban ante el buda y se acercaban a la cama; cerraban los ojos, juntaban las manos y pasaban los dedos por la madera. Como si pudieran despertar así el virus que todos llevamos dentro.

—La muerte —me había dicho U Ba— no es el final de la vida, sino parte de ella.

Todas aquellas personas habrían comprendido a qué se refería.

Me quedé en una esquina y no me moví. Afuera empezaba a oscurecer. Por una rendija de la pared pude ver que todo el patio estaba iluminado con velas.

De pronto vi a U Ba junto a mí. Me sonrió como si nada hubiera sucedido. Quise decirle algo, pero él puso su dedo índice sobre mis labios para invitarme a callar.

Miré las llamas y la cama, las flores y a las personas. Había llegado. Había encontrado lo que andaba buscando. Quise abarcarlo todo, aferrarme a ello, aunque al mismo tiempo supe que no era un regalo que pudiera empaquetar y llevarme de vuelta a Nueva York. Un regalo que no estaba pensado solo para mí. Era de todos y para todos, de nadie y para nadie. Un regalo que me aportaría fuerza hasta el final de mis días.

Llegado de mi padre y de Mi Mi.

El don del amor.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a mis amigos de Birmania, principalmente a Winston y a Tomy, por su generosidad y su incombustible ayuda en las investigaciones sobre Kalaw y Rangún.

Debo también un agradecimiento especial a mi mujer, Anna. Sin sus consejos, sin su paciencia y su amor, este libro no habría sido posible.

Título original: *Das Herzenhören de Jan-Philipp Sendker*

Edición en formato digital: noviembre de 2010

© 2002, Karl Blessing Verlag. Una división de Verlagsgruppe Random House GmbH, München, Germany.
www.randomhouse.de

© 2008, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2008, Beatriz Galán Echevarría, por la traducción

Este libro se ha negociado a través la Agencia Literaria Ute Körner, S.L., Barcelona - www.uklitag.com

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-4463-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Índice

Primera parte	4
Segunda parte	79
Tercera parte	176
Agradecimientos	234
Créditos	235